

DE EGIPTO



010607

CANAÁN

gelio en el éxodo

IO RENÉ DUPERTUIS

CONTENIDO

Prefacio	9
Introducción	12
Una clave reveladora	19
Una historia incomparable	29
— Nacidos en la esclavitud	41 -
— El libertador no era esclavo	53 ✓
La zarza ardiente	63
Encuentro con el faraón	77
Compromisos engañosos.....	93
— ¡Libres al fin!	106 -
Al amparo de la nube	120 -
Cruzando el Mar Rojo	134
Los redimidos cantan	146
El camino es escabroso	158
Pan del cielo - 1	176
Pan del cielo - 2	190
Un monte en el camino.....	200
Una ley - dos tablas	219
Tragedia en el desierto	234
Mi especial tesoro	249
Llegando a Canaán	263
Un amigo en la corte	277
Conclusión.....	290

Prefacio

La idea central de este libro nació hace ya algunos años cuando escribíamos nuestra tesis doctoral. El objetivo principal de la tesis, que fue publicada en inglés bajo el título *Theology of Liberation. A Study in its Soteriology* [La teología de la liberación. Un estudio en su soteriología], era estudiar y descubrir cómo la teología de la liberación, muy popular hace un par de décadas, utilizaba el motivo del éxodo como un modelo para sus propósitos de liberación.

Esta teología, especialmente en su etapa inicial en las décadas de los sesenta y los setenta, era muy radical, y tenía como objetivo principal promover un cambio en las estructuras políticas, económicas y sociales de América Latina, con el fin de auxiliar a las mayorías pobres y marginadas de la sociedad. A pesar de los propósitos nobles que observábamos en esta modalidad teológica, nos sentíamos constantemente frustrados al notar el énfasis casi exclusivamente horizontal de su preocupación.

Cuanto más estudiábamos el éxodo más nos parecía descubrir en él, no necesariamente un modelo para levantamientos revolucionarios y luchas de clases, sino más bien una gloriosa presentación del evangelio en tipos y figuras. Encontrábamos que hablaba de una liberación que iba mucho más allá de los límites de lo político y lo humano, que apuntaba a la gloriosa liberación del pecado, que es la raíz de todo tipo de esclavitud; a la liberación que traería el Señor Jesús, no por medio de algún acto revolucionario, sino al

ofrecerse él mismo a Dios como sacrificio por el pecado de los hombres.

Es nuestra convicción que cuanto mejor entendamos el éxodo, la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia, mejor podremos comprender la naturaleza de nuestra liberación de la esclavitud espiritual. Es interesante notar cómo los escritores del Nuevo Testamento, al presentar el evangelio, se valieron constantemente de los conceptos, figuras, símbolos y aun del mismo vocabulario del éxodo.

Este trabajo no pretende ser exhaustivo; en realidad cubre sólo algunos aspectos de **la primera mitad** del libro de **Éxodo**, quedando la segunda mitad como un proyecto posible para el futuro.

Siendo que los distintos tipos y figuras que se encuentran en el episodio del éxodo apuntan, a veces desde perspectivas diferentes, a la obra redentora de Cristo, cierta repetición en el contenido de algunos capítulos ha sido inevitable, aunque hemos hecho todo lo posible para mantenerla al mínimo.

Agradezco a quienes de una manera u otra han contribuido para que este proyecto se haya convertido en realidad. En forma especial agradezco a los doctores Ángel Manuel Rodríguez y Alfonso Valenzuela y a los pastores Rubén Rodríguez y Julio Juárez por haber leído el manuscrito y por sus valiosas sugerencias. Quiero también expresar mi gratitud a mi secretaria, Bonnie Knight, quien pacientemente se encargó de todos los detalles, hasta dejar el manuscrito listo para la impresión.

Mi oración es que este libro, cuya preparación ha resultado en una bendición para su autor, también lo sea para el amable lector. Que la liberación del pueblo de Israel de la cautividad egipcia, y su peregrinaje hacia la tierra de Canaán, puedan inspirar nuestro peregrinaje y fortalecer nuestra confianza en el Señor Jesús, nuestro Moisés, “el Cordero de Dios que quita

el pecado del mundo” (Juan 1:29). Que recordemos siempre que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, es también nuestro Dios, “el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Col. 1:13,14). A pesar de que el recorrido parece hacerse más largo que lo pensado, y que a menudo encontramos que el “camino es escabroso, y los pies sangrantes van,” todo parece indicar que finalmente Canaán ya se acerca, que es hora ya de levantar nuestras cabezas y cantar con júbilo anticipado,

¡Oh, cuán dulce el descanso
ha de ser en nuestro hogar!
¡Ya se acerca Canaán!
¡Ya se acerca Canaán,
donde todas nuestras penas
ya no volverán jamás!
¡Cerca ya, ya se acerca Canaán!

Atilio René Dupertuis
Andrews University
Berrien Springs, Michigan
Junio de 1995



Biblioteca "Sara E. Ocam
Universidad Linda Vista

Introducción

Antes de su ascensión, el Señor Jesús encargó a su Iglesia la tarea de predicar el evangelio. En esta tarea había de ocuparse hasta el fin del tiempo. Según las palabras de Jesús mismo: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). A lo largo de su historia, la iglesia ha tenido dificultades, no sólo en cumplir con su cometido, sino con frecuencia en poder definir en qué consistía la esencia de ese cometido.

Es un hecho verdaderamente lamentable que mucho de lo que la iglesia predicó tenía muy poco que ver con las buenas nuevas. En vez de buenas nuevas, noticias de esperanza y perdón, la iglesia desarrolló un pesado sistema de exigencias, por el cual se pedía al hombre que sacrificara hasta lo sumo para satisfacer las demandas de Dios, y así poder ganar su buena voluntad. Había de conseguir el perdón de los pecados a través de un tortuoso camino de confesiones, sacrificios y, con frecuencia, dinero. Según la cantidad que se pagaba al personaje eclesiástico adecuado, una persona podía reducir, o aun eliminar los sufrimientos que le tocaban en el purgatorio como castigo de sus acciones pecaminosas. Uno de los casos más exagerados que cuenta la historia es sin duda el del Cardenal Albrecht de Brandenburg, quien logró acumular remisión para los sufrimientos en el purgatorio por un período equivalente a 39,245,120 años. Uno no puede menos que sorprenderse al notar el éxito que tuvo el enemigo en lograr sus

propósitos, aun a través de la iglesia. Al respecto leemos:

Aunque se dieron todas estas pruebas evidentes, el enemigo del bien cegó el entendimiento de los hombres, para que estos mirasen a Dios con temor y le considerasen severo e implacable. Satanás indujo a los hombres a concebir a Dios como un ser cuyo principal atributo es una justicia inexorable, como un juez severo, un acreedor duro y exigente. Representó al Creador como un ser que velase con ojo celoso para discernir los errores y las faltas de los hombres y hacer caer juicios sobre ellos. A fin de disipar esta densa sombra vino el Señor Jesús a vivir entre los hombres, y manifestó al mundo el amor infinito de Dios (CC, p. 11).

El evangelio es “buenas nuevas”

¿Qué es lo que la iglesia tenía que predicar? ¿Qué es el evangelio, a fin de cuentas? No es un secreto para nadie que la palabra evangelio, que nos llega del griego *euangelion*, significa sencillamente “buenas nuevas,” “buenas noticias.” Un “evangelio” era para los griegos un anuncio público de que alguien había ganado una batalla, o que había logrado finalmente algo que se había propuesto.

Los escritores bíblicos se valieron de la palabra “evangelio” para describir lo que Dios hizo; para anunciar que Dios ha ganado la batalla a favor del hombre. No tiene que ver necesariamente lo que éste tiene que hacer, cómo debe sacrificarse para poder cancelar su deuda. El sacrificio ya fue hecho; la deuda fue cancelada; el hombre no debe nada, gracias al amor inmerecido de Dios. En otras palabras, el evangelio es de Dios, para beneficiar al hombre. Al escribir a los tesalonicenses, el apóstol Pablo afirmó:

Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el **evangelio de Dios...** porque os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; como trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el **evangelio de Dios** (1Tes. 1:8,9).

Además de ser de Dios, el evangelio es “las buenas nuevas” de Jesucristo; es lo que Dios hizo a través de Cristo en favor nuestro. En la introducción al libro a los Romanos, el apóstol Pablo subraya en forma magistral estos dos aspectos salientes del evangelio. Notemos:

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el **evangelio de Dios**, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, **acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo** (Rom. 1:1,2).

El evangelio es de Dios; es las buenas nuevas de lo que él hizo por medio de Jesucristo. El versículo sin duda más conocido de la Escritura resalta hermosamente esta verdad fundamental: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

El evangelio no tiene que ver con nosotros, sino que es ^{para} para nosotros, es para nuestra salvación. Tiene que ver con lo que Dios hizo en Cristo. Siempre existe la tentación de centrar el evangelio en el hombre, en lo que éste tiene que hacer, en sus deberes; o por lo menos tratar de “agregar” al evangelio de la gracia de Dios alguna dimensión humana. El apóstol Pablo se encontró con una situación tal en cierta oportunidad, y su reacción nos habla de la seriedad con que él vio el asunto. Algunos “judaizantes” habían llegado a las iglesias de Galacia, insistiendo que el evangelio de la gracia de Dios debía ser complementado por “las obras de la ley” (circuncisión, fiestas, leyes). Con visible indignación el apóstol protestó:

Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que

haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio, diferente al que os hemos anunciado, sea anatema (Gál. 1:6-8).

El evangelio es eterno

Según lo indica el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis, el evangelio que la iglesia tiene que predicar, y con renovado entusiasmo al acercarse al final del recorrido, es “el evangelio eterno” (Apoc. 14:6). Es el plan de salvación concebido en la mente de Dios aún antes que entrara el pecado en el mundo, pero anunciado en el momento en que hizo su temible aparición. Tan pronto como Adán pecó, fue sorprendido con el evangelio, con el anuncio del amor de Dios, de un sustituto, con el anuncio de que alguien tomaría su lugar para que él pudiera tener una nueva oportunidad.

Si bien es cierto que hay un solo evangelio, que es de Dios, manifestado en Cristo, y que es eterno, es tan enorme, tan profundo, que nadie puede comprenderlo en toda su amplitud, y mucho menos expresarlo. Lo que sí podemos hacer es enfocarlo desde distintos ángulos para tratar de descubrir nuevas facetas, nuevas dimensiones que no habíamos notado antes. Y al hacerlo, debemos estar siempre conscientes de que todos nuestros esfuerzos serán limitados, que todo lo que lograremos serán sólo reflejos pálidos de lo que es la realidad.

El evangelio en el Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento abunda en enseñanzas acerca del Señor Jesús. Nos habla acerca de él por medio de tipos, de figuras, de símbolos, de sombras. En este trabajo nos proponemos visualizar el evangelio desde esta perspectiva, porque el mismo evangelio, el evangelio eterno, se encontraba

presente en el Antiguo Testamento, pero expresado en una forma diferente. El Señor Jesús nos animó a tratar de encontrarlo, de descubrirlo en sus páginas. Hablando con los judíos cierto día, les dijo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y **ellas son las que dan testimonio de mí**” (Juan 5:39).

Es claro que el Señor tenía en mente el Antiguo Testamento cuando se refirió a las Escrituras, ya que el Nuevo Testamento no existía todavía. En otro lugar fue aún más específico al señalar su presencia en el Antiguo Testamento. Mientras se encaminaba hacia la aldea de Emaús el domingo después de la resurrección, les dijo a los dos caminantes que lo acompañaban: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, **les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían**” (Lucas 24:25,26). Hablando más específicamente del Pentateuco, el Señor reconvino a ciertos judíos por su incredulidad con palabras muy reveladoras; les dijo “porque si creyeseis a Moisés, me creeríais también a mí, **porque de mí escribió él**” (Juan 5:46). En un capítulo titulado “Cristo en toda la Biblia” se nos dice lo siguiente:

^{Gema} El poder de Cristo, el Salvador crucificado que da vida eterna, debe ser presentado a toda la gente. **Debiéramos mostrarles que el Antiguo Testamento es tan ciertamente el evangelio en tipos y sombras como lo es en el Nuevo Testamento en poder demostrado.** El Nuevo Testamento no presenta una nueva religión; el Antiguo Testamento no presenta una religión que sería suplantada por el Nuevo. **El Nuevo Testamento no es más que el avance y desarrollo del Antiguo** (6 T, p. 392).

Sólo es posible percibir el evangelio en el Antiguo Testamento si uno tiene un alto concepto de la naturaleza de

la Escritura; en otras palabras, si uno acepta que la Biblia es la palabra inspirada de Dios, y por lo tanto admite el elemento sobrenatural, es decir, que Dios interviene directamente en la historia; que la revelación es, además, progresiva. Esto incluye aceptar la presencia de profecía predictiva en la Escritura. Esta predicción puede ser verbal o en tipos y símbolos. Una predicción verbal se encontraría en esas porciones de la Escritura que anuncian, ya sea en prosa o en poesía, algo relacionado con el mundo venidero. Pero además hay predicciones que involucran algún tipo, o figura, que pueden ser personas ("Adán es figura [tipo, en griego] del que había de venir" [Rom. 5:14]); o instituciones (la pascua es un tipo de Cristo, "nuestra pascua" [1 Cor. 5:7]); eventos (el éxodo, porque "estas cosas sucedieron como ejemplos [tipos, en griego] para nosotros" [1 Cor. 10:6]); o cosas (la roca en el desierto "era Cristo" [1 Cor. 10:4]); la serpiente levantada por Moisés en el desierto es un tipo de la cruz (Juan 3:14-16).

Un ejemplo muy claro de estas dos clases de predicciones lo encontramos en Génesis 3, en la respuesta, en el evangelio que Dios anunció a Adán luego de su pecado. En primer lugar, dicha en forma verbal, la encontramos en el versículo 15, donde Dios anuncia, verbalmente, que la serpiente heriría a la simiente de la mujer, Cristo Jesús, en el calcañar. Esta primera promesa del evangelio apuntaba a la cruz, donde Cristo sería 'herido' por nuestros pecados. Al mismo tiempo anuncia que a través de la cruz, Jesús aplastaría la cabeza de la serpiente y obtendría la victoria definitiva sobre el enemigo del hombre.

Pero además está anunciado en forma tipológica. La obra de Cristo se encuentra muy claramente *tipificada* en el versículo 21, donde dice que "Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió." Dios les dio a nuestros primeros padres en tipos y símbolos lo que les había anunciado verbalmente en el versículo 15. Aunque no



tenemos todos los detalles, evidentemente un cordero fue sacrificado para que Adán y Eva pudieran beneficiarse con su piel; este cordero tipificaba a Cristo, “el Cordero de Dios” (Juan 1:19), que daría su vida a favor del pecador. La túnica de piel era además un tipo hermoso de la justicia de Cristo que cubriría al pecador arrepentido, ya que éste está desprovisto de toda justicia. Y esto en contraste con el delantal de hojas de higuera que Adán y Eva habían confeccionado con sus propias manos, y que desde entonces ha simbolizado todo tipo de esfuerzo humano por lograr la reconciliación con Dios; ha representado todo tipo de esfuerzo por confundir el evangelio, las buenas nuevas, como la obra del hombre en vez de lo que es en realidad, la obra de Dios.

El libro de Éxodo contiene mucha enseñanza para nosotros. Todo el episodio de la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia y su peregrinación por el desierto rumbo a la tierra prometida, al amparo de la nube, tiene una correlación, aun en muchos detalles, con la liberación del cristiano de la esclavitud espiritual y su marcha por la vida rumbo al hogar celestial. Nuestro propósito es tratar de descubrir aspectos del evangelio presentados en los tipos y figuras de la experiencia del éxodo, ya que Moisés, al mismo tiempo que escribió la historia del pueblo de Israel, habló de Jesús (Juan 5:46).

I

Una clave reveladora

Hace algún tiempo alguien nos envió un recorte de periódico con una noticia aparentemente interesante. El artículo se titulaba: “Claves ocultas en los rollos del Pentateuco pueden probar la existencia de Dios.” Se decía que el Pentateuco (los primeros cinco libros del Antiguo Testamento), había sido sometido a un estudio cuidadoso por medio de computadora, con resultados sorprendentes. Indicaba el artículo que si se tomara el manuscrito hebreo del Génesis y se localizara la primera letra **T**, cada 49 veces que aparece la misma letra, se encontraría la palabra **Torah**, que en hebreo significa *ley*. Además, que en el libro de Éxodo, a partir de la primera vez que aparece la letra **Y**, cada séptima vez que se repite la misma letra indica el comienzo de la palabra **Yahweh**. Y todo eso probaría, supuestamente, el origen divino del Pentateuco, ya que sería muy difícil suponer que el autor de estos libros hubiera podido diseñar algo tan complejo, máxime sin contar con el auxilio de la tecnología moderna.

El artículo parecía proceder de uno de esos periódicos que se encuentran a la salida de los supermercados, que son de

corte sensacionalista y se especializan en cosas llamativas, sin mayor preocupación por la veracidad de lo que afirman. Por lo menos nunca hemos visto nada al respecto proveniente de alguna fuente seria, digna de confianza. Además, para que lo afirmado en ese artículo pudiera ser posible, sería necesario contar con los autógrafos, o sea los manuscritos originales escritos por Moisés, cosa que no poseemos. Lo que tenemos son copias bastante distantes de los originales, copias que contienen cierta cantidad de variantes, lo que haría imposible aplicar la mencionada estrategia literaria.

Gracias a Dios que nosotros no necesitamos depender de un análisis de computadora para decidir si el Pentateuco, y el resto de la Escritura, es inspirado o no. ~~Tenemos suficientes evidencias para aceptar el hecho de que, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios, totalmente fidedigna. Poseemos una cantidad de pruebas incontrovertibles que así lo indican.~~

El Pentateuco contiene una clave, sin embargo, que si la descubrimos, nos ayudará a entender mejor las maravillas y la profundidad del plan de salvación, presentado con mayor detalle en el resto de la Escritura, especialmente en el Nuevo Testamento. ~~Si nos detenemos a estudiar los libros del Pentateuco desde un punto de vista teológico, descubriremos algunas revelaciones extraordinarias.~~ Veamos qué enseñanzas obtenemos, a continuación, al tratar de descubrir el centro teológico, doctrinal, de cada uno de los libros del Pentateuco.

Génesis

El libro de Génesis nos habla del origen de todas las cosas, de la creación del mundo y de todo lo que hay en él, de la entrada del pecado y sus consecuencias, del diluvio, de la torre

de Babel y de muchas otras cosas. Pero si tratamos de descubrir su centro teológico, veremos que su doctrina central es la **elección**. Dios decidió, soberanamente, crear al hombre a su imagen y semejanza; y así lo hizo. Los primeros dos capítulos nos dan detalles de cómo llevó a cabo esta obra maravillosa. Después que éste pecó, tuvo que salir del Edén, como lo registra el capítulo tres. Años más tarde Dios eligió, o llamó, a Noé con la misión de amonestar a un mundo sumido en la maldad de la destrucción que vendría sobre toda la tierra. Más tarde llamó a Abraham, el padre de los fieles, quien abandonó su tierra y salió rumbo a Canaán. Luego escogió a Isaac, a Jacob, a José, quien fue a Egipto, donde fue seguido más tarde por su familia. Con el pasar del tiempo la familia de Jacob fue esclavizada por los egipcios, y al ser libertados, dio origen al pueblo *elegido* de Dios. ~~El plan de salvación en Génesis es que~~ **Dios es soberano. Él toma la iniciativa, Él elige y Él decide.**

La salvación del hombre, de igual manera, comienza con la iniciativa divina. Tan pronto como Adán pecó, Dios se hizo presente en el Jardín del Edén con la gran pregunta: “¿Dónde estás tú?” El plan de salvación no comienza con ningún tipo de iniciativa o contribución humana. Es Dios quien se interesa y sale en busca de sus hijos extraviados. En el capítulo 15 del evangelio de Lucas se registra una serie de parábolas que Jesús contó ilustrando esta verdad central. En una de ellas, la de la oveja perdida, leemos lo siguiente: “¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?” (Lucas 15:4).

Todo lo que el hombre puede hacer, a nivel personal, es responder a la iniciativa divina. En el último libro de la Biblia encontramos las hermosas palabras que encierran tanta verdad: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él

conmigo” (Apoc. 3:20). Dios todavía es soberano, todavía toma la iniciativa, e invita al pecador a recibir la salvación; si éste no se resiste, será atraído. Al respecto se nos dice: **“El hombre puede resistir a este amor, puede rehusar ser atraído a Cristo; pero si no se resiste, será atraído a Jesús;** el conocimiento del plan de la salvación le guiará al pie de la cruz, arrepentido de sus pecados, los cuales causaron los sufrimientos del amado Hijo de Dios” (CC, p. 29). Notemos lo siguiente:

Alma desalentada, ánimoate aunque hayas obrado impíamente. No pienses que *quizá* Dios perdonará tus transgresiones y permitirá que vayas a su presencia. **Dios ha dado el primer paso.** Aunque te habías rebelado contra él, **salió a buscarte.** Con el tierno corazón del pastor, dejó las noventa y nueve y salió al desierto a buscar la que se había perdido. Toma en sus brazos de amor al alma lastimada, herida y a punto de morir, y gozosamente la lleva al aprisco de la seguridad (PVGGM, p. 147).

Éxodo

✧ El libro de Éxodo, como su mismo nombre lo indica, relata la salida del pueblo de Israel de la cautividad egipcia. Después de cuatrocientos años en Egipto, y muchos de ellos como esclavos, los israelitas salieron de Egipto rumbo a Canaán. Y salieron porque Dios tomó la iniciativa: él decidió sacarlos. En este libro también encontramos el Sinaí, donde Dios le dio leyes a su pueblo y todas las instrucciones para la construcción del santuario. Doctrinalmente, sin embargo, el centro del libro del Éxodo, su doctrina principal, es la **redención**. El pueblo de Israel no sólo salió de Egipto, sino que fue redimido; se pagó un precio por la liberación de los esclavos. Dios elige con un propósito: para redimir. Él toma la iniciativa y nos busca porque quiere redimirnos. Al respecto escribió el apóstol Pablo:

Porque nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados del Señor, de **que Dios os haya escogido desde el principio para salvación...** (2 Tes. 2:13).

Este es el gran mensaje del evangelio. Dios elige (Génesis) con el propósito de redimir a los elegidos (Éxodo). En Cristo todos hemos sido elegidos para salvación, ya que él “quiere que **todos** los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:4). El plan de redención concluye con un hermoso cántico, según el vidente de Patmos: “y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apoc. 5:9).

Levítico

El nombre de este libro se deriva de la tribu de Leví, la tribu que fue elegida para encargarse del sacerdocio, de los detalles de la conducción del culto. Es un libro que contiene muchas leyes, especialmente con respecto al sacerdocio; leyes que tienen que ver con los sacrificios y las ofrendas, incluyendo el día de la expiación. Además contiene muchas otras instrucciones con respecto a la vida de los israelitas. No es difícil, sin embargo, descubrir el foco doctrinal central de este libro: es la **adoración**. Todo el sistema de sacrificios y las leyes del culto señalan este deber de los hijos de Dios y les mostraba cómo debían adorar a su Hacedor. Relacionado con lo que dijimos con respecto a los libros anteriores, podemos decir que Dios elige y redime con un propósito: que los redimidos le adoren y le sirvan. Durante el ministerio de Moisés en Egipto este propósito fue constantemente repetido, casi a manera de un lema: “deja ir a mi pueblo, para que me sirva.” Lo cual quiere decir que Dios tiene planes, un

propósito bien definido para sus hijos redimidos. No los redime para dejarlos librados a sus propias iniciativas; los redime para él, y mediante la adoración quiere acercarlos a su corazón, elevar sus vistas de lo terrenal y pasajero a lo celestial y permanente.

Vale decir que una persona redimida adora a Dios y le sirve; no vive más para servirse a sí misma. La redención cambia el centro de interés, del yo, al Redentor y al prójimo. El mayor enemigo que todos tenemos es el yo, y toda vida que se centra en el yo, se malgasta. Servir, dar, es la ley de la vida, y quien no da, eventualmente muere; el egoísmo destruye. Dios nos pide que le sirvamos, que le adoremos, porque desea nuestro bien, nuestra superación. Calvino entendía que el objeto supremo del cristianismo es “adorar a Dios y gozarlo para siempre,” es decir, la adoración, la entrega del alma al Creador debe producir gozo en la vida del hijo de Dios; nunca será una carga.

Uno de los capítulos hermosos del Pentateuco, al cual nos referiremos en más detalle más adelante, es el que relata lo que los israelitas, una vez redimidos, hicieron al otro lado del Mar Rojo: ¡Cantaron! ¡Adoraron! ~~Solo una persona redimida por la gracia de Dios, y que está consciente de ello, puede adorar de veras, en espíritu y en verdad!~~

Números

El título de este libro en hebreo es simplemente “en el desierto” y cuenta la travesía del pueblo redimido mientras marchaba hacia la tierra prometida. Este libro contiene muchos censos, muchos números, de ahí el título en la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento): Números. Contiene, además, innumerables lecciones muy valiosas para nosotros hoy, ya que nosotros también estamos

involucrados en una marcha, en una travesía hacia la tierra prometida.

La doctrina central de Números, indudablemente, es la **perseverancia**. Aunque el pueblo había sido redimido de la esclavitud por medio de la intervención poderosa de Jehová, todavía no estaba en Canaán; le faltaba varias jornadas por el desierto. El hecho de que había sido redimido no era una garantía de que llegaría, e indudablemente lo más triste de todo el episodio es que muchos nunca llegaron. La marcha iba a ser larga y no siempre fácil; el secreto residía en perseverar confiados en la dirección amorosa de su Redentor. Hablando de nuestro peregrinaje espiritual, el Señor Jesús dijo: “mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.” (Mateo 10:22). Con frecuencia, cuando una persona acepta a Cristo, y se dispone a andar por sus caminos es cuando el enemigo redobla sus esfuerzos para desanimarla y para inducirla a abandonar la marcha. De ahí la necesidad de perseverar, de ser constantes, de no volver hacia atrás.

Pero el libro de Números no sólo habla de la necesidad de la perseverancia del hombre, también pone de relieve la perseverancia de Dios. Dios nos pide que perseveremos y él persevera con nosotros. En medio de todos los contratiempos y dificultades que los israelitas encontraron en el desierto, y de sus constantes murmuraciones, Dios no se apartó de ellos. La nube los acompañó durante toda la travesía y el maná siguió cayendo generosamente hasta que llegaron a los bordes de la tierra prometida. Es animador saber que Dios, todavía hoy, persevera a nuestro lado, en toda circunstancia que nos toca en suerte afrontar. El Señor prometió estar con nosotros “todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). No hay absolutamente ningún tramo del camino que nos tocará recorrer solos; Dios persevera con nosotros.

Deuteronomio

Deuteronomio significa sencillamente **repetición de la ley**. Este libro se compone básicamente de cuatro sermones de Moisés que fueron pronunciados cuando el pueblo estaba ya en las mismas fronteras de la tierra prometida. Siendo que contiene mayormente repetición, se hace un poco más difícil encontrar su centro doctrinal; sin embargo, hay una palabra que más que ninguna otra describe el propósito de este libro: es la palabra **seguridad**. Moisés repasa el pasado, las maravillas que hizo Dios y su fidelidad inalterable, y les dice a los israelitas que no necesitan temer el futuro, a menos que olviden como Dios los ha guiado en el pasado. Escuchemos algunas de sus palabras:

No temáis, ni tengáis miedo de ellos. Jehová vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, él peleará por vosotros, **conforme a todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto delante de vuestros ojos. Y en el desierto has visto que Jehová tu Dios te ha traído**, como trae el hombre a su hijo, por todo el camino que habéis andado, hasta llegar a este lugar (Deut. 1:29-31).

Las palabras conocidas de E.G. de White resumen bien el propósito del libro de Deuteronomio: |“No tenemos nada que temer del futuro a menos que olvidemos la manera en que el Señor nos ha guiado, y sus enseñanzas en nuestra historia pasada” (9 T, p. 10).

Esta es una de las grandes y hermosas verdades de la Palabra de Dios y subraya lo que es la esencia de la vida cristiana. Nuestra seguridad está en el Señor y está garantizada por lo que él ha hecho en el pasado. Depende de él, y no de nosotros. Escribiendo a los efesios, el apóstol Pablo les recuerda: “conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, **en quien tenemos seguridad** y acceso con confianza por medio de la fe en él” (Efe. 3:11,12). A veces

tenemos la tendencia a mirar al futuro con aprehensión, nos intimidan los nubarrones que se levantan. **El libro de Deuteronomio** nos recuerda que el Dios del pasado es también el Dios del presente y del futuro, y que cuanto más oscuras sean las nubes que se levantan y más incierto parezca el camino, más insistentes debiéramos ser en mirar al pasado, a lo que Dios ya hizo a fin de recobrar el ánimo sabiendo que él persevera siempre a nuestro lado.

Cuando estudiamos el Pentateuco debemos recordar que tiene una clave maravillosa, a través de la cual podemos discernir los propósitos de Dios. El Pentateuco nos dice que Dios en su misericordia nos elige con el propósito de redimirnos; luego nos invita a adorarle, a servirle; nos pide que perseveremos y nos asegura que él persevera con nosotros. Además, nos invita a avanzar confiados, sabiendo que mientras no olvidemos las maravillas que él ha hecho en el pasado a nuestro favor y no perdamos nuestra confianza en él, no tenemos nada que temer, ni del presente ni del futuro. Podemos confiar siempre en él.

Leíamos hace un tiempo la historia de una pareja de turistas que se encontraba cierto día visitando los alrededores de una ciudad. Había montañas y quebradas en el terreno, pero todo presentaba un cuadro encantador. De pronto vieron una flor hermosa que se asomaba entre unas piedras en un barranco. Aunque no estaba muy lejos, era imposible alcanzarla, ya que estaba prácticamente colgando sobre un precipicio. En ese momento vieron a un muchacho que se paseaba en la cercanía y lo llamaron. Le mostraron la flor, la señora le dijo cuantos deseos tenía de poder poseerla y le sugirieron un plan para que él les ayudara a conseguirla. Le dijeron que le atarían una cuerda bien fuerte alrededor de la cintura y que él podría asirse de la cuerda con una mano. Ellos, parados firmemente en terreno seguro, sostendrían la cuerda, bajándolo



lentamente hasta que tomara la flor, y entonces lo levantaría otra vez. Por hacerles ese favor le darían algunas monedas. El muchacho se entusiasmó con la oferta, pero sin decir una palabra salió corriendo hacia su casa, que no quedaba lejos. Cuando lo llamaron y le preguntaron a dónde iba, casi sin detenerse les gritó: "Voy a llamar a mi papá para que él tenga la cuerda." ¡Qué confianza en su padre! Si él sostenía la cuerda, ningún precipicio le causaba temor.

En una manera hermosa la teología del Pentateuco nos enseña que Dios es un padre amoroso, que podemos entregarnos a él y descansar confiados, que si él 'tiene la cuerda,' nada ni nadie podrá frustrar sus planes para nuestra salvación. A través del Pentateuco encontramos aspectos muy básicos y alentadores del plan de salvación, plan que se encuentra ampliado y presentado con más detalles en el resto de la Escritura. En los capítulos siguientes nos concentraremos más específicamente en el libro de Éxodo, donde se encuentran dimensiones hermosas y muy actuales del evangelio.

2

Una historia incomparable

En el capítulo anterior notamos que el Pentateuco contiene, en su misma estructura, una secuencia extraordinaria de conceptos que ilustran diferentes dimensiones del plan de salvación. Nos habla de lo que Dios hace a favor del hombre y también de lo que espera de él. **El libro de Éxodo es, en cierta manera, el corazón, no sólo del Pentateuco, sino de todo el Antiguo Testamento.** Este libro describe la larga noche de la cautividad del pueblo de Israel en Egipto y su gloriosa liberación. Fue la experiencia del éxodo lo que dio existencia a Israel como nación, y aún más, como pueblo escogido de Dios. Dios mismo se refería a ellos como “mi pueblo” (3:10), o como “las huestes de Jehová” (12:41).

Cuatro siglos antes habían entrado a Egipto un total de setenta personas (1:5), y ahora los descendientes de Jacob se contaban por decenas de millares (12:37). El éxodo fue una experiencia tan central en la vida del pueblo de Israel que llegó a ser deber de los padres relatarla periódicamente a sus hijos a fin de que siempre la mantuvieran fresca en sus mentes (13:8). Las generaciones futuras no debían olvidar jamás la realidad y la dureza de la esclavitud, ni tampoco la gracia y el

poder de Dios manifestados en su liberación. El amor de Dios, revelado en forma tan extraordinaria a su favor, debía proveer la motivación para una vida de obediencia, lealtad y servicio a su Redentor.

En este capítulo daremos un vistazo al libro de Éxodo, su contenido general, sus distintas partes y su importancia, no sólo para el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, sino también el lugar que el evento del éxodo ocupa en el Nuevo Testamento y la importancia que tiene para nuestra comprensión del plan de redención. En los capítulos siguientes, nos detendremos para analizar algunos aspectos específicos del plan de salvación sugeridos por los tipos y figuras que se encuentran en este libro extraordinario.

Los rigores de la esclavitud

Habían pasado ya cuatrocientos años desde el momento en que un puñado de personas había llegado al país, huyendo de la escasez y del hambre. Es interesante notar que este período de cuatrocientos años ocupa sólo siete versículos en el libro (1:1-5). No hay ninguna evidencia de la presencia o la actividad de Dios entre el pueblo durante todo este tiempo, con la posible excepción de la referencia a su crecimiento y preservación. No se menciona ningún personaje saliente o importante que haya surgido a lo largo de estos años. La Escritura guarda silencio con respecto a este período. Todo lo que sabemos es que los israelitas al llegar a Egipto, favorecidos por la influencia de José, se habían instalado en Gosén, lo mejor de la tierra (Gén. 45:10,18) pero que con el transcurrir del tiempo las cosas habían cambiado radicalmente.

Se levantó un rey en Egipto “que no conocía a José” (1:8), es decir, que desconocía el hecho de que José había sido el

instrumento para preservar con vida a Egipto y a otros pueblos. Durante este tiempo, sin embargo, Dios había cumplido su promesa de que los descendientes de Abraham se multiplicarían y llegarían a ser “una nación grande” (Gén. 12:2); también Jacob había recibido una promesa similar. Mientras se encaminaba hacia Egipto con su familia, Dios le dijo en visiones de la noche: “Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas de descender a Egipto, **porque allí yo haré de ti una gran nación**” (Gén. 46:3).

El crecimiento del pueblo de Israel en la tierra de Egipto llegó a ser percibido por el nuevo faraón como un peligro, como una situación que había que controlar sin pérdida de tiempo. Le dijo a su pueblo, tal vez exagerando un poco: “He aquí el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros” (1:9). En la eventualidad de una guerra, estos intrusos podrían plegarse a los enemigos y pelear contra el pueblo de la tierra. “Seamos sabios” (1:10), se dijo el rey; era urgente hacer algo para adelantarse a cualquier problema futuro; siempre es mejor prevenir que lamentar.

La estrategia ideada por el rey se desarrolló en tres partes. En primer lugar, impuso sobre los hebreos tareas sumamente pesadas; decidió abrumarlos con trabajo; lo que les pedía era inhumano (5:6,7). Les hicieron construir ciudades para el faraón (1:11) bajo la vigilancia cruel de comisarios y tributos que los molestaban, y aún “azotaban a los capataces de los hijos de Israel que los cuadrilleros de Faraón habían puesto sobre ellos” (5:14). El propósito evidente era desmoralizarlos, desarrollar en ellos una mentalidad de esclavos, quebrantarles la voluntad, destruir su auto estima y toda posibilidad de iniciativa propia. Una persona así doblegada y disminuida difícilmente iba a pensar en rebelarse, o en tratar de huir.

La segunda parte de la estrategia fue aún más cruel;

consistió en un plan de matar a todos los niños varones en el momento de nacer. Con ese fin el faraón dio órdenes a las parteras egipcias de que cuando asistieran a una mujer hebrea en un parto, si el que nacía era varón debían matarlo, y si era niña, debían dejarla con vida (1:15,16). Y aunque esta parte del plan no prosperó porque Dios intervino visiblemente a favor de los pequeños por medio de las parteras que “temieron a Dios” (1:17) y se rehusaron a obedecer la orden del rey, las intenciones diabólicas del faraón eran muy claras. De haber prosperado el plan, la población de Israel se hubiera reducido eventualmente a sólo mujeres, lo cual, obviamente, hubiera eliminado virtualmente mucho del peligro. ●

En tercer lugar, viendo que sus propósitos se habían frustrado debido a la actitud temerosa de las parteras, el faraón dio órdenes a todo el pueblo, diciendo: “echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija preservad la vida” (1:22). A través de todo el capítulo se percibe la tensión entre el esfuerzo de un rey por destruir al pueblo de Israel y el esfuerzo de otro Rey por salvarle la vida. Es precisamente en este contexto de crueldad, de inhumanidad, que nace Moisés, el futuro libertador. La manera en que su vida fue preservada por su madre temerosa de Dios y su posterior adopción por la hija del rey, del mismo rey que había dado la orden de exterminar a todos los niños varones, es en sí misma parte del gran milagro del éxodo. ¡Cuán claramente se percibe la mano de Dios dirigiendo todos los detalles! 1

La verdad es que los israelitas se encontraban en una situación muy difícil. Lejos de ser los privilegiados, los hermanos del primer ministro y poder vivir en paz en la tierra de Gosén, se habían convertido en lo despreciado de la tierra, en objetos de explotación. La mano del faraón era tan pesada que los israelitas vivían gimiendo, sin la menor posibilidad de encontrar jamás alivio y mucho menos liberación. Había

llegado, sin embargo, “el cumplimiento del tiempo,” la hora de la liberación. Dios se había acordado de su pacto y se estaba preparando para actuar, para intervenir a favor de los esclavos. Como sucede con frecuencia, aun en la vida personal, los momentos de mayor apremio, desesperación e impotencia para el hombre, son los momentos cuando Dios se especializa en actuar. El libro de Éxodo narra la acción de Dios a favor de los esclavos.

Contenido del libro

Si tratáramos de bosquejar el libro de Éxodo encontraríamos que en su misma estructura se encuentra una enseñanza muy especial: presenta en forma sistemática la concepción y la ejecución del plan de rescate. Hay varias formas en que se ha tratado de bosquejar este libro.

Aunque se pueden encontrar bosquejos diferentes, algunos más detallados que otros, en general todos coinciden en los puntos esenciales, ya que el libro está claramente estructurado. El bosquejo que presentamos a continuación nos parece que, aun sin ser muy detallado, presenta de manera fácil de captar y de recordar, los aspectos principales del libro y hace justicia a la progresión que se nota en el desarrollo de su contenido.

- I. **1-6** Necesidad de redención (debido a la esclavitud).
- II. **7-11** Poder del Redentor (manifestado en las plagas, los juicios).
- III. **12-18** Carácter de la redención (sustitución; basado en sangre).
- IV. **19-24** Deberes de los redimidos (renovación del pacto, Sinaí).
- V. **25-40** Adoración y provisiones para las debilidades de los redimidos (en el servicio del santuario).

Notamos que el contenido de Éxodo exhibe una progresión lógica y hermosa. Primero establece y describe la situación desesperante de los israelitas en Egipto. Enseguida pasa a resaltar el poder de Dios; lo que es imposible para el hombre, es posible para Dios. Sólo él puede resolver la dificultad en la que se encuentran. Una vez establecido este hecho, muestra cómo Dios actuó para liberarlos; el éxodo fue su obra. Después de que los cautivos fueron liberados por la gracia soberana de Dios, fueron llevados al Sinaí, donde recibieron leyes, mandamientos; donde se les mostró, en realidad, sus deberes como redimidos. Finalmente establece el santuario, donde los redimidos podrían adorar a Dios y encontrar perdón para sus errores y equivocaciones.

El éxodo en el Nuevo Testamento

El libro de Éxodo no es solamente clave en el Antiguo Testamento, sino que también provee en gran medida, en tipos y figuras, la base de la soteriología del Nuevo Testamento. Es interesante notar que el libro de Romanos, que presenta en forma detallada y sistemática el plan de salvación, sigue, en su conjunto, un esquema muy similar al libro de Éxodo,

Notamos que la primera parte del libro de Éxodo especifica la realidad de la esclavitud. De igual manera el libro de Romanos dedica parte del capítulo uno, todo el capítulo dos, y parte del tres para establecer la realidad de la esclavitud espiritual de la humanidad. Establece en esta sección que todos, tanto judíos como gentiles “están bajo pecado” (Rom. 3:9); que “no hay justo, ni aun uno” (Rom. 3:10), con el propósito de que “toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Rom. 3:19).

La segunda parte del libro de Éxodo habla del poder del Redentor, como el único que puede liberar a los cautivos.

Igual en el libro de Romanos; establece que el evangelio revela “la justicia de Dios” (Rom. 1:17), por lo cual la única esperanza para la humanidad esclavizada es “la justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo” (Rom. 3:22), ya que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23).

Seguidamente, el libro de Éxodo habla de la liberación de los israelitas como la obra de la gracia de Dios: “yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto,” les anunció el Señor, “y os libertaré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes” (6:6). Igual en el libro de Romanos; hablando de nuestra liberación espiritual dice: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación...” (Rom. 3:24,25).

El libro de Éxodo presenta luego los deberes de los redimidos, su marcha por el desierto, el Sinaí, la ley de Dios; en forma similar el libro de Romanos habla de la santificación, de la obra del Espíritu Santo, de la ley que es “santa, justa y buena” (7:12), además de todas las instrucciones prácticas de la última sección del libro (capítulos 12-16). Se nota una correlación tan admirable entre la estructura de estos dos libros, que hace pensar que el apóstol Pablo tenía abierto el libro, o extendido el rollo, de Éxodo delante de sí mientras bosquejaba su propio libro.

No sólo se observa una correspondencia en el esquema de los libros mencionados, sino que también se encuentra en una gran cantidad de detalles a través del Nuevo Testamento. A veces no notamos que la admonición del apóstol Pablo en su carta a los corintios: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo [tipo, en el original], y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Cor. 10:11), se refiere específicamente al éxodo.

Sólo tenemos que leer los primeros diez versículos del capítulo para notarlo. El capítulo comienza diciendo: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis, que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar, y todos en Moisés fueron bautizados,” y así sigue hablando de las experiencias del pueblo al salir de Egipto. Para el apóstol, la experiencia del éxodo contenía lecciones y enseñanzas muy valiosas, ya que fueron escritas para nosotros, para nuestra enseñanza.

Es muy importante notar, además, que otros escritores del Nuevo Testamento también vieron en la experiencia del éxodo un tipo de la liberación que logró Cristo, y vez tras vez se refirieron a ella. La liberación de Israel de la cautividad egipcia tipifica la liberación espiritual del cristiano: el faraón, enemigo de Dios y de su pueblo, sugiere a Satanás. La esclavitud física de Israel es comparable a nuestra esclavitud espiritual; Egipto representa el mundo; Moisés es un tipo de Jesús, el gran libertador; el cordero, el símbolo adecuado de Cristo, el Cordero de Dios. Dios sacó a los esclavos de Egipto con “mano fuerte,” en forma poderosa; el éxodo es la obra exclusiva de Dios, símbolo de la manera en que nosotros somos libertados: por su gracia, sin la intervención del agente humano.

Además, el vocabulario que usan los escritores del Nuevo Testamento para expresar la obra redentora de Cristo es, en gran medida, vocabulario del éxodo; se encuentran con frecuencia palabras tales como: **esclavitud, esclavo, liberación, libertad, redención, cordero, sangre, pascua, maná, roca, nube, serpiente.** Jesús mismo habló de su misión como la que traía liberación genuina; notemos su diálogo con los judíos:

Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abram somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado... Así que, si el hijo del Hombre os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan 8:31-36).

Uno de los incidentes muy singulares que registra el Nuevo Testamento es lo que conocemos como la transfiguración, cuando Jesús, quien vino a vivir como un hombre entre los hombres, por un breve momento dejó de lado los ropajes deslucidos de la humanidad y apareció transfigurado, en toda la gloria celestial. De ese momento nos dice la Escritura:

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías hablando con él (Mateo 17:1-3).

Según el relato bíblico, Moisés y Elías se entrevistaron con Jesús en la montaña, momentos antes de que el Señor consumara la liberación de su pueblo. En lo que respecta al tema que nos ocupa, este incidente contiene un detalle al que queremos llamar la atención, ya que las traducciones a las que estamos acostumbrados generalmente no nos permiten verlo. En la versión en español que estamos usando dice que Jesús y los dos visitantes celestiales hablaron “de su partida;” mientras otras hablan de su muerte, lo cual está bien; sin embargo en el texto griego la palabra usada es **éxodo** (Lucas 9:31). Cristo, el gran libertador, al igual que el Moisés de antaño, estaba a punto de llevar a cabo un éxodo, estaba por sacar al pueblo de la esclavitud espiritual. Este sería el

verdadero éxodo, hermosamente tipificado en el primero, en la liberación del pueblo de Israel de la servidumbre egipcia.

El éxodo y nosotros

Todo esto nos sugiere que el éxodo es más que un evento del lejano pasado que nos relata la historia de cómo un pueblo, que había sido largamente oprimido, pudo abandonar la esclavitud para encaminarse hacia un futuro mejor, a su propia tierra, lleno de esperanzas. El éxodo tiene que ver con nosotros, nos habla de la realidad de cada ser humano. Nos recuerda que nosotros también hemos nacido en la esclavitud, pero que hay posibilidades de salir de ella, y que nuestra única esperanza consiste en que venga en nuestro auxilio el Moisés celestial, Cristo Jesús. Y las buenas nuevas son que el Libertador ya vino; el faraón con todo su ejército ya fue vencido; el Cordero pascual ya fue sacrificado. Nada ni nadie debiera detenernos por más tiempo en Egipto. El éxodo nos invita a poner nuestra fe, toda nuestra confianza en la sangre del Cordero, y a emprender la marcha. Nos enseña que podemos ser libres, verdaderamente libres.

El destino que nos espera no es ya más una tierra que fluye leche y miel, una tierra en esta tierra, sino las moradas celestiales que el Señor Jesús fue a prepararnos después de su ascensión (Juan 14:1-3). Nos espera una tierra nueva donde “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas son pasadas” (Apoc. 21:4). Esta dimensión gloriosa ya estaba incluida en la promesa original dada a Abraham, porque el patriarca “esperaba la ciudad que tiene fundamento, cuyo artífice y constructor es Dios” (Heb. 11:10). El éxodo es una invitación a vivir libres, genuinamente libres, a disfrutar de la libertad que nos ofrece el evangelio.

Lo incomprensible en la historia del éxodo original es que muchos de los que habían sido liberados seguían siendo esclavos en sus almas; todavía soñaban con Egipto y deseaban volver; sus pies se encaminaban hacia Canaán pero sus corazones estaban todavía en la tierra de la esclavitud. Habían salido de Egipto, pero Egipto no había salido de ellos. Y es por eso que iban quejándose y murmurando en vez de disfrutar de la libertad que habían conseguido, y aún más sabiendo lo que les esperaba en Canaán.

Con cuanto realismo su experiencia ilustra el peligro que está siempre al acecho del cristiano. Cuantos cristianos hay que viven a medias; emprenden la marcha, mientras que en algún sentido no cortan con todo lo que los amarra al mundo. Los tales se defraudan a sí mismos. Pudiendo ser verdaderamente libres, viven a medias, aspiran muy poco, y por consiguiente, disfrutan muy poco. No gozan lo que parece ofrecer el mundo, porque saben intelectualmente que no les conviene, que es negativo, que esclaviza, que destruye. Y al mismo tiempo no disfrutan de la libertad que les ofrece Cristo, porque consideran que es demasiado entregarle del todo el corazón, y se reservan algo; y es precisamente lo que se reservan lo que los detiene, lo que les roba la perspectiva y los hace vivir a medias.

Una maestra estaba enseñando una clase de Biblia a un grupo de pequeños en su escuela. Ese día le tocó enseñar la historia del ciego Bartimeo. Trató de hacerles bien claro a los niños lo difícil y triste que habrá sido la vida de este muchacho durante todos esos años que vivió en la oscuridad, sin poder ver, sin poder percibir la belleza de las cosas, la sonrisa de los amigos; sin poder participar con ellos de sus juegos, de sus aventuras. Nunca había visto una puesta de sol; no sabía lo que era la belleza de las flores. Pero un día este muchacho desdichado se encontró con Jesús. Jesús se acercó a él, le



habló dulcemente por unos momentos y entonces se produjo el milagro: ¡Bartimeo recobró la vista! ¡Qué diferente se veía todo! Ya no era más “el ciego Bartimeo;” disfrutaba ahora de una visión perfecta, “y seguía a Jesús en el camino” (Marcos 10:52). Queriendo ver cuanto habían captado los niños, qué impresión había hecho en ellos la historia y queriendo al mismo tiempo subrayar su enseñanza, la maestra llamó a Juancito, que estaba sentado en la primera fila, y le dijo con bastante expectativa: “Juancito, cierra los ojos por un momento, bien cerraditos, y dime: si tú fueras ciego, así como Bartimeo, y tuvieras que pasar la vida sin poder ver absolutamente nada, y Jesús se acercara a ti, ¿qué le pedirías?” Y Juancito, que evidentemente había estado un poco distraído, le respondió: “un perro y una cadena.” Oh sí, un perro y una cadena pueden ser de mucha utilidad para una persona ciega. ¡Cuántos se valen de este medio para poder andar! Pero ¿por qué conformarse con un perro y una cadena cuando es posible ver, andar en plena libertad y gozar las bellezas del panorama? La respuesta de Juancito ilustra lo que sucede en la vida de muchos cristianos. Se conforman con muy poco. Se acostumbran a vivir a medias, mientras olvidan que el Señor vino para que tengamos vida, y que la tengamos en abundancia (Juan 10:10).

3

Nacidos en la esclavitud

Según nos informa el relato bíblico, la esclavitud a la cual estaban sometidos los israelitas era real e inhumana. La mano del opresor se hacía sentir pesada sobre los desdichados esclavos, y no había nada que ellos pudiesen hacer para librarse. Todos los intentos humanos para aliviar la situación habían fracasado. No había esperanza de ninguna clase, no había lugar para ningún tipo de optimismo. Los esclavos estaban condenados a seguir siendo esclavos el resto de sus vidas.

Nacidos en la esclavitud

Lo que sin duda no les resultaba fácil de entender era que ellos no tenían, directamente, nada que ver con su lamentable situación. Eran esclavos sencillamente porque habían nacido en Egipto, habían nacido en la esclavitud. Ese era su estatus al nacer, era su suerte. El libro de Éxodo comienza diciendo: "Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob..." (1:1). La situación de los israelitas, su esclavitud, se debía al hecho de que eran descendientes de Jacob, una que ver con la decisión de uno de sus antepasados.

6 Jacob había nacido en Canaán, pero sus descendientes, los que
 ahora eran esclavos, nacieron en Egipto. Ellos no tenían nada
 que ver con el lugar de su nacimiento, Egipto, ni con su estatus,
 7 esclavos. ~~Eran esclavos porque habían nacido esclavos.~~
 Podían no entenderlo, podían quejarse y decir, con cierta
 razón: "¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo no elegí ser esclavo!" Pero
 nada cambiaba su situación. Aunque no eran directamente
 responsables, eran igualmente esclavos. Nacían y morían en
 la esclavitud, sin esperanzas de salir jamás. Todo lo que les
 esperaba era la tarea ardua y monótona de hacer ladrillos para
 su amo, quien los trataba sin ningún asomo de misericordia.
 8 No sólo se beneficiaba con su trabajo, sino que se gozaba en
 explotarlos.

La esclavitud de los israelitas, como ya señalamos, era
 real, era cruel; no eran esclavos a medias, que necesitaban sólo
 un poco de motivación y seguir ciertas estrategias para poder
 conseguir su liberación. ~~No había absolutamente nada que~~
 ellos pudieran hacer para ayudarse. Esta es la razón por la cual
 Dios los liberó, por la cual él los sacó de la tierra de Egipto. El
 9 éxodo fue la obra exclusiva de Dios; fue concebido y
 ejecutado por Dios. Fue Dios quien oyó el clamor del pueblo
 oprimido y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob,
 y sintió compasión. Fue Dios quien llamó al libertador, envió
 las plagas, protegió a los primogénitos y abrió las aguas del
 Mar Rojo para que pasaran en seco. Fue él mismo quien les
 envió maná, proveyó agua de la roca, les envió la nube para
 protegerlos y guiarlos y se manifestó en miles de detalles
 diferentes.

El éxodo fue un milagro

El éxodo fue un evento totalmente sobrenatural; los
 esclavos contribuyeron muy poco a su liberación; a veces, al

contrario, pareciera que le hicieron aún más difícil la tarea a Dios. El relato no deja ninguna duda en cuanto a la naturaleza de la liberación; está bien resumido en las palabras que Dios les dirigiera al pueblo: "... No temáis; estad firmes, y **ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros...**" (14:13). Como alguien sugiriera en otro contexto, todo lo que los israelitas contribuyeron a su liberación fue la esclavitud de la cual fueron liberados. Dios hizo el resto. Es por eso que el episodio es tan glorioso, por lo real y desesperante que era la esclavitud. Es como las estrellas, que brillan más cuanto más negra es la noche. Este es el cuadro que pinta la Escritura de la situación del pueblo de Israel en Egipto.

Lamentablemente, el liberalismo religioso de los últimos tiempos ha tratado de desvirtuar la veracidad de la Biblia como la Palabra de Dios. Para la erudición contemporánea todo lo milagroso o sobrenatural debe ser visto con sospecha. Se trata de explicar todo por medios naturales. La Biblia es un libro que debe ser estudiado en la misma forma como se estudian otros libros de la antigüedad. Es necesario "podarla" de todo aquello que no parece armonizar con los criterios científicos del presente.

Aunque estos eruditos no niegan necesariamente la historicidad de la esclavitud, sí niegan que haya sido tan real. Según ellos fueron los esclavos mismos quienes finalmente maquinaron su escape, por supuesto después de mucho esfuerzo, de mucho sacrificio, de mucha pérdida, y después que hubo corrido mucha sangre. Las plagas no fueron en realidad plagas enviadas sobrenaturalmente, como lo afirma la Escritura. Siempre hubo moscas, ranas y piojos; es posible que por alguna razón haya habido un poco más que de costumbre. La nube puede muy bien haber sido un volcán vecino que estaba en erupción, lo cual explicaría lo de la sombra y la luz. ¿Y el partimiento de las aguas del Mar Rojo?

Bueno, posiblemente una montaña se desmoronó río arriba e interrumpió el cauce del agua, el que se mantuvo interrumpido hasta que los esclavos estuvieron del otro lado, y entonces las aguas regresaron a su curso normal. ¡Una muy feliz coincidencia! Con tal de no aceptar el relato bíblico como está presentado en la Biblia, en forma clara y lógica, llegan a especulaciones antojadizas y ridículas, sin más fundamento que una fértil imaginación.

Arguyen, además, que el hecho de que todo esté atribuido a Dios en el relato, como que hubiera sido la obra directa de él, sencillamente refleja la cultura y la costumbre de aquel tiempo, cuando, no sólo Israel, sino otros pueblos también, atribuían a sus dioses todas sus hazañas, sus conquistas y sus logros. A nosotros, que aceptamos la Biblia como la Palabra de Dios, todo esto nos parece fantasía, indigno de seria atención. Sin embargo es común leer este tipo de explicaciones proveniente de autores de reconocida erudición. Para quien cree que la Biblia es la Palabra de Dios, el éxodo ocurrió exactamente como está narrado en la Escritura. Dios, con brazo fuerte, en forma totalmente sobrenatural, sacó a los esclavos de las garras del faraón.

También nacemos esclavos

Siendo que el éxodo tipifica nuestra redención, ¿qué podemos aprender, de lo dicho hasta aquí, con respecto a nuestra liberación espiritual? ¿Hay alguna cosa importante que podamos deducir y que nos ayude a comprender mejor nuestra redención en Cristo?

En primer lugar, y algo que es de vital importancia, es que ~~nuestra redención también presupone la esclavitud~~. No necesitaríamos redención si no fuéramos esclavos; no necesitaríamos perdón si no fuéramos pecadores. Además,

No hay duda que nosotros sufrimos las consecuencias del pecado de Adán; nacemos en la esclavitud. Puede ser que no nos guste, podemos quejarnos, decir que no tenemos la culpa, que nosotros no elegimos nacer en la esclavitud; pero nada cambiará la realidad. Nacemos en la esclavitud, y estamos condenados a morir en ella, a menos que venga auxilio de afuera, que alguien venga a libertarnos.

Pero, ¿es de veras tan real nuestra esclavitud, así de sombría y desesperante? La Escritura nos dice que es tan real que ningún esfuerzo humano puede traer solución. Escuchemos otra vez al apóstol Pablo:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais **muertos** en vuestros delitos y pecados... y éramos **por naturaleza** hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, **aun estando nosotros muertos** en pecados, **nos dio vida** juntamente con Cristo, por gracia sois salvos (Efe. 2:1-5).

En estos versículos el apóstol capta con tanta claridad la situación del ser humano debido al pecado de Adán, la cual es muy similar a la de los israelitas en Egipto. Por naturaleza estamos en una situación desesperante; pero gracias al amor de Dios, ha venido auxilio desde afuera, y por medio de Cristo hoy podemos vivir en plena libertad. Notemos la forma clara en que E.G. de White corrobora esta verdad bíblica: "Por naturaleza estamos enemistados con Dios." (CC, p. 43). "... y por causa de su caída (de Adán), tenemos una naturaleza pecaminosa y **no podemos hacernos justos a nosotros mismos**" (CC, p. 62).

Para referirse a la realidad del hombre en su condición caída, los reformadores usaron con frecuencia la expresión "depravación total," no en el sentido de que todos los hombres están igualmente depravados, o que nadie puede ser más

depravado de lo que es, sino más bien para señalar el hecho de que el hombre en su totalidad, espíritu, alma y cuerpo, está afectado por el pecado en una forma tal que lo rinde totalmente incapaz de ayudarse a sí mismo; por lo tanto, depende enteramente de la gracia de Dios para abandonar la esclavitud.

¿Cuán larga es la cadena?

En el libro *El Camino a Cristo*, que acabamos de citar, encontramos el siguiente hermoso pensamiento:

Aquellos a quienes Dios perdonó más le amarán más... Cuando veamos **cuan larga es la cadena** que se arrojó para rescatarnos, cuando entendamos algo del sacrificio infinito que Cristo hizo en nuestro favor, nuestro corazón se derrite de ternura y compasión (CC, p. 36).

A lo largo de la historia de la Iglesia ha habido muchos intentos de desvirtuar esta verdad, de acortar la cadena, de elevar al hombre, de insistir que la esclavitud es más aparente que real, que el hombre puede alcanzar el objetivo final si se esfuerza. Argumentan que es en gran medida un asunto de educación, de medio ambiente, que el hombre, si se esfuerza y es perseverante, puede desarrollar las verdaderas virtudes cristianas.

Ya a principios del Siglo V de la era cristiana, Pelagio, un monje británico, comenzó a desarrollar la idea de que el hombre no es depravado por naturaleza, que el pecado de Adán le afectó sólo a él, pero que no ha tocado a sus descendientes. Decía él que el ser humano nace en un estado neutral, como si fuera una página en blanco. Que la razón por la cual hay tanta maldad es por el mal ejemplo que nos rodea; que si de alguna manera fuera posible rodear a alguien, desde su infancia, con un ambiente ideal, aprendería a hacer lo bueno

y a evitar el mal, y que una vez “acostumbrado” a ello, viviría bien.

Es fácil entender, entonces, porqué este monje influyente llegó a enseñar que el hombre puede salvarse por obedecer la ley de Dios; que la salvación por la gracia es sólo una opción para quien pueda necesitarla. Muy a tono con conceptos perfeccionistas de la actualidad, él insistía, apoyándose en una interpretación muy particular de Mateo 5:48, que es posible ser perfectos como Dios es perfecto. Insistía que Dios no nos pediría que fuéramos perfectos si no fuera posible serlo, pero siendo que Dios lo requiere, es posible. Por medio de un esfuerzo constante, se puede obedecer perfectamente la ley de Dios, y de esta manera merecer la salvación.

Por supuesto que como base de la posición de Pelagio se encontraba una definición muy superficial de pecado. El hombre no hereda pecaminosidad y no posee una naturaleza depravada que afecta todo lo que hace, aún lo que hace con las mejores intenciones. Según él, el pecado se limita sólo a actos directos en violación a la ley de Dios. Pelagio nunca quiso reconocer que el pecado no es sólo lo que el hombre hace, sino también lo que es, ya que es pecaminoso por naturaleza. Él no le prestó importancia al hecho de que el pecado tiene que ver también con los motivos e intenciones del corazón, por secretos que estos sean. Se contentó con limitar el pecado a la elección, a actos concretos.

La iglesia cristiana condenó a Pelagio y repudió sus enseñanzas, pero el pelagianismo nunca ha sido totalmente erradicado; en alguna de sus formas más sutiles todavía persiste en la iglesia hoy. Hay quienes todavía insisten que el rescate del hombre puede efectuarse con una cadena más corta, que no es necesario, y a veces hasta es de mal gusto insistir en la depravación del hombre. ¿Por qué no darle más crédito al hombre y lo que éste puede hacer? ¿Por qué no

pensar en forma más optimista en cuanto al hombre y sus capacidades? La maldad que reina en nuestros días, en forma creciente desvirtúa esta idea popular. La verdad es que el corazón humano es “engañoso más que todas las cosas, y perverso...” (Jer. 17:9).

Dos métodos

La Biblia habla sólo de ~~dos métodos de liberación~~, uno ~~falso~~, el otro ~~verdadero~~; uno basado en lo que puede hacer el hombre, y el otro basado exclusivamente en la intervención divina. Uno por obras, el otro por fe. ¿Recordamos el éxodo? En primer lugar vemos a Moisés, con las mejores intenciones, queriendo liberar al pueblo de la esclavitud con sus propias estrategias y esfuerzos. Nos dice el relato:

En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos. Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena (2:11,12).

Cuando vamos al Nuevo Testamento encontramos que Esteban, durante su defensa, hizo referencia a este incidente, añadiendo una perspectiva reveladora: “Pero él [Moisés] pensaba que sus hermanos comprendían **que Dios les daría libertad por mano suya**” (Hech. 7:25). El relato del éxodo nos informa que ese intento de autoliberación fracasó ruidosamente. Moisés tuvo que reconocer que la tarea era mucho más difícil y complicada de lo que él había imaginado y presa de total desilusión y temor abandonó Egipto, encontrando refugio en la tierra de Madián.

En Egipto todo permaneció igual hasta que Dios apareció en la escena y anunció que él llevaría a cabo la empresa

libertadora, que él se haría cargo de todos los detalles. En realidad, Dios pelearía las batallas de sus hijos: “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (14:14). El resto del episodio es una demostración gloriosa de cómo Dios liberó a sus hijos de la esclavitud.

Todo esto se convierte en un hermoso y adecuado símbolo de la salvación que encontramos en Cristo. En primer lugar, es bien claro que el hombre no posee recursos propios, por lo que su única esperanza consiste en mirar hacia afuera, es decir, hacia arriba, ya que **“...por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”** (Rom. 3:20). Esta imposibilidad humana está más que superada por la gracia y el poder de Dios: **“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”** (Efe. 2:8,9).

En ningún otro lugar de la Escritura se presentan con mayor contraste estos dos métodos de salvación que en la historia del fariseo y del publicano que Jesús mismo relató. Ambos fueron al templo a orar. El fariseo pertenecía a un sector de la sociedad que era muy respetado. Los fariseos eran muy religiosos; eran celosos observadores de la ley, de moral intachable, irreprochables. La gente se deleitaba observándolos orar en las esquinas y en las plazas. El fariseo que se presentó al templo a orar era, sin duda alguna, un hombre muy respetado, muy digno. Y se presentó precisamente confiando en eso, en sus virtudes. No reconoció ninguna necesidad. Pensó que al Señor le agradaría escuchar todo lo bueno que tenía para decirle acerca de sí mismo, por lo que comenzó a relatarle lo que hacía y lo que era. Escuchemos: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces por semana, doy diezmo de todo lo que gano” (Lucas 17:11,12).

El publicano, por otro lado, pertenecía a una clase social despreciada y se presentó ante el Señor con una actitud que reconocía su insolvencia espiritual y la enorme necesidad de su alma. Nos dice el relato que “el publicano, estando lejos, no quería aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (verso 13). Algunas versiones traducen las palabras del publicano como “ten misericordia” en vez de “sé propicio” (una sola palabra en griego). Este hombre se presentó ante Dios reconociendo que “nuestra gran necesidad es lo único que nos da derecho a la misericordia de Dios” (DTG, p. 283). El Señor comentó con respecto a estos dos adoradores: “Os digo que éste [el publicano] descendió a su casa justificado antes que el otro [el fariseo]; porque cualquiera que se enaltece será humillado; y cualquiera que se humilla, será enaltecido” (verso 14). Cuán apropiadas en este contexto son las siguientes palabras:

El corazón orgulloso lucha para ganar la salvación; pero tanto nuestro derecho al cielo como nuestra idoneidad para él, se hallan en la justicia de Cristo. El Señor no puede hacer nada para sanar al hombre hasta que, convencido éste de su propia debilidad y despojado de toda suficiencia propia, se entrega al dominio de Dios. Entonces puede recibir el don que Dios espera concederle (DTG, p. 267).

Se cuenta una historia muy conocida y conmovedora de algo que sucedió en este país hace ya muchos años, cuando la esclavitud era legal. Al igual que con los hebreos en Egipto, todos los niños que nacían de padres esclavos eran igualmente esclavos; esa era su suerte. No tenían derechos y el intentar conseguir la libertad, huyendo o por la fuerza, era muy riesgoso. Muchos perdieron sus vidas en el intento. Los esclavos eran comprados y vendidos como cualquier pieza de mercadería.



Un cierto día se estaba llevando a cabo una subasta, una venta pública de esclavos al mejor postor. Los interesados iban unos momentos antes y observaban a los esclavos, los más fuertes, los que prometían más años de servicio. Ese día se encontraba entre el grupo de esclavos para la venta un esclavo relativamente joven y fuerte, pero que era conocido por rebelarse y negarse a trabajar. Los interesados creyeron que de alguna manera, con el látigo si no hubiera otra, lo harían trabajar y cuando llegó su turno comenzaron a apostar. Había alguien que parecía estar especialmente interesado en él; cada vez que se hacía una oferta, él hacía una más alta, hasta que finalmente quedó como dueño del esclavo.

Lo llevó a su casa, pero el esclavo no tenía la menor intención de trabajar, o por lo menos de hacerle la vida fácil a su nuevo dueño. Pero fue sorprendido más allá de lo que hubiera podido imaginar, cuando su nuevo amo, en vez de mostrarle el látigo, o indicarle la tarea que debía realizar, le dijo que lo había comprado para dejarlo en libertad. “Ahora eres libre, puedes hacer lo que quieras, ir donde quieras, no eres más esclavo.” Conmovido ante una demostración tan grande de bondad, el esclavo se arrojó a los pies de su libertador, y le dijo: “Si es así, yo quiero quedarme aquí y servirle para siempre.”

En el terreno espiritual, esta es la única manera en que podemos conseguir la libertad. Nacemos esclavos, no podemos libertarnos a nosotros mismos; pero hay alguien que se interesó en nosotros, individualmente; pagó todo lo necesario para dejarnos en libertad; y eso debiera ser lo que nos mueva a servir al Señor para siempre. “Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:20).

4

El libertador no era esclavo

A diferencia del libro de Génesis, donde se notan varios personajes que se destacan como actores en el desarrollo de la historia, en el libro de Éxodo aparece prácticamente uno sólo: Moisés. Otros que se mencionan, como su mamá, María, o Aarón, lo hacen muy furtivamente, y siempre sirviendo de apoyo al actor principal. A pesar de ello, la información que se da en cuanto a él mismo es muy breve. El relato dice que al nacer fue puesto en una arquilla de juncos y luego fue providencialmente adoptado, por la hija del faraón. Cuarenta años más tarde (Hech. 7:23) mata a un egipcio y cuando se descubre su crimen, tiene que huir; Moisés escapa entonces a Madián. Después de otro período de cuarenta años en el exilio, del cual también sabemos muy poco, a los ochenta años de edad (Hech. 7:29), se encuentra con Dios junto a la zarza ardiente, y comienza su ministerio.

Moisés no sólo es el personaje saliente del libro de Éxodo, sino que es uno de los personajes más ilustres y conocidos de todo el Antiguo Testamento. Su vida presenta una serie de contrastes muy notables. Nació en un hogar de esclavos, pero llegó a ser hijo del rey; nació en una choza, pero vivió en un

palacio; nació en la pobreza, pero disfrutó de riquezas sin límites; fue comandante de ejércitos, y pastor de ovejas; fue educado en la corte, y vivió en el desierto; era "tardo en el habla," pero habló cara a cara con Dios; fue un fugitivo del faraón, y un embajador del cielo; murió solo en Moab, y apareció con Cristo en el monte de la transfiguración; ningún ser humano asistió a su funeral, pero Dios le dio sepultura.

Pero lo más notable de este hombre extraordinario es la manera en que se convierte, en muchos aspectos, en un tipo de Cristo. Moisés es, sobre todo, el **libertador** del pueblo de Israel de la cautividad egipcia, y esto lo constituye adecuadamente en un tipo de Cristo, el libertador de la humanidad toda.

Moisés y Jesús

Se pueden señalar, además, una cantidad de similitudes entre los dos libertadores. Con visión profética Moisés mismo había anunciado 1,500 años antes del nacimiento de Cristo: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, **como yo**, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Deut. 18:15). *Como yo*, es decir, con una misión liberadora.

Alguien ha enumerado más de setenta "similitudes" entre Moisés y Jesús; notaremos a continuación sólo algunas a manera de ilustración.

- Ambos nacieron cuando la nación estaba bajo el control de un poder gentil, en tiempos de Moisés bajo Egipto, en tiempos de Cristo bajo Roma.

- La vida de ambos estuvo en peligro durante su infancia; el faraón ordenó que todo niño varón que nacía debía ser echado en el río (1:22); y Herodes mandó matar a todos los niños menores de dos años (Mat 2:16).

- Ambos fueron "adoptados." Aunque Moisés era hijo de

otra persona, llegó a ser el hijo de la hija de Faraón: "... ella [la madre de Moisés] lo trajo a la hija del faraón, la cual lo prohió, y le puso por nombre Moisés" (2:10). Moisés tenía una 'madre,' pero no tenía padre. ¡Qué símbolo claro y hermoso de la encarnación! Jesús también era hijo de "Otro," era el hijo de Dios, pero nació en este mundo; tuvo una madre, pero no un padre humano; en cierto modo fue adoptado por José.

- Ambos pasaron parte de su niñez en Egipto, Moisés en el palacio del rey, y Jesús, cuando José fue amonestado por el ángel del Señor a huir con el niño Jesús y María a Egipto, para escapar de la ira de Herodes.

- Ambos se destacan por su enorme renuncia personal. Moisés "rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón... teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios..." (Heb. 11: 24-26). Con respecto a Jesús nos dice el Nuevo Testamento que "siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo..." (Fil. 2:6,7).

- Ambos regresaron a su tierra después que el peligro había pasado. Moisés recibió la orden divina: "ve y vuélvete a Egipto, **porque han muerto todos los que procuraban tu muerte**" (4:19). Cierta día José recibió una orden similar: "Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel, **porque han muerto los que procuraban la muerte del niño**" (Mateo 2:20).

Moisés no era esclavo

Además de lo mencionado, existe otra similaridad, muy fundamental, con un significado teológico profundo y de mucha actualidad. Moisés fue el libertador del pueblo de Israel, el libertador de su pueblo, de sus hermanos. Era uno

con el pueblo, de la misma sangre. Sin embargo había una diferencia muy notable entre Moisés y sus hermanos: sencillamente que mientras que sus hermanos eran esclavos, Moisés no lo era. **Moisés no era esclavo.** No lo fue en Egipto, porque mientras sus hermanos hacían ladrillos para el faraón, él gozaba de la libertad del palacio del rey. Lo mismo durante su estadía en Madián; Dios lo llamó para que regresara a Egipto cuando él apacentaba libremente las ovejas de su suegro en las colinas de Madián. Él regresó a Egipto; vino desde afuera; aunque era uno con sus hermanos, no se levantó de entre los esclavos, no era en todo sentido igual a ellos; había una diferencia fundamental: él no necesitaba liberación.

Jesús no era esclavo

¡Qué bien ilustra el *tipo* la relación que existe entre Jesús y sus hermanos! La Escritura señala que Jesús "... debía ser en todo semejante a sus hermanos" (Heb 4:17). Juan nos dice claramente que "aquel Verbo fue hecho carne..." (Juan 1:14). La Escritura añade todavía que "por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, **él también participó de lo mismo**" (Heb. 2:14). Jesús no tenía sólo la "apariencia" de ser humano, como creían algunos al principio de la era cristiana, algo así como una *teofanía*; era un hombre en realidad. Al respecto se nos dice: "Cristo no tomó la naturaleza humana sólo en apariencia; la tomó en verdad. Él poseyó en realidad una naturaleza humana" (*Review & Herald*, 5 de abril, 1905).

Desde el mismo comienzo la iglesia cristiana ha creído y enseñado que Jesús era **verdadero Dios y verdadero hombre**, aunque no siempre pudo explicar con toda claridad cómo la divinidad y la humanidad se manifestaron en una persona, y ha defendido tenazmente el hecho de que el Hijo de Dios fue totalmente impecable. La Iglesia Adventista también lo cree

así y así lo enseña. En el libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día: Una Exposición Bíblica de las 27 Doctrinas Fundamentales*, leemos lo siguiente: “Jesucristo tomó sobre sí nuestra naturaleza con todas sus debilidades, **pero se mantuvo libre de la corrupción hereditaria y de la depravación y práctica del pecado** (p. 57; es una cita de E.G. de White).

Por supuesto que tampoco puede explicarse el misterio de la unión entre lo divino y lo humano. Al respecto escribió el apóstol Pablo: “E indiscutiblemente, grande es **el misterio** de la piedad: Dios fue manifestado en carne...” (1 Tim. 3:16).

Al respecto, agrega E.G. de White: “La Divinidad y la humanidad fueron misteriosamente combinadas, **y Dios y el hombre llegaron a ser uno** (ST, 30 de julio de 1896). “Este es un gran misterio, un misterio que no será completamente comprendido en toda su grandeza hasta que los redimidos hayan sido trasladados” (Ibid.).

Pero al igual que Moisés, aunque Jesús era uno con la familia humana a quien vino a rescatar, hubo también una diferencia bien definida entre él y los candidatos a la liberación: **Jesús no era esclavo, él no necesitó redención**. Él vino desde afuera, voluntariamente, para hacer algo que los esclavos no podían hacer por sí mismos. ¿Pero por qué no necesitó redención el Señor Jesús? Evidentemente porque el pecado no le afectó de la misma manera en que nos afecta a nosotros. Nosotros, dijimos ya, necesitamos redención por lo que hacemos, pero también por lo que **somos**. Antes de ser responsables por nuestros actos, nosotros ya estamos en desgracia, somos pecaminosos por naturaleza; esa situación nos separa de Dios, por lo que necesitamos, ya en ese momento, un mediador, un sustituto que vuelva a reconciliarnos con el cielo.

Si Jesús hubiera nacido exactamente en la misma

condición que nosotros, con una naturaleza perversa, separado de Dios, él también hubiera estado en necesidad de un redentor, de un mediador, aunque en su vida cotidiana nunca hubiera estado en rebeldía contra la ley de Dios. En este respecto la Escritura es muy clara: Jesús no heredó, en su naturaleza espiritual, los resultados del pecado de Adán. Él fue, desde el mismo momento de su nacimiento, “... **santo, inocente, sin mancha...**” (Heb. 7:26). El nacimiento de Jesús fue anunciado por el ángel con palabras que no se aplican a ningún ser humano, excepto al Hijo del Dios infinito: “... por lo cual también **el santo ser** que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Escribiendo a un dirigente religioso que evidentemente estaba confundido sobre este particular, la Sra. de White le aconsejó:

Debes ser extremadamente cuidadoso como presentas la naturaleza humana de Cristo. No lo presentes ante la gente como un hombre con propensiones al pecado. Él es el segundo Adán.... Él podía haber pecado; podía haber caído, **pero ni por un momento hubo en él una propensión pecaminosa** (Carta 8, 1895).

Haremos referencia a un texto en el Nuevo Testamento que con frecuencia es mal entendido, o más bien mal usado por quienes pretenden enseñar que Jesús también participó de la naturaleza espiritual caída del hombre, al igual que todos los descendientes de Adán. Es el texto que dice: “Porque lo que era imposible por la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo **en semejanza de carne de pecado** y a causa del pecado, condenó el pecado en la carne” (Rom. 8:3).

Se pretende decir que la frase “en semejanza de carne de pecado” equivale a naturaleza pecaminosa, a la naturaleza caída de todo descendiente de Adán. Pero el texto no dice “en carne de pecado,” sino “en semejanza,” y algo semejante no

es necesariamente igual. Adán fue creado “a semejanza de Dios pero no igual a Dios.” Una explicación muy clara del significado de este texto la ofrece George Eldon Ladd, uno de los teólogos más respetados en el mundo conservador protestante, precisamente por su erudición en el área del Nuevo Testamento. Dice Ladd que la manera en que el concepto está expresado en este texto es posiblemente la única forma en la que Pablo pudo decir lo que quería decir, y evitar ser malentendido. Otras opciones a su disposición hubieran sido:

Que Jesús vino “en semejanza de carne.” Pero inmediatamente hubiera sido acusado de ser *docetista*, ya que los docetistas negaban la realidad de la carne de Jesús, y decían que era sólo una apariencia de carne, de hombre, algo así como un fantasma, y Pablo creía en la genuina humanidad del Hijo de Dios.

Por otro lado podía haber dicho que Jesús vino “en carne de pecado,” pero evidentemente no quiso decir eso, ya que quería salvaguardar la impecabilidad de Jesús, en armonía con lo que la Escritura asume consistentemente.

Esta es la razón por la cual usó la expresión que mejor daba a entender lo que él quería decir: “en *semejanza* de carne de pecado,” vino realmente en carne, como el hombre, pero a semejanza, no en igualdad absoluta. No había pecado en él, ni propensiones pecaminosas; era un hombre como los demás, pero sin pecado; él jamás necesitó redención. Notemos las siguientes palabras: “La naturaleza de Cristo es semejante a la nuestra, pero él sintió el sufrimiento en forma mucho más aguda; **porque su naturaleza espiritual estaba libre de toda mancha de pecado**” (ST, 9 de diciembre de 1897).

Jesús no nació separado del Padre

Queremos notar dos aspectos más que indican con

claridad inconfundible que Jesús era igual a sus hermanos, con la diferencia de que él no era esclavo y por lo tanto no necesitó redención. En primer lugar, uno de los efectos reales del pecado es que trae separación entre Dios y el hombre; ésta ha sido la triste realidad desde el momento en que Adán desobedeció por primera vez en el Edén. El profeta Isaías lo expresó en forma contundente: “He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para no oír; **pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios...**” (Isa. 59:1,2).

Si bien es cierto que todo ser humano nace separado de Dios, Jesús, el redentor, nunca estuvo separado de su Padre; éste es el testimonio uniforme del Nuevo Testamento. Él mismo dijo: “... viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (Juan 14:30). Jesús siempre hizo espontáneamente la voluntad de su Padre. Según sus propias palabras: “... yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). Él no debía nada al nacer; no necesitaba que nadie pagara su deuda.

La Escritura nos informa, sin embargo, que sí hubo un momento cuando Jesús experimentó la separación de su Padre, pero no fue al nacer, sino al final de su trayectoria, cuando asumió voluntariamente, en carácter de sustituto, nuestro lugar, cuando “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:6). En ese momento sí, el Señor Jesús experimentó en toda su terrible realidad la separación de su Padre, como consecuencia del pecado que ahora cargaba. Mientras pendía de la cruz y tinieblas cubrían la tierra, exclamó con palabras que revelaban la angustia de su corazón quebrantado: “... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos 15:34).

Jesús no nació depravado

En segundo lugar, el pecado no sólo hizo separación entre

el hombre y Dios, sino que también depravó su naturaleza. Como resultado del pecado, "... todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente al mal" (Gén. 6:5). Esta es la razón por la cual la única esperanza del hombre radica en ser transformado, en nacer de nuevo, en una genuina conversión, ya que por naturaleza está enemistado con Dios. Jesús le dijo a Nicodemo en aquella memorable entrevista nocturna, que el nuevo nacimiento, o nacimiento de lo alto, era indispensable para la salvación: "... el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3).

El Señor Jesús, por otro lado, no necesitó conversión, ya que él no nació con una naturaleza depravada; él no era enemigo de Dios; nunca lo fue; él no necesitó nacer de nuevo, porque su naturaleza nunca se depravó por el pecado. El sólo pensar que Jesús tuvo en algún momento que cambiar el rumbo de su vida o recibir un nuevo corazón para sustituir el corazón perverso con el que había nacido, parece irreverente y contrario a la enseñanza clara de la Escritura. No existe el menor indicio en la Biblia que tal cosa jamás haya sucedido. En realidad, de haber sido necesario que él se convirtiera, que 'fuera transformado,' no hubiera podido ser nuestro libertador; él mismo hubiese necesitado que lo liberasen.

Algunos aspectos de la vida y la misión de Moisés, que tan bien señalan a Cristo, nos ayudan a comprender mejor la naturaleza humana del Hijo de Dios. Él tomó nuestra naturaleza porque era indispensable para nuestra salvación, porque debía "destruir, por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" (Heb. 2:14). Es por eso que "la humanidad del Hijo de Dios es todo para nosotros" (YI, 13 de octubre de 1898). Sin embargo nuestra seguridad no consiste en conocer, intelectualmente, todos los detalles que podamos en cuanto a la naturaleza humana del Señor, sino



en aceptar con gratitud lo que hizo en nuestro favor cuando tomó nuestra naturaleza y vino en su misión de rescate, porque “Cristo no tiene valor para nosotros si no le conocemos como Salvador personal. Un conocimiento teórico no nos beneficiará” (DTG, p. 353). Debe haber, por lo tanto, una respuesta personal, un compromiso que nos identifique con él, al punto que podamos hacer nuestras las palabras del apóstol Pablo:

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gál. 2:20).

5

La zarza ardiente

Moisés nació en un momento muy crítico de la historia del pueblo de Israel, justo cuando la esclavitud hacía sentir todo su rigor. El hecho mismo de que la vida de Moisés haya sido preservada cuando era niño se debió a la intervención directa de Dios. El decreto de muerte de parte del rey de Egipto había puesto su vida en peligro. Al momento de nacer, de acuerdo con la orden del faraón, Moisés debía haber sido arrojado en el río Nilo. Lo asombroso es que no sólo su vida fue preservada, sino que, contrariamente a todo lo que se hubiera podido imaginar, le tocó en suerte crecer en el palacio del rey, del mismo rey que había proclamado el decreto de muerte. Moisés fue adoptado por la hija del faraón, después que ésta lo encontró providencialmente flotando en las aguas del río Nilo en una arquilla de juncos.

Moisés en el exilio

Y aunque Moisés no era esclavo, se sentía estrechamente vinculado con sus hermanos. Se mantuvo en contacto con ellos, o tal vez mejor, siguió interesado en ellos; con frecuencia los visitaba, para ver como andaban las cosas.

Trató inclusive de conseguir su liberación, o por lo menos de aliviar sus tareas. Cierta día, al observar que un egipcio hería a uno de los hebreos, calladamente “mató al egipcio y lo escondió en la arena” (2:12). Es de suponer que Moisés creyó que de esa manera ayudaría a sus hermanos, que ese era sólo el comienzo de lo que él haría en favor de ellos. Cuando supo, sin embargo, que su crimen había sido descubierto y que se encontraba bajo amenaza de muerte por parte del rey, “... huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián” (2:15).

En la tierra de su exilio Moisés vivió durante cuarenta años. Allí formó su hogar y se dedicó a cuidar los rebaños de su suegro. No hay duda de que a medida que pasaba el tiempo, disminuían más y más sus esperanzas de que alguna vez regresaría a Egipto: había contraído compromisos familiares y se encontraba además totalmente al margen de lo que le pudiera estar ocurriendo a sus hermanos. A esta altura él ya tenía ochenta años.

Nos dice la Escritura que Moisés había sido enseñado “en toda la sabiduría de los egipcios; y [que] era poderoso en palabras y hechos” (Hech. 7: 22). Sin duda esto nos ayuda a entender el porqué el destierro en un país extraño figuraba en los planes de Dios. La sabiduría de los egipcios que Moisés había absorbido en su juventud, en la corte de un rey pagano, era en gran medida la sabiduría del mundo, la cual “es insensatez para con Dios” (1 Cor. 3:19). Moisés no sólo tenía mucho que aprender, sino también mucho que olvidar, antes de poder estar listo para participar en los planes libertadores de Dios. Tenía que olvidar muchos de los planes y estrategias humanas que había aprendido en Egipto y debía aprender la lección básica y fundamental de que en las cosas de Dios “no [es] con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6).

Llamado desde la zarza

Finalmente había llegado la hora de la liberación, y contrariamente a toda perspectiva humana, el libertador estaba ahora en condiciones de volver a Egipto como instrumento en las manos del Señor de los ejércitos. Cierta día, mientras deambulaba despreocupado por las colinas y las montañas delante del rebaño, fue sorprendido por un espectáculo majestuoso que lo llenó de asombro y curiosidad y llegaría a ser la experiencia más sublime de su vida: vio una zarza, un pequeño arbusto del desierto, que aunque estaba envuelto en llamas, contra todo lo que podía esperarse, no se consumía. ¿Qué era lo que pasaba? Nunca había sido testigo de algo semejante.

La palabra *seneh*, traducida como zarza, aparece sólo dos veces en el Antiguo Testamento; una en el pasaje que estamos considerando y la otra en Deuteronomio 33:16, donde habla de "... la gracia del que habitó en la zarza..." No se ha podido identificar con exactitud esta planta, pero se cree que era un arbusto pequeño, sufrido, espinoso, que sobrevivía en esos lugares inhóspitos del desierto. Tampoco se sabe con precisión el lugar donde ocurrió la inesperada teofanía, esa manifestación de lo divino, pero esto no es en realidad decisivo en el relato, ya que este episodio singular tiene más importancia teológica que botánica o geográfica.

Moisés decidió encaminarse al lugar de la visión para observar de más cerca lo que estaba sucediendo, cuando fue sorprendido por una voz, que proveniente precisamente de la zarza, le ordenó quitarse el calzado de sus pies porque estaba pisando tierra santa, y luego le dijo:

Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi

pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y **he descendido** para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel... El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. **Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel (3:6-10).**

En esta escena memorable, Dios se reveló como el Dios del pacto, como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, como el Dios que **desciende** para socorrer a sus hijos necesitados. Y descendió no porque hubiera visto alguna virtud especial en los esclavos o porque sintiese que les debía algo, sino, por el contrario, porque la situación era de veras desesperante y por sí mismos, nada podían hacer. Dios sintió compasión por los israelitas. **La misión de rescate se inspiraba en el amor y en la misericordia de Dios como también en el pacto que había hecho con los antepasados de los esclavos, no en ningún mérito que ellos pudieran poseer. Dios iba a tomar otra vez la iniciativa, ahora en la tarea de liberación.**

Detengámonos por un momento en la zarza. ¿Qué simboliza? ¿Qué nos enseña con respecto al plan de redención ejemplificado en el Nuevo Testamento? ¿Qué lecciones podemos sacar de la manera en que Dios se reveló cuando descendió para anunciar sus intenciones redentoras para con el pueblo de Israel.

La zarza, por todo lo que sabemos, no era un árbol grande, o majestuoso, sino más bien una pequeña planta del desierto, una planta con espinas que no tenía ningún atractivo aparente; no sobresalía en medio de los demás árboles de la montaña, no llamaba la atención. Lo admirable es que esa planta llegó a convertirse en el objeto donde se manifestó la divinidad, el vehículo a través del cual Dios se comunicó con el hombre.

Dios mismo descendió y se hizo presente en ese arbusto; en lo natural se manifestó lo sobrenatural; en la zarza estaba Dios; el símbolo y la realidad estaban juntos: la zarza envuelta en llamas y el Dios viviente anunciando su voluntad salvífica.

Sin atractivo

No hay duda de que la zarza que contenía a Dios puede muy bien representar la encarnación, donde volvió a unirse, en la persona del Señor Jesús, lo divino y lo humano con intenciones redentoras. El libertador, el redentor de la humanidad, el que descendió, el que nació como un niño indefenso en Belén, en un pesebre, era Dios en carne humana. No habría en él nada calculado para llamar la atención a sí mismo; la divinidad estaría velada, escondida en la humanidad; sin embargo, él venía a revelar a Dios, venía como el vehículo a través del cual el hombre oiría la voz libertadora de Dios. Siglos antes del nacimiento del Señor Jesús, el profeta Isaías había anunciado su nacimiento y su misión haciendo referencia precisamente a una planta:

¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos (Isa. 53:1,2).

Así como Dios descendió y se hizo presente en la zarza para anunciar la liberación de los israelitas, mil quinientos años más tarde Dios descendería otra vez con una misión libertadora; y esta vez se manifestaría, no en una zarza, no en un árbol, sino en carne humana. El apóstol Juan expresó la condescendencia divina con palabras llenas de profundo significado cuando escribió: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo

fue hecho carne, y habitó entre nosotros...” (Juan 1:1,14). Otra vez, como había ocurrido en el símbolo, se une lo natural y lo sobrenatural; lo divino y lo humano; lo débil, limitado y frágil, con lo eterno y todopoderoso. Porque ese niño que nació en Belén, según lo anunció el mensajero celestial, debía llamarse Emanuel, que quiere decir, **“Dios con nosotros”** (Mateo 1:23).

La zarza ardiente no sólo simboliza la unión de lo divino y lo humano, de lo sobrenatural con lo natural, en la persona de Jesús, sino que además nos dice que en su persona no habría nada calculado para llamar la atención, **“no hay parecer en él ni hermosura,”** había anunciado Isaías. Vino a ser uno con el pueblo, **“en todo semejante a sus hermanos”** (Heb. 2:17). Al respecto se nos dice: **“El rey de gloria se rebajó para revestirse de humanidad. Tosco y repelente fue el ambiente que lo rodeó en la tierra. Su gloria se veló para que la majestad de su persona no fuese objeto de atracción. Rehuyó toda ostentación externa”** (DTG, p. 290).

Si hubiese aparecido con la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese, no podríamos haber soportado la luz de su presencia. **A fin de que pudiésemos contemplarla y no ser destruidos, la manifestación de su gloria fue velada.** Su divinidad fue cubierta de humanidad, la gloria invisible tomó forma humana visible (DTG, p. 14).

Esta realidad está muy claramente atestiguada en las páginas del Nuevo Testamento. Refiriéndose al lugar de procedencia de Jesús, Natanael, quien llegó más tarde a ser uno de sus discípulos, pronunció esas palabras memorables: **“De Nazaret puede salir algo bueno?”** (Juan 1:46). En *El Deseado de Todas las Gentes* se han registrado algunas impresiones que recibieron aquellos que tuvieron la felicidad de encontrarse con Jesús cuando estuvo en esta tierra. Aunque

parezca raro, no todos se entusiasmaron a primera vista con el Maestro. Nos dice el evangelio que Felipe, después de haber encontrado a Jesús, llamó a Natanael, y de él se dice: "Al mirar a Jesús, Natanael quedó desilusionado. ¿Podía ser el Mesías este hombre que llevaba señales de pobreza y de trabajo?" (DTG, p. 113). En otra ocasión, un noble judío que tenía un hijo muy enfermo logró entrevistarse con Jesús. No fue fácil lograr la entrevista, porque una gran muchedumbre rodeaba al Maestro y parecía que nunca podría llegar a su presencia. Pero no se desanimó. Escuchemos: "Con corazón ansioso, se abrió paso hasta la presencia del Salvador. Su fe vaciló cuando vio tan sólo a un hombre vestido sencillamente, cubierto de polvo y cansado del viaje. Dudó que esa persona pudiese hacer lo que había ido a pedirle..." (DTG, p. 169).

Esto no quiere decir que Jesús no era atractivo como persona, sólo indica que la majestad de la divinidad fue velada y no hubo en él nada que llamase la atención a sí mismo. Era un hombre entre los hombres, que no parecía poseer las características que los judíos esperaban que poseyera el Mesías.

[Isa. 53:1-3 citado] Estas palabras no significan que la persona de Cristo fuera repulsiva. Ante los ojos de los judíos, Cristo no tenía belleza para que ellos lo desearan. Buscaban un Mesías que viniera con ostentación externa y gloria terrenal; que hiciera grandes cosas para la nación judía; que la ensalzara por encima de toda otra nación de la tierra. Pero Cristo vino con su divinidad oculta por la vestidura de la humanidad; modesto, humilde, pobre. Compararon a ese hombre con los jactanciosos alardes que habían hecho, y no pudieron ver belleza en él. No discernieron la santidad y pureza de su carácter. La gracia y la virtud reveladas en su vida no tuvieron atractivos para ellos (MS 33, 1911).

Es evidente que la razón por la cual Jesús no era atractivo para los judíos radicaba en el hecho de que era muy distinto de

lo que ~~ellos~~ esperaban. Ellos anticipaban que el Mesías vendría ~~con~~ pompa y ostentación. Despreciaban lo que era ~~humilde y sin pretensiones~~. Confundían humildad con ~~debilidad~~. Es por eso que no vieron nada atractivo en el Señor Jesús. Esto es lo que Juan tuvo en mente cuando escribió: “A lo ~~suyo vino~~, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). Pero ~~no quiere decir~~ que no era atractivo, agradable en su persona. “A los ojos del mundo, [Jesús] no poseía hermosura que lo ~~hiciese desear~~; sin embargo era Dios encarnado, la luz del cielo y de la tierra. Su gloria estaba velada, su grandeza y majestad ocultas, a fin de que pudiese acercarse a los hombres entristecidos y tentados” (DTG, p. 15).

La hermosura de Jesús

Notemos lo siguiente, que a primera vista parecería contradecir lo que anunció Isaías:

La hermosura de su rostro, la amabilidad de su carácter, sobre todo el amor expresado en su mirada y su tono, atraían a él a todos los que no estaban endurecidos por el pecado. De no haber sido por el espíritu suave y lleno de simpatía que se manifestaba en sus miradas y palabras, no habría atraído las grandes congregaciones que atraía (DTG, pp. 219,220).

Sin embargo, la verdadera belleza de Jesús se puede discernir solamente a nivel espiritual, no necesariamente a nivel físico. Notemos la reacción de una persona profundamente espiritual al meditar en los momentos finales de la vida de Jesús:

Allí estaba el Hijo de Dios, llevando el manto de burla y la corona de espinas. Desnudo hasta la cintura, su espalda revelaba los largos y crueles azotes, de los cuales la sangre fluía copiosamente. Su rostro manchado de sangre llevaba las marcas del agotamiento y el dolor;

pero nunca había parecido más hermoso que en ese momento (DTG, p. 684).

La hermosura, la grandeza de Jesús en esos momentos radicaba en que estaba ocupando nuestro lugar: él fue herido por nuestras transgresiones. Y nadie podrá contemplar los sufrimientos de Emanuel sin ser conmovido por la ternura y la condescendencia divina, porque en realidad él se hizo hombre y tomó la naturaleza humana para poder ser nuestro sustituto, “para poder destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Heb. 4:14).

Espinas en la zarza

Pero hay algo más en la zarza, que quisiéramos notar. La zarza, que nos hace pensar en la encarnación, muy posiblemente tenía espinas. Las espinas son el resultado del pecado, de la maldición. Leemos en el libro de Génesis la sentencia divina después de la entrada del pecado: “... maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. **Espinos y cardos te producirá**, y comerás plantas del campo” (Gén. 3:17,18). Pero en medio de la maldición causada por el pecado, ejemplificada en las espinas, se hizo presente Dios, el remedio. El apóstol Pablo enfatizó esta realidad cuando les escribió a los gálatas: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, **hecho por nosotros maldición**” (Gál. 3:13). Al respecto se nos dice que:

Cristo dio fin al pecado llevando su pesada maldición en su propio cuerpo en el madero, y quitando la maldición de todos los que creen en él como su Salvador personal.... A los que le piden, Jesús les imparte el Espíritu Santo, pues es necesario que cada creyente sea librado de la corrupción, así como de la maldición y condenación de la ley (1 MS, p. 462).

El fuego que no consume

La zarza no se consumía. Este hecho, totalmente inexplicable para la lógica humana, ilustra otra verdad fundamental del evangelio. En la Escritura el fuego es un símbolo adecuado del juicio divino, que consume, “Porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:29). Entonces, ¿por qué no se consumió la zarza cuando Dios, que es fuego consumidor, se hizo presente en ella? ¿No habrá querido enseñarnos el Señor que nosotros, seres mortales y pecaminosos, no somos consumidos, destruidos, porque en la cruz se hizo presente el sustituto, el remedio para el pecado?

La cruz revela tanto la **santidad** como la **misericordia** de Dios. Nuestro Señor Jesús tomó nuestro lugar, él sufrió los efectos de la maldición para que nosotros no fuésemos consumidos. “Como sustituto y garante del hombre pecaminoso, Cristo estaba sufriendo bajo la justicia divina” (DTG, p. 637). Las espinas de la zarza no sólo nos recuerdan la maldición, ya que son el resultado del pecado, sino que estuvieron literalmente presentes en el Calvario. El evangelio nos informa que los verdugos empujaron una grotesca corona de espinas sobre las sienes inocentes del Hijo de Dios.

Y es por eso que hay esperanza para nosotros. Porque él sufrió los efectos de la ira de Dios, nosotros no tenemos que temer. Por eso, “El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, **no sufrirá daño de la segunda muerte**” (Apoc. 2:11). Cuando Adán pecó se hizo merecedor del castigo, de la muerte eterna, y lo único que detuvo la mano destructora fue que se había hallado un sustituto, alguien que estuvo dispuesto a tomar su lugar para que él quedara libre de la condenación.

“Ven ahora”

Fue desde la zarza que Dios llamó a Moisés: “Ven por **ahora** y te enviaré a Faraón.” Había llegado en aquel **momento** la hora de la liberación; el reinado de la esclavitud, **con** todas sus amarguras y dolor, pasaría para siempre a la **historia**. Por muchos años los israelitas habían gemido bajo el **peso** agobiador de la esclavitud. Cuarenta años antes Moisés **mismo** había intentado hacer algo a favor de ellos. Pero ahora **había** llegado el momento, y cuando llega el momento en los **planes** divinos, y Dios dice **ahora**, algo grande está a punto de **suceder**; es la garantía de que las cosas no seguirán de la misma **manera**. Al igual que en la creación del mundo, cuando Dios **habla**, algo sucede: “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y **existió**” (Sal. 33:9). “Ven Moisés, llegó el momento; **ven ahora**, porque tú vas a sacar al pueblo de la esclavitud.”

“¿Quién soy yo?”

La respuesta de Moisés ante el llamado divino resulta **algo** sorprendente, ya que parecería que ante una posibilidad **tal** debiera haberse entusiasmado. ¡Volver a Egipto! ¡Ver a **sus** hermanos libres al fin y ser parte de esa empresa **Liberadora**! ¡Qué privilegio! Pero con aparente sorpresa y **visible** desgano le dice a Dios: “¿Quién soy yo para que vaya **a** Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?” (3:11).

Ante la invitación divina Moisés sintió dudas y temor. Ya **había** intentado una vez hacer algo a favor de los esclavos; **recordaba** muy bien porqué había tenido que huir de Egipto **cuarenta** años antes. Sin duda pensó que tan pronto volviese **a** poner sus pies en la tierra de Egipto, le harían pagar la deuda **que** tenía pendiente.

Y siguió haciendo desfilas una serie de excusas delante de Dios para no aceptar el llamado. “He aquí que llego yo a los

hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntan: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” (3:13). Cuando Dios le dice qué es lo que tendría que responder, Moisés no se da por satisfecho y protesta: “He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz” (4:1). Señor, “soy tardo en el habla, y torpe de lengua” (4:1). “Yo no puedo; yo seguiré con las ovejas.” Y como último recurso le pide a Dios que envíe a otro (4:13). Sentía que las actividades a las que se había dedicado durante casi medio siglo lo habían incapacitado totalmente para poder llevar a cabo lo que Dios le pedía.

En su sabiduría y paciencia Dios no contestó la pregunta de su siervo. Humanamente hablando, Moisés tenía razón, ¿quién era él? Un criminal, un fugitivo de la justicia. Dios conocía muy bien a su siervo, y bien podría haberlo humillado. Pero en vez de contestarle, le dice sencillamente: “... ve, porque yo estaré contigo...” (3:12). “Lo importante en este momento no es quien eres tú, lo que de veras cuenta es que yo estaré contigo; no depende de ti y de tus habilidades, o de la falta de ellas; no depende siquiera de tu pasado, sino de mi presencia que irá contigo. No temas Moisés, iremos juntos; si yo te llamo, es porque sé que tú puedes, yo iré contigo.”

Un nuevo “ahora”

Cuando Dios **descendió** hace 3,500 años en Madián y se manifestó en la zarza, fue para anunciar el fin de la esclavitud para los israelitas que vivían en Egipto. Ven **ahora**, Moisés; el tiempo se ha cumplido; ha llegado la hora de la liberación. Cuando 1,500 años más tarde Dios **descendió** en Belén, y se manifestó en Cristo, fue otra vez para anunciar el fin de la esclavitud, esta vez de una esclavitud mucho mayor y más cruel, la esclavitud espiritual bajo la cual agonizaba la

humanidad entera. Otra vez había llegado el cumplimiento del tiempo en los planes de Dios.

El apóstol Pablo nos recuerda que “cuando vino el cumplimiento del tiempo, **Dios envió a su Hijo**, nacido de mujer y nacido bajo la ley, **para que redimiese a los que estaban bajo la ley**, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gál. 4:4,5). Desde el momento en que Adán desobedeció a Dios en el Edén, el decreto de muerte pesaba sobre él y sobre todos sus descendientes. El pecado reinaba soberano. La humanidad entera estaba sumida en la más abyecta esclavitud, sin esperanza aparente. Pero entonces vino Cristo. Tomó nuestra naturaleza humana para poder ocupar nuestro lugar. Por eso cuando fue al Calvario, la cruz se convirtió en el púlpito desde el cual anunció que había llegado el momento de la liberación. Había llegado el **ahora** para la humanidad. Una sección gloriosa de la Escritura, que anuncia con tanta claridad la liberación en Cristo, comienza con esa palabra maravillosa. Después de pintar con caracteres reales la situación desesperante de la humanidad, el apóstol Pablo parece mojar la pluma en la gracia de Dios, para anunciar jubilosamente:

Pero **ahora**, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios... La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él, porque no hay diferencia, **por cuanto todos pecaron**, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, **mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre...** (Rom. 3:21-25).

Desde el momento en que Jesús anunció desde la cruz la liberación de la humanidad, en el momento mismo en que exclamó: “Consumado es,” la deuda de la humanidad quedó cancelada; los derechos que Satanás, el faraón espiritual tenía



sobre ella han perdido toda su fuerza; la humanidad le pertenece otra vez a Dios; ha sido redimida, comprada por precio. Hay un glorioso **ahora** nuevamente; hay un A.C. y D.C.: antes de la **cruz** y después de la **cruz**; condenados antes, redimidos después, porque “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19). ¡No más esclavos! ¡Libres al fin!

Por supuesto que hay, además, una dimensión personal en la invitación divina. Así como Dios llamó a Moisés desde la zarza, nos llama a nosotros, individualmente, desde la cruz: “Ven **ahora**,” nos dice tiernamente; “ven que tengo un hermoso plan para tu vida;” “Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos” (Prov. 23:26). Y es muy posible que, como el Moisés de antaño, también estemos tentados a responder: “¿quién soy yo, para que te fijas en mí?” “Yo no puedo; no merezco; mi vida ha sido un fracaso.” Pero la realidad todavía es que a Dios no le interesa tanto lo que somos, o lo que hemos sido, como lo que podemos llegar a ser por su gracia. “Yo estaré contigo,” es la promesa que acompaña a cada invitación. Así como en la cruz la humanidad quedó libre de condenación, así también podemos quedar libres nosotros, en lo personal, en el momento en que aceptemos la obra sustitutiva del Señor Jesús en nuestro favor. En el momento en que lo hacemos, podemos hacer nuestras las palabras del apóstol Pablo: “**Ahora**, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús...” (Rom. 8:1), y cantar con gozo santo:

Soy libre de pena y culpa
su gozo él me hace sentir;
él llena de gracia mi alma,
con él es tan dulce vivir.

6

Encuentro con el faraón

4

Los primeros seis capítulos del libro del Éxodo describen, como ya lo hemos notado, la dolorosa realidad de la esclavitud del pueblo de Israel, y además nos hablan de la elección y la preparación del instrumento que Dios había escogido para llevar a cabo la tarea libertadora que tenía en mente. En esta sección Moisés aparece como un hombre tímido, inseguro, que se siente incapaz de cumplir el cometido que Dios le estaba asignando. La sección concluye con las palabras de Moisés: “He aquí, yo soy torpe de labios; ¿cómo, pues, me ha de oír Faraón?” (6:30).

Con el capítulo siete comienza una nueva sección. El énfasis es ahora en el poder de Dios para liberar a los esclavos, y se describe su enfrentamiento con el faraón. Moisés, el instrumento, es un nuevo hombre; después de aceptar el llamado de Dios se ve seguro y confiado, y dominado por una santa osadía se presenta repetidamente, sin temor ni sombra de vacilación, ante el monarca más poderoso de la tierra. Había entendido que Dios no lo hacía a él responsable del éxito de la misión; le pedía que fuera y él se encargaría de los resultados. Moisés había aprendido lo que aprendió siglos más tarde el

apóstol Pablo cuando relata lo que Dios le había comunicado: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Cor. 12:9).

Una lucha desigual

En esta nueva sección del libro, de los capítulos siete al once, se presenta en vívido detalle el enfrentamiento entre Dios y el faraón, entre el Dios que liberta y el faraón que esclaviza. Al leer estos capítulos uno no puede menos que percibir que se trata no sólo de un episodio de historia antigua, de algo que ocurrió hace mucho tiempo, de algo de interés meramente local, sino que más bien se deja entrever el desarrollo de un drama de proporciones enormes, de una lucha milenaria. En realidad, en la hermosa forma de símbolos, nos habla del gran conflicto entre el bien y el mal que se libra, no sólo en Egipto y en el escenario de la historia, sino también en el corazón de todo ser humano; porque la realidad es que cada corazón es un campo de batalla, donde las fuerzas del bien y del mal se encuentran en mortífero combate.

El gran drama en el libro del Éxodo termina con el triunfo aplastante de Jehová sobre el faraón; el bien triunfa sobre el mal. El pueblo de Dios es redimido, mientras que el enemigo con todas sus fuerzas experimenta una derrota definitiva. Todo esto es un glorioso anticipo de lo que sucederá en el gran drama cósmico que se libra desde el momento en que Dios, en las lejanías del Edén, prometió que la simiente de la mujer, el Señor Jesús, vendría en persona a hacer frente a Satanás, el faraón espiritual. Por medio de la obra admirable del Señor Jesús, los hijos de Dios serán para siempre emancipados; el enemigo de Dios y de su pueblo será vencido; la esclavitud

pasará a la historia; el mal será erradicado al punto que no quedará de él “ni raíz ni rama” (Mal. 4:1).

Los juicios de Dios

El relato nos informa que tan pronto como Moisés se presentó ante el faraón y le informó de los propósitos de su misión, comenzaron los enfrentamientos. Con visible soberbia, el faraón respondió: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel” (5:2). La respuesta de Dios no se hizo esperar. Comenzaron a caer juicios terribles sobre la tierra de Egipto, en la forma de plagas, que en total fueron diez. ¿Cuál fue el propósito de estos juicios, de estos azotes divinos? Algunos de estos propósitos se pueden notar claramente, ya que están específicamente mencionados en el texto. Notaremos los siguientes:

- Como una manifestación del poder de Dios. Era el plan de Dios que los egipcios comprendieran, sin que quedara lugar a dudas, que el Dios de los hebreos era Dios sobre todos los dioses. **“Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando extienda mi mano sobre Egipto, y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos”** (7:5). Repetidas veces los egipcios reconocieron que había en todo eso un poder superior al que ellos conocían. En cierta oportunidad los hechiceros mismos le dijeron al faraón: “dedo de Dios es éste” (8:19). Durante la plaga del granizo hubo algunos siervos del faraón que temieron la palabra de Dios e hicieron poner sus criados y el ganado a salvo (9:20).

- Eran juicios directos sobre los dioses de Egipto. Dios quería no sólo hacer visible su poder, sino hacer clara la futilidad de confiar en dioses que no eran dioses en realidad. Su propósito era “humillar” a los dioses de Egipto para que la

gente pudiera distinguir el poder y la gracia del verdadero Dios, del único Dios. El anuncio divino fue: “[yo] ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto” (12:12). A través de esos juicios tanto los egipcios como los israelitas, quienes habían sido hasta cierto punto hechizados por la idolatría de sus opresores, tendrían la oportunidad de echar su suerte con el verdadero Dios.

- Para beneficio de otros pueblos. Las intenciones de Dios no se limitaban solamente a esos dos pueblos; él quería que a través de tales manifestaciones, su “nombre sea anunciado en toda la tierra” (9:16). Y tenemos evidencias de que en alguna manera esos propósitos se cumplieron. El mismo Jetro, suegro de Moisés y sacerdote de Madián, reconoció esta verdad. Después de que Moisés le contó los pormenores de la liberación, él confesó: “Bendito sea Jehová, que os libró de la mano de los egipcios, y de la mano de Faraón, y que libró al pueblo de la mano de los egipcios. **Ahora conozco que Jehová es más grande que todos los dioses**; porque en lo que se ensoberbecieron prevaleció contra ellos” (18:10,11).

Años más tarde Josué envió espías a Jericó para reconocer la tierra, y ellos fueron protegidos por Rahab, una ramera de la ciudad. Cierta noche, antes de que ellos se durmieran, ella subió al terrado donde los tenía escondidos y les hizo una confesión muy significativa. Les dijo: “Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto... **Jehová vuestro Dios es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra**” (Jos. 2:8-11). Muchos años más tarde el recuerdo de lo que Dios había hecho en Egipto perduraba en la memoria de los filisteos. El registro nos dice: “Y los filisteos tuvieron miedo, porque decían: Ha venido Dios al

campamento. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de estos dioses poderosos? Estos son los dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto” (1 Sam. 4:7,8).

- Impresionar al pueblo de Israel. A través de los años de esclavitud y su asociación con idólatras, los israelitas habían olvidado, en gran medida, al Dios de sus padres. Dios los estaba redimiendo ahora; quería volverlos a él, y prepararlos para que fuesen instrumentos de bendición para otros pueblos. Dios les dice:

¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer? ¿O ha intentado Dios venir a tomar para sí una nación de en medio de otra nación, con pruebas, con señales, con milagros y con guerra, y mano poderosas y brazo extendido, y hechos aterradores como todo lo que hizo con vosotros Jehová vuestro Dios en Egipto ante tus ojos? **A ti te fue mostrado para que supieses que Jehová es Dios, y no hay otro fuera de él** (Deut. 4:33-35).

Aunque los israelitas tendieron a olvidarlo muy pronto, este propósito de Dios se cumplió en forma admirable. Tan pronto como cruzaron el Mar Rojo, cantaron con júbilo incontenible: **“¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?”** (15:11).

- Darle una oportunidad al faraón. No hay duda de que a través de todo el episodio Dios tenía también un propósito para el faraón. Este monarca no estaba excluido de la misericordia de Dios. Los juicios eran advertencias también para él, para que reconociera la soberanía de Jehová y la total necesidad de confiar en sus dioses. Quedó registrado que en varias ocasiones él reconoció su obstinación pecaminosa, y la confesó a los siervos de Dios.

A pesar de que al principio se había negado a reconocer la

autoridad de Dios, el hecho de que más tarde estuvo dispuesto a ofrecer compromisos, como lo notaremos en el capítulo siguiente, es una evidencia muy clara de que el faraón comenzó a darse cuenta de que su posición era insostenible ante el Dios de Moisés.

Además, en repetidas ocasiones reconoció en forma específica lo necio de su postura; notemos algunas de sus expresiones: “Orad a Jehová para que quite las ranas de mí y de mi pueblo” (8:8); “Orad por mí” (8:28); “He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios, y el granizo, y yo os dejaré ir” (9:27,28); “He pecado contra Jehová vuestro Dios y contra vosotros. Mas os ruego ahora que perdonéis mi pecado solamente esta vez, que oréis a Jehová vuestro Dios que quite de mí al menos esta plaga mortal” (10:16,17); “... y bendecidme también a mí” (12:32).

¿Qué hubiera sucedido si el reconocimiento de su pecado hubiera sido sincero, si en vez de resistir y volver atrás, el faraón hubiera seguido respondiendo a las convicciones que de vez en cuando permitió que impresionaran su alma? ¿Qué hubiera sucedido con el pueblo, si su rey hubiera aceptado al verdadero Dios? ¿Qué diferente sería la historia que se hubiera escrito! Pero no, el rey se rebeló contra la luz que le llegó a raudales y por eso todo terminó mal, tanto para él como para su pueblo.

¿Quién endureció el corazón del faraón?

El relato nos dice que el corazón del faraón se endureció a tal punto durante la caída de las plagas, que al final comenzó a actuar en forma aparentemente irracional. ¿Cómo explicar el hecho de que haya decidido perseguir a los israelitas cuando era tan evidente que estaba luchando contra un poder muy

superior al suyo y al de sus dioses? Y recordemos que organizó la campaña de persecución cuando todo lo que se oía en Egipto era el clamor de los que sepultaban a sus muertos, debido a la visita misteriosa del ángel destructor pocas horas antes.

La pregunta que no es siempre fácil de contestar es quién endureció el corazón del rey. ¿Fue Dios, que lo hizo arbitrariamente, sin que el rey tuviera ninguna oportunidad? ¿Estaba ya determinado? No todos los que han escrito sobre este tema se han podido poner de acuerdo. Hay quienes insisten en que Dios, en su soberanía, endureció el corazón del rey para manifestar su poder. Otros prefieren ver que fue el mismo faraón que al rebelarse contra la autoridad divina, fue el responsable de su propio endurecimiento. ¿Qué dice la Escritura? La respuesta que podemos extraer de ella no es, a primera vista, demasiado clara, ya que las dos ideas están presentes en el relato.

- Que Dios endureció su corazón. Se encuentran diez textos que parecen indicar que Dios endureció el corazón del faraón, por ejemplo: “Pero Jehová endureció el corazón de Faraón, y no los oyó, como Jehová había dicho a Moisés” (9:12. Ver también 4:21; 7:3; 10:1,20,27; 11:10; 14:4,8,17). Hay tres palabras diferentes en hebreo para traducir “endurecer” pero las tres sugieren básicamente lo mismo.

- Que el faraón endureció su propio corazón. Curiosamente también aparecen diez textos que parecieran indicar que fue el faraón mismo quien endureció su corazón, y no Dios directamente. Por ejemplo: “Y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó, como Jehová lo había dicho” (7:13. Ver también 7:14,22; 8:15,19,32; 9:7,34,35; 13:15).

La dificultad que a primera vista presentan estas ideas, lo que pareciera una contradicción, es más aparente que real, y la solución no es tan difícil de encontrar si tomamos en cuenta

algunos aspectos básicos.

En primer lugar debemos tomar en cuenta que el contexto general de la Escritura nos enseña que Dios creó al hombre con la capacidad de elegir. La idea de que hay fuerzas o situaciones que determinan inexorablemente el destino del ser humano, no es bíblica. Desde el mismo comienzo Dios creó a Adán y Eva con la capacidad de elegir, de tomar sus propias decisiones; y cuando ellos decidieron actuar en contra de los deseos expresos de Dios, él no intervino, no los obligó a hacer su voluntad. Repetidamente se pone de relieve el hecho de que el ser humano tiene la libertad y la responsabilidad de escoger. Josué le dijo al pueblo: “Y si mal os parece servir a Jehová, **escogeos hoy a quien sirváis...** pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Jos. 24:15).

El Nuevo Testamento ofrece el evangelio para el que quiere, para el que cree; “he aquí, yo estoy a la puerta y llamo,” dice Jesús, y “**si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo**” (Apoc. 3:20). Por lo que pensar que Dios endureció el corazón del faraón en forma arbitraria, al punto que éste no fue más que un títere en sus manos, va en contra de toda la enseñanza bíblica.

Debemos recordar, además, que en la manera de hablar de los judíos, se presenta con frecuencia a Dios como siendo la causa de lo que permite. Nosotros hoy decimos llanamente por ejemplo, que una mujer que no puede tener hijos es estéril; los judíos se sentían cómodos en decir que “Jehová no le había concedido tener hijos,” o que “Jehová había cerrado su matriz” (1 Sam. 1:5,6). En el caso del faraón, Dios estaba activo: le enviaba luz, le indicaba cuales eran sus requerimientos, y frente a esa realidad el rey no pudo permanecer indiferente, tuvo que decidir. Es claro que en su empecinamiento se debió al hecho de que Dios se hizo presente en su imperio; si Dios nunca se le hubiera presentado,

el rey no hubiera tenido que decidir; hubiera seguido tranquilamente abusando de los esclavos. Fue, en un sentido, la presencia de Dios que lo "endureció," que lo obligó a decidir.

La Escritura no deja lugar a dudas en cuanto a la responsabilidad del faraón en todo este asunto. La razón del fracaso del rey y de la tragedia que sufrió el pueblo como consecuencia, la tenemos expresada más de una vez en el relato. Notemos lo siguiente: "Y viendo Faraón que la lluvia había cesado, **se obstinó en pecar, y endurecieron su corazón él y sus siervos**" (9:34). A pesar de que en momentos reconoció que "Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos" (9:27), y que llegó a confesar: "he pecado contra Jehová vuestro Dios" (10:16), **él se obstinó en pecar**, endureció su corazón frente a las amonestaciones y requerimientos de Dios; **él** fue responsable.

Así como Dios "hace salir su sol sobre malos y buenos" y "hace llover sobre justos e injustos" (Mateo 5:45), de la misma manera el Espíritu de Dios trabaja en todos los corazones; pero la realidad es que no todos responden de la misma manera. Frente al calor del sol, el lodo se endurece mientras que la cera se ablanda. Uno fácilmente puede decir que es el sol que causó el endurecimiento del lodo y el ablandamiento de la cera; pero no es nada arbitrario; es la reacción de estos elementos a la presencia del sol.

En la parábola del sembrador que contó Jesús, no había diferencia en la semilla que cayó en los distintos terrenos, ni en la manera en que se hizo la siembra. Todo dependió de la recepción que los distintos tipos de suelo le dieron a la semilla (Mateo 13:1-9). De igual manera, el endurecimiento del corazón del faraón no fue un acto deliberado de Dios, sino que se debió a la manera en que él respondió a la luz que Dios le envió. Al respecto se nos dice,

No fue ejercido un poder sobrenatural para endurecer el corazón del rey. Dios dio al rey las evidencias más notables de su divino poder; **pero el monarca se negó obstinadamente a aceptar la luz.** Toda manifestación del poder infinito que él rechazara le empecinó más en su rebelión (PP, p. 273).

El pecado contra el Espíritu Santo

Fue el negarse obstinadamente a escuchar la voz de Dios que le hablaba a través del ministerio de Moisés y de Aarón que llevó al faraón a rebelarse tan abiertamente contra Dios, lo que causó su ruina, y se constituyó en "la más clara ilustración del pecado contra el Espíritu Santo" (R & H, Julio, 1897). Y en todo esto hay lecciones de profundo significado para nosotros. La Biblia nos habla de un pecado que no tiene perdón, y es precisamente el pecado contra el Espíritu Santo. Escuchemos las palabras de Jesús:

Todo pecado y blasfemia será perdonada a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero (Mateo 12:31,32).

¿Qué es en realidad el pecado contra el Espíritu Santo? ¿Puede un cristiano cometer tal pecado? El ejemplo del faraón de Egipto es muy iluminador. Nos da a entender que no se trata de *un* pecado, de *un* acto contrario a la voluntad de Dios, sino más bien del rechazo persistente de la voz del Espíritu Santo que habla a la conciencia. La conciencia, algo muy difícil de definir, es la capacidad que Dios nos ha dado para percibir su voz, para darnos cuenta de lo que está bien y de lo que está mal.

Leíamos hace un tiempo la historia de un nativo que cierto día caminó varias horas para llegar a una tienda donde debía comprar ciertas cosas. Al llegar de regreso a su casa al

anochecer, descubrió con sorpresa que el dinero con el que había pagado la mercancía estaba íntegro dentro de la bolsa. Al día siguiente se levantó muy temprano y recorrió de nuevo el camino para darle el dinero al dueño de la tienda, quien bastante sorprendido, le preguntó: “¿Por qué lo hizo? ¿Por qué vino? Al fin de cuentas no era mucho.” A lo cual el nativo contestó: “cuando llegué a casa y encontré que el dinero estaba en la bolsa, descubrí que había dos hombres dentro de mí. Uno me decía: debes ir a devolverlo, y el otro: no lo hagas, guárdalo. Uno me decía: no te pertenece; y el otro: total nadie te vio. Uno me decía: a fin de cuentas es tan poco; y el otro: aunque es poco, no te pertenece. A la noche fui a la cama, pero no pude dormir, porque los dos hombres se pelearon dentro de mí toda la noche, por lo que decidí venir a devolverlo, para poder dormir en paz.” ¿Qué hubiera sucedido si el “otro hombre” hubiera ganado la batalla, si se hubiera guardado lo que sabía que no le pertenecía? Sin duda ese hubiera sido el primer paso en un camino descendente, en la insensibilización de su conciencia.

El rechazar con persistencia la voz del Espíritu Santo puede incapacitar la conciencia para percibir su voz. El apóstol Pablo nos dice que la conciencia puede cauterizarse (1 Tim. 4:2), es decir, perder la sensibilidad, la capacidad de ser impresionada. Y cuando esta capacidad se pierde del todo, cuando la conciencia no responde más, Dios no tiene otra manera de llegar a nosotros, de despertarnos, de invitarnos a arrepentirnos.

Juan y Judas

Uno de los ejemplos más claros de la responsabilidad personal frente a la influencia divina, lo encontramos en el mismo grupo de los discípulos de Cristo, entre aquellos

hombres que se asociaron con él, que vivieron literalmente en su presencia durante tres años. Todos ellos tenían serios defectos y limitaciones cuando se asociaron con Jesús, y es muy evidente que el Señor los llamó no por lo que eran, sino por lo que podrían llegar a ser bajo su influencia y enseñanza. En el capítulo 17 nos referiremos con más detenimiento acerca de este particular; aquí quisiéramos brevemente comparar la trayectoria de dos de estos hombres, Juan y Judas.

Evidentemente ambos tuvieron las mismas posibilidades, los mismos privilegios: comían con Jesús, escuchaban sus enseñanzas, observaban diariamente el amor desinteresado con el que trataba a todos por igual, vieron a los sordos oír, a los ciegos ver, y a los cojos saltar llenos de regocijo y contemplaban asombrados cómo los pecadores eran transformados por la gracia de Dios. Curiosamente, sin embargo, uno de ellos fue transformado en la presencia de Jesús; el otro, endurecido.

Al estudiar la vida de estos hombres, según lo presenta la inspiración, pareciera que Juan se encontraba en desventajas con relación a su amigo Judas. Jesús mismo lo apellidó, junto con su hermano Jacobo, *Boanerges*, que quiere decir “Hijos del trueno” (Marcos 3:17). No sabemos exactamente cuales fueron las razones por las cuales Jesús los llamó de esta manera, pero sin duda no fue porque eran de carácter paciente y apacible. Cierta día, mientras pasaban por Samaria no fueron bien recibidos en una aldea, y estos dos hermanos demostraron de lo que eran capaces; le dijeron a Jesús: “quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?” (Lucas 9:54). Uno se pregunta qué hubiera sucedido si Jesús les hubiera dado permiso. Jesús les amonestó seriamente, diciéndoles que no era el espíritu de Cristo el que inspiraba una reacción tal, “porque el Hijo del Hombre no ha venido a perder las almas de los hombres, sino

a salvarlas" (verso 55). Es evidente que "Juan no poseía por naturaleza la belleza del carácter que reveló en su postrer experiencia. Tenía graves defectos. No solamente era orgulloso, pretencioso y ambicioso de honor, sino también impetuoso, resintiéndose por la injusticia" (HA, p. 430).

Pero Juan abrió su corazón a la influencia divina. Aceptó las reprensiones de Jesús, luchó con denuedo contra sus debilidades y el Señor pudo llevar a cabo en la vida de ese hijo del trueno una transformación maravillosa, que no tiene explicación humana. ¿Cómo, entonces, se llevó a cabo? Se nos dice que

En la vida del discípulo amado se ejemplifica la verdadera santificación. Durante los años de su íntima asociación con Cristo, a menudo fue amonestado y prevenido por el Salvador, y aceptó sus reprensiones. A medida que el carácter del divino Maestro se le manifestaba, Juan vio sus propias deficiencias, y esta revelación lo humilló. Día tras día, en contraste con su propio espíritu violento, contemplaba la ternura y la tolerancia de Jesús y oía sus lecciones de humildad y paciencia. Día tras día, su corazón fue atraído a Cristo hasta que se perdió de vista a sí mismo por amor a su Maestro. El poder y la ternura, la majestad y la mansedumbre, la fuerza y la paciencia, que vio en la vida diaria del Hijo de Dios llenaron su alma de admiración. Sometió su temperamento resentido y ambicioso al poder modelador de Cristo, y el amor divino realizó en él una transformación de carácter (HA, p. 445).

No pasó lo mismo con Judas. Lo que ocurrió en su vida es exactamente lo opuesto a lo que ocurrió en la vida de su compañero. Y uno se pregunta porqué. ¿Cómo puede ser que estando en la misma presencia de Jesús, bajo la misma influencia que transformó a Juan, él no sólo quedó como era, sino que se endureció al punto de llegar a vender a Jesús por "treinta piezas de plata" (Mateo 26:15), el equivalente a \$12.60 de nuestra moneda? Y lo que más sorprende es que el

Nuevo Testamento no dice absolutamente nada negativo de él hasta el mismo final; recién el jueves de noche se le cayó la máscara. Era un buen hombre, tenía muchas virtudes; prometía mucho. Si “hubiera muerto antes de su último viaje a Jerusalén, habría sido considerado como un hombre digno de un lugar entre los doce, y su desaparición habría sido muy sentida” (DTG, p. 663).

Juan reporta en su evangelio que Judas “era ladrón” (Juan 12:6), en relación a los comentarios que hizo acerca de los pobres durante la cena que se llevó a cabo en la casa de Simón, lo cual ocurrió seis días antes de la pascua. Pero evidentemente esta evaluación se debió a una reflexión posterior, porque aun durante la cena el jueves de noche, luego que Jesús dijo: “A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, se lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón,” para luego decirle: “Lo que vas a hacer, hazlo más pronto” (Juan 13:26,27), los discípulos pensaron que Jesús le estaba pidiendo que fuese a comprar algo para la fiesta, o “que diese algo a los pobres” (verso 29). Nadie sospechó, aun en ese momento, que Judas, al bajar las escaleras, no iría en busca de ningún pobre, sino que iría directamente a ver a los sacerdotes para ultimar los detalles de la entrega de Jesús. ¿Cómo pudo hacer tal cosa? ¿Cómo pudo ir tan lejos en su apostasía y rebelión?

Evidentemente no fue una decisión de última hora; hubo en la vida de Judas un largo proceso de inconformidad, de rebeldía, de desobediencia. Siguió fomentando sus debilidades, entre otras su fuerte apego al dinero, y nunca “llegó al punto de entregarse plenamente a Cristo” (DTG, p. 664), lo cual terminó por neutralizar el poder del evangelio en su vida. Este es siempre el camino, porque:

Antes que el cristiano peque abiertamente, se verifica en su corazón un largo proceso de preparación que el mundo ignora. La mente

no desciende inmediatamente de la pureza y la santidad a la depravación, la corrupción y el delito (PP, p. 490).

Durante todo el proceso de endurecimiento, que sin duda duró años, Judas no estuvo nunca más allá de la posibilidad de ser redimido. Sin duda hubo muchos momentos en que luchó contra las convicciones de su conciencia; y es posible también, que cada vez le fuera más fácil resistir y apagar la voz de Dios que le hablaba. Aun después de haber conversado con los sacerdotes y de haberse comprometido a entregar a Jesús, no era todavía demasiado tarde; todavía había esperanza para él, aunque muy poca sin duda. Pero llegaría el momento en que cruzaría el punto del cual no hay retorno, cuando rechazaría la última súplica de la gracia de Dios. "En ocasión de la cena de Pascua, Jesús demostró su divinidad revelando el propósito del traidor. Incluyó tiernamente a Judas en el servicio hecho a los discípulos. **Pero no fue oída su última súplica de amor. Entonces el caso de Judas fue decidido,** y los pies que Jesús había lavado salieron para consumir la traición" (DTG, p. 667). ¡Increíble! Mientras Jesús le lavaba los pies, el Espíritu Santo hizo un último intento, pero fue en vano. Judas cometió el pecado que no tiene perdón, el pecado contra el Espíritu Santo, mientras sus pies se encontraban en las manos del Señor Jesús.

Así como lo fue para los discípulos, Jesús es todavía "aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre..." (Juan 1:9); es el sol de justicia. Lo que es de suma importancia es la recepción que se le da a esa luz. Frente al calor del sol, el lodo se endurece, mientras que la cera se ablanda. Frente a los llamados de la gracia de Dios algunos se transforman, otros se endurecen. Aunque Dios es soberano, no fuerza nuestra voluntad, pero sí nos invita: "si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Heb. 3,7,8).



Hace ya varios años el Dr. Braulio Pérez Marcio ilustró uno de sus temas en un programa radial de La Voz de la Esperanza, contando la historia de esa mujer que poseía un hermoso perro, el cual nunca ladraba. Cuando una vecina le preguntó el porqué de una actitud tan contraria a la naturaleza del perro, ella le dijo que por un tiempo el animal había pertenecido a una persona que tenía muy mal genio. Como le fastidiaba oír ladrar al perro, cada vez que éste lo hacía, ella le daba con un palo en la cabeza. Con el pasar del tiempo el perro se acobardó, se dio cuenta que ladrar no cumplía ningún propósito y dejó de hacerlo. De igual manera, si la conciencia nos habla y persistimos en no escucharla, en reprimirla, también se debilitará y perderá la capacidad de ser el guardián que tanto necesitamos.

Así como la nube guiaría al pueblo de Israel por el desierto mientras se encaminaba a la tierra de Canaán, de la misma manera el Espíritu Santo debe guiar al cristiano en su peregrinaje; podrá ir seguro solamente en la medida en que siga sus directivas, “porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Rom. 8:14).

Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.

7

Compromisos engañosos



Finalmente Moisés aceptó la invitación divina; le costó entender que él no debía preocuparse por el éxito o por el resultado de su misión. Algo que este siervo de Dios debía aprender todavía es que cuando Dios llama, nuestra responsabilidad es “trabajar con fe y dejar los resultados con Dios” (7 T, p. 245). Y así, después de cuarenta años de ausencia, Moisés regresó a Egipto. Todo lo que llevaba era una vara en su mano y en su alma la convicción de que era Dios, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob quien lo había llamado y le había confiado una misión especial, que humanamente parecía imposible: la de sacar al pueblo de Israel de Egipto. Bien podemos imaginar a Moisés repitiendo a cada paso las palabras que había oído junto a la zarza: “yo estaré contigo.” Era esta promesa lo único que le daba sentido a su viaje.

La misión de Moisés no consistía en intervenir a favor de sus hermanos con el propósito de mejorar la situación extrema en la cual se encontraban. Dios no le pidió que volviera a Egipto para que tratara de conseguir que la esclavitud no fuese tan rigurosa, o para que negociara algunas mejoras: cuarenta

horas de trabajo por semana, cinco días por semana, algunos feriados y vacaciones. Tales cosas, aunque en otros contextos pudieran ser enteramente razonables, serían totalmente inaceptables en este caso. La misión de Moisés era inconfundiblemente clara: sacar a los esclavos de la tierra de Egipto. Nada que no lograra ese objetivo sería aceptable. Dios le había dicho a Moisés cuando lo llamó desde la zarza: “Ven, por tanto ahora, y te enviaré a faraón, **para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel**” (3:10). Y fue con esta misión muy clara en su mente que Moisés emprendió el largo recorrido, para finalmente presentarse ante el faraón, y decirle: “Jehová el Dios de Israel dice así: **deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto**” (5:1).

Tan pronto como Moisés explicó al faraón las intenciones de Jehová, comenzaron los enfrentamientos. El faraón se creía el dueño de los esclavos; los había “usado” por tantos años que creía que eran su propiedad, y no pudo tolerar que alguien se refiriera a ellos como “mi pueblo,” y pretendiera libertarlos, por lo que contestó con soberbia e indignación: “¿Quién es Jehová, para que yo deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel” (5:2). Y sin duda pensó que con eso había logrado intimidar al mensajero de Jehová y puesto punto final al asunto. Se sentía seguro porque Egipto estaba protegido por una pléyade de dioses; por lo menos ochenta dioses diferentes velaban sobre todos los aspectos de la vida en su país, desde su mismo trono hasta las cosas menores del campo.

Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que no todo se había solucionado: comenzaron a caer los juicios de Dios. Cada plaga que caía era un golpe directo a uno de los dioses, porque las plagas eran en realidad juicios sobre “todos los dioses de Egipto” (12:12). Estos juicios tenían el propósito de ser un llamado a los egipcios, para que reconocieran la superioridad

del Dios de los esclavos y la impotencia de sus dioses, y así reconocieran que debían dejar ir a los israelitas. Al mismo tiempo tenían el propósito de instruir a los israelitas en cuanto a la verdad de que hay un solo Dios verdadero, el gran “Yo soy,” y que a pesar de que en gran medida lo habían perdido de vista, todavía era su Dios, guardador del pacto, que venía en su busca.

Adoren a Dios “en la tierra”

El faraón se dio cuenta muy pronto de que no podía mantener su negativa absoluta frente al pedido de Jehová, ya que sus dioses se mostraron increíblemente impotentes frente a lo que estaba sucediendo. Siendo un político muy astuto, ~~pensó que insistir en un enfrentamiento directo con un poder tal sería lo más prudente, por lo que decidió~~ cambiar de estrategia; pretendió escuchar, aflojar un poco, mostrarse interesado en entrar en negociaciones con los mensajeros de Jehová y establecer algún tipo de compromiso; él aflojaría un poco, con la esperanza de que el Dios de Israel también modificaría un poco sus demandas. Por lo que llamó a Moisés y Aarón y les dijo: “Andad, ofreced sacrificio a vuestro Dios en la tierra” (8:25). ~~Si el asunto es adorar al Dios de ustedes, estoy dispuesto a permitirlo; pueden ir, tienen mi permiso,~~ siempre y cuando lo hagan en la tierra, en Egipto.

A primera vista el ofrecimiento pudiera haber parecido ventajoso; bueno, por lo menos es algo, es mejor que nada; por lo menos podremos adorar a nuestro Dios, y esto ya es ganancia. Lo que el faraón no quería, y lo había calculado muy bien, era que sus esclavos abandonaran el país, que se escaparan de su control. ~~No le importaba mucho que ellos fueran a adorar a Dios, siempre y cuando luego volvieran a hacer ladrillos para él.~~ Pueden ir, está bien, pero queden en la tierra, en Egipto, bajo mi control.

Que queden los niños

Moisés rechazó este compromiso como algo totalmente inaceptable, y le anunció al faraón que el plan era ir por el desierto camino de tres días. Bajo el impacto persuasivo de las plagas, el faraón estuvo dispuesto a alargar un poco más la cadena, y les dijo: está bien, “con tal que no vayáis más lejos” (8:28). Pueden ir camino de tres días, pero no más lejos.

Al ver que su estrategia había fallado, que Moisés no se había tragado el anzuelo, que no había aceptado su nuevo ofrecimiento, que parecía no haber manera de detener a los esclavos, no se dio por vencido. El tenía muchos recursos en su arsenal. Llamó a Moisés y le indicó que estaba dispuesto a ceder otro poco. Estaba bien si los mayores iban al desierto, pero de ninguna manera dejaría ir a los niños. “¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños?” (10:10). Pueden ir los mayores, a fin de cuentas eso es lo que ustedes pidieron, pero los niños se quedan en Egipto. ¡Qué descarado! ¡Los padres en el desierto, en camino a Canaán, y los hijos en Egipto! ¿Cómo se le ocurrió pensar que Moisés aceptaría semejante propuesta?

Que quede el ganado

La respuesta de Dios a la nueva negativa del faraón fue un nuevo juicio; esta vez una plaga de langostas que cubrió la tierra y consumió toda la hierba del campo. Después de este azote y de tres días de tinieblas, el faraón hizo llamar apresuradamente al mensajero de Jehová para informarle de su nueva decisión: “Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas; vayan también vuestros hijos con vosotros” (10:24). En su nuevo ofrecimiento, todo el ganado debería quedar en Egipto. Si no podía inducirles a adorar **en la tierra**, quería que cuando salieran de ella no

tuviesen nada que ofrecer. La respuesta de Moisés a esta nueva maniobra no se hizo esperar. Sin ninguna vacilación respondió: “Nuestros ganados irán también con nosotros; **no quedará ni una pezuña**; porque de ellos hemos de tomar para servir a Jehová nuestro Dios.” (11:26).

Salir del mundo

En todo esto hay lecciones sumamente importantes para nosotros, porque no debemos olvidar que estas cosas les acontecieron como ejemplos para nosotros (1 Cor. 10:6). La liberación física de los israelitas de la esclavitud egipcia, y las estratagemas del faraón para impedir que saliesen, presentar enseñanzas muy reveladoras e instructivas de nuestra liberación espiritual por medio de Cristo, y al mismo tiempo de lo difícil que es abandonar el control del enemigo. Queremos destacar algunas de estas lecciones.

Algo que es muy evidente en el episodio del éxodo, y que no podría estar más claro, es precisamente que éxodo significa **salida**. Este es el significado del título del libro. Para los judíos este libro se titulaba simplemente: “Y estos son los nombres,” que son las palabras con las que comienza el libro (1:1). Cuando un par de siglos antes de Cristo el Pentateuco fue traducido del hebreo al griego, los traductores le cambiaron el título y le asignaron uno que en realidad resume en una sola palabra (dos en griego) el tema central del libro: “éxodo,” e indica la mayor “salida” que registra la historia. Centenares de miles de esclavos, con sus familias y todas sus pertenencias, salen de la tierra de su opresión para encaminarse “a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel” (3:8).

Hubiera sido inconcebible que Dios libertara a los esclavos y los dejara en Egipto, en territorio enemigo, a

merced del faraón, donde éste pudiera todavía controlar sus vidas. Tal cosa hubiera sido una contradicción; no hubiera habido liberación en realidad. Ninguno de los compromisos que sugirió el faraón para retenerlos fue aceptado, ni siquiera considerado por un momento. La orden que recibió Moisés fue clara: “Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a faraón, **para que saques de Egipto a mi pueblo**, los hijos de Israel” (3:10).

Todo esto nos enseña una lección muy básica de lo que debe pasar en el terreno espiritual. Si Egipto es un símbolo del mundo, y el faraón representa al diablo, el enemigo de Dios y de su pueblo, la enseñanza es muy clara: no es posible experimentar la redención y quedar en el mundo. Y así como Dios fue claro en su propósito de sacar al pueblo de Israel de Egipto, porque no había liberación posible dentro de sus fronteras, así también la liberación espiritual es un llamado claro a salir del mundo, con todo lo que eso significa; no hay redención **en el mundo**. La orden divina es todavía bien clara: “Salid de ella pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados, y no recibáis parte de sus plagas” (Apoc. 18:4). Santiago subraya la total imposibilidad de cualquier tipo de compromiso con el mundo cuando escribe: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? **Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios**” (Sant. 4:4).

Igualmente el discípulo amado nos amonesta con mucha seriedad en una de sus cartas: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, **el amor del Padre no está en él**” (1 Juan 2:15). La realidad es que no se puede servir a dos señores, al Dios del cielo y al faraón. Escuchemos todavía al apóstol Pablo:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, **siguiendo**

la corriente del mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de la carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Efe. 2:1-3).

Abandonar el mundo nunca es fácil; siempre involucra luchas y confrontaciones porque el faraón espiritual, “el príncipe de este mundo” (Juan 12:31), está empeñado en no dejar escapar a sus esclavos; quiere mantenerlos en su servicio, se deleita en verlos hacer ladrillos para él. Y cuando ve que la presión es fuerte, y que no puede mantenerse frente a las demandas de Jehová a favor de sus hijos, también intenta, todavía hoy, dialogar, hacer compromisos; ésta es todavía su estrategia; y muchos, sin percibir sus sutilezas, caen en su trampa.

“Bueno, si insistes, está bien”, suele decir a veces; “ve a la iglesia, inclusive puedes bautizarte, pero ¡queda en la tierra! ¡No te vayas muy lejos! No necesitas abandonar el mundo; ¡queda en Egipto! Para qué ir a los extremos. Si crees que debes guardar el sábado, no hay problema, guárdalo, con la condición de que durante la semana hagas ladrillos para mí. No es necesario que seas tan peculiar en cuanto a la música, o con respecto a lo que lees, o a lo que miras en la televisión, o en cuanto a tus recreaciones. Con respecto a las bebidas, al sexo, no te vayas a los extremos; observa qué es lo que hacen los demás; para qué ser tan peculiar; creerán que eres fanático. ¡Quédate en la tierra! Egipto tiene tanto para ofrecer.”

Al enemigo no le importa que alguien sea cristiano y reconozca la soberanía de Jehová, siempre y cuando de alguna manera pueda mantenerlo en el mundo. Está dispuesto a alargar la cadena todo lo que sea necesario, mientras pueda seguir ejerciendo el control. Lo triste es que miles y miles de

cristianos no perciben la sutileza de estos compromisos diabólicos; sirven a Dios pero quedan en el mundo; inconscientemente, tal vez, pero se ocupan en hacer ladrillos para edificar las ciudades del enemigo.

La única seguridad estriba en responder de la misma manera en que Moisés respondió frente a las sugerencias del faraón de antaño: ¡No! Ningún compromiso es aceptable. La orden es **salir**, ir al desierto. Éxodo significa **salida**, no hay otra alternativa, no es posible **quedar**. “Ninguno puede servir a dos señores” (Mateo 6:24). Es indispensable una ruptura total con el mundo. Una vez que se emprende la marcha es imperativo avanzar sin detenerse, ni mirar atrás. En otras palabras, la liberación del pecado implica ahora una conducta que esté en armonía con su nuevo destino.

Conformar vs. transformar

Pero, ¿qué quiere decir en realidad “salir del mundo?” Porque en un sentido, tal cosa no es posible. El mismo Señor Jesús, en su oración intercesora, le decía a su Padre: “**No ruego que los quites del mundo**, sino que los guardes del mal. **No son del mundo**, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:15,16). Parece una paradoja, pero los cristianos no son del mundo aunque están en el mundo; no los quites, aunque no son. Nuestra salida no es física, como en el caso de los israelitas, sino espiritual.

Uno de los pasajes de la Escritura que presenta con más realismo la responsabilidad del cristiano una vez que ha aceptado la invitación del Señor y que ayuda a entender qué quiere decir salir del mundo, es el comienzo del capítulo 12 del libro de Romanos, donde comienza la parte práctica de la epístola. En los primeros 11 capítulos el apóstol discute primariamente la teología de la salvación, y lo hace en forma

profunda y sistemática; pero, a partir del capítulo 12, hace bien claro que ser cristiano es más que teoría, es más que asentir intelectualmente a ciertas doctrinas, por bien formuladas que éstas estén. Nos dice sin lugar a equivocación que la ética debe seguir a la teología, es decir, que la teología debe manifestarse en una vida consecuente, debe seguir una conducta regida por los principios del nuevo reino. Pablo lo describió así:

Así que, hermanos, os ruego por **las misericordias de Dios**, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os **conforméis a este siglo**, sino **transformaos** por medio de la **renovación** de vuestro **entendimiento**, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Rom. 12:1,2).

La aparente paradoja en las palabras se Jesús, que mencionamos más arriba, entre “no soy del mundo” y “no ruego que los quites del mundo” queda aclarada con las palabras del apóstol Pablo; *salir del mundo* equivale a *no conformarse con el mundo*. Quiere decir que aunque estamos en el mundo no debemos permitir que el mundo nos amolde, que nos absorba. La versión Bover-Cantera traduce la expresión “y no os conforméis a este mundo” de la siguiente manera: “Y no os configuréis a semejanza de este mundo.” El mundo ejerce una presión constante sobre toda persona, por lo que es necesario resistirla; de lo contrario, seremos sus víctimas.

El apóstol tiene en mente algo más fundamental de lo que nosotros generalmente asociamos con el mundo. Muchos asocian el mundo con fumar, beber, bailar, asistir al cine y cosas semejantes. Pero no es solamente asunto de evitar ciertas cosas que pueden ejercer una influencia negativa sobre nuestra vida espiritual; es un asunto, dice Pablo, que tiene que ver con la renovación del entendimiento, tiene que ver con la

mente. Se refiere, por lo tanto, a nuestra manera de pensar, a nuestra filosofía de la vida. Salir del mundo es un llamado a no pensar en las categorías en que piensa el mundo. Tal vez la palabra que capta más apropiadamente la manera de pensar del mundo que nos rodea, es la palabra **secularismo**. Esta palabra viene de la palabra *saeculum*, que quiere decir mundo, o época, y hace referencia sencillamente a la filosofía que se preocupa sólo por lo horizontal, como si este mundo fuera todo lo que existe y no hay nada más allá. Esta filosofía es totalmente opuesta al cristianismo que, inspirado en las palabras de Jesús “mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36), reconoce que los verdaderos valores trascienden lo presente y temporal, que todos los aspectos de la vida deben de alguna manera estar relacionados con la “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13), de la venida del Señor Jesús, quien va a hacer “nuevas todas las cosas” (Apoc. 21:5).

Al igual que Abram, el padre de la fe, quien “habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa, porque esperaba ciudad con fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Heb. 11:9,10), así también el cristiano no tiene nada permanente aquí. Salir del mundo es no dejarse amoldar por la filosofía mundana, secular que predomina, es vivir en “tiendas,” como peregrinos, porque el mundo no puede ser nuestro hogar.

Debemos notar que hay dos palabras claves en el texto de Romanos 12 que estamos considerando: **conformar** y **transformar**. El mundo quiere “conformarnos,” ponernos en su molde; Dios quiere “transformarnos” mediante la renovación de nuestra mente. El conformar del mundo es por medio de una constante presión externa; un bombardeo incesante de los sentidos con la propaganda del mundo; el transformar, por otro lado, es la obra interna y suave del Espíritu Santo.

Es interesante notar que la palabra “transformaos” viene de la palabra griega *metamorphoo*, de donde se deriva la palabra metamorfosis, que describe el proceso que transforma a un gusano en una hermosa mariposa. Esta palabra se encuentra cuatro veces en el Nuevo Testamento: una en el texto que estamos considerando; una en 2 Corintios 3:18, donde describe la transformación “de gloria en gloria” conforme a la imagen de Cristo, y dos veces en los evangelios describiendo la **transfiguración** de nuestro Señor Jesucristo (Mateo 17:2 y Marcos 9:2). Estos pasajes describen la transformación de Jesús de su humillación terrenal a la gloria celestial que Pedro, Santiago y Juan tuvieron el privilegio de contemplar. Escribe Mateo: “Y [Jesús] se transfiguró [se transformó] delante de ellos.” Es la misma palabra que usa el apóstol Pablo en Romanos 12:2 para describir la experiencia del cristiano, la cual tiene dos partes, una negativa, de resistencia, de no conformidad con el mundo, y la otra positiva, de transformación de nuestra mente, hasta que haya en nosotros el mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús (Fil. 2:5).

Esto es, en esencia, lo que implica salir del mundo; lo que es estar en el mundo sin ser del mundo. Es no ceder a las presiones del ambiente, es permanecer erguidos como Sadrac, Mesac y Abed-nego cuando, a riesgo de sus propias vidas, no se inclinaron cuando todo el mundo se postró ante la imagen de oro que el rey había levantado en la llanura de Dura (Dan. 3).

En la noche del 1 de enero de 1993 se llevó a cabo en la ciudad de New Orleans un partido muy importante de fútbol. Era la final, por el campeonato, entre los equipos de Miami y de Alabama y 76,789 personas se dieron cita para presenciar el espectáculo. Entre ellos se encontraba Corky Simpson. ¿Quién era este hombre? Pertenecía a un grupo selecto de 62 reporteros deportivos y locutores de radio que durante las 17

semanas que duró la campaña de fútbol participaron en una encuesta de la Prensa Asociada, evaluando los distintos equipos, y tratando de predecir quien tenía más posibilidades de ser el campeón.

Desde el mismo comienzo Corky Simpson, que escribía para el periódico *Citizen* de Tucson, Arizona, eligió al equipo de Alabama como el que resultaría campeón, resultando ser el único que votaba por este equipo. A medida que pasaba el tiempo, comenzaron a creer que este periodista mantenía su voto por pura obstinación ya que era evidente que había otros equipos que eran mejores. Durante el mes de diciembre, el último mes de la campaña, el equipo de Miami recibió 61 votos, y el de Alabama uno, el de Simpson.

La gente comenzó a impacientarse con lo que parecía el capricho de este hombre, tan fuera de tono con la mayoría. Comenzaron a ridiculizarlo. Algunos escribían que era un motivo de vergüenza para el periodismo; una dama de Florida lo describió como “moralmente irresponsable y malo por naturaleza,” Simpson, sin embargo, había hecho un estudio cuidadoso de los diferentes equipos, y era su convicción que el equipo de Alabama tenía las mejores posibilidades de llegar a la final y decidió que la presión del público no alteraría sus convicciones. Cuando llegó la hora decisiva, y se encontraron los dos equipos, el resultado fue tan contundente como inesperado: Atlanta le ganó a Miami, el favorito, por 34 a 13. Esa noche Corky Simpson fue finalmente vindicado ante millones de personas que habían seguido su historia.

La actitud de Corky Simpson nos enseña algunas lecciones importantes en el terreno espiritual.

- Ser cristiano significa tener convicciones, hechas inteligentemente, y nunca cederlas bajo el peso de las presiones. Simpson había estudiado cuidadosamente todos los equipos; sabía lo que estaba haciendo. A nosotros se nos

invita a estudiar cuidadosamente la Palabra, para poder discernir, en medio de todo el ruido que nos rodea, qué es lo correcto.

- En segundo lugar, ser cristiano involucra con frecuencia ir contra la corriente popular, lo cual invita crítica, y muchas veces desprecio. El apóstol Pablo nos recuerda que “todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim. 3:12); mientras que Jesús nos anticipa que en el mundo tendremos aflicción (Juan 16:33).

- Y en tercer lugar, ser cristiano significa que un día seremos vindicados. Al final del partido de fútbol, una nueva encuesta de la Prensa Asociada reveló unánimemente que el equipo de Alabama era el mejor del país, lo que demuestra que los otros 61 votantes tuvieron que darle la razón a Simpson. Llegará el día cuando se dará “el juicio a los santos [a favor de los santos]” (Dan. 7:22), cuando ante el Señor “se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua” (Isa. 45:23). Dios mismo será vindicado en la persona de sus hijos. Nadie votará en contra.



8

¡Libres al fin!

2

En lo que hemos visto hasta aquí, se ha podido notar que la historia del éxodo contiene una cantidad de lecciones que apuntan directamente a Cristo y a nuestra liberación en él. Es muy claro, sin embargo, que la pascua es el corazón del éxodo; la pascua fue lo que marcó el fin de la esclavitud y la salida rumbo a Canaán.

La décima plaga

Habían caído ya nueve plagas, terribles, devastadoras. Egipto estaba en ruinas; y los esclavos seguían siendo esclavos. Pero tan pronto murió el cordero, el pueblo de Israel se marchó de Egipto como un pueblo redimido. El relato bíblico nos dice: “En el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto” (12:41). Notemos que fue **en el mismo día**; fue la muerte del cordero lo que marcó el fin de la esclavitud. En el preciso momento en que murió el cordero, los israelitas dejaron de ser los esclavos del faraón para convertirse en **las huestes de Jehová**. Habían sido rescatadas de la esclavitud; se había pagado un precio.

El drama redentor estaba acercándose rápidamente a su

culminación. La última plaga, la decisiva, estaba a punto de ser anunciada. Dios le dio instrucciones muy claras a Moisés: "A medianoche yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en la tierra de Egipto..." (11:4,5). Algo notable en el relato, y que no debíamos pasar por alto, es que los israelitas no estuvieron exentos de esta terrible plaga; les afectaba también a ellos. Los primogénitos de los hijos de Israel también serían visitados por el ángel destructor y sufrirían las consecuencias, a menos que buscaran protección de acuerdo a las instrucciones divinas.

Durante la novena plaga, cuando densas tinieblas cubrieron toda la tierra de Egipto durante tres días, al punto que "ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días," el texto nos informa serenamente que durante este período "todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones" (10:23).

La pregunta que naturalmente surge es ~~¿por qué los israelitas estarían también sin protección al caer la décima plaga?~~ ¿Por qué también los primogénitos de Israel estarían en peligro? ¿Por qué debían ser ellos castigados junto con los opresores, con los enemigos? ¿No eran acaso el pueblo elegido, candidatos a la tierra de Canaán? Sencillamente porque a través de todo ese proceso Dios no estaba sólo liberando a un grupo de esclavos, sino que estaba enseñando, de diversas maneras, lecciones básicas y centrales del plan de salvación, tanto para el pueblo de Israel como para sus hijos en todos los tiempos posteriores. La liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia, como lo hemos señalado ya, era un símbolo de la liberación espiritual, de la liberación del pecado por medio de Cristo. La intención divina era subrayar la verdad de que todo ser humano es esclavo del pecado, que en lo que tiene que ver con la realidad del pecado y la naturaleza de la redención, no hay favoritos; nadie puede

eludir las consecuencias del pecado, ya que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23), y “la paga del pecado es muerte” (Rom. 6:23).

En lo que tenía que ver con culpabilidad y necesidad de redención los israelitas no tenían ventajas sobre los egipcios ni sobre ningún otro pueblo. Habían sido elegidos por Dios, no porque fuesen mejores, dignos, o menos necesitados, sino para que, una vez redimidos, se convirtiesen en instrumentos útiles para la redención de otros. Y a través de su liberación física, debían ellos comprender la necesidad de una liberación espiritual y cuáles eran los medios para obtenerla.

La elección del cordero

En esa noche portentosa, cuando el ángel destructor visitaría toda la tierra de Egipto, la única seguridad que encontrarían sería bajo la protección de la sangre, la sangre de un cordero que debía ser asperjada en la puerta de la vivienda. Al respecto se dieron instrucciones muy específicas, que a veces parecieran demasiado detalladas, a menos que uno entienda los propósitos que Dios tenía para sus demandas. Cada familia debía seleccionar un cordero y debía hacerlo el día diez del mes, cuatro días antes de que fuese ofrecido.

El animal será **sin defecto**, macho **de un año**; lo tomarás de las ovejas o de las cabras. Y **lo guardarás** hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación de los hijos de Israel entre las dos tardes. Y tomarán **la sangre**, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer. Y aquella noche **comerán la carne** asada al fuego, y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán... Y la sangre os será **por señal** en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre, y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto (12:5-8,13).

Es necesario que notemos algunos aspectos muy

significativos en lo que acabamos de citar con respecto al cordero, a lo cual volveremos oportunamente.

- El cordero debía ser elegido **antes**
- Debía ser **sin defecto**, perfecto
- Debía tener **un año** de edad
- Debía ser **sacrificado**
- La sangre debía ser **asperjada**
- La sangre sería por **señal**
- Debían **comer** la carne

Protegidos por la sangre

La idea central de todo este servicio era **sustitución**: o sea, la muerte del cordero, de una víctima inocente, en lugar del esclavo, en lugar de aquel que, además de ser esclavo, estaba bajo sentencia de muerte por decreto divino. Era **Dios mismo**, quien en su soberanía y omnisciencia, **había decretado** que todos los **primogénitos debían morir**, y quien **había provisto**, al mismo tiempo, **una vía de escape, un sustituto**.

Lo que daría protección al primogénito en esa noche portentosa, era la sangre. La **seguridad no se encontraba necesariamente en la bondad** o en la dignidad del primogénito, sino más bien en algo objetivo, externo, **provisto** para esa ocasión. Existe un detalle en la instrucción específica que Moisés dio a todos los ancianos de Israel para ayudarles en la preparación de la pascua que queremos notar en este contexto. Les dice Moisés que después de haber sacrificado el cordero, **debían tomar un manojo de hisopo**, y proceder de la siguiente manera: "... **untad el dintel y los dos postes** con la sangre que **estará en el lebrillo**; y ninguno de vosotros salga de las puertas **de su casa hasta la mañana**" (12:22).

Hay dos maneras en que se puede entender la orden divina,

por lo menos en lo que concierne a un detalle: la palabra **lebrillo** donde se encontraría la sangre. Una posibilidad es que la sangre del cordero debía ser recogida en un lebrillo, o sea un recipiente, donde estaría hasta el momento en que debían untar con ella la puerta. De esta manera la persona indicada untaría el dintel y los dos postes de la puerta, el dintel superior y los dos postes laterales.

Es curioso sin embargo, y puede ser significativo, que la palabra traducida "~~lebrillo~~" en este texto tiene dos acepciones principales en el hebreo del Antiguo Testamento. Una de ellas es, precisamente, lebrillo, ~~recipiente~~. Pero la misma palabra, que se transliteraría *sap*, también significa "umbral," o sea la parte inferior o escalón de la puerta, lo contrapuesto al "dintel," la parte superior. Hay varios lugares en el Antiguo Testamento donde la palabra *sap* se traduce como umbral. Daremos un par de ejemplos donde la traducción de la palabra *sap* como *lebrillo* no tendría ningún significado. Notemos: "Porque poniendo ellos su **umbral** junto a mi **umbral**, y su contrafuerte junto a mi contrafuerte, mediando sólo una pared entre mí y ellos..." (Ezeq. 43:8). En este texto se usa dos veces la palabra *sap*, y en ambas está traducida como "umbral," lo que evidentemente es su significado.

El libro de Jueces cuenta la historia triste de un levita que viajó de Efraín a Belén en busca de su concubina que se había ausentado un tiempo antes. Ya de regreso, decidieron pasar la noche en Gabaa. Al llegar a la ciudad, hombres perversos rodearon la casa donde habían sido hospedados demandando que sacaran al hombre visitante "para que lo conozcamos." Finalmente sacaron la concubina del forastero, quien estuvo a merced de los hombres perversos de Gabaa que abusaron de ella toda la noche. Al amanecer la pobre víctima regresó tambaleante a la casa, pero cayó exhausta junto a la puerta. El relato pinta gráficamente el cuadro que su compañero observó

el día siguiente: “Y se levantó por la mañana su señor, y abrió las puertas de la casa, y salió para seguir su camino; y he aquí la mujer su concubina estaba tendida delante de la puerta de la casa, **con las manos sobre el umbral**” [sobre el *sap*] (Jue. 19:27).

Cuando la palabra *sap* es usada en relación con la celebración de la Pascua, es posible, lingüísticamente hablando, entender que el cordero debía ser sacrificado a la puerta misma de la casa, por lo que la sangre estaría en el umbral, en vez de en un lebrillo. De esta manera toda la puerta estaría cubierta con sangre, no sólo el dintel y los postes laterales, sino también el umbral. Mencionamos esto como una posibilidad interesante, sin pretender ser dogmático al respecto, siendo que las dos posibilidades armonizan sin dificultad con el contexto, y son lingüísticamente posibles.

Un aspecto muy notable en torno a la noche de la pascua, como lo mencionamos más arriba, es que la seguridad estaba en la sangre, en la sangre derramada y asperjada en la puerta de la habitación, no en algo inherente al individuo: “Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; veré la sangre y pasaré de vosotros...” (12:13).

El agente destructor no se fijaría en la casa: si era grande, o chica; si era una choza o un palacio, sino si había o no sangre sobre la puerta. Tampoco se fijaría, y esto es un poco más difícil de entender, en el individuo, en el primogénito, cuya vida estaba en peligro: si era descendiente de Abraham, si había sido circuncidado, cuán digno era, cuán perfecto era, sino única y exclusivamente en la sangre. Tal era la instrucción específica de Dios, aunque a nosotros pueda parecernos un poco ilógico.

Nosotros pensaríamos que frente a un peligro tal habría que hablar con el primogénito, pedirle que esté seguro de haber arreglado todas sus cuentas, en caso que hubiera algo

fuera de lugar. Pero es que los caminos de Dios no son nuestros caminos. La “lógica” divina no siempre corresponde con la nuestra. Isaías expresó esta verdad, no siempre fácil de entender, cuando escribió: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos que vuestros pensamientos” (Isa. 55:8,9).

Imaginemos por un momento un par de escenarios, que muy bien pueden haberse dado en aquella noche memorable. En un cierto hogar el primogénito es un hijo modelo, muy dedicado a las cosas de Dios; un joven virtuoso, que anhelaba la liberación. Y el padre le dice al anochecer: vé a tu recámara, descansa, que yo me encargaré de poner sangre en la puerta cuando llegue el momento. El hijo obedece, va a la recámara, y trata de descansar con total despreocupación. Pero el padre luego razona, sin embargo, y se dice: mi hijo es tan bueno, tan leal a Dios, tan consagrado, tan dedicado a sus semejantes, que no veo necesidad de poner sangre en la puerta; es imposible, se dice a sí mismo, que el ángel pueda herirlo, y decide al fin no poner sangre en la puerta. Piensa que la bondad e integridad del muchacho lo protegerán. ¿Qué hubiese pasado con ese “buen muchacho” a la medianoche, cuando el ángel destructor visitaba la tierra? Sin duda hubiera sido destruido; no estaba protegido de acuerdo a las indicaciones divinas. Descansaba en una falsa seguridad.

En otro hogar el primogénito es un joven “normal,” lleno de vida, a veces dado un poco a las travesuras. El padre le dice lo mismo: vé a tu recámara, que yo pondré sangre en la puerta de acuerdo a lo indicado cuando llegue la hora. El joven va a su recámara, pero no puede conciliar el sueño; está preocupado; se pregunta si la sangre lo protegerá de veras a él. Él sabe muy bien que no es todo lo que debiera ser, que no hay

nada digno en su vida. Pero el padre coloca fielmente, de acuerdo a la instrucción divina, la sangre en la puerta. No hay duda que a la noche, cuando el mensajero celestial visitara ese hogar, vería la sangre y pasaría sin hacerle daño alguno. Su temor era infundado; estaba protegido por la sangre del cordero. En un caso había falsa seguridad; en el otro, temor infundado.

Cristo, nuestra pascua

Todo lo relacionado con la pascua que celebraron los israelitas antes de salir de Egipto tenía como propósito enseñar una lección fundamental, algo verdaderamente central en el plan de la salvación, ya que la pascua tipificaba a Cristo. Nos dice el apóstol Pablo: "...porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros" (1 Cor. 5:7). Más arriba mencionamos varios detalles que debían ser tomados cuidadosamente en cuenta por los israelitas en torno a la elección y manejo de todo lo relacionado con el cordero. Notemos como algunos de esos detalles apuntaban directamente a Cristo, el cordero de Dios, "nuestra pascua."

Vimos, por ejemplo, que el cordero que iba a ser sacrificado el día catorce del mes, debía ser elegido antes, el día diez, y desde entonces quedaría guardado, destinado ya para ser ofrecido. No debían correr al aprisco a último momento para tomar el cordero. ¿Y por qué? ¿Qué significado especial tenía eso? Sencillamente apuntaba a Cristo que también fue escogido antes, y estaba ya destinado para ser ofrecido en sacrificio mucho antes de su muerte en el calvario. Nos dice la Escritura:

Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero

sin mancha y sin contaminación, **ya destinado desde antes de la fundación del mundo**, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros (1 Ped. 1:18-20).

Comentando sobre esta realidad se nos dice que “El plan de la redención no fue una reflexión ulterior, formulada después de la caída de Adán... Desde **antes** que fueran echados los cimientos de la tierra, el Padre y el Hijo se habían unido en un pacto para redimir al hombre en caso de que fuese vencido por Satanás. Habían unido sus manos en un solemne compromiso de que Cristo sería fiador de la especie humana.” (DTG, pp. 13,774).

El cordero, además, debía ser **sin defecto**, debía ser un animal perfecto, único símbolo adecuado de la perfección absoluta de Cristo; el Señor Jesús fue “**santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores**” (Heb. 7:26). O como dijera Pedro, vino “**como un cordero sin mancha y sin contaminación**” (1 Ped. 1:19). Cristo no sólo fue sin mancha porque nunca cedió a la tentación, sino porque, a diferencia de nosotros, él nació sin pecado. Por el pecado de Adán, nosotros nacemos “con mancha,” con una naturaleza depravada, con inclinaciones hacia el mal, separados de Dios; ya que “engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso,” escribió el profeta (Jer. 17:9).

Por otro lado, cuando el ángel le anunció a María las intenciones divinas para con ella, que fuese la madre del redentor del mundo, le dijo palabras llenas de profundo significado: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el **Santo Ser** que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Al respecto se nos da el siguiente consejo, muy claro e inconfundible:

Estas palabras [el Santo Ser] no se refieren a ningún ser humano, excepto al Hijo del Dios infinito. **Nunca, dejéis, en forma alguna la más leve impresión en las mentes humanas de que una mancha de corrupción o una inclinación hacia ella descansó sobre Cristo, o que en alguna manera se rindió a la corrupción** (Carta 8, 1895).

El cordero debía ser macho **de un año**. No debía ser un animal viejo, ni demasiado joven. En el reino animal, un cordero de un año ha llegado a la plenitud de la vida. Cristo no fue sacrificado cuando era niño, o anciano, sino en la plenitud, vigor y madurez de su vida.

En el tipo, el cordero fue **sacrificado**, dio su vida en favor del primogénito. Por supuesto que eso señala al mismo corazón de la obra redentora de Cristo. El vivió más de treinta años en esta tierra; enseñó cosas hermosas; sus parábolas son inigualables, el sermón del monte es maravilloso; además su vida constituye el ejemplo más sublime que alguien pueda aspirar a imitar. Sin embargo, cuando él mismo resumió en pocas palabras la esencia de su misión, lo hizo con aquellas palabras llenas de un profundo significado teológico: “Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, **y para dar su vida en rescate por muchos**” (Marcos 10:45).✶

Después de treinta años de una vida impecable, de enseñanzas hermosas, lo crucial del plan de la redención no se había consumado todavía. Fue consumado cuando el cordero de Dios fue sacrificado, cuando dio su vida en rescate por el hombre perdido. Como bien lo dice el apóstol Pablo: “...Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Cor. 15:3). Puntualizando lo decisivo de la muerte de Cristo en el plan de la salvación, E.G. de White comenta, refiriéndose a la experiencia de Jesús en el Getsemaní: “La suerte de la humanidad pendía de un hilo. Cristo podía aún ahora negarse a beber la copa destinada al hombre culpable. Todavía no era demasiado tarde. **Podía**

enjuagar el sangriento sudor de su frente y dejar que el hombre pereciese en su iniquidad” (DTG, p. 641).

Un detalle muy significativo en la celebración de la pascua en Egipto, es que el cordero no sólo debía ser sacrificado, sino que debían tomar de su **sangre** y con ella untar los postes y el dintel de la puerta. La sangre debía ser derramada y asperjada. La persona debía expresar su fe en lo provisto y ordenado por Dios. Qué bien ilustra este detalle la verdad fundamental del evangelio, la verdad central de que “...sin **derramamiento** de sangre no se hace remisión” (Heb. 9:22), y sin la **aplicación** de la sangre no hay seguridad, no hay redención, “...estando ya **justificados en su sangre**, por él seremos salvos de la ira” (Rom. 5:9). En otro lugar añade el apóstol que es en Cristo “en quien tenemos redención por su sangre” (Efe. 1:7). .

Alcances de la redención

Cristo derramó su sangre a favor de la humanidad toda, porque “...Dios estaba en Cristo reconciliando consigo **al mundo**” (2 Cor. 5:19); “y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también **por los de todo el mundo**” (1 Juan 2:2). En la cruz, el Señor hizo **provisión** para los pecados de todo el mundo, para todo **ser** humano; pero eso no implica que todo ser humano está protegido, seguro, salvo. El individuo tiene que apropiarse de ese beneficio, expresar su fe en la sangre derramada, confiar en el sacrificio expiatorio de Cristo. Existe una dimensión **objetiva** en el drama redentor: la sangre de Cristo, y una dimensión **subjetiva**: la aceptación del sacrificio por parte del pecador. La sangre debía ser **aplicada** a la puerta.

Dijimos más arriba que en aquella noche de la pascua, los israelitas debían tomar de la sangre que estaba en el lebrillo, y que la palabra hebrea *sap* puede traducirse como “lebrillo”

y también como “umbral.” Nos da la impresión que si optáramos por umbral, en vez de lebrillo, en el contexto del éxodo, el episodio adquiriría una dimensión especial al dirigir nuestra atención a Cristo. Según sus propias palabras, él es la **puerta** (Juan 10:9), la única puerta. Y cuando ese viernes de tarde pendía de la cruz como “nuestra pascua,” hubo sangre arriba (en el dintel) en su frente, debido a la corona de espinas que había sido empujada en forma despiadada sobre sus sienes inocentes; hubo sangre a los costados (los postes), la sangre que fluía de sus manos; y hubo además sangre abajo (en el umbral), la sangre que fluía de sus pies también traspasados por los clavos.

“Consumado es”

Lo que marcó la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia fue la muerte del cordero. Tan pronto como murió el cordero los israelitas comenzaron la marcha hacia la tierra prometida; no eran más esclavos. Y aunque no estaban todavía en Canaán, estaban libres, redimidos. De igual manera, cuando el cordero de Dios murió en la cruz, cuando exclamó triunfante en medio de la agonía y el dolor “**Consumado es,**” (Juan 19:30) la humanidad quedó para siempre redimida; el sustituto inocente había muerto en lugar del hombre culpable. Igual sucede en lo personal; cuando alguien acepta a Cristo como su sustituto, como su salvador, y pone su fe en la sangre derramada, en ese momento encuentra redención; en ese momento la esclavitud pasa a la historia y pertenece ahora a los redimidos de Jehová. Jesús mismo lo dijo: “De cierto de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas **ha pasado de muerte a vida** (Juan 5:24). La experiencia del ladrón que había sido crucificado con Jesús

ilustra en forma casi dramática esta verdad. Tan pronto como le dijo a Jesús “acuérdate de mí cuando vengas a tu reino,” Jesús le respondió con palabras gloriosas, que cada ser humano puede escuchar: “De cierto de cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:42,43). Lo que no debemos perder de vista es que la salvación no consiste solamente en conocer las verdades bíblicas. No es la doctrina de Cristo lo que nos salva, sino Cristo mismo. Podemos ser expertos en cristología, y estar vacíos de Cristo. Así como los israelitas tuvieron que aplicar la sangre del cordero, y el ladrón confesó su fe en Cristo, así también nosotros debemos hacer algo que vaya más allá del mero asentimiento intelectual.

Sami era un niño que quedó huérfano desde su infancia. Pertenecía a una familia de bajos recursos que vivía en uno de los barrios un poco alejados de la ciudad. Pasó los primeros años de su vida rodando de una casa a otra, de un pariente a otro, sin ver mucho más que el pequeño mundo que lo rodeaba. Una familia bien acomodada de la ciudad oyó su historia y decidió adoptarlo y darle aquellas cosas que el pequeño nunca había podido tener. Le compraron ropa, juguetes, y trataron de incorporarlo lentamente al nuevo ambiente.

Cierto día la nueva mamá decidió llevarlo a la iglesia. Sami nunca había visto una iglesia por dentro; su familia anterior no las frecuentaba. Cuando llegaron y se sentaron bastante al frente, Sami era todo ojos. Le llamaban la atención las ventanas, de diferentes colores, los instrumentos musicales que tocaban, el coro; todo era novedad para él. De pronto pasó el pastor a hablar, y eso fue lo que de veras impresionó al pequeño, porque el pastor comenzó a dar algunas noticias muy feas. Habló de un hombre bueno que vivía en cierto lugar, haciendo bienes y ayudando a otros. Pero la gente por alguna razón le tenía envidia, lo despreciaba; con frecuencia le escupían, y buscaban alguna manera de dañarlo. Cierta día lo

tomaron con la ayuda de unos soldados, y lo azotaron hasta que la sangre brotaba de sus espaldas laceradas. Sami comenzó a impacientarse. ¿Cómo pueden hacer tal cosa a un hombre bueno? Pero lo que le confundía era que nadie, en la audiencia, parecía impacientarse; algunos estaban distraídos, otros escuchaban, pero parecían no tomar las cosas muy en serio. El predicador continuó diciendo que finalmente los soldados le quitaron sus ropas, lo colocaron sobre un madero y lo clavaron en las manos y en los pies.

A estas alturas del sermón Sami ya no aguantaba más, quería que el servicio terminara rápido, para poder informarse mejor de lo que estaba ocurriendo. Terminado el servicio, la gente comenzó a salir; se sonreían, se saludaban, conversaban de distintas cosas. De pronto Sami tiró del vestido de su mamá, y cuando ésta lo atendió le dijo: “Señora, no van a hacer nada?” “Nada de qué, hijo mío,” le contestó amablemente su madre. “Acerca de ese hombre bueno que mataron,” dijo sollozando el pequeño. La mamá, algo incómoda, le pidió que no dijera nada, que no lo tomara tan en serio, que la gente podría malentenderlo; “yo te voy a explicar en casa, no te preocupes ahora.” ¿Podrá ser que hemos escuchado la historia tantas veces que se ha hecho una rutina y no nos entusiasma más? Ninguna otra pregunta puede ser más urgente que la pregunta que hizo Sami. Mi amigo, ¿qué vas a hacer tú con ese hombre bueno que mataron?



9

Al amparo de la nube

τ

Tan pronto como murió el cordero, los israelitas quedaron libres. No eran más los esclavos del faraón, sino las huestes de Jehová. Eran un pueblo redimido. En un momento, debido a la muerte del cordero, el estatus de los israelitas había cambiado dramáticamente: de esclavos a redimidos. Unas horas antes estaban haciendo ladrillos para el faraón, gimiendo bajo los rigores de la esclavitud; ahora marchaban hacia la tierra prometida, a empezar de nuevo, a vivir en plena libertad.

El salir de Egipto, el haber sido redimidos, no los hizo perfectos, omniscientes; en muchos sentidos no eran muy diferentes a lo que habían sido el día anterior. ~~Eran humanos,~~ ignorantes; la esclavitud los había puesto en visibles desventajas. Sus perspectivas, ~~sus gustos,~~ sus capacidades, ~~sus ideales,~~ todo había sido ~~afectado muy negativamente~~ por la esclavitud. Habían nacido en Egipto y allí habían crecido; Egipto era todo lo que conocían. Aparte de los abusos y los sufrimientos a los que habían sido sometidos, había muchas cosas de Egipto que les gustaban; sus perspectivas eran egipcias, su cultura era egipcia, en gran medida.

Dios sabía muy bien que sus hijos, recién redimidos, jamás podrían llegar solos a Canaán, por sus propias fuerzas. Necesitarían su ayuda y su dirección a cada paso si la travesía iba a tener éxito. Encontrarían dificultades, privaciones y para muchos, aunque parezca difícil de entender, un problema sería la constante tentación de volver a Egipto. Más de una vez protestaron y le hicieron saber a Moisés cuales eran sus deseos; echaban de menos la comida, las costumbres, sin duda las amistades. Bien dijo un prominente escritor judío, que la peor esclavitud de los israelitas en Egipto fue que se habían acostumbrado a soportarla. Se habían acostumbrado a vivir como esclavos; en gran medida ~~habían perdido la capacidad de disfrutar de la libertad, en realidad, no sabían lo que era libertad.~~

La columna de nube y de fuego

Es por eso que Dios en su inmensa sabiduría hizo planes muy definidos para estar con ellos a lo largo del camino, para orientarlos en todo momento, para ayudarles en las decisiones que tendrían que tomar. Lo que Dios tenía preparado para ellos era maravilloso y sorprendente. Nos dice el relato: “Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego” (13:21,22).

Algo que podríamos notar de paso, aun sin detenernos demasiado, es que a través de la experiencia del éxodo del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia encontramos insinuaciones claras acerca de la doctrina de la Trinidad. Esta doctrina, si bien se presenta claramente en las páginas del Nuevo Testamento, no se encuentra en forma tan explícita en el Antiguo Testamento. En varios contextos está

implícitamente presente, pero no esbozada en forma clara. Y aunque no es fácil ni prudente determinar precisamente la actividad de cada una de las personas de la Trinidad, nos parece que el evento del éxodo es una de esas ocasiones donde la doctrina por lo menos se insinúa.

Cuando ~~Dios oye~~ el clamor de su pueblo, se acuerda del pacto, llama a Moisés y lo comisiona a volver a Egipto a sacar al pueblo, el que se presenta como el ~~gran~~ "Yo soy," nos recuerda al Padre, a la primera persona de la Trinidad. La segunda, ~~el Hijo~~, se identifica claramente con el cordero que fue seleccionado con cuidado y anticipación, que fue inmolado, y cuya sangre sirvió de amparo y protección para los primogénitos que estaban condenados a muerte. Y ~~finalmente, en la columna de nube y de fuego que se hizo~~ presente para guiar a los redimidos en el camino, para alumbrarles la senda, podemos ver representada la obra del Espíritu Santo. Dice al respecto la Escritura: "La columna de nube no se apartó de ellos de día para guiarlos por el camino, ni de noche la columna de fuego, para alumbrarles el camino por el cual habían de ir. ~~Y les enviaste tu buen Espíritu para enseñarles.~~" (Neh. 9:19).

El cordero precede a la nube

Algo de vital importancia al estudiar este tema es, sin duda, el orden de los eventos: primero fue sacrificado el cordero, luego apareció la nube. Dijimos ya que la liberación del pueblo de Israel fue la obra exclusiva de Dios; los israelitas no contribuyeron absolutamente nada, ni con los planes ni con la ejecución. Dios tomó la iniciativa, y con brazo poderoso llevó a cabo la empresa redentora de principio a fin. Todo lo que los esclavos pudieron hacer fue agradecer a Dios por su grandeza y misericordia, y avanzar en seco a través del Mar Rojo, una vez que "...hizo Jehová que el mar se retirase por

recio viento oriental toda aquella noche; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas” (14:21). Cuando los ex esclavos finalmente avanzaron lo hicieron “...en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda” (14:22). Mientras caminaban, eran testigos de un milagro, testigos de algo que no debieran haber olvidado jamás.

La nube no hizo su aparición en Egipto, cuando el pueblo estaba en la esclavitud, para ayudarles a salir; apareció *después* de la salida, para guiar a un pueblo ya redimido en sus jornadas por el desierto. Primero el cordero, la liberación por la gracia de Dios, luego la nube, iluminando la senda de los redimidos.

La cruz precede al Pentecostés

Cuando tratamos de ver como se desarrolló el plan de la salvación en el Nuevo Testamento, notamos que hay una correspondencia asombrosa con lo que ocurrió en el éxodo. En el Nuevo Testamento también observamos que la cruz precedió al Pentecostés. Primero murió el cordero, luego descendió el Espíritu Santo. El sacar a la humanidad de la esclavitud espiritual, la redención de la raza humana, fue la obra exclusiva de Dios, “...Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:17).

Por el pecado de Adán, tanto él como toda su descendencia quedaron sometidos a la más dura esclavitud; una esclavitud de la cual nadie podría jamás salir por esfuerzo propio. El diablo, el faraón espiritual, ejercía su dominio en este mundo como si fuera su legítimo soberano. “Un demonio llegó a ser el poder central en el mundo. Donde debiera haber estado el trono de Dios, allí puso su trono Satanás” (CM, p. 30). Jesús mismo se refirió a Satanás en varias ocasiones como “el príncipe de este mundo” (Juan 12:31; 14:30; 16:11). La

humanidad estaba en esclavitud, y condenada a seguir en la misma condición, a menos que alguien viniera, y otra vez, con brazo fuerte, la arrancara del control del cruel tirano. Y eso es precisamente lo que hizo Jesús en la cruz aquel sombrío viernes de tarde. La Escritura lo puntualiza muy claramente hablando de la misión libertadora de Jesús:

Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre (Heb. 2:14,15).

Esa era la suerte de todo ser humano: durante toda la vida estaban sujetos a servidumbre, esclavizados por el enemigo de Dios y de su pueblo. La misión de Cristo, el nuevo Moisés, fue sacar al pueblo de la esclavitud, liberarlo del control del faraón, y conducirlos a la tierra prometida. Sin embargo a diferencia del Moisés del Antiguo Testamento, Jesús era Moisés y el Cordero al mismo tiempo; el libertador era también la víctima. Así como el pueblo de Israel dejó de ser esclavo en el momento en que el cordero fue sacrificado, así también la humanidad fue liberada, restaurada al favor de Dios en el momento en que el Cordero de Dios derramó su sangre y expiró en la cruz. El viernes por la mañana, la raza humana estaba esclavizada, bajo sentencia de muerte. Aún no se había pagado el precio de su liberación. A las tres de la tarde (la hora novena), cuando Jesús exclamó triunfante “Consumado es,” la deuda quedó para siempre cancelada; la humanidad volvió a pertenecerle a Dios. Notemos:

¿Qué derecho tenía Cristo para sacar a los cautivos de las manos del enemigo? El derecho de haber efectuado un sacrificio que satisface los principios de justicia por los cuales se gobierna el reino de los cielos. Vino a esta tierra como el Redentor de la raza perdida para

vencer al artero enemigo y, mediante su firme lealtad a lo correcto, para salvar a todos los que lo acepten como a su Salvador. **En la cruz del Calvario, pagó el precio de la redención de la raza humana.** Y así ganó el derecho de arrebatarse a los cautivos de las garras del gran engañador... (1 MS, pp. 363,364).

[Cristo] se apoderó del mundo sobre el cual Satanás pretendía presidir como en su legítimo territorio. **En la obra admirable de dar su vida, Cristo restauró a toda la raza humana al favor de Dios...** (1 MS p. 402).

Cuando Cristo murió, y la humanidad quedó redimida, otra vez por la gracia de Dios, el plan de redención no había concluido. En la cruz se cumplió lo profetizado cuatro mil años antes por Dios mismo, cuando le anunció a Adán y Eva que Cristo, la simiente de la mujer, aplastaría definitivamente la cabeza de la serpiente. Al morir como sustituto del hombre culpable hizo precisamente eso; en la cruz pagó la deuda de cada ser humano. En la cruz la batalla principal y decisiva contra el opresor del pueblo de Dios había sido peleada y la victoria asegurada: los ex esclavos eran ahora las huestes de Jehová.

Pero el sacarlos de la esclavitud no era todo, era sólo el primer paso en la estrategia divina; su plan de largo alcance era llevarlos a la Canaán celestial a habitar las mansiones que el Señor Jesús ha estado preparando para sus hijos. Para guiar al pueblo en la travesía, y para ayudarles a cumplir su misión, el Señor estableció su iglesia, y pronto se hizo presente el Espíritu Santo para guiar a la iglesia en sus jornadas. Esta vez no se presentó como una columna de nube o de fuego, sino como “un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados ... Y fueron todos llenos del Espíritu Santo...” (Hech. 2:2,4). Primero la cruz, después el Pentecostés. Primero la liberación, después la iluminación de la senda.

Justificación

Si queremos llevar al terreno de la experiencia personal el orden de los eventos tipificados en el éxodo, encontramos otra vez lecciones muy reveladoras. La liberación del pecado, la aceptación de parte de Dios, es el resultado de confiar en lo que Jesús hizo en la cruz. La Biblia llama **justificación** a esta experiencia. Justificación es el acto divino por el cual el pecador es **declarado** justo. Por decreto divino el que acepta a Cristo recibe un nuevo estatus: absuelto, no más bajo condenación, no más esclavo. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Rom. 8:1). Esto, Dios lo hace en virtud de los méritos de Cristo; la justicia inmaculada de Cristo, resultado de su vida santa y de su muerte vicaria, es imputada, puesta, acreditada a la cuenta del pecador.

¡Qué bien se ilustra este principio en la experiencia de Abram, el padre de la nación judía! Pablo usa el ejemplo de Abram en el capítulo 4 para ilustrar la verdad de la justificación por la fe, verdad que había expuesto en forma muy sintetizada en el capítulo anterior de la epístola a los Romanos. Escuchemos al apóstol: “Porque ¿qué dice la Escritura? **Creyó Abram a Dios, y le fue contado por justicia**” (Rom. 4:3). Este texto contiene tres palabras muy claves: *creyó, contado, justicia*. Lo que ocurrió con Abram fue en el momento en que creyó, no como premio por alguna obra buena que hubiese hecho, o de un cierto progreso en su vida ética. ¿Y qué fue lo que ocurrió? le fue contado por justicia.

La raíz de la palabra “contado” es la palabra “decir,” “pronunciar,” “declarar.” No existe una palabra en español que capte todo el significado de este término, por lo que encontramos que distintas versiones de la Biblia traducen la

palabra en diferentes formas en un intento de expresar su significado; por ejemplo se traduce como: contado, acreditado, computado, imputado; (en inglés se usan términos tales como: accounted, imputed, credited, reckoned, counted). Estos distintos vocablos tratan de expresar el sentido de esta palabra tan clave, y muestran que se refiere al ambiente de la contabilidad, al llevar cuentas.

Justificación por la fe, es, por lo tanto, un acto declarativo de Dios, por medio del cual imputa, acredita, pone la justicia de Cristo en la cuenta del pecador que cree. Por lo que Dios no justifica únicamente a quien es éticamente justo, porque en ese caso no justificaría a nadie, ya que “No hay justo, ni aun uno” (Rom. 3:10). Es por eso que Dios “justifica al impío” (Rom. 4:5), al impío que cree. Justificación tiene que ver más con **relación** que con **transformación**; el individuo no es hecho éticamente justo, impecable, sino que es declarado no culpable, inocente de todos los cargos que había contra él, en virtud de Cristo quien asumió todos esos cargos y los liquidó en la cruz. Al respecto nos dice una pluma autorizada:

La gran obra que ha de efectuarse para el pecador que está manchado y contaminado por el mal es la obra de la **justificación**. Este es **declarado** justo mediante Aquel que habla verdad. **El Señor imputa al creyente la justicia de Cristo y lo declara justo delante del universo**. Transfiere sus pecados a Jesús, el representante del pecador, su sustituto y garantía. Coloca sobre Cristo la iniquidad de toda alma que cree (1 MS, pp. 459,60).

La única forma en que [el pecador] puede obtener la justicia es mediante la fe. Por fe puede presentar a Dios los méritos de Cristo, y el Señor **coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador**. La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre, y Dios recibe, perdona y justifica al alma creyente y arrepentida, **la trata como si fuera justa**, y la ama como ama a su Hijo. De esta manera **la fe es imputada a justicia** y el alma **perdonada** avanza de gracia en gracia, de la luz a una luz mayor (1 MS, p. 430).

Santificación

~~Una vez que el creyente ha sido justificado, declarado~~ justo, una vez que ha salido del mundo y le pertenece a Dios, siendo que no es todavía suficientemente perfecto, fuerte y sabio como para hacer frente solo a todo lo que va a encontrar en el camino, ~~el Espíritu Santo viene en su auxilio; viene a protegerlo~~ a iluminar su sendero y a capacitarlo para obedecer. Y otra vez, al igual que la nube que acompañó a los israelitas, el Espíritu Santo, el Consolador, estará con nosotros para siempre (Juan 14:16). Dijo Jesús: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas..." (Juan 14:26). Su misión es, además, guiar a los escogidos "a toda verdad" (Juan 16:13).

Tan pronto como el cordero murió en Egipto, en aquella noche memorable, los israelitas quedaron en libertad, pasaron a ser las huestes de Jehová, e inmediatamente apareció la nube para guiarlos, animarlos y protegerlos en la marcha que iniciaban en ese momento. Porque el salir de Egipto coincidió con el comienzo del peregrinaje hacia la tierra de Canaán. Los dos eventos eran inseparables. De igual manera cuando Cristo, el Cordero de Dios dio su vida en la cruz y la humanidad quedó reconciliada, el enemigo perdió todo derecho sobre ella. En ese mismo momento comenzó la marcha de la iglesia que el Señor estaba fundando, para cumplir la misión que Israel había dejado de cumplir. Y entonces ocurre el Pentecostés. El Espíritu Santo descendió para guiar a la iglesia.

Como lo mencionamos ya, lo mismo ocurre a nivel personal. Es la muerte de Cristo como nuestro sustituto y garantía que nos libera de la condenación del pecado, nos hace libres, cambia el rumbo de nuestras vidas de tal manera que avancemos hacia Canaán, cosa que podemos hacer solamente con la presencia y dirección del Espíritu Santo. También en

la vida del cristiano estos dos eventos son inseparables, no se da el uno sin el otro; no hay justificación sin santificación; no hay liberación sin responsabilidad. El apóstol Pablo unió estos dos aspectos en forma hermosa al explicar la doctrina de la salvación; dijo él: “Mas ahora que habéis sido **libertados del pecado y hechos siervos de Dios**, tenéis por vuestro fruto la **santificación**, y como fin, **la vida eterna**” (Rom. 6:22).

En realidad, si observamos de cerca el pasaje citado, hay cuatro cosas importantes que dice el apóstol en esas pocas palabras. En primer lugar, habla de la liberación del pecado, como algo real, como algo ya logrado; en segundo lugar, incluye el compromiso con Dios: dejamos de ser siervos de Satanás *para llegar a ser siervos de Dios*. En tercer lugar, la vida del cristiano es afectada, vive diferente, lleva fruto que es santificación; el cristiano crece en la gracia; y por último, menciona la vida eterna, el fin, el destino de aquél que persevera en la gracia de Dios. Diciéndolo de otra manera, el apóstol en este texto hace referencia a la **liberación**, al **compromiso** con Dios, a la **marcha** por la vida, y a la **llegada** a destino.

Ayuda al decidir

Queremos subrayar todavía un aspecto más, o mejor dicho, el aspecto central de la misión del ~~Espíritu Santo~~ en la vida del creyente. Su ~~misión es~~ **guiar** al nuevo hijo de Dios, guiarlo a toda verdad, porque siempre hay nuevas verdades que descubrir, o profundizar, o necesitamos entender mejor las verdades ya conocidas. El cristiano, mientras avanza en santidad, tendrá que hacer una y mil decisiones, algunas grandes y otras pequeñas, todos los días. Sin embargo, la realidad es que nada es pequeño en este terreno. Todo lo que hacemos o dejamos de hacer tendrá un efecto positivo o

negativo sobre nuestro carácter, facilitará o hará más difícil nuestra marcha.

La seriedad y la trascendencia de nuestras decisiones está subrayada claramente en las siguientes palabras: **“En un solo momento pueden tomarse resoluciones que determinen para siempre el destino personal”** (MC, p. 408). En otro lugar la misma autora señala, con cierto dramatismo, los alcances de la decisión de un momento: “Un momento de despreocupación, un solo paso mal dado, puede tomar la corriente de tu vida en la mala dirección. Y puede ser que nunca sepas qué causó tu ruina hasta que sea pronunciada la sentencia: ‘Apartaos de mí, obradores de maldad’” (5 T, p. 398).

Por otro lado, una decisión sabiamente tomada, en armonía con la voluntad de Dios, quien siempre desea nuestro bien, puede facilitar nuestra llegada a Canaán. Eso pasó exactamente con Abraham, el padre de la nación judía. Cierta día le habló el Señor y le pidió algo, le dijo simplemente: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Gén. 12:1). Dios le estaba pidiendo algo difícil; la decisión que Abraham tuvo que tomar era enorme. Debía dejar su tierra, su familia, la seguridad de lo conocido, y aventurarse a lo desconocido. La Escritura nos dice que Abraham obedeció, *decidió* tomar en cuenta la voluntad de Dios, **“y salió sin saber a dónde iba”** (Heb. 11:8).

Y aunque Abraham no sabía, Dios sí sabía; quería llevarlo a Canaán. Y si Dios sabe y el hombre responde, es suficiente. En el caso de Abraham el registro dice: **“...y salieron para ir a tierra de Canaán, y a tierra de Canaán llegaron”** (Gén. 12:7). Lo mismo sucederá con todo aquél que sale del mundo en respuesta a la invitación divina, y aun sin saber todo lo que encontrará en el camino, avanza por fe, y permite que el Espíritu Santo lo guíe. En un hermoso libro sobre el tema de

la educación cristiana, se nos indican algunos requisitos que, si son tomados en cuenta, asegurarán una buena decisión: “Es necesario que sigamos más estrictamente el plan de vida de Dios. Esmerarnos en hacer el trabajo que tenemos más a mano, encomendar nuestros caminos a Dios y estar atentos a las indicaciones de su providencia...” (Ed., p. 260).

Son tres reglas sumamente sencillas pero tan importantes si las tomamos en cuenta al hacer nuestras decisiones. En primer lugar, esmerarnos por hacer bien lo que estamos haciendo, no importa qué sea. No hay cosas pequeñas en la vida cristiana. El mismo Señor Jesús habló de este principio cuando dijo: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lucas 16:10). A fin de cuentas, lo que hacemos es el resultado, o por lo menos refleja, lo que somos. Y Dios espera integridad y seriedad en todas las cosas.

En segundo lugar se nos pide encomendar nuestros caminos a Dios. Es decir, *querer* hacer su voluntad. Para que esto sea posible, es necesario reconocer que Dios es sabio, que es amor y que siempre desea lo mejor para sus hijos. Es estar convencidos de que es más importante saber cuál es la voluntad de Dios que entender todos los detalles de la misma. Abraham salió sin saber a dónde iba, pero llegó a destino. La esencia del verdadero cristianismo no es entender todo, sino confiar siempre. El salmista expresó este principio en una forma maravillosa: “Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. **Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él, y él hará**” (Sal. 37:3-5).

En tercer lugar, según lo citado más arriba, debemos estar atentos a las indicaciones de su providencia. Es decir, estar siempre atentos para percibir lo que Dios quiera

comunicarnos. Él no nos muestra todo el camino de una vez; con frecuencia ilumina sólo el tramo que debemos recorrer. Es más o menos como viajar de noche en automóvil; las luces van iluminando sólo el sendero inmediato por donde debemos conducir. Nos permiten ver la señal que indica que hay una curva más adelante y que es necesario aminorar la velocidad; tan pronto tomamos la curva vemos que hay una señal de alto y un poco más adelante observamos que el camino se bifurca y se nos pide mantenernos a la derecha. La luz va iluminando sólo lo que necesitamos ver; lo que no vemos no interesa en este momento, podemos seguir confiados sabiendo que las luces no nos van a fallar. El único problema, y el peligro, es no prestar atención a las indicaciones que fueron puestas para nuestro bien a lo largo del camino.

Por eso, para poder guiarnos, el Señor nos pide que estemos atentos a las indicaciones de su providencia. Él nos irá dando las indicaciones a medida que las necesitemos. Debemos confiar en que él lo hará cuando él crea que lo necesitamos, y no impacientarnos si no vemos más allá de lo que él nos permite ver. Debemos avanzar confiados, seguros de que en el momento oportuno el Espíritu Santo iluminará nuestra mente para poder hacer la decisión que corresponda. De alguna manera oiremos su voz y podremos saber cual es el camino; y así seguiremos hasta que se haga necesario oír su voz nuevamente. Y cuando llegue otra vez ese momento, Dios cumplirá su promesa, según lo registrara el profeta: "Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Éste es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda" (Isa. 30:21).

Se cuenta una leyenda en torno a la visita que la reina de Sabá hiciera en cierta oportunidad al rey Salomón, que ilustra la obra iluminadora del Espíritu Santo. La Escritura nos dice que la reina, impresionada por lo que oía en cuanto a la

sabiduría del rey, "...vino a probarle con preguntas difíciles" (1 Rey. 10:1-13). La leyenda dice que la reina se presentó en el palacio del rey llevando dos ramos de flores, idénticos al parecer, pero uno era de flores naturales, mientras que el otro de flores artificiales. Después a colocar los ramos a cierta distancia, le pidió al rey que le dijera, sin acercarse, cuales eran las flores naturales. Sin inmutarse, el rey le dijo que lo haría con mucho gusto, pero que le permitiera primero mostrarle un rincón de su jardín. Para ello abrió la ventana y la reina quedó sorprendida ante la belleza de lo que veía. Quedaron conversando por unos momentos frente a la ventana, hasta que ocurrió lo que el rey esperaba, más aún, lo que necesitaba urgentemente: entró una abeja al palacio, y después de dar algunas vueltas en torno a los dos ramos, se detuvo sin problemas en uno de ellos. El rey, que no la había perdido de vista ni por un instante, le dijo a la reina con toda naturalidad: "Ah, su majestad, antes de que me olvide, el ramo de la derecha, el que está más cerca de la pared, es el ramo de flores naturales." Con un asombro que no pudo ocultar, la reina exclamó: "¡De veras, cuán sabio es el rey!"

Dios nos invita a mantener siempre abierta la ventana de nuestra alma para que la abeja de la sabiduría, el Espíritu Santo, pueda entrar para ayudarnos a tomar las decisiones que solos nunca podríamos tomar. Si así lo hacemos, el Espíritu nos guiará a toda verdad; podremos oír en todo momento de necesidad una voz a nuestras espaldas que diga: "este es el camino, andad por él."



IO

Cruzando el Mar Rojo

3

El cruce del Mar Rojo por los israelitas es sin duda alguna uno de los eventos más extraordinarios que registra el Antiguo Testamento. Este evento glorioso debía ser recordado por el pueblo de Israel en su historia posterior como la demostración suprema del poder de Dios. El cruce del Mar Rojo quedaría grabado en la memoria del pueblo de Israel como el momento cuando el amor y el poder de Dios se manifestaron en forma insospechada, y cuando sus enemigos fueron derrotados definitivamente. Las noticias de este cruce milagroso habían causado, además, una impresión profunda en los habitantes de las naciones circundantes. Los habitantes de Jericó, según Rahab le informó a los espías que había hospedado en su casa, estaban atemorizados por lo que habían oído: “Antes que ellos se durmiesen, ella subió al terrado, y les dijo: Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado a causa de vosotros. Porque **hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo** delante de vosotros cuando salisteis de Egipto...” (Jos. 2:8-10).

Echados de la tierra

Una cosa que queda muy clara al estudiar el relato bíblico, es que no fue fácil salir de Egipto. Primero el faraón se negó rotundamente a dejar salir al pueblo. Luego, bajo el efecto demoledor de las plagas, trató de negociar, de hacer compromisos para poder mantener a los esclavos bajo su control. La noche de pascua, cuando el ángel destructor pasó de largo las casas de los israelitas que estaban protegidas con sangre, hizo estragos en las casas de los egipcios. Dice el relato que a medianoche “Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba en su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel...” (12:29). Hubo un gran clamor en toda la tierra de Egipto como resultado de la mortandad, “porque no había casa donde no hubiese un muerto” (12:30). Fue recién entonces cuando el rey “hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo: Salid de en medio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, e id, servid a Jehová como habéis dicho” (12:31).

Tal fue el impacto de este último azote que no sólo el faraón doblegó finalmente sus manos para dejar ir al pueblo, sino que ~~“los egipcios apremiaban al pueblo, dándole prisa a echarlos de la tierra; porque decían: Todos somos muertos”~~ (12:33). Y así salieron los hijos de Israel, es decir, comenzaron a salir, porque salir del todo, abandonar Egipto, no fue fácil. Muy pronto los israelitas se encontrarían en un callejón sin salida, frente a frente con el mayor obstáculo de todo el drama liberador.

Cuando finalmente el faraón dejó salir al pueblo de su tierra, ~~“Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca...”~~ (13:17), sino que los llevó por ~~otro camino~~ y los hizo acampar junto al Mar Rojo, “delante de Pi-hahiroth, entre Migdol y el mar hacia Baal-zefón; ~~delante de~~

él acamparéis junto al mar” (14:2). Dios tenía un plan deliberado al llevarlos por esa ruta y al hacerlos acampar precisamente en ese lugar. Sus hijos, recién redimidos, tenían que aprender algunas lecciones de vital importancia. No fue por casualidad que acamparon allí.

El faraón vuelve al ataque

Uno pensaría que el faraón habría aprendido su lección, que no interferiría más con los planes de Dios a favor de su pueblo; había sufrido una derrota tras otra; cualquiera pensaría que sería una gran necedad volver a levantar la mano contra el Dios de los esclavos. Pero no, todavía no se había escrito toda la historia; faltaba un capítulo muy importante que habla de escribirse en breve. Cuando le informaron al faraón que el pueblo en realidad se había ido, que estaba en camino del desierto, él y su gente dijeron: “¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva?” (14:5). Aflojamos muy pronto; debiéramos haber insistido más; pero no es muy tarde aún. Y decidieron perseguirlos para traerlos otra vez a Egipto, o por lo menos para vengarse de ellos y de su Dios; para castigarlos.

~~El faraón armó la expedición con toda premura; juntó todos los carros que tenía en Egipto,~~ seiscientos carros escogidos, y se lanzó sin demora en persecución de sus ex esclavos. Dice el relato: “Siguiéndolos, pues, los egipcios, con toda la caballería y carros de Faraón, su gente de a caballo, y todo su ejército, los alcanzaron acampados junto al mar, al lado de Pi-hahiroth, delante de Baal-zefón” (14:9), exactamente en el lugar al cual Dios los había conducido. Pareciera difícil de entender, pero estaban encerrados: al frente el mar, a los lados las montañas, detrás el ejército enfurecido del faraón.

Un callejón sin salida

La situación de los israelitas, humanamente hablando, era desesperante; no había absolutamente nada que ellos pudieran hacer. A pesar de que la traducción de la Biblia que estamos usando dice que los hijos de Israel subieron “armados” (13:18) de Egipto, evidentemente no quiere decir que estaban armados en el sentido usual de la palabra, listos para la guerra. No tenían armas y jamás habían recibido entrenamiento militar alguno. Una mejor traducción del texto sería “organizados,” o como lo rinde la versión Nácar-Colunga, “subían en buen orden desde Egipto.” Una versión en inglés traduce la frase: “in orderly ranks,” [en filas organizadas]. Al respecto leemos: “Los israelitas no estaban preparados para un encuentro con aquel pueblo poderoso y bélico... **Carecían de armas** y no estaban habituados a la guerra; tenían el espíritu deprimido por su prolongada servidumbre...” (PP, p. 287).

Cuando el faraón los vio encerrados, indefensos y temerosos, pensó que su estrategia esta vez había funcionado; los israelitas serían fácil presa de su ejército poderoso. Pero, ¿y el Dios de los esclavos? ¿Cómo pudo hacer todos sus planes sin tomar en cuenta al Dios de Israel? ¿Tan pronto se olvidó de lo difícil que había sido querer oponérsele anteriormente? Si el país estaba en ruinas, si mientras él avanzaba con su ejército, en la tierra de Egipto estaban enterrando los muertos, ¿qué esperaba lograr?

Cuando los israelitas comenzaron la marcha aquella mañana, pensaban que se habían librado definitivamente del faraón. Poco sospechaban que unas horas más tarde tendrían que vérselas de nuevo con él y con su temido ejército. Dice el relato que ~~cuando vieron acercarse a su antiguo amo~~ “los hijos de Israel temieron en gran manera” (14:10). Esto es fácil de

entender; es muy humano. Lo que es difícil de entender fue su reacción. También ellos se olvidaron de Jehová. ¿Cómo podían haber olvidado todas las maravillas que Dios había hecho a favor de ellos en los últimos días? Lo que le dijeron a Moisés es sencillamente incomprensible: “No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, que nos has sacado de Egipto? ¿No es esto lo que te hablamos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Porque mejor nos fuera servir a los egipcios, que morir nosotros en el desierto” (14:11,12).

Dios provee la salida

Dijimos más arriba que era Dios quien había llevado al pueblo a dónde se encontraba; que era Dios quien le había permitido encontrarse en ese callejón sin salida, porque tenía un propósito para con ellos; todavía quería enseñarles algo, por lo menos dos lecciones fundamentales, lecciones que no sólo ellos debían recordar para siempre, sino también sus hijos a través de todos los tiempos.

La primera era que nada ni nadie podrá en ninguna manera frustrar los planes de Dios; ni las decenas de dioses de Egipto, ni el faraón con todo su ejército. Dios es todopoderoso y soberano. Él está en control. Aunque a veces parezca que sus caminos son paradójicos, a través de ellos él manifiesta su gloria y su salvación. Al día siguiente, dice el relato, “...Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar” (14:30).

La segunda lección que Dios quiso enseñarles, y no menos importante, era en cuanto a la naturaleza de la liberación. Dios no quería que quedaran dudas en la mente de nadie que la redención de la cual estaban siendo objeto era la obra de Dios. Les permitió verse en una situación totalmente desesperante,

en la cual ellos se reconocieron absolutamente impotentes: no podían vaciar el mar, no podían allanar las montañas y tampoco podían hacer frente al ejército de faraón. Estaban perdidos, sin esperanzas ni recursos, y en gran medida, sin fe. ¡Qué hermoso hubiera sido que hubiesen esperado con toda calma en Jehová! Tenían tantas evidencias del amor de Dios. Pero no, temieron; se lamentaron de haber salido de Egipto. Los largos años de esclavitud y el rigor de las cargas los habían agobiado. Como resultado de esa experiencia, “tenían un conocimiento muy limitado de Dios y **muy poca fe en él**” (PP, p. 287).

◦ Además de no haber absolutamente nada que ellos pudieran hacer, ni pelear con el enemigo, ni escapar, ni cruzar el mar, tampoco tenían fe en el único que podría librarlos. La liberación no fue efectuada como premio a la fe que habían expresado. Jamás podrían ellos decir: bueno, Dios honró nuestra fe; nos auxilió *porque* confiamos en él. Al contrario, Dios los liberó *a pesar de que* confiaron muy poco en él. Difícilmente pueda expresarse mejor la naturaleza de la redención de Israel que en las palabras que Moisés dirigió al pueblo cuando estaban a punto de desmayar: “No temáis; estad firmes, ~~y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros~~, porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. **Jehová peleará por vosotros**, y vosotros estaréis tranquilos” (14:13,14).

Si eso no los convencía del amor de Dios para con ellos y de su enorme interés en redimirlos de la esclavitud, ¿qué más podría hacer Dios para convencerlos? En ese contexto, difícil de imaginar, viene a través de Moisés una nueva orden para el pueblo: “...Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel en medio del mar, en seco” (14:15,16). Recién cuando comprendieron que la salvación era totalmente del

Señor, estuvieron listos para marchar, para avanzar; no antes.

Sólo un milagro

Finalmente Dios proveyó la salida que ellos nunca hubieran podido encontrar por sí mismos: "...volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas. Entonces los hijos de Israel entraron por medio del mar, en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda" (14:21,22).

El cruce del mar Rojo es uno de los milagros más estupendos que registra la Escritura. A pesar de todos los intentos que se han hecho para negar su historicidad, tal cosa no es posible. Hay quienes han sugerido que pudieron cruzar porque en esos momentos las aguas estaban muy bajas; entonces habría que explicar como se ahogaron los egipcios. Otros piensan que una gran montaña pudo haber caído dentro del mar, mar arriba y que por algún tiempo detuvo el cauce del agua, justamente hasta que estuvo a salvo el último israelita; para entonces las aguas habían logrado superar el obstáculo, y comenzaron a correr otra vez con todas sus fuerzas, sorprendiendo *a todos* los egipcios a medio camino, con tan mala suerte que no pudieron avanzar ni para un lado ni para el otro y todos perecieron. ¿Y la nube? Se postula que puede haber sido un volcán en erupción en algún lugar no distante, que alumbraba de noche y el humo proveía la sombra durante el día. Por supuesto que aún no se ha localizado el volcán candidato para esta explicación.

Tratar de explicar en forma natural lo que es tan evidentemente sobrenatural requeriría tantas coincidencias, en momentos tan precisos, que no sería menos que un gran milagro en sí mismo. Se hace mucho más sencillo aceptar el evento así como lo presenta la Palabra de Dios: como un milagro de su gracia salvadora. No se nos ha dado a nosotros

la tarea de determinar qué es histórico y digno de confianza en la Biblia y qué no lo es. Nuestra responsabilidad cristiana es aceptar agradecidos lo que Dios ha tenido a bien revelarnos y tratar de entenderlo lo mejor posible, conscientes siempre de que hay profundidades y alturas en su Palabra que nunca podremos abarcar en su totalidad.

Hemos notado ya algunas lecciones valiosísimas que nos enseña el incidente del éxodo, lecciones que nos ayudan a entender mejor la obra redentora del Señor Jesús y nuestra liberación de la esclavitud. El cruce del Mar Rojo tiene mucho que decirnos. Trataremos de subrayar algunas de sus enseñanzas.

En primer lugar, así como hay esfuerzos muy persistentes para negar la historicidad del evento libertador, hay también mucho interés en negar lo sobrenatural de todo lo que tiene que ver con la naturaleza de la salvación. El énfasis humanista, racionalista de la teología de los últimos tiempos, hace que se quiera explicar en forma natural todo lo que tiene que ver con nuestra liberación. Últimamente ha estado de moda negar lo sobrenatural aun de todo lo que está relacionado con la persona de Cristo y su obra salvadora. Sin duda uno de los ataques más fuertes en este terreno fue lanzado hace pocos años, en 1977, cuando un grupo de teólogos británicos publicaron un libro negando abiertamente la verdad bíblica de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, y, por consecuencia, de lo sobrenatural de la redención.

El libro se titula *The Myth of God Incarnate* [El mito del Dios encarnado]. El argumento del libro, según lo establecen sus autores en el mismo prefacio, es que así como la iglesia ha tenido que hacer ajustes mayores a sus creencias a lo largo de su historia, algunos de los cuales resultaron difíciles y dolorosos, el siglo veinte es el momento de hacer otro ajuste mayor, y es precisamente en relación con la encarnación. No

se le puede pedir a personas ilustradas del siglo veinte, argumentan los autores, que acepten así nomás cualquier leyenda que ha sido escrita hace muchos siglos, en una era pre científica, cuando la gente creía fácilmente todo este tipo de cosas. Es fácil entender que para llegar a las conclusiones a las que llegaron, deben negar la autenticidad de las mismas Escrituras.

Cual león rugiente

En segundo lugar, así como la liberación de los esclavos por la sangre del cordero pascual no puso a los redimidos fuera de la posibilidad de los ataques y las maquinaciones del faraón, al contrario, fue lo que de veras lo enfureció, de igual manera, cuando una persona acepta a Cristo como su sustituto, confía en su sangre expiatoria, y encuentra liberación y perdón, nunca debe pensar que la lucha contra el enemigo ha cesado. Muy por el contrario, Satanás va a intensificar sus esfuerzos para prevenir, si le fuera posible, que sus ex cautivos se vayan demasiado lejos. Nadie abandona las filas del enemigo para servir a Cristo, sin tener que afrontar la ira del faraón espiritual. Pedro nos recuerda que nuestro "...adversario, el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (1 Ped. 5:8).

Y así como Dios se encargó de proteger a los israelitas indefensos, de manera que el faraón enfurecido con todas sus huestes armadas hasta los dientes no pudo tocarlos, así también va a proteger a todo aquel que haya abandonado el mundo y haya puesto sus pies en la senda que conduce a Canaán. Fue Jesús mismo quien dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. **Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre**" (Juan 10:27-29).

Los israelitas habían sido llevados a ese lugar de apuro por Dios mismo. El obedecer a Dios, el seguir sus indicaciones, no es una garantía de que no encontraremos problemas y dificultades. Al contrario, puede muy bien ser que en su providencia Dios permite circunstancias donde nuestra fe será probada y donde el nombre de Dios podrá ser glorificado por lo que él haga. A este respecto abundan los ejemplos en la Escritura y en la experiencia cristiana de todo hijo de Dios. Daniel, en el Antiguo Testamento, se encontró un día en el foso de los leones debido a su inquebrantable fidelidad a Dios. Dios honró a su siervo y manifestó su gloria. ¡Qué significativas son las palabras del rey Darío cuando temprano por la mañana visitó el foso, con la esperanza de que hubiera ocurrido un milagro: “Y acercándose [el rey] al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, **a quien tú continuamente sirves**, ¿te ha podido librar de los leones?” (Dan. 6:20). Cuando el rey comprobó que Daniel no había sufrido ninguna lesión, que el ángel de Dios había cerrado la boca de los leones, mandó sacar a Daniel, y honró, no tanto a Daniel, como al Dios de Daniel. Escuchemos su decreto:

Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitaban en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es Dios viviente y permanece portodos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. **Él salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones** (Daniel 6:26,27).

“Confía en él”

Algo más que demostró este evento y que enseña una enorme lección espiritual, es la total incapacidad del hombre

para hacer cosa alguna a fin de lograr su propia liberación. Difícilmente alguien puede encontrarse en una situación más desesperada y sin posibilidades de ningún tipo que los israelitas frente al Mar Rojo. En ese momento de crisis externa Dios manifestó su poder y su gracia. Los efectos de la esclavitud y las circunstancias de la vida nos han colocado a todos en un callejón sin salida. También nosotros podemos buscar en todas las direcciones sin encontrar salida. La salida está sólo en la gracia de Dios.

Y sin embargo él la manifestará sólo cuando reconozcamos nuestra total bancarrota. Como bien dijo alguien, la gracia es maravillosa sólo cuando estamos conscientes que no la merecemos, de que no podemos ganarla. Nuestras justicias, según el profeta, siempre serán “como trazo de inmundicia” (Isa. 64:6). Por otro lado, nuestros momentos de mayor necesidad son los momentos especiales para Dios, donde él se especializa en actuar. Muy a tono con esta realidad el salmista escribió, “No te impacientes a causa de los malignos... **Confía en Jehová, y haz bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y **confía en él; y él hará****” (Sal. 37:1-5).

El éxodo también nos recuerda y asegura del triunfo definitivo del bien sobre el mal. En la destrucción del faraón y de sus seguidores en el Mar Rojo, vemos claramente simbolizada la destrucción final de la serpiente antigua, lo que había sido profetizado ya en Génesis 3:15. Así como la profundidad del mar sirvió de tumba para el faraón y sus huestes, el infierno, el fuego eterno, ha sido “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

La gran lección que Dios quiso enseñar a los israelitas antes de cruzar el Mar Rojo es una lección indispensable que

debe aprender todo aquel que anhele la liberación espiritual. La redención es la obra de la gracia y la misericordia de Dios, que se manifiesta solamente en el momento en que reconocemos nuestra total indignidad, nuestra absoluta insolvencia, y esperamos confiados en él. Es nuestra necesidad lo único que nos da derecho a la gracia de Dios. Escuchemos:

La gracia es un atributo de Dios puesto al servicio de los seres humanos indignos. Nosotros no la buscamos, sino que fue enviada en busca nuestra. Dios se complace en concedernos su gracia, no porque seamos dignos de ella, sino porque somos rematadamente indignos. Lo único que nos da derecho a ella es nuestra gran necesidad (MC, p. 119).



II

Los redimidos cantan

Las huestes de Jehová comenzaron el viaje hacia Canaán al amparo de la nube, pero muy pronto se encontraron en una situación de supremo peligro; en realidad, de angustia, de la cual sólo un milagro podría sacarlas. Pero en ese momento de indecible apuro, Dios se hizo presente, separó las aguas del Mar Rojo y los israelitas pasaron en seco, mientras el faraón con todo su ejército era sepultado en las profundidades, una vez que las aguas, sumisas a la voluntad de Dios, volvieron a reasumir su curso normal.

Difícilmente Dios podría haberles presentado en forma más clara e inconfundible la verdad de que su liberación era su obra soberana, y que él actúa sin dificultad en los momentos de mayor apremio y necesidad. Parecía que lo que habían experimentado en las semanas anteriores aún no había logrado hacerlos confiar en el poder y el amor de Dios. Se desanimaron, clamaron, en realidad su fe era débil, es decir, no tenían fe. Fue en esos momentos que Dios desplegó su poder salvador. La lección, bien expresada más tarde por el profeta Jeremías, debía quedar grabada para siempre en sus almas: “Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová” (Lam. 3:26).

Es imposible imaginar la emoción que habrá embargado el corazón de los israelitas mientras iban cruzando en seco por en medio del mar, teniendo una enorme muralla de agua a cada lado. ¿Habrán tratado de ver la mano invisible que la sostenía? Tan pronto como llegaron a la ribera opuesta y miraron hacia atrás, vieron con asombro cómo el ejército enemigo era desbaratado, arrastrado por las aguas impetuosas, sin que ellos hubieran tenido que mover un dedo. ¡Ahora sí se sintieron libres y seguros! Y pareciera que recién captaron, a lo menos parcialmente, la naturaleza de la redención. ¿Y qué hicieron? Celebraron, cantaron, expresaron sin reservas el júbilo que había en sus corazones por lo que acababan de experimentar.

El cántico de Moisés

El capítulo quince del libro de Éxodo registra lo que cantaron, lo que nosotros conocemos como el cántico de Moisés. El versículo con el que termina el cántico expresa muy bien la razón que inspiró tal celebración. Nos dice que “María la profetisa, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron en pos de ella con panderos y danzas. Y María les respondía: **Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido**; ha echado en el mar al caballo y al jinete” (15:20,21). El cruce del Mar Rojo les ayudó a captar algo de la grandeza de Dios.

Lo notable de este cántico es que es, en verdad, un cántico a Jehová. Jehová es exaltado. Él es el objeto único de la alabanza. El versículo uno ya pone la nota clave de todo el canto: “Entonces cantó Moisés y los hijos de Israel **este cántico a Jehová**.” El nombre del Señor aparece doce veces, y hay cerca de treinta pronombres que se refieren a él en los veintiún versículos que cubren el canto. Por otro lado, no hay

una sola referencia a ellos mismos; sencillamente no aparecen en el escenario. La salvación que habían recibido y la grandeza de su Dios absorbían toda su atención y su entusiasmo. Por un momento, al menos, se olvidaron de sí mismos.

En Egipto, los israelitas gemían y clamaban bajo el peso agobiador de la opresión con que eran oprimidos. Una vez redimidos, cantaron. ¿Qué fue lo que hizo la diferencia? Sencillamente el haber experimentado la liberación, el sentirse seguros, fuera del alcance del faraón y sus huestes. Y la verdad es que ésa había sido la intención original de Jehová para con ellos; quería que experimentaran lo que se siente cuando se rompen las cadenas y el alma queda libre. En la primera entrevista que Moisés y Aarón tuvieron con el faraón, le refirieron palabras muy específicas de parte de Dios: “Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a **celebrarme fiesta en el desierto**” (5:1). No era el plan que al salir de la esclavitud fueran suspirando o gimiendo mientras se encaminaban a Canaán. La liberación anunciaba algo hermoso, algo que sería digno de celebrar, de hacer fiesta. No que el hacer fiesta o celebrar tuviese que ser una nueva rutina, algo que **tendrían** que hacer, como parte de un programa. Sería, más bien, el dar rienda suelta a la nueva experiencia, no suprimirla sino aprender a disfrutar de la nueva libertad.

Los redimidos cantan

¿Y qué fue lo que hizo posible esa explosión de gozo y de canto? El hecho de que los israelitas se olvidaron, por lo menos por algunos momentos, de ellos mismos, de todo lo que habían sufrido en Egipto, de los peligros y el Señor, su Libertador, llegó a ocupar el lugar central de su atención. ¡Cuán agradecidos estaban! ¡Que pequeños se veían los

dioses de Egipto en comparación con su Dios! ¡Cuán pequeños se veían ellos mismos y sus problemas a la luz del amor de su Redentor y de lo que acababan de experimentar! Si no olvidaban esa experiencia, podrían seguir el resto del camino seguros y gozosos, con una canción en sus corazones y en sus labios. Por eso celebraron, por eso hicieron fiesta, por eso cantaron. El Señor anhelaba que esa experiencia fuera permanente; que nunca olvidaran lo ocurrido. La experiencia de los hijos de Israel después de cruzar el Mar Rojo, según se encuentra registrado en el capítulo 15 del libro de Éxodo, nos enseña una de las lecciones más hermosas. Tiene que ver con la vida práctica pero al mismo tiempo es difícil de aprender en la vida cristiana; una persona que ha sido redimida, canta; **solamente** una persona que ha experimentado la redención puede de veras cantar, puede celebrar. ¿Y por qué? Porque la redención cambia el centro de interés, cambia el foco de atención, desde adentro hacia afuera; del individuo, a Dios que lo redimió; de lo subjetivo a lo objetivo; da una perspectiva nueva a la vida entera.

El pecado distorsiona la perspectiva

Los efectos del pecado y la manera cómo éste distorsiona toda nuestra perspectiva, se echan de ver muy claramente en el Edén, en la experiencia de Adán y Eva en el momento en que el primer pecado hizo su entrada en el mundo y especialmente en sus almas. Creados para alabar a Dios y encontrar gozo y gratitud en su compañía, el pecado hizo que ellos se centraran en sí mismos. Precisamente eso es lo que nos dice la Escritura. Lo primero que hicieron nuestros primeros padres después de comer del fruto prohibido, fue mirarse a sí mismos; y al hacerlo descubrieron “que estaban desnudos” (Gén. 3: 7), sin protección. Inmediatamente se embarcaron en un plan

personal para tratar de arreglar su situación; comenzaron a fabricar sus propios delantales de hojas de higuera. Bajo los efectos del pecado, quedaron incapacitados para mirar hacia afuera, o hacia arriba, para buscar a ese Dios amoroso en la presencia del cual se habían sentido tan felices y seguros antes. A pesar de todo lo que hicieron, se sintieron inseguros, **“tuve miedo”** (Gén. 3:10), fue la confesión que salió del alma abrumada de Adán cuando Dios se acercó a ellos.

A esta nueva realidad, a esta lamentable distorsión, la conocemos como **“egoísmo,”** que es una inmoderada concentración en uno mismo. El **“yo”** ocupa el centro del escenario, lugar que originalmente le corresponde a Dios. Ahí se encuentra la raíz de todos los pecados y de los entredichos entre los hombres. Lo notamos en el mismo Edén, cuando Adán y Eva comenzaron a defender ese **“yo”** que ahora dominaba, y para ello inclusive no titubearon en culpar a otros: **“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”** (Gén. 3:12). No es mi culpa, Señor; la culpa es de Eva. Por supuesto que ella manifestó exactamente la misma actitud: **“La serpiente me engañó, y comí”** (Gén. 3:13). Y desde aquel día el ser humano ha vivido defendiendo y sirviendo al **“yo,”** acusando y oprimiendo a otros para beneficiarse a sí mismo. El pecado ha hecho que el hombre se convierta en el centro de su universo. Todo debe girar en torno a él; siempre mira hacia adentro; los demás están a su servicio.

Los psicólogos nos hablan de dos tipos de atención: **focal** y **periférica**. Uno se concentra primariamente en una cosa, eso es lo que le llama la atención, mientras que otras cosas pasan a segundo plano, no juegan un papel importante en la vida o en las decisiones. Mi atención **“focal”** en estos momentos está en la pantalla de la computadora, es decir, en el tema que estoy tratando de desarrollar, el cual absorbe todo mi interés. Hay ruidos; los pájaros gorjean en los árboles

cercanos, se oye el tic tac de un reloj, es decir, si presto atención. Normalmente no percibo nada de eso cuando estoy concentrado en mi trabajo. Puedo pasar horas enfrascado en lo que estoy haciendo con muy poca conciencia de lo que sucede en el mundo que me rodea.

Poniendo prioridades

Algo similar sucede en el terreno espiritual. Algo va a ocupar el centro, la atención focal; y si no es Dios, será indefectiblemente el “yo,” y él controlará nuestra vida. Viviremos para agradarlo y defenderlo, y al mismo tiempo seremos presas de sus caprichos y temores. Es por eso que Dios nos dice con ternura paternal: “Dame, hijo mío, tu corazón, y **miren tus ojos por mis caminos**” (Prov. 23:26).

Dios dirigió la marcha de su pueblo al salir de Egipto, los colocó en un callejón sin salida para manifestar su poder y su gloria, con la esperanza de que él pasase a ser el punto focal de su atención; que eso fuera lo que los motivara y los inspirara. Tenía un plan mucho más ambicioso que el de sacarlos físicamente de la esclavitud, que dejaran de hacer ladrillos. Quería transformarlos a ellos mismos, ser su Dios, guiarlos por la senda del bien; ayudarles a vivir con una canción permanente en sus almas.

En el Nuevo Testamento encontramos este principio establecido en las palabras de Jesús: “Mas buscad **primeramente** el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). Dios quiere que todas las maravillas que ha hecho por nosotros nos convenzan de su amor y de su interés en nuestro bienestar, para que él pueda ocupar el primer lugar. Las palabras del salmista son para nosotros: “Gustad, y ved que es bueno Jehová; **dichoso el hombre que confía en él**” (Sal. 34:8). ¿Dichoso por qué? Oh,

porque ha encontrado el secreto de la felicidad; porque ha logrado alinear su vida con los propósitos originales de Dios para con sus criaturas; porque ha aprendido a quitar su concentración de sí mismo. Agustín, mojando la pluma en su propia experiencia, escribió hace ya más de mil quinientos años aquellas palabras que han encontrado eco en mil contextos diferentes: “Oh Dios, tú nos has hecho para ti, y **nuestros corazones están inquietos hasta que encuentren descanso en ti.**”

Un cambio de corazón

El cántico de Moisés nos enseña que sólo una persona redimida puede de veras cantar, alabar a Dios, porque se olvida de sí misma. Al igual que con los esclavos de Egipto, los propósitos de Dios van mucho más allá que simplemente declararnos libres de la esclavitud espiritual. Quiere también transformarnos; volver a ocupar el centro en nuestra vida. La conversión cambia el centro de interés. Una pluma autorizada nos dice que “en la Escritura se llama nacimiento al **cambio de corazón** por el cual somos hechos hijos de Dios” (CC, p. 67), para luego agregar: “Experimentar un cambio de corazón es **apartar los afectos del mundo y fijarlos en Cristo**” (MPJ, p. 70), de lo terreno a lo celestial, de lo bajo a lo superior.

El pasaje por excelencia en el Nuevo Testamento que nos habla de esa transformación gira en torno a la entrevista que Jesús tuvo una noche con Nicodemo, uno de los maestros de Israel. Jesús le dijo a este dignatario judío “que el que no naciere de nuevo **no puede ver** el reino de Dios” (Juan 3:3). No puede verlo porque su visión es terrena, su “yo” se lo impide. Únicamente una transformación motivada por la gracia de Dios, un nacimiento “de arriba” puede hacer que el pecador eleve la mirada de sí mismo y la centre en el Señor

Jesús. Esto fue precisamente lo que Jesús le recomendó a Nicodemo. Le dijo: “y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (Juan 3:14). Y así como los israelitas, mordidos por la serpiente eran invitados a “mirar y vivir,” la serpiente levantada sigue siendo el único remedio para el problema del pecado.

Y al elevar la vista, el pecador descubre con sorpresa y alegría que el panorama es mucho más hermoso cuando se mira hacia arriba que cuando se concentra en sí mismo, y con el salmista puede decir: **“Alabad a Jehová porque es bueno, porque para siempre es su misericordia”** (Sal. 106:1).

El cristiano puede estar feliz, puede cantar porque ha descubierto que su seguridad no depende de él, de sus sentimientos cambiantes, de sus logros incompletos, sino que depende del amor inalterable del Señor Jesús, **“en quien tenemos seguridad”** (Efe. 3:12). Dios, en su misericordia **“nos hizo aceptos en el Amado”** (Efe. 1:6), y ésta llega a ser la mayor motivación para cantar alabanzas al Señor, para adorarle, para celebrar, para avanzar por la vida con una canción en el corazón. Un cristianismo nominal, legalista, un cristianismo que no descansa en Jesús o que depende de sus propios esfuerzos humanos, nunca encontrará paz y tranquilidad para su alma. La paz genuina se consigue sólo en Jesús. Dijo él: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón **ni tenga miedo**” (Juan 14:27). “Nuestra única seguridad está en desconfiar constantemente de nosotros mismos y confiar en Cristo” (COL, p.120).

La vida genuinamente cristiana, que descansa con confianza en el Señor, no puede ser una vida lóbrega y triste. Es verdad que habrá momentos cuando el sol parecerá ocultarse, pero aún en esos momentos podemos saber que el

sol está detrás de las nubes, y que volverá a aparecer. Todo depende de dónde esté nuestra atención focal, que es lo que ocupa el primer lugar en nuestra vida. Al respecto alguien ha dicho en forma tan acertada: “La vida que abriga el temor de Jehová no será una vida de tristeza y oscuridad. **Es la ausencia de Cristo que entristece el semblante y hace de la vida una peregrinación de suspiros**” (PVGM, p. 126).

Jesús cantaba

Hay quienes parecen creer que el cristianismo está mejor representado por un rostro largo, adusto, carente de todo regocijo y felicidad, y quieren justificar esta actitud diciendo que Jesús a veces lloraba, pero que nunca, según el registro bíblico, se reía. Es cierto que el Señor Jesús vino al mundo con una misión especial, que el fue un “...varón de dolores, experimentado en quebranto...” (Isa. 53:3), pero fue así, según sus propias palabras, “...para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15:11). Su vida, muy al contrario de lo que muchos piensan, no fue una vida lóbrega, carente de gozo. Hablando de la juventud de Jesús, que sin duda fue muy difícil también para él, E.G. de White nos dice:

Jesús trabajaba con **alegría** y tacto. Se necesita mucha paciencia y espiritualidad para introducir la religión de la Biblia en la vida familiar y en el taller; para soportar la tensión de los negocios mundanales y sin embargo, continuar deseando sinceramente la gloria de Dios. En esto Cristo fue un ayudador. Nunca estuvo tan embargado por los cuidados de este mundo que no tuviese tiempo o pensamientos para las cosas celestiales. **A menudo expresaba su alegría cantando salmos e himnos celestiales.** A menudo los moradores de Nazaret oían su voz que se elevaba en alabanza y agradecimiento a Dios. Mantenía comunión con el cielo mediante el canto; y cuando sus compañeros se quejaban por el cansancio, **eran alegrados por la dulce melodía que brotaba de sus labios.** Sus alabanzas parecían

ahuyentar a los malos ángeles, y como incienso, llenaban el lugar de fragancia (DTG, p. 54).

Continuamente en sus enseñanzas relacionó el gozo y la **fiesta** con la aceptación del evangelio. Cuando el hijo pródigo regresó al hogar, después de haber sido golpeado y magullado en el mundo, fue recibido con gozo, con música, y con fiesta. El padre, entusiasmado por su regreso, dijo: “...**comamos y hagamos fiesta... y comenzaron a regocijarse.**” Ante la actitud mezquina del hermano mayor, quien no podía entender el porqué de tanta celebración, el padre dijo: “era **necesario hacer fiesta y regocijarnos**, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lucas 15:23, 24, 32). Al siervo fiel el Señor le dijo: “...entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21). Las vírgenes prudentes entraron a **celebrar** las bodas del esposo (Mateo 25:10).

Solamente la religión genuina, que es eminentemente teocéntrica (centrada en Dios), produce en el alma regocijo y deseos de celebrar, porque sabe que su seguridad está en las manos de un Dios todopoderoso y amante.

El peligro de mirarse a sí mismo

En el terreno religioso se conoce como **perfeccionismo** la atención que se centra en el individuo en forma desmedida para alcanzar los triunfos de la vida cristiana. Y cuando quiera que este sea el enfoque, los resultados serán diametralmente opuestos a los producidos por la confianza en Dios, porque, según ya vimos en el caso de Adán, nunca se está seguro de haber hecho lo suficiente para satisfacer las demandas de Dios.

David Seamands es un psicólogo cristiano que ha dedicado su vida a ayudar a personas con problemas

emocionales. En uno de sus libros, titulado *Curación para los traumas emocionales*, dedica dos capítulos para tratar los serios problemas producidos por una actitud perfeccionista en la vida cristiana. Dice Seamands que “el perfeccionismo es el problema emocional que más trastornos causa entre los cristianos evangélicos. Entra en mi despacho con mayor frecuencia que ningún otro problema cristiano de por sí” (p. 99). Uno de los capítulos titulado “Síntomas del perfeccionismo,” presenta algunas cosas reveladoras. Entre los síntomas más salientes de este mal, Seamands menciona los siguientes:

• *La tiranía de los “debo,”* que es un sentimiento constante y general de no hacer las cosas lo suficiente bien, o nunca ser lo suficientemente bueno. Algunas expresiones típicas de este sentimiento son: “debo hacerlo mejor,” “debo orar más,” “debo hacer más,” “debo, debo, debo.”

• *La desaprobación propia.* Cuando alguien cree que nunca hace las cosas tan bien como debiera hacerlas, cuando nunca está contento consigo mismo, el resultado natural será un sentimiento de continua autodesaprobación. Está siempre tratando, pero nunca llega; nunca puede descansar satisfecho; y por supuesto, Dios no está satisfecho tampoco.

• *La ansiedad.* Los “debo” y la desaprobación propia producen una conciencia hipersensible, bajo un sentimiento continuo de culpa y condenación. Este sentimiento de ansiedad, como un pesado fardo, doblega sin misericordia a su víctima.

• *El legalismo.* La conciencia hipersensible y el sentimiento de culpa del perfeccionista van generalmente acompañados de una exagerada escrupulosidad por los detalles, una actitud que exagera las exterioridades, que pierde de vista lo grande por concentrarse en lo pequeño.

• *La ira.* El constante fracaso ante los “debo” va creando inconscientemente en el alma de la persona que vive con esta

filosofía un enojo, un tipo de resentimiento contra los demás y contra sí mismo.

• *La negación.* Como es muy difícil hacer frente a este sentimiento de enojo, la tendencia es negarlo, pretender que no existe. En este contexto dice Seamands: "Y toda esta mezcla de mala teología, legalismo y salvación por obras acaba formando un torrente, un Niágara, pero congelado. Es entonces que surgen los problemas emocionales profundos" (p. 103).

El autor mencionado concluye diciendo que una situación tal puede producir dos resultados diferentes. Uno, en el cual la persona se desprende, se desanima, se convence que es imposible vivir con ese modelo, que las metas son demasiado elevadas. Lo ha intentado tantas veces y ha fracasado; se vuelve, no un incrédulo, porque cree con la cabeza, pero no puede creer con el corazón. Otros sufren un colapso nervioso o mental, y se convierten en los clientes que llegan al consultorio del psicólogo con sus vidas al borde del quebranto.

La realidad inevitable es que no hay victoria por nosotros mismos; la victoria viene de Jehová, y cuando es aceptada, trae consigo gozo, deseos de cantar. En Apocalipsis leemos que en los momentos en que se produzca la liberación final, los redimidos volverán a cantar, y, notablemente, entonarán las mismas notas que entonaron los israelitas en la ribera oriental del Mar Rojo. Dijo el vidente de Patmos:

Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantaban el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos (Apoc. 15:3,4).



I2

El camino es escabroso

Tan pronto como se apagaron las últimas notas del cántico de alabanza que los israelitas entonaron en la ribera del Mar Rojo, tuvieron que levantar el campamento y continuar la marcha. Dios los había sacado de la cautividad egipcia con un propósito muy definido en mente: llevarlos a Canaán; la tierra prometida era el destino final. Nunca fue la intención de Dios dejarlos en el desierto, o abandonarlos a mitad de camino. Al igual que con Abram cuatro siglos antes, los israelitas salían de Egipto para ir a Canaán, y a Canaán debían llegar.

¿Un desvío innecesario?

Entre Egipto y Canaán estaba el desierto. La ruta señalada por la nube los llevaría por un desierto largo e inhóspito. Pareciera raro llevar a tantos miles de hombres, mujeres, ancianos, y niños por un desierto así. Aún más incomprensible se hace cuando uno se fija en un mapa la ruta que muy posiblemente siguieron. Jerusalén queda a unos 500 kilómetros al este noreste de donde ellos cruzaron el Mar Rojo. Pero la ruta indicada por la nube los llevó al Sinai, a unos 500 kilómetros al sur sureste del punto de partida, casi en

dirección opuesta a la ruta más corta, la que aparentemente deberían haber tomado.

En el camino encontraron muchos inconvenientes. El camino se hizo mucho más largo que lo anticipado. Hubo dificultades de todo tipo. Escasó el agua; faltaron los alimentos. Encontraron pueblos hostiles que en vez de facilitarles el paso les declaraban la guerra. Los sorprendieron serpientes venenosas que se interpusieron en su paso, y muchos cayeron bajo el efecto fatal de su veneno. Y lo más triste de todo el episodio es que muchos nunca llegaron. El desierto quedó regado con los huesos de los redimidos que nunca llegaron a destino. ¡Qué tragedia, quedar tendido en el desierto cuando Canaán ya estaba cerca! Parecía a veces como si los mismos planes de Dios estaban en peligro de fracasar.

Y uno se pregunta: ¿por qué el desierto? ¿No podía Dios haber evitado esas pruebas tan duras a sus hijos recién redimidos? ¿Que nunca les faltara nada? ¿Que las aguas siempre estuviesen dulces? ¿Que la gente que encontraran por el camino se mostrara amigable para con ellos, o que por lo menos huyeran con temor ante ese pueblo que tenía un Dios tan poderoso? La respuesta a estas preguntas es obvia: claro que podía. Lo que Dios había hecho a favor de ellos en las semanas anteriores demuestra que no le hubiera resultado difícil allanar todas las asperezas del camino, proveerles de una ruta completamente libre de obstáculos. Y si es así, ¿por qué no lo hizo? ¿Qué propósitos movían a Dios a llevarlos por ese camino?

Propósito del desierto

Es muy evidente, cuando uno estudia el relato, que Dios no los llevó por el desierto para fastidiarlos, para ver a cuántos

podía desanimar en el trayecto, porque de alguna manera se gozaría al ver los cuerpos tendidos en la arena. ¡Cuánto anhelaba Dios que todos llegaran! Esa es la razón por la cual sacó a todos; esa es la razón por la cual no accedió a dejar a un solo niño en Egipto, cuando insistía en que lo hiciera el faraón.

La realidad es que ~~quería preparar para introducirlos a Canaán~~. Quería que aprendieran a confiar en él en todo momento, en las cosas pequeñas y en las grandes. Los largos años de estadía ~~en Egipto~~ había causado efectos lamentables en los israelitas. En primer lugar, se habían convertido en ~~esclavos~~; era una situación, como señalamos ya, dura, inhumana, de la cual ellos jamás habían podido librarse por más que lo intentaran. Es por eso que Dios mismo se encargó de solucionarles ese problema. Con mano fuerte y brazo poderoso abrió las aguas del Mar Rojo y se encargó además de pelear con los enemigos que los perseguían. El problema de la esclavitud había quedado resuelto para siempre. Nunca más tendrían que temer al faraón y a su ejército.

Pero además, y lo peor, es que ~~la esclavitud~~ los había disminuido, había embotado todas sus sensibilidades, ~~los había degradado~~. Se habían acostumbrado a ser esclavos. Perdieron de vista al Dios de Abraham, y en su lugar, vencidos por el ambiente que los rodeaba, comenzaron a adorar a los dioses de los opresores. Se habían vuelto idólatras. Sus perspectivas habían llegado a ser tan pequeñas y mezquinas como las de los egipcios. Para sacarlos de Egipto Dios había hecho algo **por** ellos, a su favor, sin que ellos tuviesen que mover un dedo. Ahora había llegado el momento para hacer algo **en** ellos. Dios quería transformarlos, cambiarlos, ayudarles a recuperar la visión perdida, la visión que había captado Abraham muchos años antes.

Con el bordón en la mano

No era el propósito de Dios que los rigores del desierto los hiciera fuertes, para que pudieran con el tiempo arreglarse solos. Al contrario, quería que reconocieran constantemente sus limitaciones y debilidades, y que aprendieran a apoyarse ~~confiadamente~~ en su Dios. A Dios no se le olvida ningún detalle. Y aun este principio de dependencia constante en Dios estaba claramente demostrado en las instrucciones que recibieron. Cuando se preparaban para salir de Egipto, para empezar a recorrer el camino que los llevaría a Canaán, tuvieron que hacerlo con un **bordón** en la mano (12:11). El bordón, o cayado, es un símbolo de peregrinaje que indica que se está en ruta; y al mismo tiempo es una indicación a apoyarse en algo externo, no en una fortaleza propia, interior; involucra aprender a depender. Era un recordatorio constante de que Dios quería que mirasen hacia afuera mientras avanzaban, quería que aprendieran a mirar a su Dios como el que supliría sus necesidades momento tras momento, como el Dios en quien podían apoyarse.

El rey David hizo referencia a esta idea cuando escribió el Salmo 23, una de las porciones más conocidas del Antiguo Testamento. Escribió David: "Jehová es mi pastor; nada me faltará... Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, **porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento**" (Sal. 23:1,4). Infundirían aliento porque serían una garantía de la ayuda divina, porque encontrarían constantemente en qué apoyarse.

~~Los hijos de Israel debían apoyarse en el bordón todo el tiempo,~~ hasta que llegasen a Canaán. Cada dificultad que encontrasen en el camino debía ser una invitación a mirar hacia atrás, a recordar las maravillas de las que habían sido objetos, y a seguir confiados, apoyados en su Redentor.

Pareciera que hubiera sido imposible, o por lo menos muy difícil, que ellos pudieran olvidar la manera en que Dios había manifestado su poder y su amor a favor de ellos a través de todo el evento libertador.

Inconvenientes

La primera oportunidad que tuvieron para expresar su confianza en Dios, después de la noche gloriosa de pascua, fue cuando se encontraron frente al Mar Rojo, todavía en territorio enemigo. Dios podría muy bien haberlos esperado con las aguas ya abiertas, con el fondo del mar seco. Pero es que Dios quería enseñarles a confiar, a esperar que su Dios actuaría cuando ellos lo necesitaran. La actitud que ellos demostraron, hablando en términos humanos, habrá significado una verdadera desilusión para Dios. Ni se acordaron de él. Todo lo que hicieron fue quejarse y murmurar, como si todo dependiese de ellos. Pero el Señor, en su misericordia, abrió igual las aguas, y ellos pasaron a salvo a la ribera opuesta. Allí emocionados, cantaron.

El mismo propósito tenían los demás inconvenientes que encontraron en el camino. ¡Qué hermoso hubiera sido si cuando se encontraron con aguas amargas, hubieran acudido a Dios, diciéndole: “Mira, Dios, tenemos un problema, no sabemos como solucionarlo, necesitamos agua; la necesitan nuestros niños, nuestros ganados. Sabemos que tú nos amas, y que tienes mil maneras de suplir nuestras necesidades; tú lo has demostrado en más de una ocasión. Dejamos este problema en tus manos; ayúdanos a esperar confiados, seguros que tú actuarás cuando lo creas conveniente!” Pero no, otra vez se quejaron y murmuraron.

Y lo mismo sucedió repetidamente a lo largo del camino, cuando escasearon los alimentos, cuando se vieron frente a

enemigos, cuando los sorprendieron las serpientes. ¡Cuán difícil les fue aprender a confiar en Dios! ¡Cuán difícil es caminar apoyado en el bordón! ¡Cuán difícil es mirar hacia el futuro sin temor, recordando cómo Dios nos ha guiado en el pasado!

El Nuevo Testamento resume con una sola palabra la razón del fracaso de Israel en el desierto, es decir, del fracaso de aquéllos que no llegaron a destino: “Y vemos que no pudieron entrar a causa de **incredulidad**” (Heb. 3:19). El propósito de Dios era enseñarles a confiar, no a hacerlos suficientes en sí mismos, para que pudieran caminar solos. El secreto del éxito consistía en que aprendieran, mientras reconocían su debilidad y pequeñez, a confiar en Dios en todo momento. Porque, contrariamente a lo que sucede en las cosas comunes de la vida, el poder de Dios se manifiesta mejor en la debilidad, cuando el alma reconoce su insolvencia, sus limitaciones.

El apóstol Pablo nos cuenta cómo él aprendió por experiencia propia esta lección. Tres veces nos dice que le había rogado a Dios que le quitara un aguijón que llevaba en la carne, a lo que Dios le respondió, sin darle mucha explicación: “Bástate mi gracia; **porque mi poder se perfecciona en la debilidad**” (2 Cor. 12:9).

La marcha del pueblo de Israel a través del desierto, luego de haber salido de Egipto con rumbo a Canaán, enseña muchas lecciones sumamente valiosas para todos aquellos que han salido del mundo y se han unido a los que marchan hacia la Canaán celestial. Porque no debemos olvidar que todo el episodio del éxodo fue escrito para nuestra enseñanza; las verdades fundamentales del evangelio se encuentran diseminadas a través de todo el episodio redentor; y cuando captemos la enseñanza del éxodo original, podremos comprender mejor el evangelio, el éxodo logrado por el Señor

Jesús. Enumeraremos a continuación algunas de estas lecciones.

No hay redención en Egipto

Algo que es muy central y evidente en el episodio del éxodo, es que éxodo significa **salida**. El título de este libro para los judíos era simplemente: “Y estos son los nombre,” palabras con las cuales comienza el capítulo 1 y el versículo 1. Cuando muchos siglos más tarde el Pentateuco fue traducido del hebreo al griego, los traductores le cambiaron el título, y le pusieron uno que en realidad resume el tema central del libro: “Éxodo,” que significa salida. Como fue mencionado ya, para los esclavos no había redención posible en Egipto. Era inconcebible que Dios libertara a los esclavos y que los dejara en Egipto, en territorio enemigo, a merced del faraón, donde éste pudiera todavía controlar sus vidas. Tal cosa sería una contradicción. Ninguno de los compromisos que sugirió el faraón fueron aceptados, ni siquiera considerados por un momento. La orden que recibió Moisés fue clara: “Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a faraón, **para que saques de Egipto a mi pueblo**, los hijos de Israel” (3:10). Moisés se encaminó a Egipto con una sola misión; **sacar** a los hijos de Israel.

El éxodo nos enseña una lección básica de lo que debe suceder en el terreno espiritual. Si Egipto representa al mundo, es claro que no es posible experimentar la redención y quedar en el mundo. Aceptar la salvación implica salir del mundo, es decir, romper definitivamente con todo aquello que no está en armonía con los principios del reino de Cristo. Se requiere un éxodo total. La orden todavía es determinante: “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados, y recibáis parte de sus plagas” (Apoc. 18:4). El

apóstol Santiago subraya la total imposibilidad de cualquier tipo de compromiso con el mundo cuando escribe: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? **Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios**” (Sant. 4:4).

El discípulo amado nos amonesta con mucha seriedad cuando escribe: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, **el amor del Padre no está en él**” (1 Juan 2:15). La realidad es que no se puede servir a dos señores, a Dios y al faraón; a Dios y a uno mismo. Escuchemos todavía al apóstol Pablo:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, **siguiendo la corriente del mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire**, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás (Efe. 2:1-3).

La influencia del mundo es muy sutil, muy difícil de distinguir inclusive; hay tantas cosas que parecen ser tan apropiadas, tan razonables, que hay que estar muy alertas para poder distinguirlas. La influencia del pecado, la realidad de la esclavitud, hace perder la sensibilidad, la capacidad para distinguir entre lo bueno y lo malo, entre lo que eleva y lo que degrada. Nuestra época ha sido invadida por el secularismo y los valores morales parecen haber desaparecido. El “mundo” lo permea todo, aún la iglesia, por lo que no es cosa fácil “salir del mundo.” El llamado de Dios, sin embargo, es, en última instancia, individual, y cada persona debe experimentar su propio éxodo.

El éxodo se completa al llegar

Si bien es cierto que éxodo significa *salida*, y que la salida del pueblo de Israel de Egipto es el corazón del episodio, no debemos olvidar que salieron con un propósito, con una meta bien definida: ~~llegar a Canaán~~. En realidad éste era el objetivo final, lo más importante de todo, en un sentido. Y como vimos ya, entre Egipto y Canaán se encontraba el desierto, la ruta que debían recorrer antes de poder llegar. En otras palabras, el éxodo incluía la salida, el viaje y la llegada. Cuando vamos al terreno espiritual, encontramos que la salvación incluye también estos tres aspectos que nosotros conocemos teológicamente como **justificación, santificación y glorificación**.

La doctrina de la justificación está hermosamente tipificada en la noche de pascua. ~~Un cordero fue sacrificado, su sangre fue untada en la puerta de la casa donde se encontraba el primogénito, que estaba destinado a morir, pero que en la sangre encontraría protección.~~ El culpable fue protegido por la sangre, nada más. Así también nosotros. Todos estamos condenados a muerte, "porque la paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23), y nuestra única esperanza se encuentra en la sangre del cordero de Dios que fue derramada por nosotros. Cuando aceptamos su sangre expiatoria, y la aplicamos a nuestra alma, cuando aceptamos a Jesús como nuestro salvador y nuestra única seguridad, quedamos protegidos; pasamos de culpables a inocentes, la sentencia de muerte es cancelada, y el ángel destructor no podrá tocarnos.

Distintas pero inseparables

(Si bien la noche de pascua ilustra la justificación, porque Cristo es "nuestra pascua" (1 Cor. 5:8), la marcha por el desierto ejemplifica la santificación, nuestra marcha por el

desierto de este mundo mientras nos encaminamos a la tierra prometida. Si bien es cierto que estos dos términos representan dos momentos distintos en el plan de la salvación, uno efectivo, declaratorio, inmediato, y el otro progresivo, los dos aspectos son parte integrante de un todo; no se da el uno sin el otro; no hay justificación sin santificación; más aún, la santificación es el fruto de la justificación (Rom. 6:22). La justificación es la obra de un momento, así como lo fue la liberación, mientras que la santificación es la obra de toda la vida, es decir, no se acaba mientras dure la vida.

Estos dos aspectos deben ser mantenidos en tensión, en balance el uno con el otro. Enfatizar uno a expensas del otro va a distorsionar la verdad bíblica de la salvación. Hay personas a quienes, por ejemplo, les gusta enfatizar el aspecto de la justificación, a tal punto que tienen muy poco que decir en cuanto al discipulado, a la responsabilidad que asume quien acepta a Cristo. Van, muchas veces, al extremo de postular que cuando una persona ha sido justificada, ya no puede perderse, o sea, "una vez salvo salvo para siempre." Un énfasis en la gracia sin discipulado, sin responsabilidad, es "gracia barata," dijo un teólogo muy conocido hace un tiempo, lo cual no es gracia. La realidad de la salvación, ilustrada en el éxodo, no admite una cosa tal.

Por otro lado, hay quienes enfatizan fuera de proporción el deber del hombre, su responsabilidad, y le dan muy poca importancia al hecho de que es la gracia de Dios que ha cambiado nuestra situación, y que nos ha hecho aceptables delante de Dios. Para ellos el énfasis está en lo que debe hacer el hombre, como si todo dependiera de ello. A este enfoque de la salvación lo conocemos teológicamente como legalismo, como "obras de la ley," según la descripción del apóstol Pablo. Como muchos otros aspectos del plan de salvación, la justificación y la santificación deben ir juntas,

son inseparables, aunque una, la justificación, tiene prioridad lógica.

El cordero murió antes de iniciar el viaje, o mejor dicho, la muerte del cordero marcó la salida, el inicio de la marcha. En la cruz, Cristo pagó nuestra deuda, nos redimió por su sangre, y la persona que contempla la cruz y reconoce que "Cristo murió por nuestros pecados," pregunta, juntamente con el apóstol Pablo: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hech. 9:6). La santificación, una vida de total entrega a Dios y de confianza siempre creciente en su gracia y en su providencia, es el fruto de la justificación. La liberación de la esclavitud, del pecado, trae como fruto la santificación (Rom. 6:22).

Tres momentos

! La liberación del pueblo de Israel contemplaba tres momentos cruciales: la salida, la travesía y la llegada. Los propósitos de Dios no se limitaban a sacar al pueblo de Egipto, sino también a supervisar su marcha por el desierto, hasta que tomaran posesión de la tierra prometida. Recién al llegar a Canaán estarían definitivamente seguros, redimidos en el sentido completo de la palabra. Como ya hemos notado, muchos no llegaron, a pesar de que habían salido de Egipto. Esos tres momentos en la liberación de los israelitas señalan a los tres momentos, las tres dimensiones de nuestra redención: la justificación, la santificación y la glorificación, vale decir, el inicio, la marcha y la llegada. La salvación tiene un aspecto que tiene que ver con el pasado, otro con el presente y un tercero con el futuro.

El apóstol Pablo señala muy claramente estos tres aspectos del plan redentor, en la epístola a los Romanos. Después de haber hecho una presentación gloriosa del plan de salvación en los capítulos 3 y 4, resume lo dicho al comienzo del capítulo 5, de la siguiente manera: "Justificados, pues, por

la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Rom. 5:1). La paz de que habla aquí es una paz objetiva, una nueva relación entre Dios y el hombre, porque las hostilidades han cesado. Una manera más apropiada de traducir el texto sería "justificados, pues, por la fe, estamos en paz con Dios...", no hay más enemistad, en Cristo se firmó la paz entre el cielo y la tierra.

Después de hacer esta afirmación de enorme contenido teológico, el apóstol señala, en el versículo siguiente, los tres tiempos de la salvación a los cuales nos hemos referido. Dice: "por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Rom. 5:2). Notemos los tres tiempos: **pasado**: "en quien tenemos acceso." El tiempo del verbo es perfecto, lo cual señala a algo que ha ocurrido en el pasado, vale decir, por quien **hemos tenido acceso**, entrada, a la gracia. En virtud de la muerte de Cristo, estamos en paz, no hay más barreras, ni limitaciones.

Presente: "estamos firmes," habla del presente, de la seguridad que el cristiano tiene en el presente mientras confía en Cristo, mientras avanza en su marcha hacia la tierra prometida. **Futuro**: "nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios." En Cristo hemos tenido acceso. entrada: no hay más separación, podemos llegarnos "confiadamente al trono de la gracia" (Heb. 4:16); además en él estamos firmes, seguros, en él "tenemos seguridad" (Efe. 3:12); y él es nuestra "bienaventurada esperanza" (Tito 2:13); nos espera un futuro glorioso, porque "sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2).

En realidad, el cristiano ha sido salvado, está siendo salvado, y será salvado. Al aceptar el sacrificio de Cristo a su favor, ha sido rescatado, ya que el rescate fue logrado "con la

/sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Ped. 1:19). Por otro lado está siendo salvo, mientras mantenga su relación con el Señor que lo salvó, mientras persevere, porque "el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mateo 10:22). Y finalmente será salvo, definitivamente, en el momento de la glorificación, cuando lo mortal será para siempre vestido de inmortalidad (1 Cor. 15:54). 1

El propósito de las pruebas

Otro aspecto de la experiencia del pueblo de Israel que es digno de notarse, por lo que nos enseña a nosotros, es que a pesar de haber sido redimidos por Dios, y pertenecer al pueblo de Dios, los ex esclavos no estuvieron exentos de pruebas y dificultades. Ningún tramo del camino fue fácil; hubo contratiempos y demoras. Dios tenía un propósito definido al permitirles que afrontaran las dificultades, quería sencillamente ~~que aprendieran a confiar y a depender de él.~~ En cada dificultad debían ver un motivo para renovar su confianza y su dependencia de Dios.

En la vida cristiana ocurre exactamente lo mismo. Hay quienes piensan equivocadamente que cuando una persona acepta a Cristo, todo se vuelve color de rosa. Pero no siempre sucede así. Hay con frecuencia luchas, necesidades, enfermedades y dolores que afrontar. Es muy posible que a través de todo ello Dios tenga un propósito, no siempre fácil de discernir; tal vez nos está puliendo para la tierra nueva. Alguien dijo una vez que "las pruebas de fuego hacen cristianos de oro." Lo más importante no es la prueba, la dificultad que nos toca afrontar, sino nuestra actitud frente al inconveniente. ¿Qué hacemos? ¿Nos quejamos y murmuramos como los israelitas de antaño, o hemos

aprendido a mirar hacia arriba, a seguir confiando, al punto que podemos decir con el patriarca: “aunque él me matare, en él esperaré?” (Job 13:15).

Hay dimensiones, por supuesto, del dolor, del sufrimiento, que están más allá del alcance de nuestra comprensión; hay cosas que suceden a las cuales nunca podremos dar una explicación satisfactoria. ¿Por qué sufren los inocentes? ¿Por qué con tanta frecuencia sueños largamente acariciados se truncan de la noche a la mañana, en forma cruel, sin razón aparente? Y aunque acabamos de decir que hay cosas que no tienen explicación humana, sí podemos recordar lo que dijo Jesús. Cuando los discípulos le preguntaron cierto día el porqué de la presencia de cizaña en el campo, entre el trigo, el Señor les respondió; “Un enemigo ha hecho esto” (Mateo 13:28).

No todo lo que sucede es necesariamente la voluntad de Dios. El viaje por el desierto lleva con frecuencia a través de terreno enemigo, y para ciertas cosas que suceden, la única explicación se encuentra en las palabras de Jesús: “Un enemigo ha hecho esto.” Aunque las espinas cumplen a veces un propósito en el mundo natural, Dios no es el autor de ellas; son el resultado del pecado (Gén. 3:18). Se nos dice que Dios “nunca hizo una espina, un cardo, o una cizaña. Estos son la obra de Satanás, el resultado de la degeneración, que él introdujo entre las cosas preciosas” (6 T, p. 186). Un enemigo ha hecho esto.

Todas las cosas ayudan a bien

El apóstol Pablo viene otra vez a nuestro auxilio en este terreno, cuando escribe, “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, los que conforme a su propósito son llamados” (Rom. 8:28). Este

texto, tan hermoso y tan conocido, citado con frecuencia en momentos de apuro o de desgracia, es, con frecuencia, mal entendido. Cuando tratamos de entenderlo en su contexto, notamos algunas cosas de interés. Unos momentos antes, en el versículo 26, el apóstol había dicho que hay cosas que “no sabemos,” y en el versículo que nos ocupa dice hay otras cosas que sí “sabemos.” El versículo 26 habla de los detalles de nuestra vida, de las cosas que suceden; nosotros no las podemos entender, nos preocupamos por ellas; a veces no sabemos siquiera como pedir; debemos avanzar por fe, aun sin entender todo.

El versículo 28 habla del plan de Dios, de los propósitos divinos, y eso nosotros sí sabemos, sabemos que él tiene un plan y que su plan no va a fracasar, sus propósitos se van a lograr, no sólo para el universo, sino en la vida individual de cada uno de sus hijos. Pero el texto, el versículo 28, tiene otras condiciones, otras limitantes. Y una de ellas es que la promesa es sólo para cristianos; no es para todos. Es para los “que aman a Dios.” El texto dice además que a los que a Dios aman todas las cosas “ayudan a bien.” ¿Qué es este **bien**, al que se refiere el texto? ¿Acaso riquezas? ¿Salud? ¿Éxito? ¿Felicidad? ¿Cuál es el bien que Dios tiene en mente para sus hijos?

Hay quienes han identificado “el bien” con cualquier tipo de prosperidad temporal. Que si alguien perdió su trabajo, conseguirá otro aún mejor remunerado; que si llovió y no pudo sembrar su campo, de alguna manera recibirá más que si lo hubiera sembrado; que si no llovió, también va a resultar en bendición material. Y muchas veces, así sucede, pero no siempre. Hay personas que pierden su trabajo y no encuentran otro; hay personas que salen para hacer un bien, y son víctimas de un accidente. ¿Qué es el bien, del cual habla el apóstol? La respuesta a esta pregunta está claramente dada en el versículo siguiente, el versículo 29: “para que fuesen **hechos conforme**

a la imagen de su Hijo.” Todas las cosas ayudan a bien en el propósito final de Dios, en su intención de redimirnos, de prepararnos para entrar a Canaán, de hacernos semejantes a él. No hay bien mayor que el de ser hecho conforme a la imagen del Creador, el ser transformado conforme al plan original de Dios. Éxodo implica no sólo liberación, *salida*, sino transformación, renovación conforme a la imagen del creador. El gran propósito de la vida, “el bien” de que habla el apóstol Pablo, está bien resumido en las siguientes palabras:

La obra de la redención debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, hacerlo volver a la perfección con que había sido creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, a fin de que se llevase a cabo el propósito divino de su creación. Este es el objeto de la educación, el gran objeto de la vida (Ed. p. 13).

Otro detalle importante es que el texto dice “y sabemos.” No dice “sentimos,” “experimentamos,” porque con frecuencia lo que sentimos es exactamente lo opuesto; parece como que Dios no nos oye, no entendemos, pareciera como que Dios no tiene los mejores propósitos para nosotros. Pero **sabemos**. ¿Y cómo sabemos? Porque Dios lo ha dicho y hemos aprendido a confiar, a creer, aun sin ver y sin entender. Sabemos que Dios es amor, que es todopoderoso, y que sus planes nunca van a ser frustrados por mucho tiempo. Es como si ya hubiéramos leído el último capítulo de un libro de aventuras, “sabemos” como va a terminar, aunque no entendamos todos los detalles del proceso.

Cuando miramos el texto de esta manera, contiene algo que no tiene limitaciones, es la expresión “todas las cosas,” no importa la naturaleza de lo que nos acontezca, sea bueno o sea malo, sabemos que, si amamos a Dios, él se encargará de las consecuencias, todo terminará bien. La historia de José, quien en forma trágica llegó a Egipto cuatro siglos antes del éxodo,

ilustra sumamente bien el punto que estamos haciendo, que todas las cosas, sean buenas o sean malas, si amamos a Dios, serán encaminadas para bien.

José, el penúltimo hijo de una familia de doce hermanos, creció disfrutando del amor de su padre, y siendo, hasta cierto punto, consentido por él. Sus hermanos no simpatizaban con él y con sus sueños. Cierta día el padre lo envió en busca de sus hermanos que se habían demorado con las ovejas. Al verlo venir, éstos lo trataron con suma crueldad. Lo echaron en una cisterna y luego lo vendieron como esclavo a ciertos ismaelitas que viajaban a Egipto, y le hicieron creer al padre que José había muerto. Es fácil imaginar cuantas oraciones habrá elevado José mientras era llevado como una mercadería hacia un país extraño. Difícilmente habrá podido ver la mano de Dios en lo que le estaba aconteciendo.

En Egipto, por ser leal a sus principios, fue acusado infamemente por la esposa de su amo, lo que lo llevó a la cárcel por dos largos años. Cuantas oraciones habrá elevado José desde la cárcel sin poder discernir los propósitos de Dios. Finalmente, el panorama comenzó a aclararse. De la cárcel salió para ser el primer ministro del país al cual había llegado como esclavo unos escasos años antes, y se convirtió en el instrumento para salvar a Egipto y a su propia familia durante un período de siete años de sequía y escasez.

Cuando finalmente Jacob murió, los hermanos de José pensaron que éste ahora se vengaría por todo lo que le habían hecho, y se apresuraron a presentarse delante de él para pedirle perdón, y tal vez poder evitar las consecuencias de su conducta pecaminosa de años atrás. Nos dice el relato:

Vinieron también sus hermanos y se postraron delante de él y dijeron: Henos aquí por siervos tuyos. Y respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas

Dios lo encaminó para bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló, y les habló al corazón (Gén. 5:18-21).

La actitud de sus hermanos evidentemente no había sido inspirada por Dios, sino por el enemigo que siembra cizaña; sin embargo Dios, en su infinita sabiduría, porque José amaba a Dios y había decidido serle fiel, pudo encaminar todas las cosas para bien.

En su gran amor, Dios procura desarrollar en nosotros las gracias preciosas de su Espíritu. Permite que hallemos obstáculos, persecución y opresiones, pero no como una maldición, sino como la bendición más grande de nuestra vida. Cada tentación resistida, cada aflicción sobrellevada valientemente, nos da nueva experiencia y nos hace progresar en la tarea de edificar nuestro carácter (DMJC, p. 99).



13

Pan del cielo - I

~

No hay duda de que la conducción de una multitud tan enorme por el desierto, millares de hombres, mujeres y niños, y el tener que proveer para todas sus necesidades, fue un milagro tan grande como el separar las aguas del Mar Rojo. Entre la hueste redimida se encontraban hombres y mujeres, ancianos, niños de brazo, sin duda mujeres próximas a dar a luz, y además, les acompañaba “muchísimo ganado” (12:38). Todo esto hace pensar en alimento, agua y una organización minuciosa, ya que tenían que acampar y levantar el campamento constantemente.

El entusiasmo desbordante manifestado junto a la margen del Mar Rojo, la alegría de ser libres, comenzó pronto a desvanecerse. El desierto no era todo color de rosa. Dios podría muy bien haberlos trasladado a Canaán tan pronto como salieron de Egipto; hubiera podido evitar el desierto con todos sus inconvenientes. De haberlo hecho así, sin embargo, nunca se hubiera manifestado lo que había en los corazones de los ex esclavos, la tendencia constante a desconfiar de Dios, a murmurar, y no hubieran podido percatarse de la necesidad de cambio, de crecimiento, que Dios quería lograr en ellos por

el poder de su gracia. El propósito de Dios no era sólo poner en libertad a los esclavos, sino transformarlos. El poder transformador de la gracia de Dios se manifiesta mejor en contraste con la necesidad del hombre, con su degradación y rebeldía; pero éste debe reconocer su necesidad.

“¿Qué es esto?”

El pueblo, nos dice la Escritura, comenzó a murmurar, a quejarse; muchos pensaron que había sido un error el haber salido de Egipto. Preferían la seguridad de la esclavitud que el tener que afrontar lo desconocido. No era fácil avanzar por fe, confiando en la gracia de Dios. La respuesta de Dios a sus murmuraciones fue una respuesta nacida de su misericordia. Le dijo a Moisés: **“He aquí yo os haré llover pan del cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no. Mas en el sexto día prepararán para guardar el doble de lo que suelen recoger cada día”** (16:4,5).

El día después del anuncio, “cuando el rocío cesó de descender, he aquí sobre la faz del desierto una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: **¿Qué es esto?** porque no sabían lo que era. Entonces Moisés les dijo: **Este es el pan que Jehová os da para comer”** (16:14,15). Había muchos detalles muy significativos en cuanto al maná, el pan celestial que comerían los israelitas durante todo el trayecto hasta que entraran en Canaán.

El pan que Dios les estaba dando era, en primer lugar, un milagro de Dios; en realidad, más que un milagro; era un milagro que se repetía todos los días. ¡Fueron más de 12,000 milagros! Era un recordatorio constante de la presencia y del cuidado de Dios. El maná descendía del cielo, no era un

producto de la tierra; no era fabricado por el hombre. Era un don de Dios. Y era suficiente y adecuado para alimentar a todo el pueblo. Alguien calculó que para alimentar a toda la multitud debían descender cada día aproximadamente 4,500 toneladas de maná, el equivalente de diez trenes, con treinta vagones cada uno, conteniendo quince toneladas cada vagón. Y eso se repitió seis días por semana, sin interrupción, por un período de cuarenta años: “Así comieron los hijos de Israel maná cuarenta años, hasta que llegaron a la tierra habitada; maná comieron hasta que llegaron a los límites de la tierra de Canaán” (16:35). El maná cesó de descender al día siguiente que entraron en Canaán (Josué 5:12), cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra.

En segundo lugar, los israelitas debían recoger el maná todos los días, en la mañana. Cada día, al levantarse, antes de que otras cosas ocuparan sus mentes, ellos debían salir a encontrarse con la provisión divina. Y debían recoger para ese día únicamente, con la excepción del viernes, en el que debían recoger una doble porción, porque no caería maná en el séptimo día. Dios quería enseñarles a depender constantemente, diariamente, de su providencia. Cada día tendrían un motivo especial para dar gracias a Dios por su cuidado, por su interés en ellos. No era asunto de almacenar el pan y guardarlo por cierto tiempo, hasta que se acabara, y luego reanudar la búsqueda, cada vez que creyeran que les hacía falta; les hacía falta todos los días.

En tercer lugar, el maná se encontraría “sobre la faz del desierto,” sobre la tierra, no en los árboles. No era asunto de mirar hacia arriba, o de subirse a los árboles para recogerlo. Al contrario, el hecho de que estaría sobre el campo sugiere que para recogerlo tenían que inclinarse, o tal vez mejor, debían recogerlo de rodillas. Lo recogerían con una actitud de adoración, de reverencia, reconociendo que era un don de

Dios, que no se debía en ninguna manera a ellos mismos.

En cuarto lugar, a pesar de que el maná era totalmente un don de Dios, que llegaba milagrosamente cada día, ellos tenían que recogerlo; debía haber esfuerzo, actividad de su parte. El maná podía muy bien haber caído dentro de las tiendas. Pero no, estaba en el campo, y ellos tenían que salir y recogerlo. Además, como era pequeño, les tomaba un tiempo considerable recoger lo suficiente para llenar *un gomer*, lo que representaría aproximadamente el equivalente de dos litros. Si podemos imaginarnos dos botellas o recipientes de un litro cada uno, llenarlas con el maná que era pequeño, como una semilla, podía haber tomado bastante tiempo. Debían estar ocupados una buena porción de la mañana recogiendo lo que Dios milagrosamente les había provisto.

En quinto lugar, los israelitas no pudieron reconocer, por ellos mismos, que eso que veían con sus propio ojos era el pan enviado por Dios. Al verlo se preguntaron: “¿qué es eso?” porque no sabían lo que era. En realidad maná significa, precisamente, **¿qué es esto?** Para nosotros hoy maná significa pan del cielo, lo que los israelitas comieron en el desierto. Ellos salían a recoger cada mañana, según su idioma, ¿qué es eso? Supieron finalmente de qué se trataba porque Moisés, el siervo de Dios, les explicó: “Es el pan que Jehová os da para comer” (16:15).

En sexto lugar, y lo que es triste, no todos apreciaron lo que Dios les había dado. Nos informa el relato bíblico que especialmente la gente extranjera, aquellos que se habían unido por una razón u otra al pueblo, la multitud mixta, despreciaron la provisión divina. Añoraban lo que se habían acostumbrado a comer en Egipto, y con incomprensible ingratitud protestaron: “nada sino este maná ven nuestros ojos” (Núm. 11:6).

La palabra escrita

El maná, cuando lo miramos desde la perspectiva del Nuevo Testamento, tipifica la Palabra de Dios. Así como el cuerpo se alimenta con el pan, el alma se alimenta "...de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4:4). La Palabra de Dios nos fue dada para nutrirnos, para alimentarnos durante el viaje.

¿Qué es la Palabra de Dios? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cómo nos ha llegado a nosotros? George E. Ladd, un teólogo contemporáneo, muy juicioso y respetuoso de las Escrituras, nos dio definición breve, clara y abarcante con respecto a la naturaleza de la Biblia. Él escribió: "**La Biblia es la Palabra de Dios, dada en palabras de hombres, en la historia**" (*The New Testament and Criticism*, p. 12). Notemos lo que esto implica.

Es la palabra de Dios. Al igual que el maná, la Palabra de Dios es de procedencia sobrenatural; viene de lo alto. Pero el maná, a pesar de que venía de arriba, no era sin embargo algo misterioso, inmaterial. Era un alimento real, sólo que adaptado a las necesidades del hombre. Podía ser tocado, preparado, luego comido y digerido por el hombre como cualquier otro alimento; pero eso no cambiaba su origen. Dios decidió dárselos en esa forma. Lo mismo es verdad con la Palabra de Dios. La Biblia no es un libro de magia, esotérico, incomprensible; fue dado en el lenguaje de los hombres y adaptado a sus necesidades. Está compuesta de palabras, signos de puntuación; contiene verbos, adjetivos y sustantivos, igual que cualquier otro tipo de escritura. Se puede analizar su sintaxis, su forma, su estilo y puede ser comparada con otros escritos. Sin embargo, es de origen divino. Dios es su autor. En un sentido fundamental es diferente a todo otro libro que jamás se haya escrito. Es la Palabra de Dios.

Tanto el Señor Jesús como los escritores del Nuevo Testamento jamás mostraron el menor titubeo en aceptar el Antiguo Testamento, la Escritura que ellos tenían disponibles, como la Palabra auténtica de Dios, que contenía la verdad en todo lo que afirmaba. Hablando con algunos saduceos que cuestionaban ciertas enseñanzas de la Biblia, el Señor Jesús les dijo claramente dónde residía su problema: “Erráis ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mateo 22:29). En otra ocasión, cuando se acercaron algunos fariseos, quienes, a pesar de ser muy meticulosos en la obediencia, habían desvirtuado la Palabra de Dios por la atención que le daban a sus propias tradiciones, el Maestro los censuró diciendo: “Bien invalidáis el **mandamiento de Dios** para guardar vuestra tradición” (Marcos 7:9). La Escritura estaba constantemente en los labios de Jesús, quien jamás dio la más leve impresión de que dudase de alguna de sus afirmaciones.

Lo mismo ocurrió con los escritores del Nuevo Testamento; la expresión “la Palabra de Dios” se encuentra con frecuencia en sus escritos. Y era la Palabra de Dios sencillamente por su origen divino, porque no era el resultado del esfuerzo o del ingenio humano. A ellos les había llegado por inspiración divina. Son muy conocidas las palabras del apóstol Pablo al respecto; escribiéndole a Timoteo afirmó: “**Toda la Escritura es inspirada por Dios...**” (2 Tim. 3:16). El apóstol le llama “**...las santas Escrituras...**” (Rom. 1:2) a lo que los profetas escribieron en el Antiguo Testamento.

Es fácil entender porqué el enemigo se ha esforzado siempre por tratar de desvirtuar, de debilitar la confianza en la Biblia como la Palabra inspirada de Dios. En los dos últimos siglos, con el énfasis antropocéntrico que trajo el iluminismo, el interés por lo sobrenatural fue eclipsado por el ensalzamiento de la razón, de las capacidades del hombre. Como resultado de esto se ha hecho popular exaltar el aspecto

humano de la Biblia, ignorando su procedencia divina. Y hoy hasta pareciera que es señal de inteligencia, de erudición poner en tela de juicio sus afirmaciones. Sin embargo, la Biblia es la Palabra de Dios.

En la Biblia Dios revela su voluntad, y lo hace por medio de **hechos** y de **palabras**. Dios actúa y explica. El origen del mundo se debe a la acción creativa de Dios; él creó los mundos por su Palabra. Y lo sabemos porque él lo ha revelado. Los israelitas cruzaron el Mar Rojo; este es un hecho histórico. Sin duda no fueron los primeros en cruzarlo; mucha otra gente lo había hecho antes. Pero la experiencia de ellos fue diferente, no fue algo común. ¿Y cómo lo sabemos? Sencillamente porque la Palabra de Dios lo explica, y por eso sabemos que fue un evento más que natural, de principio a fin. Si quisiéramos dar un ejemplo del Nuevo Testamento podríamos referirnos a la cruz misma. El Señor Jesús murió clavado en una cruz. Este es un hecho histórico, real. Pero hubo centenares de otras personas que murieron crucificadas. ¿Y cómo sabemos que la muerte del Señor Jesús fue diferente? Otra vez, porque la Palabra lo explica. A través del apóstol Pablo, el Señor nos dice “que **Cristo murió por nuestros pecados**, conforme a las Escrituras” (1 Cor. 15:3). Por la explicación de la Palabra sabemos que la muerte de Jesús fue un sacrificio, mientras que la muerte de los demás que morían crucificados era sólo un martirio.

Dada en palabras de hombres. La Palabra de Dios nos llega a nosotros en ropaje humano. El lenguaje de la Biblia no es el lenguaje de Dios, no es su idioma. Hubo quienes han insistido, a través de la historia de la iglesia cristiana, que la inspiración funcionó en una manera tan absoluta, que el resultado fue prácticamente un dictado; que los escritores bíblicos no eran más que la pluma, o agentes pasivos en manos del Espíritu Santo. Creían que esa era la única manera en que

se podía salvaguardar la integridad de la Escritura. Cualquier persona que estudia la Biblia con cierto detenimiento se da cuenta de que tal “teoría” de inspiración no corresponde con los hechos.

Sin duda el argumento más claro en contra de una idea de dictado es la falta de uniformidad en el estilo de los distintos escritos. Si el Espíritu Santo hubiera dictado cada palabra encontraríamos un estilo uniforme a través de toda la Escritura. Pero no es así. Cada libro revela un estilo diferente, que corresponde a la peculiaridad de su autor. Es evidente que los autores bíblicos recibieron el mensaje de parte de Dios, sus mentes fueron impresionadas con la verdad que Dios quería transmitir, y ellos transmitieron, con su propia modalidad, lo que habían recibido. Es por eso que Juan, un ex pescador, escribe en forma muy sencilla, mientras que Pablo, un hombre de alta erudición, escribió en un estilo más complicado. Ese fenómeno de la inspiración está claramente expresado en las siguientes palabras:

La Biblia nos muestra a Dios como autor de ella; y sin embargo fue escrita por manos humanas, y **la diversidad de estilo de sus diferentes libros muestra la individualidad de cada uno de sus escritores**. Las verdades reveladas son todas reveladas por Dios (2 Tim. 3:16); y con todo están expresadas en palabras humanas (CS, p.7).

No son las palabras de la Biblia las inspiradas, sino los hombres son los que fueron inspirados. La inspiración no obra en las palabras del hombre ni en sus expresiones, sino en el hombre mismo, que está imbuido con pensamientos bajo la influencia del Espíritu Santo. Pero las palabras reciben la impresión de la mente individual. La mente divina es difundida. La mente y la voluntad divinas se combinan con la mente y la voluntad humanas. **De ese modo, las declaraciones del hombre son la palabra de Dios** (1 MS, p. 24).

El tesoro fue confiado a vasos de barro, pero no por eso deja de ser del cielo. Aunque llevado a todo viento en el vehículo imperfecto del idioma humano, no por esos deja de ser el testimonio de Dios; y el hijo de Dios, obediente y creyente, contempla en ello la gloria de un poder divino, lleno de gracia y de verdad (1 MS, p.29).

En la historia. No debemos olvidar que la Biblia fue escrita en un contexto histórico que no puede ser ignorado. La Biblia es, en realidad, un libro de historia: relata la historia de la creación, la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia; contiene la historia de Jesús, y el comienzo de la iglesia cristiana. Cada libro de la Biblia fue escrito por alguien, aunque no sepamos su nombre; fue escrito en un tiempo específico, en un lugar específico, y generalmente dirigido a un grupo específico de personas, a una iglesia determinada. Todo esto quiere decir que ningún libro de la Biblia fue escrito exclusivamente para nuestros días. Si bien es cierto que hay principios y verdades en la Biblia que trascienden barreras geográficas o de tiempo, debemos recordar que los libros fueron escritos para situaciones históricas reales, y es necesario tenerlas en cuenta al tratar de interpretar sus enseñanzas. Como bien dijera alguien: “La Biblia no cayó del cielo, sino que se originó y creció en la iglesia de Dios. Los libros de la Biblia fueron escritos de acuerdo a las demandas y a las exigencias de los tiempos. No hay nada mecánico o inhumano en cuanto a la Biblia” (Citado en Ladd, *The New Testament and Criticism*, p. 16).

No es posible entender lo que la Biblia **dice** si no hemos entendido primero lo que la Biblia **dijo**. El peligro de tomar un texto aislado de su contexto, ya sea gramatical o histórico, siempre ha estado presente. El apóstol Pablo escribió la carta a los gálatas para hacer frente a problemas definidos que afrontaban ciertas iglesias específicas en un momento determinado y en un cierto lugar geográfico. Es por eso que

si queremos estudiar la Biblia responsablemente tenemos que tomar en cuenta todos estos detalles. Recién cuando el mensaje original ha sido entendido, estaremos en condiciones de aplicar sus principios a nuestros días y a nuestra situación.

Lecciones prácticas

Hay varias otras lecciones importantes que la experiencia del pueblo de Israel en relación con el maná nos sugiere. Una de ellas es que el maná debía ser recogido todos los días, no era asunto de almacenarlo. Igualmente la Palabra de Dios debiera ser estudiada cada día. Nadie pensaría en alimentar su cuerpo de vez en cuando, comer bien hoy para que dure una semana. Pero con cuanta frecuencia hacemos eso con la alimentación de nuestra alma. El maná no sólo sugiere que la Palabra de Dios debe ser estudiada todos los días, sino que debiera ser la primera tarea al comenzar el día. Dice el relato que los israelitas “lo recogían cada mañana” (16:21). La realidad nos indica tan claramente que si no dedicamos tiempo en la mañana, antes de comenzar las actividades del día, para estudiar la Palabra de Dios, habrá una y mil cosas que se interpondrán en el transcurso del día, y el estudio será mínimo, o totalmente descuidado.

La costumbre del salmista era atender los asuntos de su alma al comenzar el día. Él escribió: “Oh Jehová, **de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré**” (Sal. 5:3). El Nuevo Testamento nos dice algo similar de la costumbre del Señor Jesús: “**Levantándose muy de mañana**, siendo muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). Notemos el valioso consejo que se nos da a nosotros:

Conságrate a Dios todas las mañanas; haz de esto tu primer trabajo... Este es un asunto diario. Cada mañana, conságrate a

Dios por ese día. Somete todos tus planes a Él, para ponerlos en práctica o abandonarlos, según lo indicare su providencia. Podrás así poner cada día tu vida en las manos de Dios, y ella será cada vez más semejante a la de Cristo (CC, p. 70).

Así como los israelitas tenían que inclinarse o arrodillarse para recoger su alimento, nosotros también debíamos acercarnos a la Palabra de Dios con una actitud humilde, con reverencia y gratitud. Entender la Palabra de Dios no depende tanto del intelecto como del corazón; no tanto de nuestras capacidades naturales de discernimiento como de la iluminación del Espíritu Santo. Así como el Espíritu Santo iluminó la mente de los escritores bíblicos para que expresaran las verdades divinas, también debe iluminar nuestra mente para que podamos comprenderlas, porque “el hombre natural no percibe las cosas que son de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Cor. 2:14). Cuando los israelitas vieron el pan que Dios les enviaba, todo lo que pudieron hacer fue exclamar: “¿qué es esto?” Y recién cuando el siervo de Dios les explicó, pudieron captar. Nunca debíamos abrir la Palabra de Dios sin pedir el auxilio del Espíritu Santo, el maestro celestial, para poder comprenderla.

Es claro, además, que cuando pensamos en el maná, nos damos cuenta que el alimentarnos espiritualmente también requiere esfuerzo de nuestra parte. Los israelitas tenían que salir al campo y dedicar un buen tiempo a recoger aquello pequeño y menudo, hasta que tenían lo suficiente para todo el día. El comprender la Palabra de Dios no vendrá tampoco sin esfuerzo y dedicación de nuestra parte. Tendremos que disciplinarnos, tal vez, a levantarnos lo suficiente temprano para poder recoger nuestra porción, porque toma tiempo hacerlo. Tendremos que tomar el tiempo para leer, para usar léxicos, comentarios, libros de gramática, diccionarios, para

volver a leer tal vez muchas veces el mismo pasaje. Una lectura pasajera, como para cumplir con un deber, como parte de una rutina, será de muy poco valor espiritual.

Cuando Dios envió el pan del cielo a su pueblo, hubo muchos que lo despreciaron. Preferían algo diferente; su naturaleza les pedía otro tipo de alimento. Una de las tragedias de nuestros días no es tanto que la Biblia ha sido atacada por los incrédulos y ridiculizado su contenido como algo pasado de moda, no digno de tomarse con seriedad, sino la negligencia, el descuido por parte de los que pretenden creer en ella como la Palabra de Dios. Hay tantas cosas que llaman la atención, que reclaman nuestro tiempo, que no siempre es fácil poder recoger cada día la porción que nuestra alma necesita. Pero las palabras de Jesús, “no sólo de pan vivirá el hombre, **sino de toda palabra que sale de la boca de Dios**” (Mateo 4:4), siguen señalando nuestra necesidad con la misma fuerza con que lo hicieron cuando fueron pronunciadas hace ya casi dos milenios. Con la Biblia sucede lo mismo que sucede con una medicina. Podemos conocer los ingredientes que componen la medicina, creer en su eficacia, ir a la farmacia y comprarla, pero al menos que la tomemos siguiendo las prescripciones del médico, no tendrá ningún valor. La experiencia del pueblo de Israel y las palabras de Jesús nos dicen claramente qué es lo que el Gran médico ha recetado para toda alma necesitada; es una porción de su Palabra todos los días, preferiblemente en ayunas. Los efectos transformadores se notarán bien pronto.

Hace muchos años llegó el evangelio a una aldea en una de las islas del Pacífico. Los nativos se entusiasmaron con ese libro maravilloso; muchos aprendieron a leer motivados por el deseo de poder beneficiarse con su contenido. Pronto comenzaron a observarse cambios muy notables en toda la aldea, tanto en la limpieza y el orden que se observaba en las

cosas externas, como en la conducta misma de sus habitantes. Disminuyeron las contiendas, desaparecieron los vicios, era común ver como se ayudaban los unos a los otros. Parecía como que todo estaba afectado por una nueva motivación.

Una tarde, mientras uno de los ancianos de la aldea se encontraba debajo de un árbol, sentado en una raíz, leyendo la Biblia, acertó pasar por ahí un turista que estaba visitando y sacando fotos de aquel lugar primitivo. A pesar de que venía de un país muy civilizado del oeste, era uno de esos “sabios” que no encontraba nada de valor en la Biblia; para él era un libro igual que otros libros, con errores y contradicciones como los demás. Se acercó al anciano, y con cierto desdén le preguntó qué estaba leyendo. “La Palabra de Dios, señor,” le contestó amablemente el nativo. “¿Y cómo sabe usted que es la Palabra de Dios?” “Pues aquí mismo lo he leído; en el libro dice que es la Palabra de Dios.” “¿No sabía usted que hay errores y contradicciones en ese libro que usted dice que es la Palabra de Dios?” “No, no sabía,” respondió sin turbarse el anciano, “yo nunca encontré nada de eso; al contrario, sólo he encontrado cosas maravillosas que han transformado mi vida.”

El turista le hizo algunas preguntas más específicas tratando de demostrarle que había errores y discrepancias en el texto. Finalmente el anciano le dijo: “mire, señor, si hay errores en la Biblia yo no sé, algunas de sus preguntas me son difíciles, y yo no le puedo responder, pero quiero decirle que usted debiera dar gracias a Dios por este libro; usted le debe su vida a él.” “¿Yo dar gracias a Dios por la Biblia? ¿Por qué dice eso?” A lo que el anciano responde: “Sabe, señor, antes de que la Biblia llegara a nuestra aldea nuestra vida era muy diferente; éramos caníbales; difícilmente pasaba una persona blanca por aquí que no terminaba en nuestra mesa. De no habernos llegado la Biblia hace algún tiempo, en estos

momentos muy posiblemente lo estaríamos preparando a usted para el almuerzo. Si hay errores no sé, pero a usted le salvó la vida.”

Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová de los ejércitos (Jer. 15:16).



I4

Pan del cielo - 2

En el capítulo anterior nos referimos a la Palabra **escrita** de Dios tipificada en el maná que Dios envió diariamente a su pueblo durante la travesía por el desierto. Pero el maná es además un tipo de Cristo, la Palabra **encarnada** de Dios. El mismo Señor Jesús estableció esa relación. Cuando cierto día uno de sus interlocutores hizo referencia a la experiencia de sus antepasados en el desierto, diciendo: "Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer" (Juan 6:31), Jesús aprovechó la oportunidad para llamarles la atención a una dimensión para muchos desconocida de lo que aquello significaba; les dijo:

De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da **el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.** Le dijeron: Señor, danos siempre de este pan. Jesús les dijo: **Yo soy el pan de vida;** el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá sed jamás (Juan 6:32-35).

El Hijo revela al Padre

En la Palabra escrita, por intermedio del lenguaje

imperfecto de los hombres, Dios ha revelado su voluntad para sus hijos, pero en Cristo Jesús nos ha dado la suprema revelación de sí mismo. Nos dice el relato bíblico: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, **en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo**, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Heb. 1:1,2). La encarnación proveyó una nueva modalidad de revelación, la más completa, la más perfecta. “Antes [Dios] se había comunicado con la humanidad **por medio de** Cristo; ahora se comunicaba con la humanidad **en** Cristo” (DTG, p. 91 [énfasis en el original]). Jesús vino a revelar al Padre. En cierta oportunidad Felipe, uno de sus discípulos, le dijo a Jesús que ellos querían ver al Padre, a lo cual Jesús respondió: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? **El que me ha visto a mí ha visto al Padre**; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?” (Juan 14:8,9).

El Hijo es divino y humano

Al igual que el maná y la Palabra escrita, en Jesús se encontraba presente lo divino y lo humano, “aquel verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros...” (Juan 1:14). A pesar de que caminaba por las calles de Palestina como una persona común, y nadie podía distinguir su verdadera identidad con mirar su apariencia externa, él era Emanuel, “Dios con nosotros” (Mateo 1:23). El profeta evangélico había ya anunciado que no habría en Cristo nada externo calculado para llamar la atención. “Subirá como renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; **no hay parecer en él, ni hermosura**; le veremos, **mas sin atractivo** para que le deseemos” (Isa. 53:2). Cuando Natanael, que llegó a ser uno de los doce discípulos, fue presentado a Jesús por su amigo Felipe, parece que el encuentro con el Maestro no le

impresionó demasiado. Se nos dice, como ya mencionamos anteriormente, que “al mirar a Jesús, Natanael quedó desilusionado. **¿Podría ser el Mesías este hombre que llevaba señales de pobreza y de trabajo?**” (DTG, p. 113).

Así aparecía Jesús a la vista de los hombres; ese era el propósito divino. Si Jesús hubiese venido con la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese, los hombres no hubieran podido soportar su resplandor, y él no hubiera podido beneficiarlos. Es por eso que su gloria fue velada, cubierta por el manto descolorido de la humanidad. “A los ojos del mundo, [Jesús] no poseía hermosura que lo hiciese desear; sin embargo, era Dios encarnado, la luz del cielo y de la tierra. **Su gloria estaba velada, su grandeza y su majestad ocultas, a fin de que pudiese acercarse a los hombres entristecidos y tentados**” (DTG, p. 15).

Cuando Isaías anunció que en Jesús no habría “parecer ni hermosura,” no quiso decir con ello que Jesús no tendría atractivos, o que no era agradable como persona. Todo lo contrario. Sólo que no tenía nada exteriormente llamativo, que es lo que la gente normalmente esperaba. Y así el Señor Jesús, al igual que la Palabra escrita, era totalmente humano, y así aparecía a la vista de los hombres, aunque era al mismo tiempo el verdadero Dios, era “Dios manifestado en carne” (1 Tim. 3:16). Lo divino y lo humano se encontraban misteriosamente combinados. Era un don de Dios, el mayor de todos los dones que Dios pudiera dar a los hombres.

Jesús, el pan de vida

El evangelio de Juan dedica una sección relativamente extensa para registrar un discurso de Jesús en el cual él mismo se comparaba con el maná, llamándose **el pan de vida**. Citaremos este pasaje con cierta extensión.

Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. **Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre;** y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Entonces los judíos contendían entre sí diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. **El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna;** y yo le resucitaré en el día postrero. **Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida** (Juan 6:48-55).

En la última reunión que el Señor Jesús tuvo con sus discípulos, sólo unas horas antes de la cruz, mientras cenaban, instituyó un servicio que conmemoraría hasta el fin del tiempo la realidad de que él es el pan de vida. La Escritura nos cuenta lo que ocurrió esa noche.

Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: **Tomad, comed, esto es mi cuerpo.** Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados (Mateo 26:26-28).

“Esto es mi cuerpo”

No siempre ha sido tan fácil entender el significado de las palabras del Señor cuando dijo, no sólo “esto es mi cuerpo,” sino: “el que come mi carne y bebe mi sangre... porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.” La gente que oyó estas palabras hace dos mil años tuvo mucha dificultad en entenderlas. Nos dice la Escritura que “al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?” (Juan 6:60). Y lo mismo ha ocurrido a lo largo de la historia de la iglesia cristiana. En realidad, uno de los

capítulos tristes de la reforma protestante del Siglo XVI, que trajo fragmentación innecesaria, fue el hecho de que los reformadores no pudieron ponerse de acuerdo en cuanto al significado de las palabras de Jesús, “esto es mi cuerpo.” Se han sostenido cuatro posiciones principales en cuanto al significado de las palabras de Jesús.

Transubstanciación. Desde el año 1059 de la era cristiana es dogma en la iglesia católica que cuando el sacerdote consagra el pan (la ostia), éste se transforma literalmente en el cuerpo de Cristo. Toman las palabras de Jesús, “esto es mi cuerpo,” en un sentido estrictamente literal. A este fenómeno le llaman *transubstanciación* (la palabra transubstanciación comenzó a usarse oficialmente en el año 1215). La palabra en cuestión es un compuesto de dos palabras latinas (*trans* = a través de, y *substantia* = substancia).

Vale decir que cuando el sacerdote eleva el pan y dice “esto es mi cuerpo,” lo que era pan en ese momento deja de ser pan, y se transforma literalmente en la carne de Cristo; se lleva a cabo un cambio de substancia. No hay manera alguna de percibir el cambio, y no se trata de dar ninguna explicación. Se pretende dar razón del milagro valiéndose de los conceptos filosóficos de **substancia** y **accidente**. La substancia es la realidad misma, mientras que el accidente es la forma en que se la percibe. Por lo tanto la forma no cambia, sigue siendo la misma; el pan es percibido como pan: la apariencia, el gusto, el olor, no cambian; lo que cambia es la substancia; el pan ha dejado de ser pan, y se ha transformado, literalmente, en la carne de Cristo.

La iglesia medieval continuó elaborando su manera de entender este sacramento. Postuló, por ejemplo, que tanto el cuerpo como la sangre de Cristo se encuentran en cada elemento, por lo que no es necesario dar el vino a los laicos,

ya que al participar del pan, participan del Cristo entero. Además, siendo que tanto el cuerpo como la sangre de Cristo se encuentran en el pan, la misa llega a ser un sacrificio que se ofrece repetidamente a Dios. Este sacrificio, ofrecido en mil altares diferentes, es propiciatorio, tiene el mismo valor que el sacrificio hecho por Cristo en la cruz. Siendo que el pan consagrado por el sacerdote se convierte en el cuerpo de Cristo, aquello que no ha sido utilizado en el servicio puede ser conservado para uso futuro, y es al mismo tiempo adorado por los fieles como si fuera el mismo Cristo.

Este dogma ha colocado un poder insospechado en las manos del sacerdote, porque la transubstanciación se lleva a cabo en el momento en que éste pronuncia las palabras de consagración. Hubo momentos en la historia cuando se ha hablado del poder del sacerdote en producir ese milagro en términos que hoy nos parecieran increíbles; por ejemplo:

El sacerdote puede, en cierta manera, ser llamado el creador de su Creador, ya que al pronunciar las palabras de consagración, él crea, en realidad, a Jesús en el sacramento, al darle existencia sacramental; y produce en él una víctima para ser ofrecida al Padre eterno (Alphonsus de Liguori, *Dignity and Duties of the Priest*, p.32).

... es suficiente que el sacerdote diga, 'Hoc est corpus meum' [éste es mi cuerpo], y el pan ya no es más pan, sino el cuerpo de Cristo. 'El poder del sacerdote,' dice San Bernardino de Sienna, 'es el poder de una persona divina; porque la transubstanciación del pan requiere tanto poder como la creación del mundo' (Ibid, p. 33).

Consustanciación. Los reformadores del Siglo XVI rechazaron unánimemente la enseñanza tradicional de la **transubstanciación**. Veían esta enseñanza como contraria a las Escrituras, contraria al testimonio de los sentidos, e irrazonable. Además, destructiva del propósito mismo del sacramento, y fácil de conducir a la idolatría. Lutero fue el

primero en expresar su resuelta oposición a esta enseñanza medieval. Sin embargo, si bien es cierto que Lutero rechazó algunos aspectos de la doctrina tradicional, como la transustanciación, su posición no se alejó demasiado de este concepto. Para él Cristo estaba presente **literalmente** en el pan, no sólo en forma **espiritual**. Según lo entendió este reformador, el pan consagrado se convertía realmente en la carne de Cristo, pero **sin dejar de ser pan**. Lo que a los sentidos parecía pan, era pan realmente. En otras palabras, él sostenía un concepto conocido como **consustanciación**, vale decir, que las dos sustancias, el pan y la carne de Cristo, se encontraban simultáneamente en el pan, la una estaba junto **con** la otra. Por lo tanto, para Lutero, los que participaban de la cena, participaban de Cristo corporalmente.

Un memorial. Zwinglio fue quien más firmemente se opuso al concepto popular de la cena, lo mismo que a lo que enseñaba Lutero. La confrontación que estos dos grandes reformadores tuvieron en Marburg en 1529 es un episodio tristemente célebre en la historia de la iglesia cristiana. Hubo un serio impase en la interpretación de las palabras de Jesús, “este es mi cuerpo.” Lutero argumentaba a favor de una interpretación literal, mientras Zwinglio insistía, basado en las palabras de la Escritura, “haced esto... **en memoria de mí**” (1 Cor. 11:25), que se trataba de un memorial, de algo que recordaba la obra redentora de Cristo, pero que bajo ningún concepto podía interpretarse en forma estrictamente literal. Por supuesto que el encuentro no condujo a nada positivo, ambos salieron para seguir sus propias conclusiones.

Presencia espiritual. Calvino tomó una posición en cierta manera intermedia entre los dos reformadores mencionados más arriba. Él atacó enérgicamente el concepto de la transustanciación, y desaprobó con la misma energía la idea de consustanciación de Lutero. Usó libremente muchos de

los argumentos de Zwinglio con los cuales éste probaba que el pan era un símbolo; pero fue más lejos que Zwinglio en la formulación de la doctrina. Calvino insistía en la presencia **real** de Jesús en la cena, pero no en forma física, sino **espiritual**. Notemos como lo expresó en cierto lugar:

Es así que yo enseño que Cristo, aunque ausente en cuerpo, está sin embargo presente con nosotros por medio de su energía divina, la cual está difusa en todo, pero hace además que su carne nos dé vida. Siendo que él llega a nosotros por la influencia secreta de su Espíritu, no es necesario, como lo hemos señalado en otro lugar, que él deba ~~descender~~ en forma corporal (*Tract and Treatises on the Doctrine and Worship of the Church*, p. 285).

Un estudio cuidadoso del Nuevo Testamento nos llevaría a rechazar sin reservas las dos primeras posiciones. No hay duda de que el Señor Jesús instituyó este servicio como un **memorial**, como un símbolo de su obra redentora en la cruz. Es muy posible que apreciaríamos al mismo tiempo el énfasis de Calvino, que trata de ver el servicio como algo más que un simple rito, o símbolo; es el momento cuando Dios en forma especial se acerca a su pueblo. Notemos los siguientes pensamientos que se encuentran en *El Deseado de Todas las Gentes*:

Para los que reciben el espíritu de este servicio, no puede nunca llegar a ser una mera ceremonia (p. 606). **Por el Espíritu Santo, Cristo está allí para poner el sello a su propio rito.** Está allí para convencer y enternecer el corazón... Es en estas ocasiones designadas por él mismo cuando **Cristo se encuentra con los suyos y los fortalece por su presencia.** Corazones y manos indignos pueden administrar el rito; sin embargo **Cristo está allí para ministrar a sus hijos.** Todos los que vienen con su fe fija en él serán grandemente bendecidos. Todos los que descuidan estos momentos de privilegio divino sufrirán una pérdida (p. 613).

“Comer la carne y beber la sangre”

¿Qué significa entonces, en la práctica, “comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios?” ¿En qué forma nos beneficiamos al participar del pan y del vino? Es un símbolo, dijimos, que apunta a la cruz, a la obra redentora de Cristo cuando dio su vida por nosotros. La única manera en que el Señor podía resolver nuestro problema del pecado era dando su propia vida, como nuestro sustituto y garantía. Al aceptarle nosotros, la justicia de su vida perfecta y de su muerte vicaria es acreditada a nuestra cuenta, somos declarados libres de condenación, y herederos de su reino. En un párrafo bien breve, E.G. de White expresó la esencia de lo que es participar de la cena del Señor. Dijo ella: **“Comer la carne y beber la sangre de Cristo es recibirle como Salvador personal, creyendo que perdona nuestros pecados, y que somos completos en él”** (DTG, p. 353).

Participar de los emblemas de la cena del Señor, comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios debiera ser una experiencia de profundo significado espiritual. Así como los israelitas debían celebrar la Pascua periódicamente, y de esa manera recordar a sus hijos a través de las edades de la maravillosa liberación que habían recibido de la mano del Dios de sus padres, Jesús también nos invitó a participar con frecuencia del rito que nos recuerda nuestra redención; cada vez que lo hacemos lo hacemos en memoria de él y de su sacrificio redentor, ya que este rito anuncia la muerte del Señor hasta que él venga (1 Cor. 11:26). Y este es un asunto personal. No es suficiente creer en Cristo en forma general, teórica; no es suficiente creer que Jesús es el Salvador del mundo. “Una fe nominal en Cristo, que le acepta simplemente como Salvador del mundo, no puede traer sanidad al alma. La fe salvadora no es un mero asentimiento intelectual a la

verdad... No es suficiente creer *acerca de* Cristo; debemos creer *en él*" [énfasis en el original] (DTG, p. 312).



15

Un monte en el camino

~

Una de las cosas más difíciles de entender en las Escrituras es, sin duda, la relación que existe entre la ley y la gracia, entre la fe y las obras. Este tema, más que muchos otros, ha inquietado y dividido a los cristianos a través de los siglos. Y esta dificultad se encuentra no sólo a nivel teórico, sino muy especialmente a nivel de la experiencia personal. Si la salvación es de veras un don de la gracia de Dios, totalmente gratuita, que se recibe por fe, ¿qué en cuanto a las obras? ¿Juegan algún papel? ¿Es importante la obediencia en la vida de quien ha aceptado a Cristo?

Parece que es algo muy difícil encontrar el balance en este terreno tan delicado. Es muy fácil caer en la tentación de enfatizar un aspecto y descuidar el otro. Hay quienes pueden volverse muy elocuentes al hablar de la gracia, de la liberación, del amor de Dios, y nunca van más allá de eso, dando a entender que el ser cristiano no involucra ningún tipo de discipulado. Estas personas insisten que siendo que la salvación es un don de Dios, que se recibe por fe, la ley no juega ningún papel importante, y tienden a dejarla de lado. Algunos van aún tan lejos al afirmar que la ley en realidad

perdió toda función, que fue clavada en la cruz, que la ley predominaba en el Antiguo Testamento, pero que en el Nuevo es sólo la gracia; y que todo intento de obedecer la ley se convierte en legalismo, que es condenado en la Biblia, y por lo tanto debe ser combatido. Y aún se sienten libres de castigar sin misericordia a individuos o iglesias que creen que obedecer la ley de Dios es parte del deber cristiano.

Hay otros, por otro lado, que hacen de la observancia de la ley el todo, el centro de su religión. Al igual de los fariseos a quienes Jesús censuró enérgicamente, se vuelven celosos y estrictos en la observancia de la ley, mientras que la gracia no juega ningún papel vital, ni en su teología ni en sus vidas. Para ellos la salvación se consigue más bien con el esfuerzo, con la conducta, que con la gracia de Dios. ¿Existe, acaso, alguna manera de armonizar estos dos conceptos, o es que el aceptar uno implica rechazar el otro? ¿O es acaso la salvación parte por gracia y parte por obras, parte un don de Dios, y parte conseguida por el esfuerzo del hombre, como parecen insistir otros?

La ley es eterna

Algo que es innegable, sin embargo, es que nadie podrá avanzar mucho en el camino de la vida cristiana sin tener que reconocer que la ley de Dios todavía está en vigencia, no importa cuanto se lo niegue con los labios. Hace algunos años tuvimos una experiencia que nos ayudó a entender lo que acabamos de afirmar. Fuimos invitados a estudiar la Biblia con una señora que estaba muy interesada en conocer la verdad, pero que se encontraba al mismo tiempo muy confundida en cuanto al tema que estamos tratando, la ley y la gracia. Yo estudiaba con ella los martes, y los domingos la visitaba un representante de otra iglesia. Parecía que lo que yo

“edificaba” el martes, se desmoronaba el domingo; y cada vez tenía que comenzar de nuevo, tratando de aclarar distorsiones presentadas, no sólo en cuanto al tema, sino en cuanto a la posición de la Iglesia Adventista al respecto. Según ese maestro, los adventistas son legalistas, porque insisten que Dios espera que se obedezca su ley, cuando la Biblia es clara en enseñar que la salvación es por la gracia, y no por las obras de la ley; que la ley caducó en la cruz.

Este impase persistió durante varias semanas, y esta buena señora seguía teniendo dificultades para hacer su decisión; algunas cosas que oía se le hacían contradictorias, máxime cuando los dos maestros llegaban a su casa con la Biblia en la mano, y pretendían enseñar la verdad. Un cierto día me estaba esperando con la noticia de que había hecho finalmente su decisión, que le había dicho a mi “colega” que no la visitara más, y que ahora estaba lista para echar su suerte con la Iglesia Adventista. Cuando le pedí que me explicara qué fue lo que la había ayudado a hacer su decisión, me contó lo que había ocurrido en el estudio del domingo anterior. Había llegado el caballero como de costumbre, y antes de comenzar a estudiar, le dijo con cierta firmeza que ya era tiempo que sacara las imágenes que tenía en su casa, y comenzó él mismo a quitarlas.

Cuando ella, un tanto sorprendida, le pidió una explicación, le respondió que el tener y adorar imágenes era prohibido terminantemente por la palabra de Dios. Y para sorpresa de esta hermana, abrió la Biblia en Éxodo 20, y comenzó a leerle el segundo mandamiento. Cuando ella protestó, haciéndole notar que estaba leyendo de la ley de Dios, en realidad uno de los diez mandamientos, y que eso contradecía todo lo que había tratado de enseñarle en las semanas anteriores, recibió una explicación que la dejó totalmente desilusionada. Le dijo que en realidad nueve

mandamientos todavía estaban en vigencia, que matar, robar, adulterar, codiciar seguía bajo la prohibición divina, pero que el sábado, el cuarto mandamiento, había sido abrogado en la cruz, que era el día de reposo de los judíos, y que los cristianos ya no estaban bajo la obligación de observarlo.

A esta señora, muy madura en su pensar, le pareció totalmente ilógico tener que creer que Dios hubiera dado diez mandamientos, para luego cancelar uno sin dar ninguna explicación, mientras los otros nueve continuaban en vigencia, aún para quienes creían que la salvación era por gracia, y no por obras. En ese mismo momento interrumpió el estudio y le dijo al caballero que por fin todo se había aclarado y que no necesitaba volver el domingo siguiente.

¿Una contradicción?

Tenemos que admitir, sin embargo, que a primera vista la Biblia puede aparecer un tanto contradictoria y difícil de entender. Hay ciertos textos, que si son tomados en forma aislada, desconectados del contexto, pueden ser difíciles, y aun parecer contradictorios. Notemos, por ejemplo, con respecto a lo que nos ocupa ahora. El apóstol Pablo dice enfáticamente que la salvación es por la gracia, y que las obras no entran en juego. Escuchémosle: “Porque **por gracia sois salvos por medio de la fe**; y esto no de vosotros, pues es **don de Dios; no por obras**, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:8,9). ¿Podría estar más claro? Escribiendo a los romanos les dice algo similar, luego de haber hecho una presentación hermosa del plan de la salvación: “Concluimos, pues, que **el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley**” (Rom. 3:28).

Estos textos, y otros muchos, parecieran resolver el problema una vez por todas; está tan claro, la salvación es ciento por ciento un don de Dios, las obras parecen no contar.

Estos eran algunos de los textos favoritos del amigo que mencionamos más arriba. Pero eso no es todo lo que la Biblia dice. Las cosas se complican un poco cuando continuamos leyendo la Escritura y notamos que existen otros textos, que parecieran, por lo menos a simple vista, contradecir lo que acaba de decir Pablo. A veces pareciera que Pablo y Santiago no se pusieron de acuerdo en cuanto a lo que creían, ya que este último escribió: “Vosotros veis, pues, que **el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe**” (Sant. 2:24). ¿Cómo es eso? ¿Justificados por las obras? El mismo Señor Jesús dijo, al hacer referencia a lo que ocurriría con la humanidad en momentos de su segunda venida: “el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y **entonces pagará a cada uno conforme a sus obras**” (Mateo 16:27).

¿Si la salvación es por fe, cómo puede decir el Señor que pagará conforme a las obras? ¿No debiera más bien decir que pagará a cada uno conforme a **su fe**? No, el Señor sabía muy bien lo que estaba diciendo, y la Escritura no se contradice, porque Dios es su autor. El problema radica en nosotros, en nuestras limitaciones, y a veces al efecto de las tradiciones bajo las cuales nos hemos formado. De ahí la necesidad de ser cuidadosos en el estudio de la Palabra, no olvidando de tomar en cuenta “todo el consejo de Dios” (Hech. 20:27).

Lecciones del Sinaí

Ninguna porción de la Escritura nos ayuda tanto a entender la relación que existe entre la gracia y la ley como la que cuenta la experiencia del pueblo de Israel al salir de Egipto. A través de ese episodio Dios nos ha dejado algunas lecciones maravillosas que arrojan luz sobre las enseñanzas del Nuevo Testamento. El relato nos dice que después de

cruzar el Mar Rojo y celebrar con regocijo la liberación, los israelitas comenzaron la ardua marcha por el desierto. Si bien es cierto que iban siendo guiados y protegidos por la nube, no todo fue fácil. Encontraron innumerables dificultades; aparecían obstáculos a cada paso. Y lo notable es que el destino inmediato pueblo liberado no era Canaán, sino el Sinaí, donde recibirían leyes e instrucciones específicas que regirían todos los aspectos de sus vidas. Para algunos es difícil comprender porqué un pueblo ya redimido por la gracia de Dios, fuera ya de Egipto y guiado constantemente por la nube, necesitaba todavía leyes, mandamientos. ¿No era suficiente con que la nube los guiara, ahora que estaban fuera de Egipto?

Pero no, la nube los guió lentamente al Sinaí. Y el viaje al Sinaí no fue una decisión de último momento, no fue que se encontraron por casualidad en las cercanías de esa montaña, y decidieran detenerse. La visita a este monte figuraba en los planes de Dios desde el mismo comienzo; era parte integral de los propósitos de Dios desde que oyó el clamor de los esclavos y decidió descender a liberarlos. Dios ya se lo había adelantado a Moisés el mismo día que lo llamó desde la zarza para que fuera a Egipto a sacar al pueblo. Le había dicho el Señor: “Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, **serviréis a Dios sobre este monte**” (3:12).

Algo que no debiéramos pasar por alto, sin embargo, es que el Sinaí, donde se dio la ley, vino **después** de la liberación. La ley no tuvo nada que ver, directamente, con la salida de Egipto. En el orden de estos eventos se encuentra una verdad muy fundamental y de constante actualidad.

Dios podría muy bien haber enviado, por medio de Moisés, la ley a los israelitas en Egipto, con instrucciones muy precisas de cómo debían guardarla; y la promesa de que

cuando lograran poner sus vidas en perfecta armonía con ella, él los liberaría. Podría haberles pedido que en vez de poner sangre en las puertas, colgaran la ley, los diez mandamientos, como evidencia de su total obediencia. Pero no lo hizo así. Dios sabía muy bien que un plan tal nunca funcionaría. Era demasiado poner tal cosa como condición de liberación para los esclavos. Ellos nunca lo lograrían. Es por eso que los liberó como un acto de su amor, por su gracia, en total independencia de lo que ellos pudieran haber hecho, o dejado de hacer, y luego, una vez libres, fuera ya de Egipto, los llevó al Sinaí.

¿Y por qué les dio la ley entonces? Obviamente no fue para que consiguieran la liberación al obedecerla. Esto está muy claro; ya eran libres. Se la dio más bien a un pueblo **ya redimido**, para mostrarle cual era el mejor camino a seguir. Quería distanciarlos de la idolatría a la que se habían acostumbrado, quería apartarlos de las prácticas degradantes con las cuales se habían familiarizado en Egipto y que imperaban también en las naciones circundantes. Él deseaba protegerlos de todo aquello que pudiese robarles la libertad que acababan de recibir o que pudiese impedir o limitar su crecimiento, a fin de que, finalmente, pudieran llegar a ser los instrumentos que Dios anhelaba usar para bendecir a sus vecinos.

En la ley, específicamente en los diez mandamientos, Dios les estaba dando la esencia de sus intenciones para con ellos. Quería ayudarles a elevar su vista de sí mismos hacia Dios y hacia sus semejantes. La esencia del pecado es egoísmo, esa actitud natural que hace que uno se centre en uno mismo. Y la cura, por lo tanto, es volver a poner las cosas en la perspectiva original. El hombre fue creado con la capacidad natural de amar a Dios y a su prójimo. El pecado distorsionó esta perspectiva. En Egipto los israelitas habían caído a un

nivel sumamente bajo. Y la ley tenía por objeto ayudarles a recuperar lo perdido; a reorientar sus prioridades. Es por eso que los cuatro primeros mandamientos enfatizan la relación del hombre para con Dios; mientras que los siguientes seis, para con su prójimo.

Dios quería que sus hijos pudieran ver el contraste entre la idolatría con la que se habían familiarizado y su efectos degradantes, y una vida en la que Dios, el verdadero Dios, ocupa el primer lugar. Quería mostrarles cómo eso los llevaría a amar al prójimo, a servirlo, a protegerlo, sin jamás explotarlo. Porque nadie que ame verdaderamente a Dios puede ser indiferente para con las necesidades de su prójimo. Nadie que ame a su prójimo podrá jamás esclavizarlo, explotarlo, o hacerle mal alguno. El propósito de la ley era protegerlos, ayudarles a caminar por terreno seguro, en otras palabras, debía jugar un papel muy importante en su crecimiento espiritual, en su santificación.

Tristemente, con el pasar del tiempo, el pueblo perdió de vista esta perspectiva y la ley llegó a ser el centro de su preocupación, la ley misma llegó a ser su Dios. Cayeron en un frío legalismo; todo lo medían en relación a la obediencia a la ley. Desarrollaron un sistema gravoso de leyes secundarias para ayudarles a interpretar y guardar la ley de Dios. Se concentraron tanto en la letra, que se olvidaron del espíritu, de su propósito.

Pablo y la ley

Evidentemente las obras, la obediencia, tienen algo que ver con nuestra redención. En alguna manera la fe y las obras están relacionadas. La ley y la gracia no son contradictorias. La clave radica en poder entender cómo se relacionan la una con la otra, cuál es su verdadero propósito. El mismo apóstol

Pablo, que fue tan explícito al señalar que la salvación se recibe por fe, y no como recompensa por buenas obras de obediencia a la ley, no fue menos específico al establecer la validez permanente de la ley. Anticipándose a cualquier malentendido que pudiera surgir como resultado de su énfasis en la salvación por la gracia de Dios, él se apresuró a decir: **“¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”** (Rom. 3:31). En la misma carta, un poco más adelante, luego de hacer mención específica de algunos de los mandamientos de la ley de Dios dice, para que no quede lugar a dudas en cuanto a su posición: **“De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”** (Rom. 7:12). Ya al comienzo de la epístola había dicho, repitiendo las mismas palabras de Jesús, **“el cual pagará a cada uno conforme a sus obras”** (Rom. 2:6).

Hay quienes podrían sorprenderse si leyeran con cierto detenimiento las epístolas paulinas y notaran el énfasis repetido del apóstol Pablo sobre la necesidad de buenas obras. Notemos los siguientes textos a manera de ejemplo. **“Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos...”** (1 Tim. 6:18).

Escribiendo a los corintios, une, en forma muy clara, los dos conceptos: **“Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra”** (2 Cor. 9:8). En otra de sus cartas pone de relieve, en forma breve pero muy clara, la relación que existe entre estos aspectos aparentemente contradictorios: **“Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios”** (Fil. 1:11). Estas pocas palabras encierran tres cosas importantes; en primer lugar, se espera mucho fruto en la vida del cristiano; no es legalismo insistir en ello, pero son frutos **de justicia**; esos frutos son el resultado de la unión con la vid

verdadera, y no producto de estratagemas del hombre. En segundo lugar, y complementando el primer punto, esos frutos son por Jesucristo, es decir, por la presencia de Cristo en la vida del creyente, lo cual lo motiva e inspira. Y en tercer lugar, todo es para la gloria de Dios. Y claro, siendo que los frutos no son nuestros, no hay ninguna razón para jactarnos o gloriarnos. Dijo todavía el apóstol: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo...” (Gál. 6:14).

La ley y la gracia

Lo importante entonces es, como señalábamos ya, poder entender cuál es la función de la ley y de la gracia, cómo se relacionan, cuál es su propósito. Algo que es bueno puede ser mal usado, y entonces se desvirtúa todo su propósito. Sin duda esto tenía en mente el apóstol cuando le escribió al joven Timoteo: “Porque sabemos que la ley es buena, **si uno la usa legítimamente**” (1 Tim. 1:8). ¿Cuáles es, entonces, el propósito de la ley? ¿Como podría uno usarla **ilegítimamente**? Un uso ilegítimo, evidentemente, sería usarla como un **método** de salvación; tratar de obedecerla con la intención de hacer méritos, de ganar la salvación, ya que este no es, y nunca fue, su propósito. Mientras que un uso legítimo sería verla como una **norma**, como una guía. La ley y la gracia, tienen, cada una, su propósito. Es fácil caer en los extremos, y muy difícil guardar el balance, la perspectiva. Comentando sobre este problema real de la vida cristiana, E.G. de White escribió:

Hay dos errores contra los cuales los hijos de Dios, particularmente los que apenas han comenzado a confiar en su gracia, deben guardarse en forma especial. El primero, en el cual ya se ha insistido, es el fijarnos en nuestras propias obras, confiando en algo que podamos hacer para ponernos en armonía con Dios. El que está procurando

llegar a ser santo mediante sus esfuerzos para observar la ley, está procurando un imposible. Todo lo que el hombre puede hacer sin Cristo está contaminado de egoísmo y pecado. Sólo la gracia de Cristo, por medio de la fe, puede hacernos santos.

El error opuesto y no menos peligroso consiste en sostener que la fe en Cristo exime a los hombres de guardar la ley de Dios, y que en vista de que sólo por la fe llegamos a ser participantes de la gracia de Cristo, nuestras obras no tienen nada que ver con nuestra redención (CC, p. 60).

La relación entre la ley y la gracia se encuentra hermosamente enseñada en la experiencia de la liberación del pueblo de Israel, como ya lo hemos mencionado más arriba. La liberación de los israelitas, el éxodo, no tuvo que ver con la obediencia que ellos pudieran prestar a la ley, ya que la ley le fue dada **después** que habían salido de Egipto. Cuantos cristianos hay hoy que no notan, tristemente, esta relación, y se relacionan con la ley como si por medio de ella pudieran obtener el favor de Dios. Para muchos, los diez mandamientos se encuentran en Éxodo 20:3-17, y es verdad, pero nunca se detienen a tomar la perspectiva que da el versículo 2, justo antes de comenzar la lista de los diez.

Notemos que hermoso. Dios le dice a los ex esclavos, **antes** de darles los diez mandamientos en sí: **“Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.”** Este es, en un sentido, el versículo más importante de Éxodo 20, donde se pone de relieve con claridad inconfundible la relación entre la ley y la gracia. Dios quería que sus hijos recordaran para siempre que su salvación había sido un regalo de Dios, él los había sacado de la esclavitud; la ley venía después. Claro que Dios esperaba obediencia de sus hijos, sencillamente porque estaba interesado en su bienestar, en su felicidad. Su obediencia debía ser una respuesta de amor

por todo lo que Dios había hecho por ellos. A esta altura los israelitas debían estar convencidos de que la obediencia era el mejor camino, que nunca saldrían perdiendo si obedecían a Dios.

Los tres usos de la ley

Los mismos reformadores del Siglo XVI, quienes redescubrieron el glorioso mensaje de la gracia de Dios y de la justificación por la fe que por siglos había permanecido oculto bajo los escombros de la tradición, nunca menospreciaron la ley de Dios ni devaluaron su importancia. Ellos solían hablar de los “tres usos” de la ley, de tres funciones que ésta cumple. En primer lugar veían que la ley de Dios tenía una función **política**, es decir, su influencia se dejaba ver en todo lo bueno y positivo que se encuentra presente en las distintas leyes y constituciones de los distintos pueblos. En segundo lugar cumplía una función **teológica**, condenando el pecado, señalando la necesidad de encontrar refugio en Cristo; en las palabras del apóstol Pablo, “la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo” (Gál. 3:24). E.G. de White añade que “la ley fue dada para convencerlos [a los israelitas] de pecado, y revelar su necesidad de un Salvador” (DTG, p. 274). Pero además, según los reformadores, la ley desempeñaba una función **didáctica**, indicándole a una persona ya redimida cómo vivir. A esto conocemos generalmente como “el tercer uso de la ley,” y es lo que nos ocupa básicamente en este capítulo.

Como lo señalamos ya, la salvación produce una nueva actitud en el alma de quien la recibe, una actitud de gratitud, alabanza y de obediencia, donde hallan eco las palabras del salmista: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8).

Obediencia por amor

En forma muy clara, y hermosa por su sencillez, el Señor Jesús estableció la relación que existe entre estos conceptos que a veces han parecido algo contradictorios, o por lo menos no fáciles de entender. Dijo él **“Si me amáis, guardad mis mandamientos”** (Juan 14:15). El Señor espera que guardemos sus mandamientos, pero sólo si es como resultado de amarle. Si la obediencia no está motivada por amor, por gratitud a la salvación recibida, de nada sirve. Poniendo en forma negativa lo que dijo Jesús, pudiéramos muy bien decir que si no lo hacemos por amor, si no amamos a Jesús, de nada vale que intentemos guardar sus mandamientos, por lo menos en lo que concierne a la salvación.

La obediencia llega a ser un acto de amor, ‘nace del corazón. “No ganamos la salvación con nuestra obediencia; porque la salvación es un don gratuito de Dios, que se recibe por fe. Pero la obediencia es el fruto de la fe” (CC, p. 61). “Las buenas obras no pueden comprar la salvación, pero son una evidencia de la fe que obra por el amor y purifica el alma” (DTG, p. 281). Abundando aún más sobre este importante asunto, la misma autora añade:

Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos (DTG, p. 621).

Ovejas y cabritos

Más arriba citamos las palabras de Jesús, referente al hecho de que en el juicio cada uno recibirá “conforme a sus obras.” Obviamente, con lo que hemos dicho hasta aquí,

queda claro que se refirió a obras de amor, a la obediencia movida por su amor en nuestra alma, no a las “obras de la ley,” por las cuales la ley es obedecida como un medio de salvación. Quisiéramos todavía llamar la atención a un par de pasajes en el Nuevo Testamento donde esta relación queda inconfundiblemente establecida. Jesús hizo referencia en sus enseñanzas al juicio final, al juicio de las naciones, donde se llevará a cabo la separación definitiva de los hijos de Dios y los que no lo son.

En aquel día del ajuste final de cuentas, dijo Jesús, unos serán puestos a la derecha y otros a la izquierda; unos salvados, otros perdidos. Algo que llama la atención es la base sobre la cual se hace la separación: son las buenas obras. Es la presencia de “buenas obras” que coloca a las “ovejas” a la derecha, y la ausencia de ellas que pone los “cabritos” a la izquierda. Notemos las palabras que Jesús dirigirá a los que estarán a su derecha:

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. **Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí** (Mateo 25: 34-36).

Algo que es notable en este pasaje es la reacción de aquellos que son colocados a su derecha, los salvados, a las palabras de Jesús. Ninguno de ellos dice: “¡Qué suerte que notó lo que estábamos haciendo! ¡Valió la pena sacrificarse! ¡Qué hermosa es la recompensa!” Todo lo contrario. Se sorprenden al oír las palabras de Jesús, porque no están conscientes de haber hecho nada de eso. Notemos sus palabras:

Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿o cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? (Mateo 25:37-39).

Pero el secreto de todo el pasaje se encuentra en la respuesta de Jesús: **“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis”** (Mateo 25:40). Es muy evidente que estas personas no estuvieron haciendo lo que hacían, sirviendo a los necesitados con algún plan premeditado en mente, esperando que Dios algún día los recompensaría. Lo hacían motivados por otro principio, por el mismo principio que motivó a Jesús a acercarse a nosotros, pobres, hambrientos, desahuciados.

Por otro lado “los cabritos,” los que están a la izquierda, van al fuego eterno, porque no hicieron nada a favor de los demás, y si hicieron algo, lo hicieron con motivos espurios. En otras palabras, vivían para servirse a sí mismos. La religión que practicaban era posiblemente una religión externa, los principios del evangelio nunca penetraron, nunca hicieron ninguna diferencia. A ellos Jesús les dice: “porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis” (Mateo 25:42,43). Parece extraño, pero quienes no se salvan, según lo indican las palabras de Jesús, no es por haber hecho el mal, sino por no haber hecho el bien, por no tener “buenas obras.”

Complementando muy bien lo que ocurre con los que están a la izquierda, encontramos otro pasaje, tristemente claro, en el mismo evangelio. Citamos otra vez las palabras de Jesús:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad (Mateo 7:21-23).

Es muy evidente que lo que éstos hacían era con un motivo ulterior, el de ganar méritos delante de Dios, y en defensa propia mencionaron todas las buenas obras que hicieron, es decir, lo que ellos creían que eran buenas obras. Hacían las cosas esperando que se los tomaría en cuenta por ello, y así se lo dijeron al Señor. Al hacer lo que hacían, se estaban sirviendo, en realidad, a sí mismos. Se nos dice que “en el gran día del juicio, los que no hayan trabajado para Cristo, **que hayan ido a la deriva pensando en sí mismos y cuidando de sí mismos**, serán puestos por el Juez de toda la tierra con aquellos que hicieron lo malo. Reciben la misma condenación” (DTG, p. 597). ¡Qué contraste tan marcado con los que fueron puestos a la derecha! Vivían sirviendo, haciendo buenas obras, totalmente despreocupados de si tendrían ningún tipo de mérito delante de Dios, esa no era su motivación.

La ley, en el éxodo, vino después de la redención. Primero el cordero, luego la nube que llevó al pueblo al Sinaí. En la experiencia cristiana sucede de igual manera. Primero la cruz, la sangre del cordero que limpia de todo pecado, y que trae seguridad; luego el Pentecostés, la venida del Espíritu, que pone nuevos deseos en el alma y capacita al hijo de Dios a vivir en obediencia a la voluntad de Dios. La obediencia es parte del deber cristiano, pero sólo cuando los motivos que la impulsan son genuinos. “Es el motivo lo que da carácter a nuestros actos, marcándolos con ignominia o con alto valor moral” (DTG, p. 567).

Leíamos hace un tiempo una historia, que si bien es cierto es para niños, ilustra hermosamente qué es lo que hace que una obra sea “buena,” aceptable. En cierto lugar, un rey decidió hacer algo en favor de los niños de la comunidad, y para ello mandó llenar uno de los cuartos de su palacio con todas aquellas cosas que les gustan a los niños: juguetes, dulces, chocolates. Luego de lo cual hizo proclamar el anuncio de que todo niño que hiciera una obra buena, realmente buena, recibiría la llave de ese cuarto del palacio y tendría el derecho de pasar un día allí, jugando y comiendo lo que le apeteciera. Es fácil de imaginar el entusiasmo que eso trajo entre los niños, cada uno tratando de hacer una obra mejor que el otro, para tener derecho a la llave.

Una niña de escasos años se entusiasmó especialmente con la oferta del rey, y decidió que ningún sacrificio iba a ser demasiado grande hasta lograr acceso a ese cuarto. Un día se levantó muy de mañana, y antes que su madre lo notara, arregló sola su cuarto: lo limpió, hizo la cama, puso cada cosa en su lugar; luego preparó su ropa, se vistió sola, y se sintió lista para salir en busca del anciano que tenía la llave tan codiciada. Al encontrarlo, le relató con todo detalle lo que había hecho, y extendió su mano inocente segura de que recibiría la llave. Se chasqueó bastante cuando el anciano, con un movimiento negativo de su cabeza, le hizo saber que lo que había hecho no era suficiente.

Volvió a su casa dispuesta a intentar de nuevo, a tratar algo mejor, más notorio. Una tarde sintió hambre, y su madre le preparó un rico sandwich, y ella se fue con su merienda en la mano para sentarse en la acera de su casa, y allí disfrutarlo. Antes de que tuviera la oportunidad de comer el primer bocado, se le presentó la oportunidad para ganarse el derecho a la llave. Por la acera del frente pasaba un mendigo, con sus ropas muy desgastadas y en aparente necesidad. Sin pensarlo

dos veces, la pequeña cruzó corriendo la calle, y le ofreció su merienda al mendigo, quien la aceptó con mucha gratitud. Casi antes de recibir las gracias la niña estaba en camino, corriendo, en busca del anciano que tenía la llave. Iba segura que ahora sí, no podría negársela, siendo que se había desprendido de su propia comida para ayudar a un necesitado. Después de relatar con todo detalle y entusiasmo lo que había hecho, y ver la nueva negativa del anciano, casi se desanimó. Pensó que se habían establecido condiciones tan elevadas para lograr acceso a ese cuarto, que prácticamente nadie lo lograría. Decidió, sin embargo, seguir probando; tal vez se presentaría la oportunidad para hacer algo lo suficientemente grande, heroico, que pudiera convencer al anciano que ella merecía la llave.

Cierta tarde cuando se paseaba por las cercanías de su casa se presentó lo que le pareció una excelente oportunidad: una anciana que subía trabajosamente una cuesta, rumbo a su casa, llevando un pesado bulto a cuestas. La niña corrió, y ofreció cargar con el bulto. Tambaleando a veces bajo su peso, deteniéndose otras para cobrar aliento, llegó finalmente hasta la misma puerta de la casa de la anciana. Dejó el bulto y salió corriendo cuesta abajo, y cuando se encontró con el anciano de la llave, le contó de lo difícil y casi imposible de lo que acababa de hacer, y toda esperanzada extendió la mano para recibir la llave. Para su total desengaño, recibió la misma respuesta negativa que en las veces anteriores: no, no puedo dártela, no la mereces.

La pequeña pensó que lo mejor era olvidarse de todo y seguir viviendo su vida como lo había hecho hasta entonces. Para regresar a su casa tenía que pasar por un camino donde había ciertos arbustos y matorrales. De pronto oyó, proveniente de entre las malezas, algo que le pareció como un gemido. Movida por la curiosidad, se acercó al lugar de donde



procedía ese sonido extraño, y para su sorpresa y dolor, se encontró con un perrito que gemía enredado en unos alambres de púa. Ella quería mucho a los animales, e hizo todo el esfuerzo posible para librar al perrito de su lamentable situación. No fue fácil, y mientras hacía su trabajo con todo empeño, le hablaba a su pequeño amigo con todo cariño: “yo te voy a sacar, te voy a llevar a casa, y te voy a cuidar, para que se sanen tus heridas.”

Cuando logró finalmente librar al perrito de la tortura en que se encontraba, descubrió que una de sus patitas estaba malamente lastimada; en realidad había una herida abierta, y parte de la piel se había desprendido. Tomó un delantal que llevaba puesto, lo rasgó por el medio, y con un pedazo comenzó tiernamente a vendar la patita lastimada del perrito. Cuando estaba muy concentrada haciendo su trabajo, escuchó un ruido a sus espaldas, y para su sorpresa, allí estaba el anciano que venía a traerle la llave. La pequeña le dice en su inocencia: “Pero yo no estoy haciendo esto para ganarme la llave, lo hago solamente porque quiero mucho a los perritos.” A lo que el anciano le respondió con una sonrisa: “Precisamente por eso; eso es que hace que una obra sea buena, cuando te olvidas de ti misma, y lo haces por amor. Toma la llave, ahora sí la mereces; disfruta de aquello con lo cual soñaste.”

El apóstol Pablo, este extraordinario exponente del evangelio, que supo mantener en todas las cosas un balance tan delicado, “empaquetó” en unas pocas palabras el corazón de lo que hemos tratado de decir en este capítulo. Escribiéndole a los gálatas, quienes estaban ellos mismos batallando para poder entender este tema tan vital, les dice:

Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, **sino la fe que obra por amor** (Gál. 5:6).

16

Una ley - dos tablas

z

En el capítulo anterior nos referimos a la relación que existe entre la ley y la gracia, entre la fe y las obras. Y notamos que estos dos conceptos son inseparables, que cada uno desempeña una función en los planes salvíficos de Dios, aunque no hay que olvidar que existe una prioridad lógica entre ambos: la gracia precede a la ley; la obediencia es fruto de la fe. Esta relación está hermosamente expresada en la carta que el apóstol Pablo escribió a los efesios:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Efe. 2:8-10).

La ley antes del Sinaí

Cuando decimos que la ley fue dada en el Sinaí, no debemos por eso entender que ésta se originó allí; ya existía antes. La ley de Dios es eterna, ya que es un reflejo del carácter de su divino autor, quien es eterno. Los principios de la ley de Dios, el gran principio del amor, existieron siempre. Existían

en el cielo antes de la creación del mundo. Allí los seres santos los obedecían constantemente, sus vidas estaban siempre en perfecta armonía con ellos. El obedecer la ley de Dios era algo que hacían en forma espontánea y con alegría. “En el cielo no se sirve con un espíritu legalista,” se nos dice, **“cuando Satanás se rebeló contra la ley de Jehová, la noción de que había una ley sorprendió a los ángeles casi como algo en que no habían soñado antes”** (DMJC, p. 94).

Adán y Eva tenían los principios de la ley de Dios en el Edén, los que regían todos los aspectos de sus vidas. El hecho de que ellos pecaron lo establece más allá de toda duda, ya que el pecado es “infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Es posible que nuestros primeros padres no tenían la ley deletreada en diez mandamientos tal como la tenemos nosotros hoy, pero la tenían; estaba escrita en sus corazones; la ley contenía todos los principios que regían sus vidas. Ellos fueron creados en armonía con esos principios.

El pecado, la violación de la ley de Dios, no sólo separó al hombre de su Hacedor, sino que afectó negativamente todo su ser, su corazón, su mente. Ya no podía discernir la voluntad de Dios con la naturalidad con que podía hacerlo antes. Y por eso los principios de la ley de Dios tuvieron que ser, para bien del hombre, expresados en forma más detallada y específica. Dios tuvo que especificarle qué involucraban esos principios eternos. A las puertas del Edén Caín fue hecho responsable de haber violado uno de los mandamientos, el sexto, cuando mató a su hermano Abel. Se nos dice que “Adán enseñó a sus descendientes la ley de Dios, y así fue transmitida de padres a hijos durante las siguientes generaciones... La ley fue preservada por Noé y su familia, y **Noé enseñó los diez mandamientos a sus descendientes**” (PP, p. 378). Algunos siglos más tarde, Dios dijo, refiriéndose a uno de sus hijos: “por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis

mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (Gén. 26:5). Recordemos que Abraham vivió cuatro siglos antes del Sinaí.

Los descendientes de Abraham, especialmente en su estadía en Egipto, perdieron de vista, en gran medida, no sólo al Dios de sus padres, sino también sus santos preceptos. Es interesante notar que paralelamente con el llamado a salir de Egipto, hubo un llamado a renovar su obediencia y lealtad al Dios de sus padres. Se percibe en el relato bíblico que algo relacionado con esto estaba sucediendo. En respuesta al pedido de Moisés para que dejara salir al pueblo, el faraón contestó con cierta impaciencia: “¿por qué hacéis cesar al pueblo de su trabajo?” (5:4).

Evidentemente había notado cierta irregularidad en el trabajo de los esclavos desde que Moisés había regresado a Egipto. El rey agrega algo que es en cierta manera sorprendente: “He aquí el pueblo de la tierra es mucho, y vosotros les hacéis cesar de sus tareas” (5:5). No siempre percibimos que la palabra **cesar** que se encuentra en este texto proviene de la palabra “sábado,” y es la misma palabra que se encuentra en Génesis 2:2,3 donde dice que Dios “reposó en el séptimo día de toda obra que hizo.” La misma palabra se encuentra también en Éxodo 16:30 en la frase: “Así el pueblo **reposó** en el séptimo día.” E.G. de White nos informa que “los esfuerzos hechos [por Moisés] para restaurar la observancia del sábado habían llegado a los oídos de sus opresores” (PP, p. 263).

Cuando estuvieron ya fuera de Egipto, tan pronto como hubieron cruzado el mar Rojo, fueron instados a obedecer a Dios. Escuchemos las palabras con las que Moisés desafiaba al pueblo: “Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y **dieres oído a sus mandamientos**, y guardares todos sus estatutos, ninguna de las enfermedades que envié a los egipcios te enviaré a ti”

(15:26). Fue recién tres meses más tarde que los israelitas llegaron al Sinaí, les fueron dados los diez mandamientos , escritos en tablas de piedra.

Los diez mandamientos

La ley que fue dada en el Sinaí, como señalamos más arriba, no fue una novedad, algo desconocido hasta entonces. Fue dada en más detalle, y en forma escrita, pero encerraba nada más ni nada menos que los principios que forman el fundamento del gobierno de Dios. Al respecto leemos: “La ley de Dios es la transcripción de su carácter. Le fue dada al hombre en el comienzo. En épocas subsiguientes se la perdió de vista... En el Sinaí fue dada por segunda vez” (8 T, p. 207). Es evidente que para los israelitas el concepto de ley, de mandamientos de parte de Dios, no era del todo novedoso.

En el Sinaí Dios le dio a los israelitas, entre otras leyes, los diez mandamientos, que serían la base del pacto que estaba haciendo con ellos. Sucintamente nos informa la Escritura en cuanto a esta ley: “Y dio Dios a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte Sinaí, **dos tablas** del testimonio, **tablas de piedra escritas con el dedo de Dios**” (31:18). Los diez mandamientos no eran más que explicaciones del **principio** que gobierna el universo. Fueron dados a los israelitas para que pudieran entender mejor ese principio, el principio del amor. Decíamos que la ley es un reflejo del carácter de su autor, y en el Nuevo Testamento se nos dice que “Dios es amor” (1 Juan 4:8).

Cuando cierto día un intérprete de la ley le pidió a Jesús que le dijera cuál era el mandamiento grande en la ley, el más importante, sin duda pensó que Jesús escogería uno de los diez, muy posiblemente el cuarto, el cual ellos veneraban en forma especial. Para su sorpresa Jesús no escogió ninguno de

los diez, sino más bien se refirió al principio que está a la base de los diez. La respuesta de Jesús a la pregunta directa del intérprete de la ley fue muy clara y llena de significado; le dijo:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el **primero** y grande mandamiento. Y el **segundo** es semejante: **Amarás a tu prójimo** como a ti mismo. De estos **dos mandamientos** depende toda la ley y los profetas (Mateo 22: 37-39).

El evangelio de Marcos agrega a lo citado más arriba: “No hay otro mandamiento mayor que éstos” (Marcos 12:31). Lo que Jesús dijo, en esencia, es que hay un gran mandamiento, que es el amor, y que apunta en dos direcciones: hacia Dios y hacia el hombre; tiene una dimensión vertical y otra horizontal. Los diez mandamientos son en realidad incisos de estos dos, tienen el propósito de ayudar al hombre caído a entender mejor qué significa en realidad amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

Algo que nosotros debemos tratar de entender es qué es lo que Jesús quiso decir cuando anunció que el amor es “el gran mandamiento.” ¿Qué significa amor? La manera en que se usa esta palabra en algunos de los idiomas modernos hace muy difícil captar su verdadero sentido. Tanto en el idioma inglés, como en el francés, por ejemplo, se “ama” todo: se ama la comida, el juego de pelota, los árboles, las vacaciones, y también se ama a Dios y al prójimo. Se usa con frecuencia *amar* como un sinónimo de gustar; “I love your cat!” [yo amo a su gato, literalmente], dice alguien. Sin duda esta realidad nos dificulta aún más entender el verdadero sentido bíblico de “el gran mandamiento.”

Hay varias palabras en el idioma griego que se traducen al español como amor, aunque sólo dos de ellas aparecen con cierta frecuencia en el Nuevo Testamento. Las más conocidas

para nosotros son sin duda *eros*, *filos* y *ágape*. La primera, **eros**, no aparece en el Nuevo Testamento, pero ha llegado a nuestro idioma trayendo consigo la idea de un amor, si se le puede llamar así, **egoísta**, sensual, posesivo. El diccionario define "erótico," proveniente de eros, como "perteneciente o relativo al amor sensual; amor sensual exacerbado." Eros expresa un amor posesivo, generalmente de carácter físico, utilitario. Es amor basado en el valor o en la dignidad del objeto deseado.

La palabra **filos**, o *fileo* en su forma verbal, es la palabra más común usada para expresar amor en el Nuevo Testamento. Esta palabra sugiere la idea básica de "amistad." **Filos**, en realidad, significa "amigo." (El nombre de la ciudad de Filadelfia en los Estados Unidos significa "amor fraterno"). **Fileo** expresa un amor que es cálido y merecido; es de carácter **mutualista**, se refiere a un amor mutuo, a una correspondencia entre dos personas. La amistad de David y Jonatán en el Antiguo Testamento constituye un buen ejemplo de esta dimensión del amor.

La tercera palabra clave en nuestro estudio es **ágape** (agapao, el verbo). Esta palabra expresa en algunos aspectos un significado similar a "fileo" aunque va más allá de la idea de correspondencia, de reciprocidad. Expresa en su esencia la idea de un amor **altruista**, donde el amor es dado no porque haya correspondencia, porque haya valor en el objeto, sino a pesar de ello. Busca siempre el mayor bien para la persona amada, aunque esta persona no lo merezca. Es un amor totalmente desinteresado. El amor de una madre para con sus hijos es sin duda el mejor ejemplo de este tipo de amor en el nivel humano. Leíamos en la prensa el caso de una madre que pasó quince años prácticamente sin alejarse del lecho de su hija que estuvo todo ese tiempo en un profundo estado de coma. Cuando una amiga la visitó y le aconsejó que saliera a

recrearse, que su hija nunca podría siquiera darle las gracias por lo que hacía por ella, la madre simplemente contestó: “lo sé, pero no puedo alejarme.” Tal vez el amor ágape se entienda mejor contrastándolo con “eros,” que se encuentra al otro extremo de la escala. Leon Morris, un erudito del Nuevo Testamento, expresa muy bien este contraste:

Como hemos visto, *eros* tiene dos características principales: es amor a lo que es digno de amarse, y es un amor que desea poseer. *Ágape* contrasta con esto en los dos puntos: no ama porque sea digno de amarse, y no es amor que desea poseer. Al contrario, es un amor que se da sin tomar en cuenta el mérito, y es un amor que trata de dar (*Testaments of Love*, p. 128).

Dos tablas

Tratemos de visualizar lo que estamos diciendo de la siguiente manera: existe una ley, un principio, el amor, que es eterno y se manifiesta en **dos mandamientos**, los cuales tienen diez incisos explicativos (cuatro y seis).

I. Amor a Dios

- a. No tener dioses ajenos
- b. No hacerse imagen
- c. No tomar su nombre en vano
- d. Acordarse del sábado

II. Amor al prójimo

- e. Honrar a los padres
- f. No matar
- g. No adulterar
- h. No hurtar
- i. No decir falso testimonio
- j. No codiciar

Los diez mandamientos, como Dios se los dio a Moisés en el Sinaí, estaban deletreados de forma tal que pudieran ser entendidos por el hombre degradado. Sin duda alguna antes que entrara el pecado, Adán y Eva no necesitaban estas

explicaciones, porque el principio de la ley, amor supremo a Dios y amor imparcial para con el prójimo, estaba inscrito en sus corazones; a ellos les era **natural** amar. Para ellos un mandamiento que dijera: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” o “no matarás” hubiera sido extraño e innecesario. Cuando fueron creados, la orientación natural de sus vidas era hacia Dios y hacia el prójimo; era natural para ellos encontrar placer en la presencia de Dios y amar a los demás sin condiciones. Habían sido creados a imagen de Dios, y Dios es amor. El pecado trastornó todo eso. El hombre se volvió, no sólo egoísta y centrado en sí mismo, sino que su misma mente se nubló, quedó limitado, incapaz de percibir las cosas de Dios como las percibía antes. Sus habilidades se distorsionaron; quedó en necesidad de ayuda para comprenderse a sí mismo y sus deberes.

Cuando la gran controversia entre el bien y el mal haya terminado, y el reino de Dios quede establecido definitivamente en esta tierra, los eternos principios de la ley de Dios continuarán rigiéndolo todo. Podrá ser que no será necesario entonces tener todos los mandamientos deletreados en diez incisos, pero estarán incluidos en el gran mandamiento del amor; y por eso no desaparecerán jamás. Volveremos a ser capaces de captar, como Adán cuando fue creado, la voluntad de Dios en los principios de su ley, porque nuestro corazón latirá en sintonía con ellos.

El primer mandamiento

Aunque Jesús dijo que los dos mandamientos son **semejantes**, también señaló que uno es el **primero** y el otro es el **segundo**. El primero tiene prioridad lógica (primero, *protos*, en griego, denota rango). Nuestro primer deber es para con Dios, y recién cuando amamos a Dios estaremos en

condiciones de amar a nuestros semejantes, es decir, amar en el verdadero sentido de la palabra. Según el primer mandamiento, nuestro primer deber cristiano es amar a Dios con todo el **corazón**, con toda el **alma** y con toda la **mente**. Estas palabras vienen del Antiguo Testamento, de Deuteronomio 6:5, que es parte de la *Shema*, el credo fundamental del judaísmo; es el texto que todo niño judío aprende de memoria. Significa que Dios debe ocupar el primer lugar en nuestra vida, que debemos amarle con un amor que “domine nuestras emociones, que dirija nuestros pensamientos, y que sea la dinámica de todas nuestras acciones;” significa que todo lo que hacemos, incluyendo el comer, el beber, y cualquier otra cosa, debe ser hecho teniendo a Dios en mente, “para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:31). Este mandamiento, además, impone sobre nosotros una enorme responsabilidad. Cuando dice, por ejemplo, que debemos amar a Dios con “toda la mente,” esto nos habla de la necesidad de desarrollar nuestra mente, de cultivarla. Notemos:

Dios requiere el adiestramiento de la facultades mentales... El Señor nos manda que lo amemos con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la fuerza, y con toda la mente. **Esto nos impone la obligación de desarrollar el intelecto hasta su máxima capacidad, para que podamos conocer a nuestro Creador con todo el entendimiento** (PVGGM, p. 268).

El segundo mandamiento

El espacio no nos permite más que algunas reflexiones sobre el segundo mandamiento, la segunda tabla. No importa cuánto una persona pretenda amar a Dios, si no ama a su prójimo demuestra que su amor a Dios no es genuino. La Escritura nos recuerda que “si alguno dice: Yo amo a Dios y

aborrece a su hermano, es mentiroso" (1 Juan 4:20), porque "el amor hacia el hombre es la manifestación terrenal del amor hacia Dios" (DTG, p. 596). No es posible amar a Dios genuinamente sin amar al prójimo al mismo tiempo.

Una de las características esenciales del amor genuino es que es imparcial; no elige a quien amar; el valor del objeto no es la causa del amor. Es semejante al amor de Dios, quien "hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos" (Mateo 5:45). Y esto es lo más difícil, humanamente imposible. Es fácil para el hombre natural amar y tratar bien a sus favoritos, a aquellos que le caen bien, o que pertenecen a su familia; pero amar a todos, incluyendo a los que tienen otra religión, diferente cultura, otro color, no siempre es fácil. Y la cruda realidad es que **"el amor que prodiga sus bondades sólo a unos pocos, no es amor, es egoísmo"** (PVG, p. 288), no es el amor del cual nos habla la segunda tabla. El amor verdadero, del que habla la Biblia, es un principio mas que un sentimiento; es un principio que no elige a quien amar, no es excluyente, porque en un sentido no hay nadie que no sea nuestro prójimo.

Amar a los enemigos

Si bien es cierto que nosotros no tenemos el privilegio de "elegir" a nuestro prójimo, porque la definición de este término fue dada para siempre por Jesús hace mucho tiempo, es con frecuencia muy fácil generalizar, hacerlo tan amplio que pierde el sentido de su importancia inmediata. Si quisiéramos particularizar un poco, podríamos señalar dos tipos de prójimos en relación a los cuales de veras se pone de manifiesto lo genuino del amor. En primer lugar, usando el lenguaje del Señor Jesús, se encuentran nuestros enemigos, aquellos que por alguna razón no nos quieren, que no

simpatizan con nosotros y procuran de alguna manera dañarnos. “Amad a vuestros enemigos” (Mateo 5:44), es el imperativo divino. No es un consejo; no dijo Jesús: “sería preferible,” “qué hermoso fuera,” o “en lo posible” amad a vuestros enemigos. Es sencillamente una orden. Un seguidor de Cristo debe amar a todos, aun a sus enemigos.

Naturalmente tal cosa es imposible para el corazón natural, para el corazón que no ha sido regenerado por la gracia de Dios. Para el corazón natural, lo “natural” es vengarse, devolver mal por mal, desquitarse, tomar represalias, pagar con la misma moneda. Pero entre vosotros “no será así” (Mateo 20:26), enseñó Jesús a sus seguidores. Y él dejó el ejemplo de su vida como la más sublime enseñanza de lo que quiso decir. Aun para sus más acervos enemigos, para su propio discípulo que lo traicionó y lo vendió por el precio de un esclavo, tuvo sólo palabras de amor y de perdón. Y aún resuenan, profundas, conmovedoras, las palabras que dirigió a aquellos que lo estaban clavando en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

Amar a los más necesitados

Otro tipo de prójimo que debemos amar, y que también pone a prueba la naturaleza, lo genuino de nuestro cristianismo, son aquellos que están en desventajas, los menos favorecidos, aquellos que necesitan más y que tienen menos. Hay personas que son menos favorecidas culturalmente, otras físicamente, psicológicamente, financieramente, emocionalmente. Hay quienes que en algún momento de sus vidas han sido abusados, casi destruidos; llevan profundas heridas en sus almas. En otras palabras, son más necesitados, la vida les es más difícil.

En el mundo lo que prevalece en general es la ley de la

selva; sobrevive el más apto, el más fuerte, y con frecuencia lo hace pisoteando y eliminando a los más débiles. Nosotros, como seguidores del Maestro estamos llamados a mostrar especial preocupación por los más débiles, los que no tienen quien los defienda, o los ayude. Las palabras de Jesús son muy claras

Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos (Lucas 14:12-14).

Las palabras de Jesús no son excluyentes; no quiso decir que **nunca** debiera invitarse a parientes o a amigos ricos; sino más bien no **sólo** a ellos, con total despreocupación por aquellos que más necesitan.

En el Antiguo Testamento abundan las instrucciones en cuanto a la preocupación que los israelitas debían tener por los pobres, por las viudas, por los huérfanos y por los extranjeros. Los que poseían tierras tenían instrucciones de dejar algunas gavillas en el campo en tiempos de la cosecha “para el extranjero, para el huérfano y para la viuda; para que te bendiga Jehová tu Dios en toda obra de tus manos” (Deut. 24:19). El llamado a cuidar, a hacer justicia a los menos favorecidos, es constante; escuchemos a Isaías: “dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, **restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda**” (Isa. 1:16,17).

Santiago resume la preocupación del Nuevo Testamento a este respecto cuando escribe: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las

viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo” (Sant. 1:27). Más importante que el conocimiento de muchas cosas y la capacidad de argumentar, es una vida de servicio al prójimo movida por la presencia del amor de Dios en el alma. Se nos dice que “aquellos a quienes Cristo elogia en el juicio, pueden haber sabido poca teología, **pero albergaron sus principios**. Por la influencia del Espíritu divino, **fueron una bendición para los demás**” (DTG, p. 593).

El Señor Jesús, después de haber demostrado en su propia vida y ministerio la presencia de este principio, la presencia del gran mandamiento, nos desafía a nosotros con las siguientes palabras:

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; **como yo os he amado**, que también vosotros os améis unos a otros. En estos conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos por los otros (Juan 13:34,35).

Hay quienes han tenido dificultad en entender cómo Jesús pudo decir que estaba dando un mandamiento nuevo, cuando en realidad estaba citando del Antiguo Testamento. Ya en el Pentateuco encontramos las palabras “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Deut. 19:18). Lo que es nuevo, sin embargo, totalmente nuevo, algo nunca visto antes entre los hombres, lo indican las palabras “como yo os he amado.” El amor genuino, imparcial, con especial preocupación por los débiles, los necesitados, por los menos favorecidos, hizo su aparición en la tierra en la persona del Señor Jesús. Es posible ser totalmente ortodoxos en la teología, tener la verdad, defenderla, argumentar con toda lógica, pero a menos que el amor de Jesús sea el móvil de las acciones, de nada servirá, como lo subraya tan claramente el apóstol Pablo en 1 Corintios 13, el famoso capítulo del amor.

Pero, ¿cómo puede ser posible, nos preguntamos, amar así, cuando tal cosa es totalmente contraria a los impulsos de nuestra propia naturaleza? Evidentemente, no es asunto de preocuparnos, de esforzarnos, de tratar de amar así. La capacidad de amar de esta manera es un don de Dios, es el poder de Dios transformando nuestra naturaleza. El secreto se encuentra en recibir su amor, en recibir ese don celestial, porque “si recibimos su amor nos hará igualmente tiernos y bondadosos, no sólo con quienes nos agradan, sino también con los más defectuosos, errantes y pecaminosos” (DMJC, p. 65).

Cuando el amor llena el corazón, fluye hacia los demás, no por los favores recibidos de ellos, sino porque el amor es el principio de la acción. El amor cambia el carácter, domina los impulsos, vence la enemistad y ennoblece los afectos (DMJC, p. 35).

Hace algún tiempo le oíamos decir a alguien: “A mí no me preocupan los **diez** mandamientos, yo guardo los **dos**,” intimando que tratar de guardar los diez es legalismo, que el cristiano se rige por los dos. Y uno se pregunta, ¿qué es más fácil, guardar los diez, o guardar los dos? Y al decir guardar los dos decimos guardarlos así como Jesús los guardó, como lo ejemplificó en su propia vida. Significa amar a Dios **sobre todas las cosas**, ponerlo siempre en primer lugar, no tener ningún tipo de ídolos; y amar al prójimo, incluyendo a nuestros enemigos y los menos favorecidos, **como a nosotros mismos**. Sólo un corazón transformado por la gracia de Dios puede aspirar a amar, por lo menos en parte, como Jesús amó.

Juana de Ibarbourou, una poetisa uruguaya, supo ilustrar en forma hermosa cómo actúa el cristiano cuando está movido por el amor de Dios, en relación a los menos favorecidos. El título de su poesía es *La higuera*.

Porque es áspera y fea
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.
En mi quinta hay cien árboles bellos:
círuelos redondos, limoneros rectos,
y naranjos de brotes lustrosos.
En las primaveras, todos ellos
se cubren de flores en torno a la higuera,
y la pobre parece tan triste,
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten.
Por eso, cada vez que yo paso a su lado, digo,
procurando hacer dulce y alegre mi acento:
es la higuera
el más bello de los árboles todos del huerto.
Si ella escucha, si comprende el idioma en que hablo,
¡Qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!
Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
¡Hoy a mí me dijeron hermosa!



Tragedia en el desierto

El pueblo de Israel finalmente abandonó las cercanías del Sinaí y continuó su marcha por el desierto. Siguieron encontrando dificultades. Los propósitos de Dios seguían siendo los mismos. Quería que sus hijos aprendieran a confiar en él, a vivir en obediencia a su voluntad. Los estaba preparando para entrar a Canaán, porque tenía enormes planes para ellos en el futuro. Esos ex esclavos que deambulaban por el desierto eran los instrumentos escogidos por Dios para evangelizar a las naciones; estaban llamados a cooperar con Dios en una empresa gloriosa.

La razón por la cual los había sacado de Egipto era precisamente esa, para que le sirvieran, y éste era el propósito más importante de todo el episodio; no los sacó simplemente porque eran esclavos; los liberó para que le sirviesen. Había muchos otros esclavos en aquellos días, pero Dios se acordó de éstos en particular porque quería transformarlos en instrumentos de bendición, y así, por medio de ellos, acordarse de los demás, extender su misericordia a los otros pueblos.

El viaje por el desierto fue lento; los meses comenzaron a

tornarse en años; tristemente, muchos de los redimidos fueron quedando a lo largo del camino. Habían pasado casi cuarenta años, estaban llegando al final de su recorrido. Faltaban sólo unas pocas jornadas. Aarón ya había muerto en la cumbre del monte Hor y su hijo Eleazar había sido instalado como sacerdote por indicación divina (Núm. 20:22-29).

Después de partir del monte Hor, la multitud comenzó a rodear la tierra de Edom, ya en las fronteras mismas de la tierra prometida. Y aquí el relato registra uno de los momentos más tristes de todo el recorrido, nos dice que “se desanimó el pueblo por el camino. **Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés:** ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto” (Núm. 21:4,5).

Esta actitud del pueblo resulta inexplicable. Por cuarenta años habían sido el objeto del cuidado y de la bendición de Dios. Innumerables milagros habían sido realizados para beneficiarlos. No eran más esclavos. Estaban libres. Podía animarles la esperanza de que pronto entrarían en Canaán; que Dios los amaba. Les esperaba un futuro glorioso. Pero a pesar de que habían salido de Egipto hacía tanto tiempo, seguían siendo, en muchos sentidos, los mismos. Muchos seguían con mentalidad de esclavos. Rehusaron permitirle a Dios que hiciera la obra de transformación en sus vidas, que era, en realidad, el propósito del peregrinaje.

La serpiente de bronce

La respuesta de Dios a la murmuración del pueblo fue algo totalmente inesperado, parecía como si su paciencia se hubiese finalmente agotado: “Y Jehová envió entre el pueblo **serpientes ardientes**, que mordían al pueblo; y **murió mucho pueblo de Israel**” (Núm. 21:6). Y ahora, frente a la calamidad que los había sobrecogido, los israelitas clamaron a Moisés,

expresaron su arrepentimiento por haber hablado contra Dios y contra él, y le rogaron que intercediera a favor de ellos. Moisés así lo hizo, oró por el pueblo, como lo había hecho tantas veces en el pasado, pero la plaga no cesó inmediatamente.

Moisés recibió, en respuesta a su oración, una orden de parte de Dios, una orden al parecer muy extraña. Y es en la solución que Dios proveyó para el problema de los israelitas donde se encuentra encerrada una de las mayores lecciones que debemos aprender nosotros como cristianos. Le dijo a Moisés: **“Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá”** (Núm. 21:8). Los israelitas habían salido de Egipto como un pueblo, como una nación. Dios se había acordado del pacto que había hecho con Abraham, y descendió para librarlos, con el propósito de hacerlos un pueblo santo, diferente. Había también, sin embargo, una dimensión individual, personal en todo eso, porque un pueblo, al igual que una iglesia, se compone de individuos, y es a este nivel donde se encuentra su fuerza o su debilidad. La provisión que Dios estaba haciendo ahora afectaría, no ya al pueblo como un todo, sino sólo a individuos, a aquellos que pusiesen su fe en lo que Dios había provisto, a quienes confiaran en el remedio divino.

Pero, ¿por qué una serpiente? ¿Por qué no un cordero, por ejemplo? Aparentemente muchos de los israelitas, sin duda debido a la experiencia que habían tenido en la noche de pascua, comenzaron a tener en alta estima el ceremonial, lo externo. En aquella oportunidad habían matado un cordero, aplicado la sangre en la puerta y fueron protegidos. Llegaron a creer que había virtud en el sacrificio mismo. El cordero, que en aquella noche había sido nada más que un tipo de Cristo, llegó a ocupar un lugar prominente en sus pensamientos. Dios quiso enseñarles que el único propósito del símbolo era

señalar a la realidad, a algo que estaba más allá, que no había virtud en el símbolo mismo; éste sólo señalaba a lo que había sido provisto por Dios. El propósito de una serpiente ahora era, en un sentido, sacudirlos, despertarlos a la realidad de que habían caído en la idolatría, o mas bien que la idolatría a la cual se habían acostumbrado en Egipto no había sido del todo desarraigada de sus almas. Se nos dice al respecto:

Hasta entonces muchos habían llevado sus ofrendas a Dios, creyendo que con ello expiaban ampliamente sus pecados. No dependían del Redentor que había de venir, de quien estas ofrendas y sacrificios no eran sino una figura y sombra. **El Señor quería enseñarles ahora que en sí mismos sus sacrificios no tenían más poder ni virtud que la serpiente de bronce**, sino que, como ella, estaban destinados a dirigir su espíritu a Cristo, el gran sacrificio propiciatorio (PP, pp. 457,58).

Nos dice el relato que cuando alguien era mordido por una serpiente, y elevaba su vista a la serpiente de bronce, sanaba. Ellos no podían salvarse del efecto del veneno que había en sus heridas. Sólo Dios podía curarlos, pero ellos debían expresar su fe en lo provisto por Dios, mirando, en actitud de obediencia. Algunos, tan acostumbrados a lo externo, a las formas, a hacer algo ellos mismos, creyeron que lo que se les estaba pidiendo era demasiado sencillo, que no podía ser; por lo que no miraron, y murieron. “Muchos habían muerto ya, y cuando Moisés hizo levantar la serpiente en un poste, hubo quienes se negaron a creer que **con sólo mirar** aquella imagen metálica se iban a curar. Estos perecieron en su **incredulidad**. No obstante, hubo muchos que tuvieron **fe en lo provisto por Dios**” (PP, p. 457).

La erección de una serpiente sobre un poste, como símbolo curativo, fue algo tan inesperado, tan diferente a lo que ellos hubieran imaginado, que muchos se rehusaron a

mirar. Pero de acuerdo al plan de Dios, no era asunto de pedir explicaciones, de tratar de entender el mecanismo por el cual el veneno sería neutralizado. Era asunto de confiar, porque Dios así lo había indicado, aun cuando no lo entendieran plenamente. Era asunto de mirar, y vivir. Los que miraron fueron curados, y vivieron. Por supuesto que fueron sanados por Dios, no por la serpiente; ellos lo sabían.

En torno a este incidente existe una nota lamentable. Cuando los israelitas entraron finalmente a Canaán llevaron con ellos la serpiente, como recuerdo de la bendición que habían recibido; muchos de ellos habían experimentado la sanidad en sus propios cuerpos cuando elevaron a ella su mirada. Pero tan dado a la idolatría es el corazón humano, que pronto la serpiente misma llegó a ser objeto de culto entre el pueblo. Nos dice el relato bíblico que años más tarde el rey Ezequías, uno de los reyes que hizo lo recto ante los ojos de Jehová, “quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, **porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel**” (2 Reyes 18:4).

Mordidos por la serpiente

Hay una riqueza de enseñanza para nosotros en el incidente del levantamiento de la serpiente en el desierto. En primer lugar, nos recuerda que todos nosotros, sin excepción, hemos sido mordidos por la serpiente; la Escritura no deja ninguna duda al respecto. El pecado, como un veneno mortal, se ha introducido en la naturaleza humana desde el momento en que Adán pecó en el Edén. Todos sus descendientes han nacido ya con el veneno en su sistema; no hay nadie que escape a sus efectos maléficos. Agustín, un teólogo prominente del comienzo del Siglo V de la era cristiana, se refirió a esta

realidad diciendo: “De la manera en que un médico examina una enfermedad, y al concluir que es fatal, hace este pronunciamiento: el paciente va a morir, no se va a recuperar, igualmente, desde el momento en que un hombre nace, se puede decir: No se va a recuperar.” Desde el momento en que nacemos el veneno ya está presente. Es sólo asunto de tiempo. Todos nacemos con una enfermedad **terminal**.

El apóstol Pablo es muy claro al referirse a esta realidad. Escribiendo a los romanos les dice que “...el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, **así la muerte pasó a todos los hombres**, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12). Un poco más adelante añade: “Porque así como **por la desobediencia de un hombre** los muchos fueron constituidos pecadores...” (Rom. 5:19).

Al respecto se nos dice: “Después de su pecado, Adán y Eva no pudieron seguir morando en el Edén... Se les dijo que **su naturaleza se había depravado por el pecado...**” (PP, p. 46). “Antes que Adán cayese, le era posible desarrollar un carácter justo por la obediencia a la ley de Dios. Mas no lo hizo, **y por su caída tenemos una naturaleza pecaminosa**, y no podemos hacernos justos a nosotros mismos.” (CC, p. 62).

Si bien es cierto que también hoy Dios tiene un pueblo, una iglesia que ha escogido para que cumpla una misión especial, la solución del problema del pecado sigue siendo, en el fondo, algo definidamente individual. No tiene que ver con grupos, privilegios sociales, raciales, nacionales, o eclesiásticos. Cuando dice la Escritura que “Dios estaba en Cristo **reconciliando consigo al mundo**,” (2 Cor. 5:19), no sugiere que se trata de una salvación universal, como están postulando con creciente convicción ciertos teólogos contemporáneos. En la cruz, es cierto, Jesús pagó el precio de la salvación de todo ser humano. Pero los beneficios de la cruz no llegan por

imposición, sino que están a la disposición de “todo aquel que en él crea” (Juan 3:16). Es necesario creer, levantar la vista a la cruz. En la cruz la salvación fue **provista** en forma universal, porque él “quiere que todos los hombres sean salvos” (1 Tim. 2:4), pero es **eficaz** en forma individual, sólo para quien la acepta, para quien cree.

No solamente es la salvación accesible para quien cree; creer, confiar, es el único camino; no hay otro. Fe es confiar, aun cuando no se entiendan todos los detalles. Como los israelitas en el desierto, no es asunto de pedir explicaciones, de tratar de entender todos los por menores, el mecanismo. “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron,” le dijo Jesús a Tomás, quien tenía dificultad en creer sin ver (Juan 20:29). Es difícil encontrar otro ejemplo en la Sagrada Escritura que enseñe con más claridad la verdad de que la justificación es por la fe, que el levantamiento de la serpiente en el desierto. Si aquellos que se negaron a mirar la serpiente, y perecieron, hubieran podido contribuir con algo, hacer algo ellos mismos además de mirar, sin duda lo hubieran hecho. Lo que se les pedía parecía ser demasiado sencillo, demasiado fácil; no podía ser.

A través de la historia de la iglesia cristiana éste ha sido un problema que se ha presentado siempre que se intenta predicar el evangelio. Es el problema que tuvo que afrontar el apóstol Pablo en las iglesias de Galacia. Los hermanos en Galacia habían aceptado a Cristo como Salvador, pero pronto fueron “fascinados” por enseñanzas que insistían que eso no era suficiente, que estaba bien para un comienzo, pero que había que añadir ciertas cosas; debían hacer algo para complementar su fe en Cristo. Con el propósito de despertarlos a la realidad, el apóstol les cita el ejemplo clásico de Abraham, el cual ellos debieran haber conocido muy bien: “Así Abraham **creyó a Dios**, y le fue contado por justicia” (Gál. 3:6).

Y así fue siempre. Sobre este punto delicado se dividió el cristianismo en el Siglo XVI; en el fondo lo que causó la separación fue la manera diferente de entender la doctrina de la salvación; fe en la justicia de Cristo por un lado, y fe **más** méritos humanos por el otro. Lutero, juntamente con otros reformadores, sostenían que la salvación es sólo por gracia, un don de Dios que se recibe por fe, mientras que Roma insistía en la necesidad de cooperación con la gracia, y llegó al punto de pronunciar “anatemas” contra aquellos que confesaban que la justificación es sólo por fe.

La serpiente en el Nuevo Testamento

Decíamos que el incidente en el desierto, las serpientes venenosas, y el alzamiento de la serpiente de metal por orden de Dios, no sólo tenía el propósito inmediato de auxiliar a los israelitas y de enseñarles lecciones indispensables, sino que también ilumina aspectos fundamentales del evangelio presentado en el Nuevo Testamento. En el Nuevo Testamento se encuentra sólo una mención del incidente de la serpiente de bronce, y es en labios de Jesús mismo. Jesús se refirió a este incidente en su conversación con Nicodemo, para ayudarle a elevar su mirada al corazón mismo del plan de salvación. Le había dicho que era indispensable “nacer de arriba” para poder entrar en el reino de Dios. Cuando Nicodemo pidió más explicación, cuando le preguntó a Jesús “¿cómo puede hacerse esto?,” el Señor le contestó con aquellas palabras memorables: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea **levantado**” (Juan 3:14). ¿Qué quiso decir con eso, que sería **levantado**?

La manera en que Jesús usó esta palabra en otras ocasiones hace claro que lo que tenía en mente era su muerte.

Anunciando directamente su muerte había dicho un tiempo antes: “Y yo, si fuere **levantado** de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). En el siguiente versículo se encuentra la explicación dada por Juan: “Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir.” Dicho en otras palabras, Jesús le presentó la cruz a Nicodemo como respuesta a su inquietud, porque la cruz es el centro, el corazón de la obra redentora de Dios. Desde el mismo momento en que el pecado entró en el mundo, Dios anunció que la cruz sería la solución (Gén. 3:15). En la cruz Jesús murió como sustituto del hombre culpable, murió en su lugar, cancelando su deuda. Queriendo enfatizar lo central de la cruz en el plan de salvación, E.G. de White escribió: “La muerte de Cristo demuestra el gran amor de Dios por el hombre. **Es nuestra garantía de salvación. Quitarle al cristiano la cruz sería como borrar del cielo el sol**” (HA, p. 170). En una conversación con sus discípulos, el Señor Jesús resaltó cuál era el corazón de su obra redentora cuando dijo que él había venido, no “para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45). Notemos las siguientes palabras, muy significativas, que tienen como base lo expresado por Jesús:

El sacrificio de Cristo como expiación del pecado es la gran verdad en derredor de la cual se agrupan todas las otras verdades. A fin de ser comprendida y apreciada debidamente, cada verdad de la Palabra de Dios, desde el Génesis al Apocalipsis, debe ser estudiada **a la luz que fluye del Calvario**. Os presento el magno monumento de la misericordia y regeneración, de la salvación y redención, **el Hijo de Dios levantado en la cruz**. Tal debe ser el fundamento de todo discurso presentado por nuestros ministros (Ev. p. 142).

Cristo clavado en la cruz no es la **única** verdad sino la **gran** verdad, la verdad central de la Escritura; y es solamente a la luz de esta gran verdad que todas las otras verdades se hacen

comprensibles y adquieren su verdadera importancia.

Cristo, nuestra justicia

A pesar del lugar central que ocupa la muerte de Cristo, tanto en el tipo como en la enseñanza del Nuevo Testamento, no siempre se le ha dado el lugar que le corresponde. Demos un vistazo rápido, que puede ser muy instructivo, a este particular en la Iglesia Adventista. Recordamos el año 1888 como un año clave en nuestra historia. En ese año se llevó a cabo el congreso de la Asociación General en Minneapolis, estado de Minnesota, donde la iglesia también luchó para tratar de entender estos conceptos. Nuestros hermanos se preguntaban en cuanto al lugar que debe ocupar la cruz, la fe, y las obras en el plan de redención. ¿Es la justicia de Cristo, o **nuestra** justicia la que nos hace aceptos delante de Dios?

Y aunque parezca un poco difícil de creer, algunos dirigentes prominentes de la iglesia en aquel entonces insistían en que es **nuestra** obediencia la que debe proveer la justicia que la ley requiere. Hablaban de la justicia de Cristo como algo que beneficiaba al cristiano en cuanto a su pasado, pero no necesariamente el presente, ya que Dios capacitaba al hombre que lo aceptaba para obedecer perfectamente su ley.

El pastor Urías Smith, entonces editor de la *Review and Herald*, (Revista Adventista), publicó un artículo en esta misma revista unos pocos meses después de las reuniones en Minneapolis al que tituló "Our Obedience" (Nuestra obediencia). En ese artículo insistía el pastor Smith que el propósito central de la obra de Cristo a nuestro favor es "ponernos otra vez frente a la ley, para que su justicia [de la ley] pueda ser cumplida en nosotros por nuestra obediencia a ella, para que al fin, cuando nos toque comparecer ante a la ley, la cual es la norma del juicio, podamos aparecer en perfecta

armonía con ella...” (*Review and Herald*, 11 de junio de 1889). Un poco más de un año antes, en enero de 1888, había dicho algo similar cuando escribió que el plan de la salvación “tiene como propósito colocar a cada individuo de la raza humana **bajo su propia responsabilidad en lo que respecta a su destino futuro**” (*The Gospel Sickle* [La hoz del evangelio]).

En la literatura adventista de los años subsiguientes se encuentra muy poco entusiasmo por la postura teológica del pastor Smith, como se puede percibir en los escritos proveniente de la pluma de varios de los pioneros. El pastor Arturo Daniels, él mismo un participante de la mencionada conferencia, escribió un libro varios años más tarde en el cual trató de captar la esencia del mensaje de 1888; el mismo título del libro, *Cristo nuestra justicia*, lo dice todo. Era la justicia de Cristo, su obediencia perfecta, no “nuestra justicia,” la que contaría en el día del juicio.

Este era el mensaje que la iglesia debía predicar con renovado entusiasmo y poder. La señora White misma se colocó a la vanguardia de aquellos que captaron que el evangelio es “Cristocéntrico,” no “antropocéntrico.” Un vistazo a la literatura proveniente de su pluma en la década que siguió a la memorable conferencia de Minneapolis no deja ninguna duda en cuanto a dónde ella estaba poniendo su énfasis. Difícilmente puedan leerse libros más Cristocéntricos y llenos del evangelio que *El camino a Cristo* (1892); *El discurso maestro de Jesucristo* (1896); *El Deseado de todas las gentes* (1898); *Palabras de vida del gran Maestro* (1900), todos escritos en la década que siguió a Minneapolis.

Además poseemos una cantidad sorprendente de artículos y sermones con el mismo tenor. Citaremos con cierta extensión sus escritos en los años que siguieron a Minneapolis. Notemos, por ejemplo, algo que escribió en 1889: “En cada reunión, a partir del congreso de la Asociación General

[Minneapolis, 1888], algunas almas han aceptado ávidamente **el precioso mensaje de la justificación en Cristo**" (1 MS, p. 420). Dos años más tarde escribió en la *Review and Herald*, "Por fe [el pecador] puede presentar a Dios los méritos de Cristo, y el Señor coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador. **La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre...**" (1 MS, p. 430). Un año más tarde escribió en *El camino a Cristo*: "Así que no hay en nosotros mismos cosa alguna de que jactarnos. No tenemos motivos para ensalzarnos. **El único fundamento de nuestra esperanza es la justicia de Cristo** que nos es imputada y la que produce su Espíritu obrando en nosotros y por nosotros (p. 63)." En 1893, volvía al mismo tema: "**La justicia manifestada en el carácter de Cristo** había de ser para siempre el ancla, la esperanza salvadora del mundo. Cada alma que elige a Cristo puede decir con fe: '**El Señor es mi justicia**'" (1 MS, p. 409). Un pensamiento más, escrito en el año 1892, que debe haber dejado bien claro en la mente de nuestros hermanos de aquel tiempo de qué justicia se trata:

Sois impotentes para hacer el bien y no podéis mejorar vuestra condición. Fuera de Cristo no tenéis ningún mérito, ninguna justicia. **Nuestra pecaminosidad, nuestra debilidad, nuestra imperfección humana hacen imposible que aparezcamos delante de Dios a menos que seamos revestidos con la justicia inmaculada de Cristo** (1 MS, pp. 391,92).

Este es un problema universal, no sólo de la Iglesia Adventista en el siglo pasado. El confiar en nuestra propia justicia es parte de la naturaleza humana; y así lo ha sido desde que el pecado entró en el mundo. El apóstol Pablo nos recuerda que el pueblo de Israel tuvo el mismo problema, la dificultad en distinguir entre las dos justicias. Escribiendo a los miembros de la iglesia de Roma, les dice que la razón del

fracaso del pueblo elegido fue que **“ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios”** (Rom. 10:3)

Cristo, el objeto de la fe

La justicia de Cristo, que es el corazón del evangelio, puede obtenerse sólo por medio de la fe, aceptando agradecidos la generosa provisión divina. En el esquema divino no hay lugar para méritos humanos, sólo cuentan los méritos de Cristo. Por eso se nos invita a mirar, a poner nuestra confianza en el Señor que fue “levantado” por nosotros. Hoy, a más de cien años de aquel memorable concilio, es posible que no todos estemos claros sobre este particular. Las palabras que fueron escritas en aquel contexto con relación a lo que Jesús le dijera a Nicodemo todavía gozan de mucha actualidad:

Hay hoy día miles que necesitan aprender la misma verdad que fue enseñada a Nicodemo por la serpiente levantada. **Confían en que su obediencia a la ley de Dios los recomienda a su favor. Cuando se los invita a mirar a Jesús y a creer que él los salva únicamente por su gracia, exclaman: ‘¿Cómo puede esto hacerse?’** (DTG, p. 147).

No hay duda de que la enseñanza central del incidente de la serpiente de bronce es que la fe significa aceptar lo provisto por Dios. La serpiente era un símbolo de Cristo; Cristo es la “provisión” que el cielo hizo para nuestra sanidad, y nuestra fe debe centrarse en él. Cuando hablamos de “justificación por la fe,” no debíamos olvidar que esta expresión es sólo una manera abreviada de decir “justificación por la fe **en Cristo**,” y no en ningún otro sustituto. Él es el objeto de la fe, él fue provisto por Dios desde antes de la fundación del mundo, y a él debemos mirar. Nicodemo fue invitado a mirar

a la cruz, y al mirar, fue transformado. Había ido de noche a ver al Maestro, ¿será que era tímido, o temeroso, y no se atrevió a ir de día, por lo que podría decir la gente? De cualquier manera se entrevistó con Jesús y fue invitado a contemplar la cruz, al Hijo de Dios **levantado**, y eso lo transformó. ¿Cómo lo sabemos? Nos dice la Escritura que el viernes de la crucifixión “también Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras (Juan 19:39), y en pleno día, junto con José de Arimatea, tomaron “el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos” (verso 40).

Si había un momento cuando podía ser riesgoso e impopular identificarse con Jesús, era precisamente ese viernes, cuando Jesús había sido escupido en el rostro, abofeteado, acusado de blasfemia, condenado como un malhechor, y finalmente clavado en la cruz. Cuan claramente entendió Nicodemo el significado de mirar al Hijo del hombre cuando fuese levantado, no lo sabemos; pero sí sabemos que después de esa mirada, la duda y la timidez quedaron atrás, y con santa osadía se adelantó para cuidar del cuerpo de quien había dado su vida por él. La historia de Nicodemo puede muy bien ser la nuestra. Es contemplando que somos transformados.

Leíamos hace un tiempo la historia de un joven a quien las malas compañías y las circunstancias lo encaminaron por caminos muy tortuosos. Era uno de esos jóvenes “incorregibles;” ningún consejo parecía ser para él. Quería ser el dueño y señor de su vida, sin que nadie se entrometiera en sus cosas. Pudo eludir la justicia por cierto tiempo, pero finalmente cayó en manos de la policía; fue declarado culpable de un crimen, y condenado a cinco años de prisión. En la cárcel se mantuvo duro e impenitente. Sólo esperaba el



momento de salir para reanudar sus actividades, prometiéndose a sí mismo ser más cuidadoso en el futuro. Una vez cumplida su sentencia, salió de la cárcel, y decidió pasar algunos días en la casa de su madre, mientras hacía nuevos planes. No había visto a su madre desde el día en que la vio en la corte, cinco años antes; entonces se veía joven, fuerte, aunque no podía dejar de llorar. Tocó a la puerta, y luego de unos momentos vino a abrir una mujer que a primera vista le pareció una anciana, de cabello blanco, demacrada, triste. Por un momento el joven no la reconoció; quedó mirándola fijamente hasta que por fin exclamó: “¡Oh mamá, qué te he hecho!” Cuando se dio cuenta que él era en gran medida responsable por los sufrimientos de su madre, lloró con lágrimas que ni el castigo ni la prisión habían podido arrancar.

Con razón se nos aconseja pasar todos los días algún tiempo de reflexión y contemplación de la vida de Cristo, especialmente de las escenas finales, porque ellas nos dicen que “fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, **y por su llaga fuimos nosotros curados**” (Isa. 53:5). El Hijo del hombre “levantado” es el único remedio, es el bálsamo sanador, que ataca la misma raíz del problema, ya que **“el orgullo y la adoración del yo no pueden florecer en el alma que mantiene frescas en su memoria las escenas del Calvario”** (DTG, p. 616).

Fija tus ojos en Cristo,
tan lleno de gracia y amor,
y lo terrenal sin valor será
a la luz del glorioso Señor.

18

Mi especial tesoro

Cuando Dios sacó al pueblo de Israel de Egipto lo hizo en virtud del pacto que había hecho con Abraham cuatro siglos antes. Ya el llamado de Abraham había tenido un propósito claramente señalado: poder bendecir por su medio a todas las familias de la tierra (Gén. 12:3). La intención divina se prolongaba ahora en la elección de Israel como el pueblo de Dios. Anteriormente, y esto es claramente visible en el libro del Génesis, Dios había elegido a individuos: a Noé, antes del diluvio; luego a Abraham, Isaac, Jacob. Ahora elegiría a todo un pueblo. Israel estaba llamado a ser “el pueblo **elegido** de Dios.” En su confrontación con el faraón, Dios hizo referencia vez tras vez a su propósito para con el pueblo que iba a liberar: “**deja ir a mi pueblo** para que me sirva;” servicio que incluía hacer conocer su nombre entre los pueblos.

Dios elige

Dios escogió a los israelitas, no porque fuesen mejores, o porque ofrecieran alguna ventaja sobre los demás, o porque los quisiese más que a otros pueblos. Al contrario, a veces

pareciera que los escogió **a pesar** de lo que eran, de su insignificancia, de lo poco promisorio que eran en el momento de ser llamados. Notemos la perspectiva que nos da la Escritura, refiriéndose a los **elegidos**: “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los otros pueblos que están sobre la tierra. **No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos**” (Deut. 7:7). Las últimas instrucciones que recibieron los israelitas antes de cruzar el Jordán, incluían algunas amonestaciones y consejos que no debían olvidar jamás, para que nunca perdieran la perspectiva de su liberación. Era un asunto vital que debían mantener siempre presente. Dios les dice por medio de Moisés:

Oye, Israel, tú vas hoy a pasar el Jordán, para entrar a desposeer a naciones **más numerosas y poderosas que tú**, ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo... No pienses en tu corazón cuando Jehová tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra... **No por tu justicia, no por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti, para confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob** (Deut. 9:1,4-6).

Dios escogió al pueblo de Israel porque él es soberano, no porque hubiera ninguna virtud intrínseca en los escogidos. Al contrario, repetidamente el relato bíblico nos informa que ese pueblo era un pueblo difícil, “de dura cerviz” (32:9), ingrato, lento para captar los propósitos de Dios. Sin embargo, Dios tenía hermosos planes para ellos, si es que ellos estaban dispuestos a responder a su gracia en obediencia y gratitud. Los propósitos de Dios para con su pueblo elegido están hermosamente expresados en las siguientes palabras:

Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa (19:4-6).

Soberanía divina y libertad humana

El texto que acabamos de citar contiene algunos elementos que bien vale la pena considerar, aunque sea en forma breve. Antes de decirles cuáles eran los planes que tenía para con ellos, lo que esperaba de ellos, iba a dejar claro dos asuntos fundamentales. En primer lugar, el versículo 4 subraya el hecho básico de que la elección de Israel y su liberación fueron actos de la gracia de Dios. No debían olvidar lo que Dios hizo a los egipcios, y como ellos fueron tomados sobre alas de águilas, y atraídos a su Dios. Jamás podrían ellos jactarse de que algún mérito residente en ellos hubiera jugado algún papel, o hubiera sido la causa de su elección y liberación.

En segundo lugar, en el versículo 5 se encuentra una pequeña palabra, la palabra **si**, que establece una condición. Indica que lo que Dios tenía planeado para ellos no era una imposición; la soberanía de Dios no invalidaba su derecho a elegir, a decidir; ellos podían elegir, su aceptación era voluntaria. Eran libres para oír la voz de su Dios y seguirle en obediencia y lealtad, o podían rechazarle, y seguir sus propios caminos. Dios no iba a forzar a su pueblo a obedecerle, como algún rey terrenal lo podría hacer. Este mismo principio le fue repetido más tarde, cuando el pueblo ya había tomado posesión de la tierra de Canaán. Josué les amonesta en cuanto a su responsabilidad: **“Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron del otro lado del**

río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; **pero yo y mi casa serviremos a Jehová**” (Jos. 24:15). La elección tiene como base la voluntad soberana de Dios; la aceptación, tanto en lo que tiene que ver con naciones o con individuos, es algo voluntario; Dios siempre respeta el libre albedrío de sus hijos.

Después de dejar claramente establecidos estos dos principios, aparentemente paradójicos, de la soberanía divina y la libertad humana, el Señor pasa a esbozar cuales eran sus planes, sus esperanzas para con ellos, lo que ellos llegarían a ser. Si decidían decirle “sí” a Dios, el ideal que él tenía para ellos estaba de veras “por encima del alcance del más elevado pensamiento humano” (Ed, p. 16); llegarían a ser el tesoro especial de Dios, un reino de sacerdotes, y gente santa. Elaboraremos un poco sobre estos aspectos de la intención divina.

Mi especial tesoro

El pueblo escogido llegaría a ser el tesoro especial de Dios “sobre todos los pueblos.” El hebreo de este pasaje usa una palabra interesante, de la cual se traduce “tesoro,” que con frecuencia la vemos transliterada en vez de traducida, por el significado que conlleva. Se la translitera como *segullah*. Es muy rico el significado de esta palabra en su contexto original. Hace referencia al hecho de que en la antigüedad el rey era dueño prácticamente de todo lo que había en su reino; podía disponer de todo más o menos a su voluntad. Pero él tenía, además, un lugar, un cofre, donde guardaba aquello que era especialmente valioso para él, sus joyas, sus cosas de mucho valor. Aunque todo era de él, había algo que él valoraba en forma especial, que era *especialmente* suyo, y a eso se llamaba *segullah*, la posesión más apreciada del rey.

Y eso era exactamente lo que Dios se proponía hacer con su pueblo. No que las otras naciones no le pertenecieran. Todo era de él, “mía es toda la tierra.” Todo le pertenecía. Pero Israel ocuparía un lugar de privilegio, único, sería su *segullah* entre todos los pueblos. Con relación a ciertas instrucciones específicas que habían recibido, también fueron informados de la razón por la cual les fueron dadas: “porque eres pueblo santo a Jehová tu Dios, y Jehová te ha escogido para que le seas un pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra” (Deut. 14:2). Y como ya señalamos, ocuparían ese lugar de privilegio para **servir** a Dios, para ser una bendición para todos los pueblos de la tierra.

Reino de sacerdotes

¿Cómo podría este pueblo cumplir su misión, y llegar a ser una bendición para las naciones?; al llegar a ser un reino de sacerdotes. La función de un sacerdote es ministrar, interceder ante Dios a favor de otros, servir a las necesidades de los demás. Y así como un sacerdote cumple estas funciones en relación a su iglesia, a la comunidad en la cual está llamado a ministrar, o directamente con individuos, el pueblo de Israel debía cumplir esa función como pueblo, la nación toda, ministrando, intercediendo y sirviendo a los pueblos que los circundaban. La relación especial que tendrían con su Dios, las leyes y estatutos que recibirían y les ayudarían a vivir en forma sana y positiva, en sí mismo sería una manera de ministrar, de hacer conocer a su Dios a los otros pueblos, “los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: **Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta**” (Deut. 4:6).

Gente santa

Además serían, en los planes de Dios, gente santa. Santa porque había sido elegida y apartada por Dios para él, apartada de entre todos los otros pueblos de la tierra. Apartada para un ministerio santo. Pero además, debían llegar a ser santos éticamente, en su conducta, en su manera de vivir; debían ser diferentes, únicos. Así como debían ser una bendición como nación, no menos debían serlo como individuos. Al relacionarse con sus vecinos, debían estar en condiciones de predicarles el sermón más poderoso que se puede predicar, el del ejemplo, el de una vida consistente, transformada por el poder de su Dios.

Fracaso de Israel

No podemos siquiera imaginar lo que hubiera llegado a ser el mundo antiguo si Israel, este pueblo escogido por Dios, hubiera respondido a las expectativas de Dios y se hubiera preparado, individual y colectivamente, para cumplir con la misión por la cual habían sido liberados de la esclavitud egipcia. Y aunque muchos individuos respondieron a la gracia transformadora de Dios, lamentablemente el pueblo de Israel como nación fracasó en su cometido; y no pudo hacer lo que Dios hubiera querido hacer por medio de ellos. El pueblo malentendió la doctrina de la elección. Con el correr del tiempo llegaron a sentirse los favoritos de Dios y se alejaron más y más de aquellos a quienes debían bendecir. Llegaron a sentirse muy cómodos y felices con la posición que disfrutaban, al punto de encontrar su seguridad en el hecho de haber sido elegidos por Dios. Se olvidaron del propósito de la elección, mientras querían disfrutar de sus privilegios.

Con el tiempo llegaron no sólo a sentirse privilegiados, como si fueran los favoritos de Dios, sino que se sintieron en

libertad de despreciar y maltratar a los gentiles, quienes, según ellos, ocupaban un lugar muy secundario en los intereses de Dios. En vez de llegar a ser la bendición que Dios anhelaba que fuesen, llegaron en realidad a ejercer una influencia muy negativa entre los pueblos a los cuales debían servir. El apóstol Pablo se refirió a este problema, siglos más tarde, cuando escribiendo a los romanos afirmó, haciendo referencia a lo que había dicho el profeta Isaías siglos antes: “Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros” (Rom. 2:24).

Israel finalmente fracasó como pueblo escogido de Dios y Dios tuvo que dejarlo de lado y buscar otros medios para lograr sus propósitos salvíficos para la humanidad. La Escritura nos dice que cuando vino el Señor Jesús, a quien el cordero pascual tan claramente tipificaba, “descendió,” vino a vivir entre ellos, pero no lo reconocieron, “a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11), reporta sombríamente el apóstol. El mismo Señor Jesús expresó su desilusión para con su pueblo con aquellas palabras tan conocidas:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta (Mateo 23:37,38).

No fue fácil para el Salvador dejar a su pueblo escogido finalmente de lado, al considerarlo ya totalmente inútil para los propósitos por los cuales lo había redimido, y dado tantas ventajas y bendiciones. Ya bastante al final de su ministerio, cierta tarde, desde una colina cercana contempló la ciudad, el orgullo de la nación judía, y el templo que lucía hermoso, teñido de oro por los rayos del sol poniente. Cuando la gente esperaba ver en Jesús una expresión de gozo, de admiración, “se sorprenden y chasquean al ver sus ojos llenos de lágrimas,

y su cuerpo estremeciéndose de la cabeza a los pies como un árbol ante la tempestad, mientras sus temblorosos labios prorrumpen en gemidos de angustia, como nacido de las profundidades de un corazón quebrantado” (DTG, p. 528).

Nace la iglesia

Así terminó lo que hubiera podido ser, si Israel hubiera aceptado con seriedad su responsabilidad. Los planes de Dios no se frustran, sin embargo, y el Señor Jesús fundó la Iglesia para llevar a cabo su plan de evangelizar al mundo. Y para ello eligió individuos, comenzó con doce, que fueron en cierto modo el fundamento de la Iglesia Cristiana, ya que la iglesia está edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efe. 2:20).

Y otra vez, estos hombres no fueron elegidos porque descollasen sobre los demás, por los dones naturales que poseían. Cuando uno lee en los evangelios acerca de los temperamentos de estos hombres, de sus dudas, de sus limitaciones, uno tiende a preguntarse qué fue lo que motivó a Jesús a escogerlos, ¿no habrá habido otros, más promisorios, en Palestina? Alguien trató de visualizar lo difícil que le sería a Jesús tratar de convencer a la gente de nuestros días de la sabiduría de la elección de sus discípulos. Usando su imaginación, trató de visualizar cómo un asesor moderno podría evaluar a los candidatos escogidos por Jesús.

Para: Jesús, hijo de José
Nazaret 25922

De: Administración El Jordán
Consultores
Jerusalén 20544

Apreciado Señor:

Gracias por enviarnos los resúmenes de los 12 hombres que ha escogido para llenar posiciones de responsabilidad en su nueva organización. Todos ellos han tomado los exámenes, y no sólo hemos pasado los resultados por la computadora, sino que nuestros psicólogos y consultores de aptitud vocacional han entrevistado a todos ellos. Los resultados de estas pruebas están incluidos; sin duda usted los va a estudiar cuidadosamente.

Como parte de nuestro servicio y para su orientación, estamos ofreciendo algunos comentarios generales, de la misma manera en que un auditor incluiría algunas observaciones generales. Esto lo hacemos como resultado de la consulta con nuestro personal, y se lo enviamos sin costo adicional.

Nuestro personal opina que a la mayoría de sus candidatos les falta experiencia, educación y aptitud vocacional para la empresa que usted está iniciando. No tienen un concepto de equipo. Recomendamos que siga buscando personas de experiencia en asuntos administrativos y de capacidad comprobada. Simón Pedro es emocionalmente inestable y muy temperamental. Andrés no posee en absoluto cualidades administrativas. Los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, ponen sus intereses personales antes de su lealtad a la empresa. Tomás tiende a cuestionarlo todo, lo que puede socavar la moral. Creemos que es nuestro deber informarle que Mateo ha sido puesto en la "lista negra" de la asociación de comerciantes de Jerusalén (Greater Jerusalem Better Business Bureau). Santiago, el hijo de Alfeo, y Tadeo, tienen inclinaciones radicales muy definidas, y ambos han registrado bastante elevado en la escala maníaco-depresiva.

Uno de los candidatos, sin embargo, muestra gran potencial. Es un hombre de habilidad y recursos, se lleva bien con la gente, posee una mente aguda para los negocios, y tiene contactos en esferas altas. Es altamente motivado, ambicioso y responsable. Recomendamos a Judas Iscariote para gerente y hombre de confianza. Todos los otros perfiles se explican por sí mismos.

Muy sinceramente,

Consultores, Administración El Jordán.

Pero no, el Señor no se equivoca, aunque sus elecciones no siempre llenan la expectativa popular; lo decisivo es la respuesta del hombre. Contrariamente a lo que los psicólogos pudieran haber opinado, los hombres que Jesús eligió, con la sola excepción de Judas, a quien él nunca escogió, revolucionaron el mundo; es decir, Jesús pudo revolucionar el mundo a través de ellos, porque aceptaron el llamado y se entregaron sin reservas a su servicio. Hoy todavía usa el mismo método. No siempre sale bien, por el elemento humano involucrado y por la libertad de elección que posee el hombre. A veces hay fracasos, como sucedió con el pueblo de Israel. Otras veces, funciona a la perfección, como en el caso de los apóstoles, y de Pablo, a quien llamó algunos años más tarde. Notemos una hermosa descripción de la filosofía del Señor en cuanto a los llamados.

Dios toma a los hombres tales como son, con los elementos humanos de su carácter, y los prepara para su servicio, si quieren ser disciplinados y aprender de él. **No son elegidos porque sean perfectos, sino a pesar de sus imperfecciones, para que mediante el conocimiento y la práctica de la verdad, y por la gracia de Cristo, puedan ser transformados a su imagen (DTG, p. 261).**

La iglesia remanente

Decíamos que Dios eligió a la iglesia para tomar el lugar del pueblo de Israel, y lograr así sus objetivos. En tiempos modernos llamó a la Iglesia Adventista del Séptimo Día para cumplir una misión especial en los últimos tramos de la marcha. Y otra vez, no llamó a la gente que le iba a dar inicio a este movimiento en el siglo pasado porque hubiera encontrado un grupo de personas mejores o más dignas que otras, ni por ser muchos en número, porque en realidad quienes respondieron al llamado de Dios fueron muy pocos.

Los llamó, sin duda, a pesar de lo que eran, para iluminarlos, transformarlos y usarlos para cumplir sus propósitos. Gracias a Dios que algunos de ellos respondieron y pusieron un fundamento sólido a la iglesia remanente.

No debemos olvidar que la iglesia se compone de individuos; nosotros la formamos y ella será lo que sean sus miembros. La iglesia debe ser el lugar donde se manifieste la gracia sanadora de Dios. Como bien dijo alguien, la iglesia no es un museo para exhibir santos, sino un hospital para atender a pecadores. La iglesia tiene una misión que cumplir en el mundo; Dios la ha elegido con el propósito de que sea “un reino de sacerdotes,” ministrando, intercediendo a favor de los que la rodean. Es por eso que Dios la ha hecho su especial tesoro, el objeto sobre la tierra donde él derrama su supremo afecto, y espera que sea un lugar de refugio, donde el nombre de Dios sea exaltado, para que los que están fuera también puedan decir, como se esperaba que pudieran decir los pueblos que se relacionarían con el Israel de antaño: “ciertamente pueblo sabio y entendido” es éste. Todavía hoy la iglesia puede cumplir mejor su misión si llega a ser el lugar donde se manifiestan los principios de la gracia y el poder divinos, que por ninguna otra estrategia o actividad.

Una experiencia que tuvimos hace ya varios años nos ha ayudado a entender qué papel puede desempeñar la iglesia en atraer personas al verdadero Dios. Nos encontrábamos estudiando en la Universidad de Andrews y trabajábamos en la fábrica de muebles de la universidad en el turno de la noche. Por algunas noches trabajamos juntos con un compañero de estudios que me dijo que no hacía mucho que había aceptado al Señor. Le pedí que me dijera cómo lo había encontrado, y me contó una historia interesante. Vivía con su esposa en una ciudad de los Estados Unidos, sin ninguna inquietud religiosa; no frecuentaban ninguna iglesia. Cuando le nacieron dos

niñas, y comenzaron a crecer, se sintieron inquietos al contemplar el mundo en el cual habían entrado las pequeñas, y en el cual debían desarrollarse. Comenzaron a sentir que lo ideal sería darles algún tipo de orientación espiritual, para que pudieran hacer frente al mundo desquiciado en el cual tendrían que vivir.

Como nunca habían asistido a ninguna iglesia, no fue fácil determinar a cuál ir; había tantas. Un día decidieron que visitarían varias de ellas hasta que encontraran una en la cual podrían sentirse cómodos. Y así lo hicieron. Con cuaderno y lápiz en la mano, el domingo siguiente visitaron una iglesia que no estaba lejos de la casa. Hubo algunas cosas que les atrajeron, otras no tanto. Escribieron todo en el cuaderno. Al domingo siguiente, visitaron otra; esa no les impresionó demasiado, y también lo dejaron registrado. Así siguieron por varias semanas, hasta que sintieron que en un momento tendrían que hacer la decisión, y quedar en una. Había un par de ellas que estaban ocupando el primer lugar en sus preferencias; otras habían sido ya prácticamente descartadas.

Una cierta mañana mientras se encontraban en el centro haciendo algunas compras, fueron sorprendidos por la música religiosa que provenía de una iglesia y por los himnos que oían cantar. Pero cómo, si hoy no es domingo, se dijeron; hoy es sábado. A quién se le ocurre tener servicios religiosos en este día. Movidos por la curiosidad, ya que estas cosas habían llegado a ser parte de su interés, decidieron entrar por un momento, para ver de qué se trataba, a pesar de que no estaban vestidos en forma apropiada para entrar a un lugar tal. Pero entraron. Trataron de hacerlo lo más desapercibidos posible y se acomodaron, con los paquetes que llevaban, lo más atrás que pudieron, de donde les sería fácil salir una vez que su curiosidad hubiera sido satisfecha.

Dio la "casualidad" que se sentaron junto a una señora que

les pareció tan amable, los saludó en forma muy cordial, con una sonrisa tan natural, y compartió con ellos el himnario cuando se cantó el próximo himno. Parecía como que notaban algo diferente en el ambiente y se sintieron muy a gusto. El coro cantó un himno especial antes del sermón, que fue de veras inspirador. Luego se adelantó el pastor para predicar el sermón y les pareció que les estaba hablando directamente a sus corazones. Les pareció sentir mientras escuchaban la palabra de Dios, que Dios los amaba, que eran especiales para él, y sobre todo, que tenía un propósito para sus vidas. Tan interesados estuvieron en lo que oían, que se olvidaron que habían planeado salir luego de un momento.

Terminó el sermón, la hermana de al lado compartió otra vez con ellos el himnario, mientras se cantó el último himno y por supuesto que no saldrían durante la oración. Por fin se despidieron de su nueva amiga, no sin antes dejarle la dirección y el teléfono, y de haber recibido una cálida invitación a volver. Llegaron pronto a la puerta, acompañados por esta hermana, quien les presentó a otros miembros de la iglesia, todos tan amables como ella, y pronto los saludó el pastor, que se estaba despidiendo de la congregación. Cuando finalmente decidieron retirarse, después de haber conversado algunos momentos con sus nuevos "amigos," fueron sorprendidos por una inesperada invitación. Miren, les dijo una hermana, tenemos programado un pic-nic en el parque, es un día tan lindo, porque no vienen con nosotros.

Cuando les hicieron notar que no estaban vestidos de una manera adecuada, ella con pantalones de mezclilla, él con tenis, les dijeron muy naturalmente que era en el parque, que algunos de los miembros de la iglesia pasarían inclusive por sus casas para cambiarse antes de ir. Fue imposible resistir a la amabilidad y la genuina amistad de esta gente, por lo que fueron con ellos. Comieron juntos; hicieron muchas



preguntas; las respuestas que recibían parecían tan lógicas. Y mi amigo concluyó diciendo: “y desde ese día no hemos faltado un sólo sábado a la Iglesia Adventista.” Y ahora estaba en la Universidad, con su familia, preparándose para **servir** en el ministerio. Dios los había llamado, por medio de su iglesia, para que le sirvieran, y ellos dieron oído a su voz.

Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. (19:5)

19

Llegando a Canaán

z

Uno de los aspectos más tristes del éxodo, como ya lo hemos señalado, es que tantos de los que salieron de Egipto nunca llegaron a Canaán, aun cuando Canaán era su destino. Y notamos además que la razón que da la Escritura por la cual no pudieron entrar se resume a una sola palabra: **incredulidad**. Y aunque muchos se rebelaron, y no aprendieron lo que Dios quería enseñarles, hubo otros que sí aprendieron, sí se sometieron a Dios, y se constituyen en ejemplos hermosos de aquello que nosotros tenemos que aprender.

Dios quería transformar, hacer santos, a quienes habían sido sacados de la esclavitud. Ese era uno de los propósitos de Dios, quería que su pueblo escogido llegara a ser “gente santa” (19:6). En este capítulo queremos analizar con un poco más de detención este concepto, el tema de la santificación a la luz de la experiencia del éxodo. El tema de la santificación, como pocos otros, ha sido con frecuencia abusado y malentendido. Por un lado hay quienes lo ignoran, o le prestan poca importancia; argumentan que siendo que la salvación es por la gracia de Dios, un don que se acepta por fe, cómo vive el

cristiano después de haber sido redimido no es lo más importante.

Por otro lado hay otros que le dan una importancia fuera de proporción con relación al resto del evangelio, al punto que la gracia de Dios pasa a un segundo plano, y la mayor preocupación religiosa se vuelca sobre el individuo, su conducta, su actuación. Para ellos la santificación llega a ser el todo, la base de la salvación en vez de su fruto. El éxodo nos da, desde varias perspectivas diferentes, un hermoso balance entre estos dos conceptos que a veces parecen antagónicos. Como mencionamos en el capítulo anterior, la santificación es parte integral del plan divino de salvación, por lo que bien vale la pena que nos esforcemos por entenderla, porque la Escritura le da una importancia central. Notemos la declaración del apóstol Pedro: “sino, como aquel que os llamó es santo, **sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir.** Porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Ped. 1:15,16). Se trata de un imperativo, no de un consejo como algo que sería preferible, pero queda en nuestras manos la decisión. En otro lugar leemos: “Seguid la paz con todos, y la santidad, **sin la cual nadie verá al Señor**” (Heb. 12:14).

El texto que acabamos de citar, posiblemente más que ningún otro texto de la Biblia, influyó la vida y la teología de Juan Wesley, el reformador del Siglo XVIII, quien a su vez tuvo mucha influencia en los años formativos de la Iglesia Adventista, ya que algunos de los pioneros, incluyendo a E.G. de White, pertenecieron a la Iglesia Metodista en algún tiempo. Wesley escribió seis meses antes de su muerte, después de un ministerio largo y fructífero de más de sesenta años, que él creía que Dios había levantado a la Iglesia Metodista con la misión principal de predicar con claridad el mensaje de la santificación, mensaje que él creía que había sido descuidado en su tiempo.

Santificación no es *arrobamiento*

Antes de entrar a analizar con cierto detalle el significado de este concepto, queremos explicar brevemente que **no es** santificación. Hay quienes han confundido santificación con un exagerado subjetivismo, con emocionalismo, o con impecabilidad, y la usan como un sinónimo de perfección absoluta. Una pluma autorizada nos dice, en pocas palabras, algo muy instructivo: **“La santidad no es arrobamiento”** (DMJC, p. 125). No tiene que ver en primer lugar con los sentimientos, no es necesariamente una experiencia mística, subjetiva. Hay quienes han creído que ser santo implica aislamiento, separación de la sociedad. Esta idea se hizo popular a comienzos de la edad media; y de esta manera nacieron los monasterios, donde personas, queriendo ser santas, se recluían, se apartaban del mundo, y así vivían vidas sombrías, haciendo penitencias, tratando de lograr el nivel, que según le indicaría sus sentimientos, debían alcanzar para ser santos.

La preocupación de Jesús no era que sus hijos “salgan” del mundo, sino que sean guardados del mal. La misión de un hijo de Dios le impide alejarse de los demás, porque es en contacto con el mundo como puede beneficiarlo. Jesús mismo era “altamente sociable” en su vida personal. Se sentó honrado a la mesa de Mateo, en compañía de “muchos publicanos y pecadores que habían venido” (Mateo 9:10). Notemos lo que se nos dice de su persona:

Jesús condenaba la complacencia propia en todas sus formas, sin embargo, **era de naturaleza sociable**. Aceptaba la hospitalidad de todas las clases, visitaba los hogares de los ricos y de los pobres, de los sabios y de los ignorantes, y trataba de elevar sus pensamientos de los asuntos comunes de la vida, a cosas espirituales y eternas. No autorizaba la disipación, y ni una sombra de liviandad mundanal manchó su conducta; sin embargo, **hallaba placer en las escenas de**

felicidad inocente, y con su presencia sancionaba las reuniones sociales (DTG, p. 125).

Es mediante las relaciones sociales que el cristiano se pone en contacto con los demás, y puede así afectar sus vidas para bien, ser la sal del mundo. Por lo que un santo no es el que se excluye de la sociedad, se encierra en sí mismo, sino aquel que, transformado por la gracia de Dios, se convierte en un medio de bendición para sus semejantes.

La verdadera santidad

¿Qué es entonces santificación? ¿Y qué papel juega en el plan de la salvación? ¿Quién es, bíblicamente hablando, un santo? Sabemos que el significado básico, primario, de la palabra santo tiene que ver con **separación**, con separación para un uso especial, con apartar. Y aunque se usa con relación a muchas cosas, como hemos visto ya, con relación al hombre se usa fundamentalmente en dos sentidos.

Posicional. Hace referencia al sentido básico de la palabra. Alguien es santo cuando pertenece a Cristo, cuando ha sido apartado para él. No tiene referencia primaria a la vida ética del individuo, sino más bien a su nueva posición. Es en este sentido, obviamente, que el apóstol Pablo llama santos a los miembros de la iglesia de Corinto. En las mismas palabras introductorias de la epístola les dice: “A la iglesia de Dios que está en Corinto, **a los santificados en Cristo Jesús**, llamados a ser **santos...**” (1 Cor. 1:2). Cuando uno lee la epístola se da cuenta que esos “santos” tenían mucho que mejorar en su conducta, en sus actitudes, en su vida toda. Pero eran santos porque pertenecían a la iglesia de Dios, habían respondido al llamado de Dios; en este sentido eran santos, separados.

Progresivo. Además de este aspecto posicional, la Biblia habla de la santificación como un ideal ético, como algo que

sí tiene que ver con la conducta del cristiano, con su experiencia; la santificación tiene una dimensión subjetiva. Ya citamos las palabras de Pedro: “Como el que os llamó es santo, **sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir**” (1 Ped. 1:15). Santidad tiene que ver, entonces, con la manera de vivir, con la conducta. Una vez que alguien ha aceptado a Cristo y se encuentra fuera de “Egipto,” es santo “posicionalmente,” pero no todo termina allí. Recién comienza la travesía durante la cual el Señor quiere completar la obra que ha comenzado. La salvación ha sido un don de la gracia de Dios, pero juntamente con el don viene el imperativo, la orden de avanzar, de crecer en la gracia: “Antes bien, **creced en la gracia** y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 3:18). Y este crecimiento es un asunto de toda la vida; se espera que el cristiano avance constantemente: Notemos lo siguiente,

La santificación no es la obra de un momento, una hora, o un día, sino de toda la vida. **No se la consigue por medio de un feliz arranque de los sentimientos**, sino que es el resultado de morir constantemente al pecado y vivir cada día para Cristo (HA, p. 447). **La santidad es integridad para con Dios**: es la entrega total del corazón para que se revelen los principios del cielo (DTG, p. 509).

Se ha escrito mucho sobre este tema y se ha tratado de definir santificación de muchas maneras diferentes, lo cual no es fácil de hacer, ya que este tema incluye tantos aspectos importantes. En la cita anterior se define santificación como “integridad para con Dios;” el Señor entregó todo el cielo a favor del hombre, y ahora espera que el hombre lo ponga a él en primer lugar; que sea íntegro, sin dobleces para con su Dios. Notamos ya que el pecado hizo al hombre centrado en sí mismo. Santificación es el proceso por el cual éste aprende a apartar su vista de sí mismo y volverla a centrar en Dios; Dios vuelve a ocupar el primer lugar en la vida de un santo.

Conformidad con la voluntad de Dios

El tema de la santificación es tan abarcante que no podremos en el espacio de unas pocas páginas cubrirlo todo. Quisiéramos detenernos en uno de sus muchos aspectos, que en cierto sentido es central, cubre muchos de los demás, y se encuentra en las siguientes palabras: “La verdadera santificación significa... **conformidad perfecta con la voluntad de Dios**” (HA, p. 451). Un santo es quien anhela poner su vida en armonía con la voluntad de Dios, y lo hace porque sabe que Dios lo ama y que la voluntad de Dios es lo mejor para él. Esta obra de transformación, como señalamos más arriba, es progresiva, vale decir, que el deseo de hacer la voluntad de Dios se profundiza a medida que el cristiano conoce mejor a su Dios y aprende a confiar en él.

Un santo es, por lo tanto, quien puede orar honestamente el Padrenuestro, la oración modelo enseñada por Jesús: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. **Hágase tu voluntad**, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:9,10). Las palabras “en la tierra” lo abarcan todo, incluyendo nuestra propia vida, nuestro propio corazón. Por supuesto que no se trata sólo de aceptar la voluntad de Dios en aquellas cosas que nos gustan, cuando la voluntad de Dios coincide con nuestras preferencias o gustos personales. Sino aun cuando lo que Dios nos pide pareciera ir en contra de nuestra voluntad, y no entendamos todo, porque no se trata de entender todo en la vida cristiana. La esencia del cristianismo no es entender todo, sino confiar siempre, confiar en el Dios que sabe mejor, y desea todo lo mejor para sus hijos.

Jesús le dijo a Pedro aquel crucial jueves de noche, cuando éste se negaba a permitirle que le lavara los pies: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después”

(Juan 13:7). Jesús le pedía a Pedro que aceptara el rito que estaba iniciando, sin pedir explicaciones, porque él se lo pedía, porque era su voluntad. Debiera ser suficiente saber que es la voluntad de Dios; el entender todos los detalles no es indispensable; llegará el día cuando podremos entender lo que ahora parece escapar a nuestro razonamiento.

Cuando nos remontamos al comienzo de la historia, al momento en que el pecado entró en el mundo, descubrimos que Adán y Eva, que fueron creados perfectos, santos, conforme a la imagen y semejanza de Dios, dejaron de ser santos cuando escogieron dejar de lado la voluntad de Dios para hacer la suya propia. En cuanto al árbol de ciencia del bien y del mal, Dios les había dicho: “no comerás” (Gén. 2:17); pero ellos comieron, y en ese momento de desobediencia su naturaleza se trastornó y se abrieron las puertas de la miseria y del dolor, no sólo para ellos, sino también para toda su descendencia. El plan de restauración, la santificación, tiene por objeto recuperar lo que se había perdido, restaurar en el hombre la imagen perdida de Dios, poner su alma otra vez en armonía con la voluntad divina. Podríamos definir santificación como la restauración progresiva de la imagen de Dios en el alma.

Habrán momentos y circunstancias cuando el hacer la voluntad de Dios será algo fácil, placentero; pero otros cuando será difícil, desagradable. Sin embargo un santo se somete siempre a los designios de Dios. El mayor ejemplo de lealtad en momentos así nos lo dio el Señor Jesús. Frente a la cruz, y lo horrible que ésta se le presentaba, tres veces, nos dice el Evangelio, rogó al Padre que le quitara la copa que tenía que beber, pero cada petición iba acompañada de las palabras: “pero no se haga como yo quiero, sino como tú... si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, **hágase tu voluntad**” (Mateo 26:39,42). Y con lealtad inalterable hizo frente al

calvario, porque era la voluntad de su Padre.

Hemos notado ya que no todos los que comenzaron la travesía al salir de Egipto llegaron a Canaán. Muchos perecieron en su incredulidad antes de llegar. De alguna manera no permitieron que Dios hiciera en sus vidas la obra de transformación que él quería hacer. Pero hubo otros que sí respondieron a la gracia de Dios, y sus vidas nos han dejado un hermoso ejemplo. Nos detendremos por unos momentos en la vida de dos personajes que hicieron la travesía, Moisés y Aarón, ya que en la vida de ellos encontramos ejemplificados los principios de la “verdadera santificación” como en la vida de pocos otros hombres. Decíamos que santidad no es necesariamente impecabilidad, perfección absoluta, sino más bien lealtad absoluta a Dios y a su ley, conformidad con su voluntad. ¿Qué nos enseña la vida de estos hombres? Nos enseña, entre otras cosas, que aunque eran débiles, y cayeron a veces, se levantaron, y aprendieron a aceptar la voluntad de Dios, aun cuando ésta se manifestaba a veces en total oposición con sus deseos e ilusiones personales.

Dios llamó a los dos hermanos para la tarea de sacar al pueblo de Israel de la esclavitud egipcia. Para nosotros hoy, que estamos tan distanciados de estos eventos por el tiempo, nos es difícil imaginar lo que habrá involucrado planear, organizar y guiar la marcha de un grupo tan numeroso de personas por el desierto, máxime cuando eran personas de muy poca cultura e indisciplinados, con sus almas llenas de amargura por la dureza de la esclavitud. Aquellos a quienes nos ha tocado organizar una excursión de cincuenta o cien personas por unos pocos días, con todas las comodidades modernas con que hoy se dispone, sabemos que no es fácil, que hay uno y mil detalles que tomar en cuenta; se corren riesgos, habrá imprevistos. Moisés y Aarón deben haber sido

personas con capacidades fuera de lo común para que Dios les haya confiado la tarea de guiar a una enorme multitud por un desierto inhóspito, no por unos días, sino durante cuarenta años. Se nos dice de ellos:

Su vida larga y llena de acontecimientos se había distinguido por las pruebas más profundas y los mayores honores que jamás le hayan tocado en suerte a ser humano alguno. **Eran hombres de gran capacidad natural, y todas sus facultades habían sido desarrolladas, exaltadas y dignificadas por su comunión constante con el Infinito...** sus semblantes daban evidencia de **mucho poder intelectual, firmeza, nobleza de propósitos y fuertes afectos** (PP, pp. 450,451).

Durante cuarenta años habían estado en sus puestos, día y noche, conduciendo al pueblo, resolviendo cosas grandes y pequeñas que se presentaban diariamente. Para cuando el viaje estaba llegando a su fin, ambos habían pasado ya los ciento veinte años de edad. La ilusión de sus vidas era llegar a Canaán e introducir al pueblo en la tierra prometida. Bajo el liderazgo de Moisés el pueblo tomaría posesión de la tierra, y Aarón, como sumo sacerdote, ofrecería el primer sacrificio de gratitud y consagración al otro lado del Jordán.

Muerte de Aarón

Cuando estaban ya en medio de los preparativos para la llegada, cuando el cruzar el Jordán era ya asunto de pocos días, Moisés recibe una orden de Dios, una orden muy desconcertante. Sin muchos preliminares le dice que Aarón no completaría el viaje, que en vez de prepararse para cruzar el Jordán debía prepararse para ser “reunido con su pueblo.” La orden decía: “Toma a Aarón y a Eleazar su hijo, y hazlos subir al monte Hor, y desnuda a Aarón de sus vestiduras, y viste con ellas a Eleazar su hijo; **porque Aarón será reunido**

con su pueblo, y allí morirá” (Núm. 20:25,26).

La orden de Dios fue inesperada y sin ninguna explicación adicional; además, requería ser cumplida con premura. ¿Qué hicieron estos dos personajes, estos líderes indiscutidos, estos dos gigantes del pasado? ¿Qué hubiéramos hecho nosotros si hubiéramos estado en una situación similar? ¿Quejarnos? ¿Argumentar con Dios? ¿Decir que lo que Dios pedía era injusto? ¿Pedir reconsideración? Todo lo que nos dice la Escritura es que Moisés y Aarón hicieron como Jehová les había mandado, “subieron al monte Hor a la vista de toda la congregación.”

No fue fácil aceptar la orden divina, ni tampoco el ascenso al monte señalado. Entendemos que “el ascenso era escarpado y penoso, y durante sus frecuentes paradas para descansar, [Moisés y Aarón] conversaban en perfecta comunión acerca del pasado y del futuro” (PP, p. 451). ¡Qué cuadro si lo pudiéramos contemplar! Las fuerzas ya no les permitían subir sin detenerse, por lo que se detenían con frecuencia para descansar, para tomar aliento, y poder continuar otro tramo, y todo porque eso era lo que su Dios les había pedido, y ellos habían aprendido que con la voluntad de Dios no se discute; un santo se somete a ella, sereno y confiado. Y luego añade la misma fuente que “ningún sentimiento rebelde había en su corazón. Ninguna murmuración salió de sus labios, aunque una tristeza solemne embargó sus semblantes cuando recordaron lo que les impedía llegar a la herencia de sus padres.” Cuando los dos santos llegaron a la cima del monte, “con profunda tristeza, Moisés despojó a Aarón de sus santas vestiduras y se las puso a Eleazar, quien llegó a ser así sucesor de su padre por nombramiento divino” (PP, p. 452).

La gente comenzaba a impacientarse en el valle porque sus amados líderes se demoraban, hasta que finalmente

vislumbraron las siluetas de Moisés y Eleazar que descendían, pero Aarón no los acompañaba. Sus temores se hicieron reales cuando observaron que Eleazar tenía puestas las vestimentas sacerdotales con las cuales habían visto a Aarón por tantos años. Con gran pesadumbre de corazón se congregaron alrededor de Moisés para recibir alguna explicación, y “Moisés les explicó que Aarón había muerto en sus brazos en el monte Hor, y que allá se le había dado sepultura” (Ibid. p. 453), que era la voluntad de Dios, que había que conformarse a ella y seguir confiando. Y así murió Aarón, “uno de los hombres más ilustres que alguna vez hayan vivido” (Ibid. p. 454).

Muerte de Moisés

Moisés sintió profundamente la pérdida de su hermano, su compañía y apoyo constantes. ¡Cuánto hubiera querido que Aarón también tuviera el privilegio de ver la tierra con la cual habían soñado por tantos años! Pero no, la voluntad de Dios había indicado que tendría que continuar solo. No muchos días después sus ilusiones también se desvanecieron, cuando llega para él una orden similar a la anterior. Moisés tampoco cruzaría el Jordán.

Sube a este monte de Abarim, al monte Nebo, situado en la tierra de Moab que está frente a Jericó, y mira la tierra de Canaán, que yo doy por heredad a los hijos de Israel; y muere en el monte al cual subes, y sé unido a tu pueblo, así como murió Aarón tu hermano en el monte Hor, y fue unido a su pueblo (Deut. 32:49,50).

¡Cómo había crecido Moisés en el desierto! Cuarenta años antes, cuando Dios lo había llamado desde la zarza para que fuera a Egipto, Moisés había discutido con Dios, argumentado, pues no quería ir. Había decidido pasar el resto

de su vida en la tranquilidad de Madián, alejado de los problemas de Egipto, y buscó todas las excusas posibles para no aceptar el pedido de Dios; lo que Dios le pedía no armonizaba con sus preferencias, y se lo hizo saber a Dios. Aunque en aquella oportunidad a Moisés le faltaba mucho para ser un “santo,” totalmente sumiso a la voluntad de Dios, Dios no lo desechó. Soportó con paciencia las debilidades de su siervo, porque lo estaba llamando, no por lo que Moisés era en ese momento, sino por lo que podría llegar a ser caminando con Dios cada día.

Y ahora Dios le había hablado otra vez a su siervo; pero a diferencia de las veces anteriores, no fue para que intercediera por el pueblo, o para que subiera a la montaña a buscar instrucciones. Le pedía que renunciara a su sueño, largamente acariciado, de introducir al pueblo a la tierra prometida y verla él con sus propios ojos. Ya faltaba tan poco. ¿Qué haría? Moisés conocía tan bien a Dios, y eran tan profundos sus deseos de completar la tarea, que se atrevió a decirle a Dios: “Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán, aquel buen monte, y el Líbano” (Deut. 3: 23). Pero Dios le respondió, según Moisés mismo lo relata... “Basta, no me hables más de este negocio. Sube a la cumbre del Pisga y alza tus ojos al oeste, y al norte, y al sur, y al este, y mira con tus propios ojos; porque no pasarás el Jordán” (verso 26).

Y Moisés no le habló más de ese negocio. Había aprendido a confiar en su Dios, a obedecerle sin pedir explicaciones, por lo que sumiso y confiado, como un buen soldado, aceptó la orden divina. Notemos el hermoso testimonio que se da de este extraordinario líder, de este hombre que había dedicado cuarenta años de su vida a servir a Dios en la persona de su pueblo:

[Moisés] tenía que salir y entregar su vida en las manos de su Creador. Moisés sabía que había de morir solo; a ningún amigo terrenal se le

permitiría asistirle en sus últimas horas. La escena que le esperaba tenía un carácter misterioso y pavoroso que le oprimía el corazón. La prueba más severa consistió en separarse del pueblo que estaba bajo su cuidado y al cual amaba, el pueblo con el cual había identificado todo su interés durante tanto tiempo. **Pero había aprendido a confiar en Dios, y con fe incondicional se encomendó a sí mismo y a su pueblo al amor y la misericordia de Dios** (PP, p. 504).

¡Qué testimonio más hermoso! Esa es la vida de un santo. Los propósitos del desierto se cumplieron en la vida de este hijo de Dios. Moisés se encaminó silencioso y solitario por la ladera del monte para subir a la cima que Dios le había indicado. Allí, con ojos claros y penetrantes contempló el panorama que el Señor abrió ante su vista. Dios le permitió ver en visión lo que no vería con sus propios ojos. Después de unos momentos se desvaneció la visión; la obra de Moisés había concluido.

Pero no estaba solo en la montaña. Mensajeros celestiales descendieron para estar a su lado. **“Luego, como un guerrero cansado, se acostó para reposar”** (p. 510). ¡Se acostó en la montaña rocosa, porque Dios se lo había pedido! Y aunque ningún familiar o amigo se encontraba con él, los ángeles de Dios enterraron a Moisés, y vigilaron su tumba. ¡Qué privilegio! Pocos otros mortales lo han tenido. Pero el drama no había concluido todavía, ¡y de qué manera iba a concluir! **“Cristo mismo, acompañado de los ángeles que enterraron a Moisés, descendió del cielo para llamar al santo que dormía”** (p. 510). Y de esta manera Moisés, que en muchos sentidos es un tipo de Cristo, se convirtió en el primer muerto que la Biblia menciona que haya resucitado.

¿Era perfecto Moisés? No. ¿Cometió errores? Sí, muchas veces. ¿Era santo? Sí, porque el hacer la voluntad de Dios había llegado a ser el supremo deseo de su vida. Fue llevado



al cielo, no en virtud de su bondad, de sus méritos, sino por haber puesto su fe “en el sacrificio prometido.” Aprendió a mirar hacia arriba en vez de mirar hacia adentro; aprendió a confiar en Dios y no en sí mismo.

Y así Moisés nos deja uno de los más hermosos ejemplos de santidad, de la *verdadera* santidad. Un santo no es necesariamente alguien que nunca se equivoca, ya que tal persona no existe, “porque todos ofendemos muchas veces” (Sant. 3:2). Un santo es alguien que, a través de su marcha por la vida, aprende a amar a Dios y a confiar de tal forma en él, que sus gustos personales, sus preferencias, su criterio, todo pasa a un segundo plano, mientras ora: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. **Hágase tu voluntad**, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10).

La ciudad de Dios abrirá sus puertas de oro para recibir a aquel que durante su permanencia en la tierra aprendió a confiar en Dios para obtener dirección y sabiduría, consuelo y esperanza, en medio de las pérdidas y las penas (DMJC, p. 85).

20

Un amigo en la corte

En el capítulo anterior nos referimos al momento dramático cuando Moisés, en obediencia a la voz de Dios, subió solitario al monte Nebo, y como se acostó allí para morir. Los ángeles de Dios lo sepultaron, y antes que su cuerpo viese corrupción, el mismo Señor Jesús descendió, con los ángeles que lo habían sepultado, para llamarlo a la vida.

Fue en ese monte, cuando el Señor se aprestaba para resucitar “al santo que dormía,” cuando se produjo una escena que, si bien no tenemos mucha información, es enorme por su significado y enseñanza. Satanás sintió que su territorio estaba siendo invadido. Hasta entonces el poder de la tumba no había sido todavía quebrantado; los que se tornaban polvo quedaban polvo, y Satanás creía que eran sus cautivos para siempre. No podía ahora darse el lujo de perder esta batalla, por lo que se presentó en persona a disputar los derechos de Cristo de llamar a la vida a alguien que había sido pecador, limitado como los demás. De ese momento dramático la Escritura nos dice lo siguiente: **“Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda”** (Jud. 9).

Una escena de juicio

Sobre el monte Nebo, aquel día de la resurrección de Moisés, se llevó a cabo, aunque en miniatura, una escena de juicio que ilustra hermosamente el juicio final del cual habla la Escritura. Allí, en presencia del universo, se llevó a cabo un juicio. La corte era nada menos que las montañas sempiternas que el Señor había creado. Los espectadores, el universo entero. En esa corte se encontraba Moisés, el acusado; también se hizo presente el diablo, el acusador de los hermanos; y Jesús mismo, quien presidió en el juicio como juez y abogado al mismo tiempo. El acusador contendía por el cuerpo de Moisés, nos dice la Escritura; creía que aún tenía derecho sobre él; lo creía su víctima. Es de suponer que tenía una lista de los errores y las faltas que había cometido ese siervo de Dios, las cuales, según él, lo descalificaban para el cielo.

Podemos muy bien imaginar algunos de sus argumentos: “No puedes llevarlo, Señor, ¿a Moisés? Eso no sería justo, él no lo merece. Mató a un hombre en Egipto hace ochenta años; luego escapó de la justicia como un cobarde; además mostró muy poco interés en regresar como misionero a su propio pueblo, presentó todas las excusas que pudo cuando tú lo llamaste; perdió la paciencia en más de una oportunidad; y sobre todo ¡golpeó la roca, Señor! Quebrantó el símbolo y se atribuyó a él mismo la gloria que le correspondía sólo a Dios. No puedes llevarlo; no es material para el cielo.” Y sin duda la “lista” que Satanás pudo presentar debe haber sido mucho más extensa de lo que nosotros pudiéramos imaginar.

Lo notable es que el acusado, el candidato para el cielo, no dijo nada; no tuvo que decir nada; él no tuvo que contestar las acusaciones de Satanás; no tuvo que probar su inocencia. Junto a él estaba Jesús, su abogado, quien tomó el asunto en

sus manos, y lo defendió, es decir, ni tuvo que defenderlo, sólo le dijo “el Señor te reprenda” y llevó a Moisés con él. Había un detalle que el diablo había olvidado anotar en su lista: el hecho de que Moisés había confesado sus pecados y había confiado en la sangre del Cordero.

Momentos antes de morir, mientras repasaba su vida, se nos dice que había algo que le preocupaba a este hijo de Dios, algo que sentía que no estaba bien. Al respecto se nos dice: “[Moisés] sentía que si tan sólo se pudiera borrar esa transgresión, ya no rehuiría la muerte. Se le aseguró que todo lo que Dios pedía era **arrepentimiento y fe en el sacrificio prometido, y nuevamente Moisés confesó su pecado e imploró perdón en el nombre de Jesús**” (PP, p. 506). Y curiosamente, parece que eso era lo único que se encontraba en la “lista” de Jesús: perdonado, declarado justo; limpiado en la sangre del Cordero; cubierto con la justicia de Cristo; inocente de todos los cargos; justo delante del universo; ¡acepto en el Amado!

El juicio final

Esa escena de juicio, decíamos, representa en forma muy adecuada el juicio del cual nos habla el Nuevo Testamento, el juicio final. El Señor Jesús hizo referencia a él cuando habló del juicio de las naciones. Cuando él venga en su gloria, se sentará en su trono y se reunirán delante de él todas las naciones, entonces él apartará los unos de los otros como aparta el pastor las ovejas de los cabritos (Mateo 25). El apóstol Pablo establece con toda claridad tanto la realidad del juicio como su universalidad. Escribiendo a los romanos les dice:

Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? o tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? **Porque todos compareceremos ante**

el tribunal de Cristo. Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. **De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí** (Rom. 14:10-12).

El apóstol está hablando aquí a los miembros de la iglesia, a los “hermanos,” a quienes habían hecho profesión de fe en el Señor. La enseñanza clara de la Biblia es que todo ser humano comparecerá ante el tribunal supremo. El tema del juicio es, además, muy amplio en la Escritura, por lo que no pretendemos tratarlo aquí en forma exhaustiva, sino más bien enfatizar uno de sus aspectos principales, sugerido por el incidente que ocurrió en torno a la resurrección de Moisés. Demás está decir que la doctrina del juicio inquieta a muchos; muchos le temen. Pareciera más fácil ser optimistas y enfatizar la gracia de Dios en la presentación de otros temas, pero con frecuencia al llegar al tema del juicio, todo cambia, y el evangelio se opaca, las sombras parecen cubrir el sol. Alguien, miembro de la iglesia por mucho tiempo, nos decía hace un tiempo que no quiere oír hablar del juicio, porque le produce demasiado temor, demasiada ansiedad.

¿Es la doctrina del juicio también parte de las buenas nuevas? ¿Se manifiesta la gracia de Dios en esta doctrina importante? ¿Podrá ser que a veces la hemos presentado en forma negativa, sin discernir en ella el evangelio? ¿Qué es lo que nos enseña este incidente?

La clave para entender este tema se encuentra en no perder de vista la diferencia enorme que existe entre presentarse al juicio como un hijo de Dios, que ha aceptado a Cristo como su sustituto, y ahora Cristo le representa como su abogado, y el presentarse solo, confiando en sus propias bondades, creyendo poder contestar por sí mismo las acusaciones de Satanás. El apóstol Pablo, como citamos más arriba, dice que “todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.” El Señor

Jesús dijo algo, que a primera vista pareciera contradecir lo que venimos diciendo. Conversando con algunos judíos que habían intentado apedrearlo porque según ellos había quebrantado el día de reposo, y porque se hacía “igual a Dios,” les dijo: “De cierto de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; **y no vendrá a condenación** [juicio], mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). Pusimos la palabra “juicio” entre corchetes, porque esa es la palabra que se encuentra en el original griego [krisis]. Y varias versiones la traducen de esta manera. La versión en español de Nácar-Colunga, por ejemplo, rinde la frase en cuestión: “... tiene vida eterna **y nos es juzgado...**” Lo mismo hacen varias versiones en inglés: “... and shall not come into judgment...” (The New King James); “... he does not come into judgment...” (Revised Standard Version). Dicen literalmente: “no viene a juicio.” Pero, nos preguntamos, ¿qué quiso decir el Señor cuando dijo que quien cree en él no viene a juicio?

Cristo, nuestro sustituto

Debemos recordar que un aspecto central del evangelio es que Cristo es nuestro **sustituto**, que no sólo murió en favor nuestro, sino que tomó nuestro lugar. Y Jesús no sólo fue a la cruz en nuestro lugar, sino que antes de ir a la cruz fue **juzgado** en nuestro lugar. Los pecados de la humanidad caída, incluyendo los nuestros, fueron puestos sobre él. Nos dice el apóstol: “quien llevó él mismo **nuestros pecados** en su cuerpo sobre el madero...” (1 Ped. 2:24). “Los pecados de los hombres,” dice E.G. de White, “descansaban pesadamente sobre Cristo, y el sentimiento de la ira de Dios contra el pecado abrumaba su vida” (DTG, p. 638). Y así, cargado con nuestros pecados, Jesús fue a juicio; fue juzgado, y declarado culpable,

fue “hecho por nosotros maldición” (Gál. 3:13), y castigado como nosotros merecíamos ser castigados. “Nuestros pecados fueron puestos sobre Cristo, castigados en Cristo, erradicados por Cristo, a fin de que su justicia nos pueda ser imputada...” (Carta 148, 1897).

Cuando Jesús murió, murió en nuestro lugar, y en un sentido real nosotros morimos *en él*. Antes de morir, fue juzgado, fue juzgado en nuestro lugar, y también, en un sentido real, nosotros fuimos juzgados *en él*. Porque él murió en nuestro lugar, nosotros no tenemos que temer a la muerte segunda (Apoc. 2:11). De igual manera, porque él fue juzgado en nuestro lugar, nosotros no tenemos que temer al juicio final.

Hay, en cierta manera, dos dimensiones en el juicio; una que se lleva a cabo en un sentido en el momento en que una persona se confronta con el Señor Jesús, y hace su decisión, y la otra, al final. Notemos lo que dijo Jesús en otro lugar:

El que en él cree, no es condenado [juzgado]; pero el que no cree, ya ha sido condenado [juzgado], porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación [el juicio]: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas (Juan 3:18,19).

Pusimos otra vez las palabras *juzgado, o juicio* entre corchetes, porque también aquí el original usa la palabra *krisis*, que significa juicio. La persona que no cree en el Hijo ya es condenada, es decir, ya recibió, anticipadamente, el veredicto del juicio final, que es condenación. De igual manera, la persona que cree en el Hijo, recibe anticipadamente el veredicto final, el veredicto de no condenación. Es en este sentido que el hijo de Dios no tendrá que probar en el juicio final su inocencia o idoneidad para entrar en el cielo. Lo que tendrá que probar es que ha creído en el Hijo y que lo ha aceptado como su sustituto; esto es lo que lo hace inocente e

idóneo. Su sustituto es a la vez su abogado. Y como en el caso de Moisés, es trabajo del abogado defender a su cliente. ¡Y esto es buenas nuevas! El juicio será muy malas nuevas para quien se presente solo y quiera probar su inocencia, demostrar que es suficientemente bueno y que merece un lugar en el reino.

Un regalo del rey

Una de las enseñanzas más hermosas y claras sobre este aspecto del tema del juicio la encontramos en la parábola de la fiesta de bodas, registrada en Mateo 22. Jesús contó el caso de un rey que hizo fiesta de bodas para su hijo. Muchos de los invitados despreciaron la invitación; había otras cosas que les interesaban más. El rey finalmente dio órdenes a sus siervos de ir a las salidas de los caminos, a todas partes, e invitar a cuantos pudiesen ser hallados; como resultado, “las bodas fueron llenas de convidados.” La **única** condición establecida por el rey era que los convidados debían presentarse a las bodas usando un vestido que había sido **provisto** por el rey para esa ocasión. “Para cada uno de los convidados a la fiesta **se había provisto un vestido de boda. El vestido era un regalo del rey.** Al usarlo, los convidados mostraban su respeto por el dador de la fiesta” (PVGM, p. 251). El clímax de la parábola, y su enseñanza central, se encuentra en la inspección, en el juicio, que en cierto momento el rey hizo de los convidados.

Y entró el rey para ver a los convidados, y **vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda.** Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda. Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos (Mateo 22:11-14).

¿Qué representa ese vestido, indispensable para presentarse en la presencia del rey? Hay quienes sostienen que se refiere al carácter perfecto, impecable que habrán logrado poseer los hijos de Dios. Que estos habrán alcanzado un nivel tal de perfección, que podrán presentarse al juicio y responder a todas las preguntas; que serán “irreprensibles.” Sin embargo no parece ser ésta la enseñanza de la parábola, sino exactamente lo opuesto. El vestido había sido **provisto**. No era algo que los convidados debían **obtener**, sino **aceptar**; era un regalo. Fue el hombre que no aceptó el regalo, que creyó que su propio vestido era adecuado, que se encontró sin nada que decir. Notemos la siguiente explicación:

El vestido de boda de la parábola representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo... **Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que por la fe se imparte a todos los que lo reciben como Salvador personal ...** Este manto, tejido en el telar del cielo, **no tiene un solo hilo de invención humana**. Cristo, en su humanidad, desarrolló un carácter perfecto, y ofrece impartirnos a nosotros ese carácter (PVGm, p. 252).

Este concepto básico, lo provisto por Dios en oposición a lo que puede hacer el hombre, nos viene del mismo Edén, desde el comienzo, cuando el pecado hizo su indeseada aparición. Dios descendió al jardín en aquella ocasión para inspeccionar a sus hijos, y los halló cubiertos con un vestido de hojas de higuera, obra de su propia fabricación. Habían tratado de cubrir su desnudez con la obra de sus manos. Tal cosa no era aceptable a los ojos del Señor, quien en su misericordia, les proveyó de túnicas de pieles, y los vistió (Gén. 3:21). Desde entonces ha habido sólo dos métodos de salvación, uno legítimo, el otro no, tipificados por lo que sucedió aquel día en el Edén. Uno, en el cual el hombre acepta agradecido lo provisto por Dios, y el otro en el cual el hombre,

ignorando la provisión divina, se esfuerza por confeccionar su propio vestido. Salvación por obras, de algún tipo, y salvación por la fe en los méritos inmaculados del Señor Jesús.

Ante el tribunal de Cristo

Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Para algunos este evento será buenas nuevas; para otros, muy malas. Imaginemos por un momento dos escenarios posibles. En primer lugar, se presenta al juicio alguien que ha aceptado a Cristo como su Salvador, y ha puesto su confianza en la justicia de Cristo. Dios quiera que este sea tu caso, hermano que lees estas líneas. Puedes estar seguro que habrá acusaciones, no de parte de Dios, sino de quien se hizo presente en la cumbre del monte Nebo el día de la resurrección de Moisés. Y también traerá su lista. “Pero Señor, a ese hombre, esa mujer, ese joven, esa señorita, no lo puedes llevar. Yo tengo una lista donde he llevado registro cuidadoso de todos sus fracasos, de todas sus caídas; puedo mencionar algunos: mintió más de una vez; perdió la paciencia con frecuencia; dijo palabras innecesariamente duras contra alguien; copió en un examen, usó drogas, hizo esto y lo otro, y lo otro. ¡No lo puedes llevar! ¡No lo merece!”

Pero mi hermano, si tú has aceptado a Cristo, él te acompañará a la corte, y tú no tendrás que decir una palabra; podrás dejarlo todo en las manos de tu abogado. Y frente a las acusaciones el Padre dirá: “Estas acusaciones son falsas; el acusador es un mentiroso, él miente desde el principio. Este hermano, este joven, ha aceptado a mi Hijo, y por lo tanto es mi hijo. Ha confesado sus pecados, y su registro ha sido limpiado con la sangre de mi Hijo; tiene el vestido que ha sido provisto; yo lo veo perfecto, tan perfecto como a mi Hijo. ¡Que entre en el gozo de su Señor!”

Momentos más tarde se presenta otra persona a la corte. Hay silencio. El candidato aparece solo. El abogado no ha sido invitado. Pero como quiere decir algo, se le permite hablar y comienza su defensa; también parece traer una lista:

- . Fui misionero, anciano de iglesia
- . Di muchos estudios bíblicos
- . Fui muy activo en la recolección
- . Fui fiel en la observancia de los mandamientos
- . Nunca me cansé de llamar la atención a aquellos que no andaban rectamente en las cosas de la iglesia
- . Señor, profeticé en tu nombre, eché fuera demonios
- . Hice muchos milagros
- . Ayunaba dos veces por semana
- . Pagué diezmo de todo
- . No soy como otros hombres, injustos, avaros
- . Señor, soy mejor que ese publicano que acaba de entrar
- . Es cierto, no tengo ese manto que él tenía; pero traje el mío; lo preparé con mucho esmero; lo estuve perfeccionando por mucho tiempo.

Y nosotros ya sabemos como termina esa historia; el Señor Jesús ya lo ha indicado: “Nunca te conocí; tu nombre no está en mi lista. Tu nombre no ha sido inscrito en el libro de la vida del Cordero” (Apoc. 21:27). ¡Qué triste! ¡Qué tragedia! ¡Qué malas nuevas!

Nuestra seguridad en el juicio no depende de cuán buenos seamos, a nuestro parecer, sino en cuán bueno es nuestro sustituto. Somos “aceptos en el Amado” (Efe. 1:6), en sus méritos, por su gracia.

Por el valor del sacrificio hecho por ellos, son estimables a la vista del Señor. A causa de la imputada justicia de Cristo, son tenidos por preciosos. Por causa de Cristo, el Señor perdona a los que le temen. No ve en ellos la vileza del pecador. Reconoce en ellos la semejanza de su hijo en quien creen (DTG, p. 621).

El Antiguo Testamento presenta un incidente que ilustra el principio central de lo que hemos estado diciendo en este capítulo. Era en tiempos del rey David. Él ya se había asegurado en el trono de Israel. La casa de Saúl, su predecesor, prácticamente había desaparecido, como era muy común que ocurriera en aquellos tiempos. Un día David, recordando a su amigo Jonatán, se preguntó si había quedado algún sobreviviente de su familia, a quien él pudiera mostrar misericordia en un gesto de recuerdo y amistad para su gran amigo. El rey fue informado que había quedado un hijo, precisamente, de Jonatán, pero que estaba lisiado de los pies, ño podía caminar bien. La Escritura nos informa con respecto a qué es lo que había ocurrido.

Y Jonatán hijo de Saúl tenía un hijo lisiado de los pies. Tenía cinco años de edad cuando llegó de Jezreel la noticia de la muerte de Saúl y de Jonatán, y su nodriza lo tomó y huyó; y mientras iba huyendo apresuradamente, se le cayó el niño y quedó cojo. Su nombre era Mefi-boset (2 Sam. 4:4).

El rey envió de inmediato mensajeros para que lo localizaran y lo trajeran al palacio. Podemos fácilmente imaginar la sorpresa de este muchacho cuando se enteró que venían mensajeros de parte del rey en su busca. Sin duda pensó que su hora también había llegado, y que le tocaría la misma suerte que a los demás miembros de la familia de Saúl. Sabemos que es así porque las primeras palabras que le dirigió el rey una vez que éste llegó a su presencia fueron: **“No tengas temor, porque yo a la verdad haré contigo misericordia por amor de Jonatán tu padre, y te devolveré todas las tierras de Saúl tu padre; y tú comerás siempre a mi mesa”** (2 Sam. 9:7); a lo que Mefi-boset respondió emocionado: **“¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?”** Y para completar su sorpresa, Mefi-boset oyó al rey decir: **“Mefi-**

boset... comerá a mi mesa, como uno de los hijos del rey.”

Es de suponer que el rey le dio a Mefi-boset una túnica, igual a la que usaban sus otros hijos, los príncipes. Y cuando estaba sentado a la mesa, vestido con la túnica provista por el rey, nadie podía notar que era lisiado; se veía como un príncipe. Es cierto, cuando intentaba caminar no podía hacerlo bien, rengueaba; no porque él quisiera, porque le gustara renguear. ¡Cuánto hubiera querido poder caminar bien, erguido en la presencia del rey y de los demás! Pero debido a aquella caída, no podía. El relato termina diciendo que a pesar de que estaba lisiado de los pies, “Mefi-boset comí siempre a la mesa del rey.” No debemos olvidar que fue por amor a Jonatán su padre que él fue objeto de la misericordia del rey. No había mucho en él, en realidad nada que lo recomendara para estar en el palacio.

La historia de Mefi-boset es, en cierta manera, nuestra historia. Cuando Adán cayó, y huyó de la presencia de Dios, nosotros, de alguna manera, estábamos en sus brazos, y también nos golpeamos. Aquella caída nos ha afectado, hemos quedado lisiados; se afectaron no sólo nuestros pies, sino también nuestras manos, nuestra mente, nuestro corazón, nuestro ser entero. Por eso, por más que querramos, no podemos caminar siempre erguidos, infalibles, irreprochables en la presencia del rey del universo. Aunque no querramos, a veces cogeamos. No siempre podemos hacer las cosas tan bien como quisiéramos hacerlas. Y aun lo mejor que hacemos está manchado por nuestras limitaciones. Pero el rey, en su misericordia, nos llama, nos invita al palacio. Y lo hace, no porque lo merezcamos, porque le hayamos impresionado con nuestra actuación, con nuestra conducta, con nuestro carácter, sino única y exclusivamente por amor de Jesús, nuestro hermano mayor. Y entonces nos invita a ponernos el vestido que él ha provisto; y si lo aceptamos, apareceremos perfectos, totalmente aceptados en el Amado.

Lo que de veras importa es si cuando tengamos que comparecer ante el tribunal supremo, ante el juez del universo, estaremos cubiertos con el vestido que él proveyó, con el manto de la justicia de Cristo, ese manto que ha sido tejido en el telar del cielo. Pero más importante aún: ¿lo poseemos ahora;? porque el vestido está disponible, y hoy es el día acepto.



Conclusión

La gran presuposición de la teología cristiana es que la Biblia es la palabra inspirada de Dios. Sin esta convicción todo estudio serio de la Biblia perdería su importancia. La teología cristiana afirma, por lo tanto, que la Biblia es la Palabra de Dios, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento; y que ambos testamentos forman un todo, una unidad. Porque es verdad que el Nuevo Testamento carecería de toda base sin el Antiguo, mientras que el Antiguo se vería truncado, sin propósito, incompleto, sin el Nuevo, “porque el Antiguo Testamento es el Evangelio expresado en figuras y símbolos. El Nuevo Testamento es la realidad. **El uno es tan esencial como el otro**” (2 MS, p. 120). Con relación al presente estudio se nos recuerda que **“las escrituras del Antiguo Testamento presentan claramente todo detalle del ministerio de Cristo, y [que] repetidas veces citaba él [Jesús] de los profetas y decía: ‘Hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oídos’”** (DTG, p. 208).

El Señor Jesús afirmó en cierta oportunidad que las Escrituras, el Antiguo Testamento, dan testimonio de él (Juan 5:39); más aún, fue tan específico como para decir que “era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:44). Es basado en esta realidad, que Jesús es también el centro del Antiguo Testamento, que hemos tratado en las páginas precedentes de descubrir vislumbres del evangelio que se pueden percibir en el éxodo, uno de los eventos más

extraordinarios que registra la Escritura. La liberación del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia nos ayuda a entender mejor la obra redentora de Cristo. El tema del éxodo es un tema profundo, enorme; contiene muchas enseñanzas para nosotros; contiene el evangelio en “tipos y figuras.”

La enseñanza central del éxodo, su resultado inmediato, es redención, **liberación**. Es la historia de un pueblo que abandona la esclavitud para gozar de un nuevo y glorioso futuro como pueblo de Dios. Y nos ayuda a entender que la esencia del evangelio también es **libertad**, es salir de la esclavitud en todas sus formas. Cuando Dios llamó a Moisés, recordamos, le encomendó una misión libertadora. Le dijo: “bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto... **y he descendido para librarlos...** Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, **para que saques de Egipto** a mi pueblo, los hijos de Israel” (3:7,8,10). Cuando ya Moisés estuvo en Egipto, Dios le dio un mensaje específico para los esclavos, un mensaje que contenía buenas nuevas para ellos: “Por tanto dirás a los hijos de Israel: Yo soy JEHOVÁ; y os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, **y os libraré** de su servidumbre, **y os redimiré** con brazo fuerte, y con juicios grandes; y os tomaré por mi pueblo, y seré vuestro Dios” (6:6,7).

Todo el episodio del éxodo, decíamos, tipifica en una manera hermosa y aun con mucho detalle, el plan de salvación. Al igual que los israelitas, nosotros también hemos nacido en la esclavitud, en un país extraño, alejados en todo sentido del hogar de nuestros primeros padres. Porque no es que nacemos libres, como algunos pretenden hacernos creer, y que es debido a las circunstancias que nos rodean, o a nuestras decisiones equivocadas que llegamos a ser esclavos. Lo somos de nacimiento. La Escritura no deja ningún lugar a dudas, es muy clara al respecto. El apóstol Pablo nos recuerda

que “éramos **por naturaleza** hijos de ira” (Efe. 2:3). En otro lugar, contrastando los resultados de la desobediencia de Adán y la obediencia de Cristo afirmó que “por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores” (Rom. 5:19). No es coincidencia, entonces, que el Nuevo Testamento dependa tan visiblemente de los tipos, símbolos y del vocabulario del éxodo para expresar el evangelio, la obra redentora de Cristo. Las palabras “libertar,” “libertad,” “librar,” “libres,” “libertador” se encuentran con frecuencia en sus páginas.

Los profetas del Antiguo Testamento anunciaron la misión del Mesías como un “Libertador.” Isaías había dicho: “y vendrá el Redentor de Sión” (Isa. 59:20), o como lo cita el apóstol Pablo: “vendrá de Sión el **Libertador**” (Rom. 11:26). Cuando el Señor Jesús mismo se levantó a leer en la sinagoga aquel sábado de mañana, parte de lo que escogió para leer tenía que ver con su misión, que entre otras cosas incluía “**pregonar libertad a los cautivos;**” y cuando todos los ojos estuvieron fijos en él, les dijo: “hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:17-21). Cierta día, ya durante su ministerio público, le dijo a algunos los judíos que habían creído: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, **y la verdad os hará libres...** Así que, si el Hijo os libertare, **seréis verdaderamente libres**” (Juan 8:31,32,36).

Es posible que el documento más claro y persuasivo que alguna vez se haya escrito en defensa del evangelio sea la epístola del apóstol Pablo a los Gálatas, epístola que es comúnmente conocida como la epístola de la libertad cristiana. Las buenas nuevas de la gracia de Dios, de la justificación por la fe en los méritos de Cristo estaban a punto de ser comprometidas por individuos que querían “añadir” a la gracia de Dios algún tipo de contribución humana. El

apóstol protestó con vigor e indignación denunciando el esfuerzo de los “falsos maestros” que querían introducir en la iglesia un “evangelio diferente.” Después de argumentar repetidamente, con lógica y firmeza en cuanto al hecho de que “el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gál. 2:16), el apóstol les exhorta con insistencia: “Estad, pues, firmes en la **libertad** con que Cristo nos hizo **libres**, y no estéis otra vez sujetos al yugo de **esclavitud**” (Gál. 5:1). Un poco más adelante agrega: “porque vosotros, hermanos, a **libertad** fuisteis llamados; solamente que no uséis la **libertad** como ocasión para la carne, sino **servíos por amor** los unos a los otros” (Gál. 5:13).

Libertados para servir. Estas son imágenes provenientes directamente del éxodo. Y aunque la misión de los “maestros” que habían llegado a Galacia se nos hace un poco difícil de entender, no debemos olvidar que también entre los israelitas se encontraban algunos que añoraban volver a Egipto, a lo que estaban acostumbrados, volver a someterse otra vez al “yugo de esclavitud.” Y este ha sido un problema que ha acompañado a la iglesia a través de todos los tiempos. Parece que al hombre le cuesta abandonar el escenario, aceptar la idea de que lo mejor que puede hacer no es en ninguna manera meritorio.

Cuando una persona acepta a Cristo, y permite que el Espíritu Santo lo guíe, esa persona deja la esclavitud atrás, y puede gozar de plena libertad, de la única libertad genuina. Nos dice la Escritura que “donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Cor. 3:17); libertad para vivir plena y genuinamente, para poder ser, por la gracia de Dios, maestro de las circunstancias y no su esclavo. Escuchemos:

En la obra de la redención no hay compulsión. No se emplea ninguna fuerza exterior. Bajo la influencia del Espíritu de Dios, **el hombre**

está libre para elegir a quien ha de servir. En el cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, **hay la más completa sensación de libertad** (DTG, p. 431).

Algo que no admite discusión es que la cruz, la muerte del Señor Jesús, es el centro de su obra redentora. Al igual que en la experiencia del pueblo de Israel, cuando la muerte del cordero marcó el fin de la esclavitud y el comienzo de una vida completamente libre, así también en la cruz, cuando el Cordero de Dios fue crucificado y se sangre derramada, la humanidad quedó libre, para siempre libre. Si quisiéramos ser más específicos podríamos preguntarnos, pero, ¿de qué nos libera la obra de Cristo, que incluye su vida impecable, su muerte vicaria, su resurrección y su intercesión? ¿Qué quiso decirle Jesús a sus oyentes aquel día cuando les dijo que si aceptaban su liberación, serían **verdaderamente libres**? La cruz nos hace libres en lo siguiente:

- Libres de la ira de Dios. Citamos hace algunos momentos las palabras del apóstol Pablo donde establecía que nosotros somos “por naturaleza hijos de ira,” es decir, merecedores de la aplicación de la justicia divina. Y no debemos olvidar, que si bien es cierto que “Dios es amor” (1 Juan 4:8), no es menos verdad que Dios es también justo, “justos y verdaderos” son sus caminos. La paga del pecado es muerte, y todo ser humano es merecedor de ella. La única razón por la cual no recibimos la paga que merecemos, es porque el Señor Jesús se ofreció como sustituto, para tomar nuestro lugar. Y lo que merecíamos nosotros, lo sobrellevó él; lo que debíamos nosotros, él lo pagó. Nos dice al respecto la Escritura que “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, **Cristo murió por nosotros**. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, **por él seremos salvos de la ira**” (Rom. 5:8,9). En la cruz el Señor resolvió el problema

de la ira de Dios, siendo él mismo el objeto de ella. Hablando de lo que experimentó Jesús en la cruz, E.G.White nos dice: “El sentido del pecado, **que atraía la ira del Padre sobre él como sustituto del hombre**, fue lo que hizo tan amarga la copa que bebía el hijo de Dios y quebró su corazón” (DTG, p. 701).

Por supuesto que la cruz no cerró el capítulo de la ira de Dios. Serán protegidos de ella sólo aquellos que se refugien bajo la sangre del Cordero. El apóstol Pablo amonesta a quienes viven sin Dios tocante a lo que les espera: “Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira **para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios**” (Rom. 2:5). El discípulo amado nos enseña que en las siete postreras plagas se consuma la ira de Dios (Apoc. 15:1), y pinta un cuadro de veras lamentable de aquellos que rehusen la gracia de Dios. Escuchemos: “y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, **y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?**” (Apoc. 6:16,17). Podrá sostenerse en pie todo aquél que se encuentre cubierto con el manto inmaculado de la justicia de Cristo. En tal caso, como en aquella noche de Pascua en Egipto, el ángel destructor pasará de lado.

• Libres de la condenación de la ley. El propósito de la ley es señalar el pecado, “porque la ley se introdujo para que el pecado abundase” (Rom. 5:20); no que abundase en el sentido de que hubiese más, sino para hacerlo claro, innegable, evidente, inexcusable. Fue “añadida” para darle al pecado el carácter de rebelión, de oposición contra Dios (Ver Gál. 3:19). A la luz de la ley de Dios, todo ser humano aparece culpable, condenado a muerte, ya que “no hay justo, ni aun uno” (Rom. 3:10), porque “todos pecaron y están destituidos de la gloria

de Dios" (Rom. 3:23). Pero Cristo vino a tomar nuestro lugar, y "nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición" (Gál. 3:13). Y es por eso, en virtud de que el Señor Jesús fue nuestro sustituto, y "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1 Ped. 2:24), que nosotros estamos libres de todo cargo, la ley no nos condena más, en ese sentido no estamos más bajo la ley, y podemos regocijarnos con el apóstol cuando exclamó: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Rom. 8:1).

- Libres del dominio del yo. El pecado nos ha hecho egoístas, centrados en nosotros mismos; por eso la obra de Cristo es más que libertarnos de la esclavitud, incluye también nuestra transformación. El evangelio es poder, no sólo para librarnos de la condenación de la ley, sino también del poder del pecado. El centro donde opera el pecado es el yo, el yo no entregado a Dios. Además de hacernos libres de toda condenación, el Señor implanta en el alma deseos de victoria, de crecimiento, de superación. Él pone en el alma que se rinde a sus pies enemistad contra el pecado.

La obra de la redención incluye renovar en el alma la imagen de Dios, volverla a la perfección con que había sido creada. El evangelio nos libera de la tiranía del yo y nos capacita para alejar nuestra mirada de nosotros mismos y centrarla en Dios y en el prójimo. Dios hace una obra de renovación, una nueva creación, porque "si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Cor. 5:17). Esa obra la hace el Espíritu Santo, como en el caso de Nicodemo:

Aunque el viento mismo es invisible, produce efectos que se ven y se sienten. Así también la obra del Espíritu Santo en el alma se revelará en toda acción de quien haya sentido su poder salvador. Cuando el

Espíritu de Dios se posesiona del corazón, transforma la vida. Los pensamientos pecaminosos son puestos de lado, las malas acciones son abandonadas; el amor, la humildad y la paz reemplazan a la ira, la envidia y las contenciones. La alegría reemplaza la tristeza, y el rostro refleja la luz del cielo. Nadie ve la mano que alza la carga, ni contempla la luz que descende de los atrios celestiales. **La bendición viene cuando por la fe el alma se entrega a Dios.** Entonces ese poder que ningún ojo humano puede ver, **crea un nuevo ser a la imagen de Dios** (DTG, p. 144).

- Libres de rencores, de odio, de prejuicios, porque la cruz también ha derribado “la pared intermedia de separación” (Efe. 2:14), no sólo entre judíos y gentiles, sino entre todo ser humano, y su gracia nos capacita para amar a toda la familia humana. Palabras tales como racismo, nacionalismo, posición social, credo, pierden fuerza en el vocabulario de quien ha aceptado la liberación que ofrece Cristo.

- Libres de ansiedad en cuanto al futuro. Aunque el futuro se presenta sombrío e incierto, y sabemos que los últimos tramos de la marcha antes de llegar a Canaán van a ser los más difíciles, mientras no olvidemos las maravillas de Dios en el pasado, podemos avanzar confiados, porque él ha prometido estar con nosotros “todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). “No temas en nada lo que vas a padecer” (Apoc. 2:10), es la palabra consoladora de la Escritura. En los momentos de mayor apuro y dificultad, nuestro Padre amoroso estará cerca para cumplir sus promesas; podremos siempre oír su voz:

Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob [oh Roberto, Antonio, María, Juan; oh hijo mío] y formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti” (Isa. 43:1,2).

No hay duda de que los mártires que murieron en distintos momentos de la historia de la iglesia, y que pudieron cantar hasta que las llamas de la hoguera ahogaron su voz, se constituyen en ejemplos maravillosos del cumplimiento de esta promesa. Se nos recuerda que “los discípulos no fueron dotados del valor y la fortaleza de los mártires hasta que necesitaron esta gracia. **Entonces se cumplió la promesa del Salvador**” (DTG, p. 321). Y si algún día nos tocara en suerte, por nuestra lealtad a Dios, recorrer el mismo camino, podemos hacerlo con la confianza en que Dios va a cumplir de nuevo su promesa: las llamas no arderán en nosotros. El apóstol Pablo se pregunta lleno de confianza: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? ... Antes en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Rom. 35-37).

- Libres del temor de la muerte. Aun la muerte, el enemigo más temido, ha sido vencido, y es “el postrer enemigo que será destruido” (1 Cor. 15:26). Para quien ha aceptado a Cristo y puede ver las cosas con la perspectiva bíblica, lo que llega a ser más importante no es la muerte, sino la resurrección. Junto a cada tumba que se abre para recibir los restos de un hijo de Dios, de alguien que murió “en Cristo,” resuenan gloriosas las palabras de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25).

- Libres de la preocupación de tener que hacer algo para “merecer” entrar a la tierra nueva, ya que nunca nadie podrá hacer lo suficiente. Lo único que nos da derecho al cielo es la justicia de Cristo. No es por obras; no hay méritos en las obras de ningún tipo. Hay quienes gastan mucha energía preocupándose por detalles, y hacen de cosas secundarias su mayor preocupación, mientras lo esencial, lo grande, lo primario, lo que debe motivar todo lo demás, no ocupa el lugar

que debe ocupar. Moisés les recuerda a los israelitas, cuando están a punto de cruzar el Jordán: “sabe que no es por tu justicia que Jehová tu Dios te da esta buena tierra para tomarla” (Deut. 9:6). Igual nosotros; nadie entrará a la “buena tierra” por su justicia. Entraremos al reino a pesar de nuestra indignidad, pero por la gracia de Cristo. Por la eternidad los redimidos cantarán gozosos y agradecidos: “El Cordero que fue inmolado es digno” (Apoc. 5:12).

- **Libres para obedecer.** Es la presencia del pecado que no hace egoístas, rebeldes, desobedientes. A medida que seamos transformados a semejanza de Cristo, la obediencia a la voluntad divina llegará a ser más y más natural; podremos también decirle al Señor, “el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8). Porque la obediencia para la cual nos libera la cruz es la obediencia que proviene del corazón, de un corazón transformado por la gracia de Dios, y que ha sido puesto otra vez en sintonía con el cielo. Y cuando la obediencia es así, de interior, no es legalismo, a pesar de todo lo que puedan objetar aquellos que parecen creer que la gracia y la obediencia se contradicen.

El apóstol Pablo puso estas dos dimensiones del evangelio en una hermosa perspectiva, cuando escribió: “Pero gracias a Dios, **que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón** a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados” (Rom. 6:17). Los que una vez eran esclavos, ahora obedecen de corazón. El Señor les hizo bien claro a los israelitas que eso era lo que esperaba de ellos. Repetidamente les recuerda que la liberación traía aparejada una disposición a obedecer a su Redentor. Les dijo en cierta oportunidad: “¿Quién diera que tuviesen **tal corazón**, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!”

(Deut. 5:29). La obediencia que Dios esperaba de los ex esclavos era una obediencia nacida de un corazón transformado, confiado, agradecido.

Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, **que cuando le obedezcamos estaremos sólo ejecutando nuestros propios impulsos** (DTG, p. 621).

- **Libres para entregarnos al servicio de Dios.** Cuando el yo es puesto a un lado, y Dios toma posesión del corazón, sus intereses llegan a ser nuestros intereses. En realidad, al igual que los israelitas de antaño, somos liberados para servir a Dios. Los planes de Dios son todavía los mismos: “deja ir a mi pueblo, [a mi hijo, a mi hija], para que me sirva.” Al gadareno que había sido librado de las mismas garras del enemigo, el Señor le dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti,” y el registro nos dice que este buen hermano salió por su ciudad contando de la liberación que había experimentado, al punto que “todos se maravillaban” (Marcos 5:19,20). Las palabras de Cristo, “por tanto id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19), son tanto para la iglesia como para cada individuo que sale de la esclavitud y se encamina a Canaán, porque “todo **verdadero** discípulo nace en el reino de Dios como un misionero” (DTG, p. 166).

Algo que queda muy claro al estudiar la experiencia del pueblo de Israel, es que **éxodo**, si bien significa salida, abarca más que sólo salir; incluye también la travesía, y eventualmente, la llegada. La salida fue un acto de la gracia de Dios, un regalo; y lo que efectivamente marcó la salida fue

la muerte del cordero. En el momento en que murió el cordero los israelitas no eran más los esclavos del faraón, sino “las huestes de Jehová.” Pero tan pronto quedaron libres, la nube se hizo presente para guiarlos, para iluminarles el camino día y noche en su marcha hacia la tierra de Canaán. Primero el cordero sustituto, luego la nube guiadora.

¡Qué bien ilustra todo esto los aspectos centrales del plan de salvación! Cuando Dios descendió otra vez hace dos mil años para sacarnos de la esclavitud espiritual, se observa el mismo orden: primero el Calvario, luego el Pentecostés. Primero murió el Cordero, pero enseguida descendió el Espíritu. Y en el terreno espiritual nos hace pensar en la **justificación y la santificación**; somos justificados declarados justos, por fe en los méritos del Señor Jesús; somos santificados por la obra transformadora del Espíritu Santo en el corazón. Y otra vez, estas dos experiencias forman parte de un todo, y aunque no son idénticas, nunca deben ser separadas.

Es nuestro privilegio elevar “al Hombre del Calvario, cada vez más arriba [porque] existe poder en la exaltación de la cruz de Cristo” (Ev., p. 140), y como el apóstol Pablo, no sabe entre nosotros “cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Cor. 2:2). Y es un privilegio no menor rogar al Padre que envíe al Consolador, el Espíritu Santo para que esté con nosotros “para siempre” (Juan 14:16), que nos enseñe “todas las cosas” (Juan 14:26), y nos guíe a “toda verdad” (Juan 16:13). Por lo que Cristo hizo en la cruz **por** nosotros somos justificados; por lo que el Espíritu Santo hace en nosotros somos santificados.

El evangelio, presentado en tipos y figuras en el Antiguo Testamento, y en la realidad en el Nuevo, es una invitación constante a mirar siempre hacia afuera, a caminar apoyados en el bordón y a aceptar con gratitud tanto lo que Dios en su gracia nos da como lo que en su amor nos pide. Es avanzar “**puesto**

los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Heb. 12:2).

DE EGIPTO A CANAÁN

La liberación del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia y su peregrinación por el desierto hacia la tierra de Canaán, proveen un hermoso y adecuado símbolo de nuestra liberación espiritual.

De Egipto a Canaán presenta un estudio sencillo y profundo del evangelio, tal como se encuentra tipificado en los eventos del éxodo, y su correspondencia extraordinaria con la obra redentora de Cristo. Así como Moisés fue comisionado por Dios para sacar de Egipto a los hijos de Israel, de la misma manera también Jesús fue comisionado para venir a esta tierra a sacar a su pueblo de

la



esclavitud
espiritual. Es por
eso que sólo él puede
darnos libertad
genuina y perdurable;
según sus propias palabras,
“si el Hijo os libertare, seréis
verdaderamente libres” (Juan 8:36).

El Dr. Atilio René Dupertuis es profesor de teología y director del Instituto de Ministerio Hispano en el Seminario Adventista de la Universidad de Andrews, en Berrien Springs, Michigan. Es autor, además, de *Verdades eternas*; *En paz con Dios*; *El Carpintero Divino*; *¿Se puede nacer de nuevo?* y *La teología de la liberación* (en inglés).

\$1

PIONEER PUBLICATIONS

4997 Pioneer Road

Berrien Springs, MI 49103